

REVOLUCIONES OBRERAS CONTRA EL STALINISMO

HUNGRÍA DEL '56

FRYER - BROUÉ - B. NAGY



CENTRO DE ESTUDIOS,
INVESTIGACIONES Y PUBLICACIONES
"LEÓN TROTSKY"

Hungría del '56 : revoluciones obreras contra el stalinismo

Peter Fryer ; Pierre Broué ; Balasz Nagy ; compilado por Elizabeth Ingrid Yang

1a ed. - Buenos Aires : Ediciones del I.P.S., 2006.

240 p. ; 20x14 cm. (Pensamiento Introductorio).

(Historia de las revoluciones)

ISBN 987-22717-4-7

1. Historia Contemporánea-Revoluciones. I. Broué, Pierre II. Nagy, Balász III. Ingrid Yang, Elizabeth, comp. IV. Título CDD 909.83

Ediciones IPS-CEIP

Diseño de tapa e interior: *Liliana Ogando Caló*

Imagen de tapa: Mattis-Teutsch, János, *Kompozició sárka alapon* (1922-23)

Edición general y traducciones: *Equipo del C.E.I.P y colaboradores*

Las fotos que se reproducen fueron publicadas originalmente

en Red, Gadney, *Cry Hungary! Uprising 1956*,

Editorial Weidenfeld and Nicolson, London, 1986

Fotos: *Facundo Durán, Alejandra Ríos (GB)*

© 2006, Ediciones del IPS

C.E.I.P. "León Trotsky"

Riobamba 144

Capital Federal - C1025ABD

Buenos Aires - Argentina

Tel.: (54-11) 4951-5445

e-mail: ceiplt@fibertel.com.ar

www.ceip.org.ar

ISBN: 987-22717-4-7

ISBN13: 978-987-22717-4-9

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Impreso en Argentina. *Printed in Argentina.*

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	
<i>Elizabeth Ingrid Yang</i>	7
LA TRAGEDIA DE HUNGRÍA	
<i>Peter Fryer</i>	31
LA REVOLUCIÓN DE LOS CONSEJOS OBREROS	
<i>Pierre Broué</i>	105
BUDAPEST 1956: EL CONSEJO OBRERO CENTRAL	
<i>Balász Nagy</i>	188
LA ACTUALIDAD DEL PROGRAMA DE TRANSICIÓN	
<i>Balász Nagy</i>	212
APÉNDICE. UNA NUEVA REVOLUCIÓN ES INELUDIBLE	
<i>León Trotsky</i>	218
CRONOLOGÍA	223
GLOSARIO	226

INTRODUCCIÓN

Este libro es la compilación de una serie de artículos que fueron escritos al poco tiempo de los acontecimientos de la Revolución Húngara de 1956, y que editamos en conmemoración de su cincuenta aniversario. Fue “*el evento más importante en la historia de la clase obrera mundial desde la Revolución Rusa de 1917*” dice Balázs Nagy* en las primeras líneas de su texto Budapest 1956: El Consejo Obrero Central publicado en la presente edición, así como también un análisis político programático del mismo autor desarrollado bajo el título de *La actualidad del Programa de Transición*. En este último texto revé la posición reformista sostenida por el Círculo Petöfi, donde militó durante la revolución. El mismo Balázs Nagy, como revolucionario húngaro que luego ingresará a las filas del trotskismo, participó de dicho consejo por aquellos años cincuenta. Ambos trabajos del autor estaban inéditos en castellano.

En los días en que ultimábamos los detalles de la presente edición, tuvimos la lamentable noticia de la muerte de Peter Fryer*, honesto periodista y revolucionario inglés, que fuera también un importante testigo de la revolución. De Fryer publicamos, y con ello le dedicamos nuestro homenaje, una traducción del inglés de su memorable libro *La tragedia de Hungría*, que tuvo su primera edición en español en 1986. Este texto fue el primer relato completo de los acontecimientos de la revolución. El periodista del *Daily Worker*, órgano oficial del PC británico, había sido enviado a cubrir una supuesta “contrarrevolución” que nunca presenció. Sus despachos desde Budapest nunca fueron publicados. Después de la experiencia que vivió, que podemos palpar recorriendo sus páginas, termina concluyendo en su libro que “*Todo el futuro del movimiento comunista mundial depende de poner fin al stalinismo*”. Luego de la revolución se unirá a las filas del trotskismo.

Incluimos además en esta compilación un trabajo de Pierre Broué*, el gran historiador francés, también integrante del movimiento trotskista. *La revolución húngara de los consejos obreros*, editada en este libro

* Todos los nombres con asterisco se encuentran en el glosario.

por primera vez en español, contiene una pormenorizada descripción de los hechos y en particular de los consejos que caracterizaron al proceso revolucionario, siendo así un valioso aporte para profundizar en el conocimiento y estudio de esta gran revolución. Por último, publicamos como pequeño apéndice el texto perteneciente a *La revolución traicionada*, “Una nueva revolución es ineludible” de León Trotsky, escrito en 1936 como perspectiva para la URSS, pero que comprobó toda su validez no sólo para ésta sino para los nuevos Estados obreros que como Hungría, surgieron luego de la Segunda Guerra Mundial.

* * *

En 1956 Hungría vivía una revolución. Sólo unos diez años después de la carnicería que significó la Segunda Guerra Mundial, increíblemente el pueblo húngaro, sus trabajadores, sus jóvenes obreros y estudiantes, sus campesinos decidieron luchar por su plena libertad.

Hungría fue parte de un proceso revolucionario más general contra el stalinismo y que abarcó el este europeo. El levantamiento revolucionario tenía como objetivo terminar con la opresión nacional y social que padecía el pueblo húngaro bajo la bota stalinista. Pero con la particularidad de que querían mantener la nacionalización de los medios de producción conquistada después de la segunda Guerra Mundial.

HUNGRÍA Y EL GLACIS SOVIÉTICO

Hungría era parte del Glacis o “zona de amortiguamiento”¹ junto con otros países de Europa oriental, como Bulgaria, Checoslovaquia, Polonia, y Rumania. Esta zona fue el producto de los avances del Ejército Rojo sobre estos países entre los años 1943-45, como parte de la guerra de defensa de la URSS contra la invasión nazi (luego de su

1. También llamada Cortina de Hierro, una denominación asignada por el Primer Ministro británico Winston Churchill. Luego de 1947, con la llamada “Guerra Fría” Europa se dividió incluso en dos sistemas militares, la Organización del Tratado del Atlántico Norte (1949) y el Pacto de Varsovia (1955), así como en las alianzas económicas, el Plan Marshall por un lado y el Consejo de Ayuda Mutua Económica (Comecon) por otro.

derrota en Stalingrado) y en prevención de futuras invasiones de otras naciones imperialistas. En diversos pactos, entre ellos los de Yalta y Potsdam, al finalizar la Segunda Guerra Mundial, el imperialismo debió aceptar que estos países quedaran bajo el dominio de la URSS, a cambio de que la burocracia soviética ayudara a reestabilizar el capitalismo principalmente en Europa central. De este modo, en julio de 1945 en las negociaciones de Potsdam, la última de las tres conferencias tripartitas, entre Churchill, Stalin y Truman, terminaron acordando la división de Alemania en cuatro zonas. Para el año 1949 ya se fundaría la República Democrática Alemana, un país de fronteras artificiales y completamente inviable.

La entrada del Ejército Rojo expulsando a los nazis, inicialmente provocó un entusiasmo revolucionario en las masas que buscaron participar de esa victoria. Hubo desde comités de liberación hasta brigadas de partisanos proletarios. Praga fue liberada por sus obreros armados que instauraron a sus sindicatos como autoridad y estos el control obrero en las fábricas. En Varsovia los obreros participaron en la insurrección de 1944 aplastada por unas tropas alemanas que ya se encontraban al alcance de los cañones del Ejército Rojo. En las fábricas alemanas del este, la gestión de las empresas estaba en manos de los obreros organizados en consejos. Comités antifascistas o socialistas resolvían los problemas inmediatos que se multiplicaban sobre todo en aquellos países más devastados. Estos pueblos tenían confianza en el Partido Comunista que había derrotado a los nazis. Pero el stalinismo utilizó este prestigio para desactivar todo aquel entusiasmo, imponiendo regímenes de “democracias populares”, es decir de colaboración de clases entre el pueblo trabajador y la burguesía, la que en esos países había sido colaboracionista o directamente nazi y que se mantenía en gran parte enquistada en el aparato estatal después de haberse reciclado. Estos gobiernos de Frente Popular duraron hasta 1947. Una vez que la ola revolucionaria de posguerra retrocede, el stalinismo se prepara a dar un viraje y expropia los medios de producción². Esto sucedió bajo la presión del

2. Toda esta política no se llevó acabo sin hacer las “limpiezas” de opositores sospechosos o peligrosos, entre ellos los acusados de trotskistas. Según Pierre Broué en su *Historia del Partido Bolchevique*, estas purgas afectaban a la mayoría de los veteranos de las brigadas internacionales de España, a los organizadores clandestinos y, en general, a

imperialismo que cambia su política de “contención del comunismo” por la Doctrina Truman³.

Aunque Trotsky para aquel entonces ya no vivía (fue asesinado en agosto de 1940), previó una dinámica similar en sus escritos sobre las ocupaciones soviéticas durante la Segunda Guerra Mundial de Polonia y Finlandia, con relación al carácter y los métodos con los que actuaría la burocracia soviética, que podemos tomar como referencia en este análisis que, *“Como la dictadura bonapartista de Stalin se apoya no sobre la propiedad privada sino sobre la estatal, la irrupción del Ejército Rojo en Polonia debe naturalmente traer la liquidación de la propiedad capitalista privada, para poner así el régimen de los territorios ocupados en correspondencia con el régimen de la URSS.*

*Esa medida revolucionaria por su carácter -‘la expropiación de los expropiadores’- se realiza en este caso, por la vía militar y burocrática. El llamado a una actividad propia de las masas, en los nuevos territorios -y sin este llamado, aunque fuese muy prudente, es imposible establecer el nuevo régimen- será sin duda alguna, aplastado mañana por medidas policíacas implacables, para asegurar la supremacía de la burocracia sobre las masas revolucionarias despiertas”*⁴.

Las expropiaciones de la burguesía en el Glacis, aunque progresivas, no fueron producto de ningún proceso revolucionario auténtico con la participación de las masas, sino que se realizaron esencialmente en “frío”, a partir de la decisión del stalinismo que ocupaba los territorios, y después de que se impuso *“la supremacía de la burocracia”*.

Es decir que no hubo una guerra civil revolucionaria sino una guerra exterior en defensa de la URSS que logró extender las formas sociales en las que se basa el poder de la burocracia stalinista, pero

aquellos dirigentes que en algún momento tuvieran relación con el movimiento de masas o hayan sido algo más que meros engranajes del aparato internacional del stalinismo.

3. La Doctrina Truman consistía en la ayuda a todo país que enfrentara o resistiera al comunismo y en el terreno económico con la ofensiva del Plan Marshall. En febrero de 1947 un comunicado alarmante del gobierno británico llegaba a Washington, informando que Londres no podía continuar apoyando al gobierno conservador de Atenas contra las guerrillas comunistas griegas. También comunicaba que no podía seguir ayudando financieramente a Turquía.

4. “La URSS en guerra”, 25 de septiembre de 1939, subtítulo “La cuestión de las provincias ocupadas” en *Guerra y revolución, una interpretación alternativa de la Segunda Guerra Mundial*, Tomo I, Ediciones CEIP, Bs. As., 2004, págs. 253-54.

que terminó imponiéndolas desde “arriba”, con métodos reaccionarios como la ocupación militar, y sin la formación de consejos obreros ni otras organizaciones de autodeterminación de las masas, ni en definitiva la participación de las masas mismas.

A diferencia de otros Estados obreros los del Glacis tienen una *deformación* con algunas particularidades. En agosto de 1951, el Tercer Congreso Mundial de la IV Internacional definía correctamente que “*Estos Estados surgieron no de la acción revolucionaria de las masas sino de la acción militar-burocrática de la burocracia soviética debido a circunstancias excepcionales creadas por la última guerra y no son administrados directamente por el proletariado sino por una burocracia. La deformación burocrática de estos Estados es de la misma importancia que la que caracteriza a la URSS, estando el proletariado, como en la URSS, totalmente apartado del poder político. Por lo tanto, como en la URSS, se plantea como tarea para la vanguardia de estos países una revolución política para derrocar a la burocracia y abrir el camino al libre desarrollo del socialismo*”*. Resumidamente podríamos decir que estos Estados obreros no fueron producto de una guerra civil interna revolucionaria ni existieron organizaciones revolucionarias de masas como los consejos obreros o soviets.

De alguna manera estas características particulares hicieron que la dominación burocrática en los Estados del este fuera mucho más ilegítima. Esta condición sumada a la opresión que ejercía la burocracia convirtieron a estos países en el “eslabón más débil” de la cadena de satélites dependientes de Moscú. Esta debilidad se expresó en la serie de levantamientos revolucionarios de los años 50 contra la cada vez mayor opresión política y nacional en estos Estados.

Bajo la teoría reaccionaria del *socialismo en un sólo país* la burocracia stalinista creó en marzo de 1947 la Cominform, que era el Buró Comunista de Información contra la “cruzada ideológica y económica contra el comunismo” que había lanzado Norteamérica. Ya para el año de la revolución húngara este organismo de propaganda ideológica no existía. Pero sí se mantenía en el terreno económico el Consejo de Ayuda Mutua Económica (o Comecon) que supuestamente fomentaría la cooperación económica en torno a la Unión Soviética

* Prager, R. compilador, *Les Congres de la Quatriere Internationale*, Tomo 4, La Breche, Montrevil, 1989, pág. 228.

en un intento de contrapesar al Plan Marshall. Esta “cooperación” era en realidad una desventajosa división del trabajo entre los distintos países, deformando su desarrollo económico y creando zonas productoras de materias primas, siderurgia, industria petroquímica, etc., lo que acentuaba la dependencia con la Unión Soviética.

De más está decir que ambos organismos estaban muy lejos de cualquier intento de internacionalismo proletario. Entre las demandas levantadas durante la revolución húngara estaban las referidas a terminar con la expoliación de los recursos de la nación. Por ejemplo el pueblo húngaro estaba obligado pagar compensaciones o reparaciones económicas a causa de que la burguesía de Hungría había sido colaboracionista del nazismo. Según el armisticio de 1944, Hungría fue obligada a entregar reparaciones por valor de 600 millones de dólares. Una fortuna para esa época y para un país de alrededor de 10 millones de personas. También fueron obligados a pagar todos los gastos del Ejército Rojo estacionado y en tránsito por Hungría. Sólo en el primer año de la ocupación se expropiaron 4 millones de toneladas de cereal para alimentar a las tropas. Como en otros países de Europa Oriental los rusos constituyeron en Hungría sociedades mixtas. Esta maniobra le dio al Kremlin el control sobre la producción húngara de petróleo, bauxita, carbón, minerales, usinas, producción de maquinarias y automóviles, etcétera. Además, los rusos, invirtieron en esas compañías los valores que habían despojado a Hungría. En la Sociedad Mixta de Aviación, las inversiones consistieron en los once mejores aeropuertos húngaros que el ejército ruso había “liberado” de los alemanes⁵.

A este saqueo hay que sumarle que la burocracia soviética, temerosa de que en los Partidos Comunistas surgieran actitudes relativamente independientes de sus designios como las del mariscal Tito* en Yugoslavia, emprendió en todos estos países un fuerte proceso de purgas (similares a los Juicios de Moscú de los años '30) entre los años 1948 y 1952, acusando, expulsando, encarcelando y asesinando a numerosos dirigentes bajo el cargo de “titoísmo” y “trotskismo”. En Hungría estas purgas fueron llevadas adelante por Rákosi*, uno de los

5. En base a *The Militant*, 21 de enero de 1957, a su vez reproducido por N. Moreno en “El marco histórico de la revolución húngara” en *Escritos sobre revolución política*, Ediciones Antídoto, Bs. As., 1990.

regímenes más sangrientos de todo el Glacis, que tenía por ejemplo 300.000 personas en campos de concentración.

Contra esta opresión nacional ejercida desde afuera por el stalinismo asentado en la URSS y contra la opresión política del régimen totalitario interno se levantaron algunos de los Estados del Glacis, embanderando inicialmente las demandas democráticas que rápido empuñará la clase obrera liderando la lucha revolucionaria.

CÓMO FUE EL PROCESO REVOLUCIONARIO

La muerte de Stalin en marzo de 1953 fue como un anuncio para el inicio de un proceso en los países del Este Europeo caracterizado por una rebelión obrera contra la burocracia, comenzando con huelgas en Checoslovaquia y en Alemania Oriental. La burocracia soviética había impuesto a los alemanes un aumento irracional del 10% de la cuota de producción sin incremento salarial, a lo que se sumó el alza de los precios. Esta imposición de nuevas normas de trabajo provocó el 17 de junio una huelga metalúrgica en Berlín que después se transformó en huelga general y por último en insurrección. Rápidamente se extendió a más de 400 ciudades y pueblos. Así como se expandió territorialmente también se ampliaron las demandas hacia un carácter político. Tras los reclamos económicos contra el aumento de la producción como de la carestía de la vida, vinieron las exigencias de libertades políticas: contra los burócratas y por elecciones libres, mientras a nivel nacional se desarrollaban los consejos obreros y las ocupaciones de edificios como los ataques a las sedes del stalinismo. En las ciudades de Halle, Merseburg y Bitterfeld los comités de huelga electos son la administración y de algún modo el poder, encargándose del abastecimiento y la información, de la liberación de presos como de las nuevas detenciones. Y el Comité Central de huelga de Bitterfeld exige la constitución de un gobierno obrero, al tiempo que los delegados obreros de la siderúrgica Henningsdorf, en un gran encuentro en el estadio de Berlín llaman a conformar un gobierno “metalúrgico y revolucionario”. Volvían los consejos obreros, los soviets, que garantizaban la expresión más democrática. Resurgían desde las bases del sector de la

sociedad más avanzado y organizado, del proletariado de la nación de mayor desarrollo capitalista antes de la Segunda Guerra cuya burguesía imperialista había sido derrotada. Aunque el imperialismo en acuerdo con el stalinismo dividió al proletariado y al pueblo alemán, estos se fortalecieron con la recuperación económica de la posguerra y se disponían a enfrentar al stalinismo. No habiendo otro tipo de organización las relaciones más organizadas se daban en el seno mismo de la producción desarrollándose así los consejos obreros.

Esta insurrección fue aplastada brutalmente por los tanques del Ejército Rojo stalinista. Por primera vez la lucha de clases cuestionaba revolucionariamente a la burocracia soviética dando inicio a un proceso de revolución política que comenzaba en Alemania.

La reverberancia de estos acontecimientos llegó al corazón sensible de la URSS y al mes siguiente, en julio, los prisioneros de Vorkuta agitados por la noticia de la muerte de Stalin, su carcelero, y entusiastas por la insurrección berlinesa desplegaron por primera vez un movimiento de masas, el de la huelga general de los trabajadores forzados de los campos de concentración. También ellos tuvieron su comité de huelga clandestino que permitió vencer el miedo a la represión. El 29 de julio terminó la huelga con la intervención de las fuerzas de seguridad, cientos de muertos y alrededor de 7.000 detenciones. El movimiento alcanzó a extenderse a otros campos de concentración influenciando posteriormente la decisión que tomó la burocracia de disolverlos⁶.

Pese a estas graves derrotas, tres años después se continuó el proceso revolucionario en Polonia y Hungría, otros dos importantes países de Europa oriental. Las características de los levantamientos se mantuvieron y desarrollaron, en las demandas democráticas y sobre todo en su profundo contenido obrero, el surgimiento y extensión de los consejos obreros y el de sus objetivos políticos, que en ningún caso eran el de retroceder al régimen capitalista sino deshacerse de la burocracia stalinista. En Polonia, los metalúrgicos de la fábrica Zispo de la ciudad de Poznan iniciaron una huelga, en junio de 1956, también contra las metas de producción y por el aumento de salario. La

6. Extraído de Broué, Pierre, *Historia del Partido Bolchevique*, Editorial Ayuso, Madrid, 1973.

protesta siguió con una gran movilización de cien mil que fue reprimida violentamente, pero la oleada huelguística se extendió y comenzaron a surgir los consejos obreros reclamando la autogestión de las empresas. La salida a esta situación fue la asunción al gobierno de Wladyslaw Gomulka*, quien fuera secretario del PC bajo la ocupación nazi. Un dirigente disidente pero a la vez un hombre surgido del aparato stalinista, que se situará hábilmente en la cima del descontento y sabrá utilizar el crédito que le dio ser proscrito por Stalin y preso desde 1951 para adquirir popularidad como reformista, y de este modo alejar la amenaza de una revolución contra el poder.

HUNGRÍA EN LLAMAS E INSURRECTA

En solidaridad con Polonia, el 23 de octubre de 1956, el Círculo Petöfi, formado por jóvenes escritores e intelectuales húngaros miembros de la Alianza Juvenil Comunista, convoca a una manifestación en solidaridad con Polonia a la que adhieren los estudiantes bajo el lema “hagámoslo a la manera polaca” incentivados por el nombramiento de Gomulka, y la idea de que el pueblo polaco habría conquistado su independencia.

El XX Congreso del Partido Comunista de la URSS en el mes de febrero de ese año había generado ilusiones en que se avecinaban importantes reformas. En ese congreso Nikita Krushev* declaró la coexistencia pacífica entre los dos regímenes mundiales y por lo tanto borraba del horizonte inmediato una tercera guerra mundial. Además en su “discurso secreto”, al poco tiempo radiodifundido en su totalidad por Radio Europa Libre⁷, Krushev denunciaba los crímenes de Stalin, no sin un alto grado de cinismo si tenemos en cuenta que hacía unos tres años y después de muerto el jefe soviético, reprimieron salvajemente en Alemania Oriental y en Vorkuta. Al

7. Gran parte del pueblo húngaro escuchaba los programas radiofónicos occidentales (la televisión era prácticamente inexistente en el país), sobre todo la Radio Europa Libre, desde Munich. Bajo la dirección imperialista estadounidense, la emisora sugería que el Oeste, y sobre todo los Estados Unidos, harían todo lo posible por liberar a los “pueblos cautivos” del comunismo.

poco tiempo de la declaración de Krushev, el Círculo Petöfi, agudizó sus críticas al stalinismo y generó un movimiento que intentaría llevar adelante las reformas al régimen que había querido hacer Imre Nagy* entre los años 1953 y 1954 (apoyado en un principio por la misma burocracia soviética), pero que fue destituido en 1955 y reemplazado por un stalinista húngaro del ala dura, Mátyás Rákosi.

Imre Nagy, perteneciente al ala krusheviana, fue un antiguo comunista que a finales de los 40 se opuso a la soviétización forzosa y violenta. Esto despertó esperanzas entre los húngaros y le dio popularidad como figura política hasta entonces poco conocida. Desde Moscú no estaban bien vistas las reformas sobre todo las de libertad de crítica. Después que lo destituyeron fue expulsado del Partido, aunque no fue detenido, ni condenado en las típicas purgas.

Al conocer las autoridades húngaras el levantamiento obrero polaco prohibieron las actividades de la oposición y se suspendieron los foros del Círculo Petöfi. Sin embargo, el “deshielo”⁸ de la Siberia stalinista ya no podía detenerse ahí. El movimiento de oposición siguió desarrollándose, y una intervención nueva de dirigentes de la burocracia hizo renunciar al muy odiado Rákosi y fue reemplazado por Ernö Gerö*, que no cambió mucho la situación. Las noticias de Polonia y del nombramiento de Gomulka por la misma Radio Europa Libre hacían que las críticas al régimen y las tensiones fueran en aumento. En Budapest, el 6 de octubre de 1956, decenas de miles de húngaros asistieron a los funerales que rehabilitaban la figura de László Rajk*, un ex ministro del Interior ejecutado por el stalinismo en 1949. Este tipo de demostraciones, participar en masa de la rehabilitación de los que fueron víctimas del stalinismo, parecía ser la forma de protesta contra la burocracia. La de Rajk fue liderada por Nagy y logró mantenerla dentro de los marcos pacíficos aunque por la masividad anticipaba los sucesos que vendrían.

Otros sectores más radicalizados de estudiantes e intelectuales eligieron empezar a actuar. El 16 de octubre los universitarios de Szeged

8. Se llamó “deshielo” al proceso de desestalinización realizado tres años después de la muerte de Stalin en el XX Congreso del Partido Comunista liderado por Nikita Krushev. Los mismos que habían sido sus colaboradores ahora denunciaban los crímenes de Stalin, que además ya habían sido denunciados por otros, especialmente por Trotsky y el trotskismo. En realidad la desestalinización fue un ajuste interno de grupos de burócratas rivales tras la desaparición del líder mayor del Kremlin.

formaron la Organización Unificada de Estudiantes Universitarios y de Institutos Superiores (MEFESZ)⁹. Luego, cada universidad e instituto superior de Hungría se afiliaban al MEFESZ formulando sus propias demandas. No sólo eran reformas estudiantiles y sociales, sino también manifiestos políticos, incluyendo el retiro de las tropas soviéticas, la exigencia de castigo a los culpables de crímenes y la convocatoria de nuevas elecciones.

Justamente fueron estos estudiantes de la Politécnica y los de Filología quienes participaron activamente de la manifestación del 23 de octubre, llevándola más allá de los objetivos con los que la había convocado el Círculo Petöfi. Los estudiantes querían hacer público el Manifiesto y solidarizarse con el pueblo polaco. Esta manifestación fue la que terminó siendo el inicio de la Revolución Húngara.

En ese mismo día los dirigentes del partido stalinista húngaro regresaban de negociaciones con Tito en Belgrado, Yugoslavia. Habían decidido impedir la manifestación “*¡Abriremos fuego, si es necesario!*” pero debido a que la protesta provenía de parte de grupos tan diversos como los estudiantes, la Asociación de Escritores, el Círculo Petöfi, e incluso instituciones tan vinculadas al Partido stalinista como

9. “*El 16 de octubre de 1956 algunos estudiantes universitarios de Szeged constituyeron un organismo independiente, la Organización Unificada de Estudiantes Universitarios y de Institutos Superiores (MEFESZ). Al cabo de pocos días, el alumnado de cada universidad e instituto superior de Hungría se afilió a MEFESZ, formulando sus demandas siguiendo el modelo de Szeged. Éstas contenían no sólo reformas estudiantiles y sociales, sino también manifiestos objetivos políticos, incluyendo la retirada de las tropas soviéticas, la convocatoria de nuevas elecciones y la exigencia de responsabilidades a los culpables. El 22 de octubre la Universidad Politécnica de Construcciones y Transportes de Budapest celebró el mitin más renombrado, que se dio en llamar el alba de la nueva historia de Hungría, por el manifiesto redactado al final del mismo. Los famosos 14 puntos (o 16, según otras versiones, reproducidos en La revolución húngara de los consejos obreros en la presente edición, NdE) de la Universidad Politécnica contenían reivindicaciones de oposición política (nombramiento de Imre Nagy como Jefe de Gobierno, convocatoria del congreso del Partido, revisión del sistema de la entrega forzada de productos agrícolas y el de las normas), pero mayoritariamente formulaban objetivos democráticos y nacionales (pluripartidismo, elecciones libres, libertades cívicas, independencia económica, restitución de las fiestas tradicionales y símbolos nacionales). Los puntos iban encabezados por la retirada de las tropas soviéticas. Los estudiantes de Politécnica y los de Filología organizaron una manifestación para el 23 de octubre, con el fin de hacer públicas sus demandas y expresar su solidaridad con el pueblo polaco” (János Rainer, 1956 *La Revolución Húngara en la historia de Europa* en www.mfa.gov.hu.)*

su propio diario y la Alianza Juvenil, la prohibición fue revocada.

Igualmente, para ese entonces, la manifestación ya estaba en curso y la cantidad de manifestantes iba creciendo vertiginosamente ya no sólo de estudiantes sino de obreros y de las masas de Budapest. Se dirigieron a la estatua de József Bem, un general polaco que luchó por la independencia de Polonia y Hungría en la guerra de 1848. Las consignas coreadas también iban creciendo en radicalidad "*Polonia nos da ejemplo, ¡Adelante por el camino húngaro!*", y luego "*¡Rákosi al Danubio, Imre Nagy al Gobierno!*", o reivindicaciones exclusivamente nacionales: "*Los que sean húngaros, que vengan con nosotros, ¡Rusos, a casa!*". Hasta que la juventud obrera comenzó a abuchear a los escritores que tendían a conciliar e intentaban calmar a la multitud, y la juventud avanzó quemando las banderas y los símbolos "soviéticos", como la estrella impuesta en su bandera nacional, llamaron a los soldados de los cuarteles a unirse y lanzaron las dos consignas que van a ocupar el centro de la escena, "*¡Huelga general!*" y "*¡Fuera los rusos!*".

Ya reunida una multitud en la plaza Kossuth, Nagy dirigió unas palabras a los manifestantes pero no fueron bien recibidas, porque habló tanto de las reformas que todos querían como también de conciliar, de buscar las vías de negociación y un reclamo de simples aclaraciones al partido. Muy lejos siquiera hasta de una política de reformas consecuentes. Luego llamó a que todos regresaran a sus casas.

Pero un grupo se dirigió a la radio de Budapest, donde ya por la tarde se habían concentrado otros manifestantes. Querían que el manifiesto de la Politécnica se leyera al aire, pretensión que los jefes de la radio rechazaron. Por el contrario, Ernő Gerő en su discurso a la noche y por esa misma radio condenó la manifestación por "nacionalista" y "contrarrevolucionaria". La respuesta fue el derrumbe de la gigantesca estatua de bronce de Stalin. A eso de las 21 horas, desde el edificio de la Radio dispararon contra los manifestantes que insistían en querer declarar por la emisora sus reivindicaciones. Ahora la respuesta de éstos fue diferente, ya no alcanzaba con tirar abajo símbolos y estatuas, fueron a buscar las armas que habían conseguido. Así la manifestación devino en sublevación armada o insurrección. Fue la policía política, la AVH¹⁰, la que tiró contra los manifestantes

10. En húngaro *Allam Védelmi Hatóság*, la temible policía política. En español ADE, Autoridad de Defensa del Estado.

y la juventud. Los armamentos para los obreros y los estudiantes provenían de las fábricas y depósitos militares¹¹. Más aún, algunos tanques del ejército húngaro, en total tres, que fueron enviados por el Gobierno terminaron del bando de los insurrectos, incluyendo a su propio comandante Pál Maléter*. Los tanques soviéticos entraron a Budapest al amanecer del 24 de octubre. La intención era usar la táctica “demostración temible”, adoptada con éxito durante el levantamiento de Berlín de 1953. Pero no resultó porque los ya varios miles de manifestantes que habían adquirido armas la noche anterior, entablaron una lucha en las calles.

Ese mismo día 24 había asumido Imre Nagy, y tras los enfrentamientos, intentó que los jóvenes entregaran sus armas, que se rindieran, prometiéndoles que la ley marcial no les sería aplicada. Los plazos se estiraron pero los combatientes nunca se rindieron. En esos días surgían los primeros Consejos Obreros, de Miskolc y Budapest, con el objetivo de dirigir las fábricas¹². También en estos organismos revolucionarios la juventud era mayoría, habían ganado prestigio y el respeto durante la resistencia de los años anteriores.

11. “... La mayoría de los participantes en la revuelta han dejado o abandonado sus armas. Cerca del 20 de noviembre, de acuerdo con la información de los camaradas Konev y Serov, fueron confiscadas a los rebeldes y a la población o abandonadas, la siguiente cantidad de armas: armas pequeñas, 181.766; ametralladoras, 3.172; varios morteros, 40 barriles y 64.000 granadas.” en *The 1956 Hungarian Revolution: A History in Documents*, 2002, Documento N° 9, Situation Report from Malenkov-Suslov-Aristov, 22 de noviembre de 1956, Central Committee of the Communist Party, en www.gwu.edu, The National Security Archive.

12. “*Todavía no tenemos un dato exacto del número de participantes activos en la revolución pero por ahora sabemos que habían 2.100 consejos obreros en el país con 28.000 miembros y un número estimado de miembros de comités revolucionarios locales que se acercan a varias decenas de miles*” [Rainer, M. J., *New findings on the 1956 Hungarian Revolution (Nuevos hallazgos sobre la Revolución Húngara de 1956)* en *The institute for the history of the 1956 hungarian revolution*, www.rev.hu, Studies, 1956]. Hay que tener en cuenta que en los comités o consejos participaban los delegados elegidos en las fábricas y establecimientos. Tomando una población que cómo máximo en aquella época llegaría a unos 10 millones de habitantes hay una proporción de un comité por cada 5 mil húngaros y al menos un miembro activo en ese consejo de cada 350 habitantes. Incluso es más estrecha la relación si consideramos sólo a los trabajadores. Es decir una proporción de representatividad directa mucho mayor que en cualquier democracia burguesa y hasta podríamos decir más que en muchos de los sindicatos que conocemos.

El 25 de octubre los soviéticos recuperaron el edificio de la Radio, pero los combatientes no depusieron las armas. En ese mismo día, frente al Parlamento los soldados soviéticos dispararon contra los manifestantes asesinando a casi cien e hiriendo a muchos. Esto sucedió en varias ciudades con el fin de aterrorizar, pero provocó una reacción aún más violenta de los manifestantes que lincharon con odio enfurecido a los mejores representantes de esos represores, los agentes de la AVH.

Los combatientes establecieron algunas bases en los distritos VIII y IX de Pest, así como en la plaza Széna y la rotonda Móricz de Buda. Atacaron a los tanques soviéticos durante sus movimientos en forma muy ingeniosa, causándoles pérdidas. Ponían en el camino de los tanques platos de metal dados vuelta de manera que parecían minas explosivas. Ante la duda, el tanque disminuía su velocidad, los combatientes aprovechaban para poner un hierro en las ruedas y así detener la marcha para luego treparse al vehículo y acertarle una molotov. La multitud armada estaba compuesta sobre todo por obreros, aprendices y alumnos de secundaria muy jóvenes, adolescentes o de apenas más de veinte años, entre ellos muchachas jóvenes. Por lo general, procedían de albergues de obreros y residencias estudiantiles de los barrios industriales más pobres de Budapest.

El ejército stalinista tuvo que irse derrotado, pero sólo será la primera batalla, todavía la guerra no había terminado.

Esta podríamos decir ha sido la primera fase de la Revolución Húngara. La segunda se extenderá hasta la nueva invasión del Ejército Rojo el 4 de noviembre. En ese corto período Imre Nagy, como primer ministro, desarrollará una política conciliadora con el poder "soviético" con el objetivo de avanzar con algunas reformas y tratar de reestablecer el orden. Esta meta era completamente utópica dado que las aspiraciones de las masas húngaras sólo podían conquistarse profundizando la revolución que ya había comenzado y luchando por su victoria. Los consejos obreros y los comités, ejerciendo un doble poder, presionarán constantemente sobre Nagy y su gobierno para que siga ese camino revolucionario.

Imre Nagy había conformado un gabinete con representantes de los partidos existentes al fin de la guerra, en 1945. Siempre bajo la presión de los consejos obreros y revolucionarios que reclamaban la

libertad de los partidos socialistas, el retiro de las tropas de la URSS, la ruptura del Pacto de Varsovia¹³ y la declaración de la neutralidad y otras importantes reivindicaciones, Nagy declara algunas concesiones y el inicio de negociaciones con la burocracia. Sin embargo la decisión ya había sido tomada y no era la de negociar sino derrotar la revolución al punto de terminar con el proceso que se había iniciado en Alemania del Este, tres años antes, y que cuestionaba el poder de la burocracia en los Estados obreros. No había posibilidades de desvíos como en el caso de Polonia, estaba en curso un proceso revolucionario más profundo que hacía peligrar la existencia misma de la burocracia. La caída del régimen de partido único junto al desarrollo de los consejos obreros, las ansias de independencia nacional que podrían desatarse también en otras naciones y nacionalidades oprimidas bajo dominio de la URSS ponían en peligro a la burocracia stalinista.

Los combatientes y los consejos obreros no depositaron confianza plena en el nuevo gobierno de Nagy, sobre todo en el retiro de las tropas rusas de Hungría y continuaron la Huelga General esperando que cumplieran las promesas. Se reformó sucesivas veces el gabinete del gobierno, mostrando por un lado su debilidad y por el otro, que sólo se disponía a ceder bajo presión extrema de los consejos revolucionarios, que de este modo ejercían un doble poder. El gobierno de Nagy era, podríamos decir, de tipo “kerenkista”¹⁴, como el surgido en Rusia durante la revolución de febrero de 1917 después de caída la autocracia zarista. Esta situación demostraba que Nagy y su gobierno no estaban del bando revolucionario. Ya en el último cambio de gabinete, fue nombrado János Kádár* como ministro de Estado y que quedará como primer ministro después de la segunda invasión del Ejército Rojo, la represión sangrienta y la derrota, demostrando que nunca había roto con el stalinismo moscovita.

Desde el 1 de noviembre se preparaban las maniobras del Ejército Rojo para entrar a Budapest. El gobierno de Nagy se limitó a pedir aclaratorias al embajador Andropov* (el mismo que años después será máxima autoridad en la URSS) y, aún peor, en los días subsiguientes

13. Tratado militar de los países del Glacis. Subordinado a la URSS, se formó en oposición a la OTAN en la Guerra Fría. Fue disuelto en 1991.

14. *Kerenkista* es un régimen o gobierno caracterizado por su debilidad e inestabilidad, por la crisis crónica y presionado por organizaciones de doble poder.

volcó sus fuerzas a negociar el retiro de las tropas al mismo tiempo que declaraba el abandono en forma unilateral del Pacto de Varsovia y se pronunciaba neutral. Con estos anuncios los Consejos Obreros de Budapest reunidos decidieron erróneamente confiar en el gobierno y levantar la huelga general. La iglesia católica saludó al gobierno, y el fin de la huelga, en especial el cardenal József Mindszenty*, quien había sido liberado de su prisión domiciliaria en medio de la revolución.

Finalmente, el entonces presidente de la KGB, el general Serov*, capturó a los húngaros que estaban negociando con los comandantes soviéticos de Tököl la retirada de las tropas, entre ellos al ministro de Defensa húngaro, el disidente general de división Pál Maléter.

En la madrugada del 4 de noviembre, el Ejército Rojo stalinista invade. Para ese entonces el mensaje radial de Imre Nagy fue lacónico y de derrota, luego del cual se refugió en la Embajada de Yugoslavia invitado por Tito.

La resistencia de los combatientes fue heroica contra un ejército altamente superior en su armamento. Pese a todos los esfuerzos fueron derrotados.

El intento de restaurar el sistema de consejos fracasó, pero aún en numerosas localidades los funcionarios elegidos durante la revolución permanecieron. Los focos de resistencia eran los Consejos Obreros, que Kádár se veía obligado a aceptar. A mediados de noviembre, surgió un centro reconocido por todo el país: el Consejo Obrero Central de Gran Budapest (KMT)¹⁵.

Carente de administración pública, organización de partido y de fuerzas armadas nacionales hasta principios de diciembre, Kádár tuvo que entablar negociaciones con los Consejos Obreros, aunque sin hacer auténticas concesiones, como se trasluce en el texto que publicamos sobre el Consejo Obrero Central. Allí también podemos ver, analizando el desarrollo de las negociaciones que este organismo llegó tarde para imponer su voluntad. El gobierno de Kádár fue puesto por la burocracia stalinista después de la derrota en las calles de Budapest.

15. Ver en la presente edición *Budapest 1956: El Consejo Obrero Central* de Balázs Nagy.

Faltó un partido revolucionario que ganara la dirección de los consejos y que condujera a las masas y su vanguardia revolucionaria a no depositar confianza en el gobierno reformista de Imre Nagy. Había que enfrentarlo y preparar su derrocamiento con un claro programa y estrategia revolucionaria que llevara adelante la insurrección para que la clase obrera tome el poder. Pero tal partido que cumpliera el rol del Partido Bolchevique en la revolución Rusa de 1917 no existía.

El 21 de noviembre, Kádár recurrió a la ayuda militar soviética para impedir la formación del Consejo Obrero Nacional.

A comienzos de diciembre se inició el último gran choque con el poder de Kádár. El estancamiento de las negociaciones y las detenciones, hizo que el Consejo Obrero Central convocara a una huelga general para los días 11 y 12 de diciembre. La respuesta fue la ilegalización de los Consejos Obreros, la instauración de la ley marcial y los campos de internación. Ya no había fuerzas para la resistencia. Nuevas oleadas de refugiados emigraban al oeste, mientras que los que se quedaban se enfrentaban con las represalias masivas.

La represión fue llevada adelante con una saña brutal que duró varios años. Después de que impusieron la ley marcial, en los tres años siguientes fueron ahorcados más de 230 húngaros que participaron de la revolución, inclusive Imre Nagy en junio de 1958¹⁶. Más de 20.000 fueron a parar a las cárceles y unos 13.000 internados. Los 200.000 que dejaron el país fueron la emigración más importante de la posguerra. Según el informe de Serov, ya para el 7 de noviembre tenían unos 4 a 5 mil prisioneros que habían empezado a distribuir por grupos, en distintas cárceles y hasta de diferentes países¹⁷.

16. Junto a Nagy, también serán ejecutados Pál Maléter, Miklós Gimes y József Szilágyi, luego de ser entregados por la embajada de Yugoslavia.

17. "7 de noviembre, durante nuestra conversación a cerca de la conexión de la línea de seguridad (VCH), el camarada Serov me informó que el número de detenidos llegaría de 4.000 a 5.000 personas. En esta conexión, tomé una decisión, junto con los representantes del ministerio del Interior de la RSS Ucrania, que además de la prisión de Uzhgorod, la prisión en Stryy, Dorogobich, Chernovsky y Stanislav deberían ser designadas como lugares de detención. Los detenidos comenzaron a llegar a la prisión de Uzhgorod el 8 de noviembre. Ese día, 22 personas llegaron de Debrecen y Miskolc. El 15 de noviembre de 1956, 846 arrestados habían llegado a la prisión de Uzhgorod (entre ellos 23 mujeres), 463 de los cuales fueron transportados a la prisión de Stryy, en la provincia de Drogobych. Subsecuentes grupos de recién llegados fueron dispersados a las prisiones Stanislav, Chernovtsy, y Drogobych. Los internos están en las mismas

QUÉ FUE LA REVOLUCIÓN HÚNGARA DE 1956

La Revolución Húngara de 1956 fue parte del proceso de revoluciones políticas del este europeo que manteniendo la expropiación de la burguesía, sus fábricas y sus tierras, intentaron poner la planificación de la producción y el destino de la nación en manos de la democracia más plena, la de los consejos revolucionarios. Y de este modo salvaguardar las relaciones de producción conquistadas regenerando el régimen político y el Estado. Una revolución que intentó derrocar a la burocracia para terminar con la dictadura stalinista y poner en pie un Estado obrero revolucionario que impidiera la restauración del capitalismo.

En su libro *La Revolución Traicionada* Trotsky especula sobre cómo sería el proceso después de una revolución política: *“Supongamos que la burocracia soviética es arrojada del poder por un partido revolucionario que tenga todas las cualidades del viejo partido bolchevique; y que, además, esté enriquecido con la experiencia mundial de los últimos tiempos. Este partido comenzaría por restablecer la democracia en los sindicatos y en los soviets. Podría y debería restablecer la libertad de los partidos soviéticos. Con las masas, a la cabeza de las masas, procedería a una limpieza implacable de los servicios del Estado; aboliría los grados, las condecoraciones, los privilegios, y restringiría la desigualdad en la retribución del trabajo, en la medida que lo permitieran la economía y el Estado. Daría a la juventud la posibilidad de pensar libremente, de aprender, de criticar, en una palabra, de formarse. Introduciría profundas modificaciones en el reparto de la renta nacional, conforme a la voluntad de las masas obreros y campesinas. No tendría que recurrir a medidas revolucionarias en materia de propiedad. Continuaría y ahondaría la experiencia de la economía planificada. Después de la revolución*

condiciones que los que están investigados. El mayor número de arrestos provienen de Budapest (548), Veszprém (90), Kaposvár (45), Szombathely (55) y Miskolc (20). Entre los arrestados hay un número sustancial de miembros del Partido de los Trabajadores Húngaros, de las fuerzas armadas húngaras, y jóvenes estudiantes, así como 68 menores nacidos entre 1939 y 1942, incluyendo 9 chicas”. The 1956 Hungarian Revolution: A History in Documents, 2002, Documento N° 8, Report by Soviet Deputy Interior Minister M. N. Holodkov to Interior Minister N. P. Dudorov, 15 de noviembre de 1956.

*política, después de la caída de la burocracia, el proletariado realizaría en la economía importantísimas reformas sin que necesitara una nueva revolución social.*¹⁸

Esta revolución política era una necesidad en la URSS, China o los Estados del este europeo porque mantenían una terrible contradicción. Que pese a todos los desastres del stalinismo, eran Estados Obreros porque habían expropiado a la burguesía. Es decir que había una conquista que preservar y por lo tanto era tarea de los revolucionarios derribar a la burocracia gobernante llevando adelante una revolución política. Inclusive en los Estados del Glacis que como vimos por su génesis padecían de una deformación burocrática.

Trotsky definió a la URSS como Estado obrero degenerado¹⁹ y planteó una perspectiva política alternativa que podemos aplicar también a los Estados obreros deformados: “*o bien la burocracia, convirtiéndose cada vez más en el órgano de la burguesía mundial en el Estado obrero, derrocará las nuevas formas de propiedad y volverá a hundir al país en el capitalismo, o bien la clase obrera aplastará a la burocracia y abrirá el camino del socialismo*”²⁰.

La Revolución Húngara por sus características tuvo rasgos de una revolución clásica, por su carácter obrero, el desarrollo de consejos obreros o soviets, la división y ruptura de las fuerzas armadas, pasando parte de sus tropas a las filas de la insurrección.

En todos los casos, las revoluciones políticas del este europeo, y la húngara que nos atañe en particular, comenzaron por las demandas democráticas, de libertades políticas de organización y crítica, contra las desigualdades sociales surgidas entre la burocracia y el pueblo, entre una casta con privilegios y el resto de la población, y en estos países ocupados por el Ejército Rojo la opresión que iba

18. Leon Trotsky, *La revolución traicionada*, Ediciones Crux, La Paz, capítulo IX “¿Qué es la URSS?”, pág. 222. También en *Naturaleza y dinámica del capitalismo y la economía de Transición*, ediciones CEIP, Bs. As., 1999, pág. 611.

19. La URSS era caracterizada como Estado obrero degenerado ya que surgió como Estado obrero revolucionario y después degeneró en su interior una burocracia como expresión de la contrarrevolución mundial.

20. El *Programa de Transición para la Revolución Socialista*, León Trotsky, Ediciones Crux, pág. 70. Este es el programa fundacional de la Cuarta Internacional en 1938, presentado en su congreso por el Socialist Workers Party norteamericano ha pedido del mismo Trotsky.

desde la expropiación de sus recursos naturales, de la producción de sus fábricas y campos, hasta en el terreno cultural, su lengua, su folklore nacional, sus símbolos y creencias. Una vez que estalló la revolución motorizada por los reclamos democráticos surgieron los consejos obreros y comités revolucionarios que iban tomando el control de las fábricas o inclusive de algunos territorios. El proletariado encabezaba la revolución y dirigiendo estos organismos mantenía la propiedad colectivizada, permitía y hasta garantizaba la libertad de tendencias políticas y de la prensa, expulsaba a los burócratas y a su “policía política”, liberaba a los presos políticos, y los combatientes llegaban a confraternizar con sectores de las tropas de las fuerzas armadas (húngaras y rusas) y en algunos casos hasta ganar divisiones completas como sucedió en Hungría.

Trotsky en el *Programa de Transición*²¹, en lo referido a la URSS para la época de transición plantea que un nuevo ascenso de la revolución seguramente comenzaría contra la desigualdad social y la opresión política. Contra los privilegios de la burocracia, la aristocracia soviética y sus rangos, contra los ritmos de trabajo, y por una mayor igualdad salarial. Evidentemente, los motores de la revolución en Hungría fueron encendidos con la lucha democrática y por esos objetivos.

Se comprueba que existe una tendencia general de las masas a rebelarse o insurreccionarse contra la burocracia de los Estados obreros en donde la opresión política y nacional actúa como un disparador y acelerador de la lucha de clases.

Era necesario expulsar del poder a la burocracia termidoriana²² que cada día contribuía a descomponer las bases socialistas de la economía acrecentando las posibilidades de la restauración capitalista.

Trotsky usa este término de la revolución francesa, el de Termidor, para significar que la reacción iniciada por la burocracia si bien no

21. Ídem, pág. 73.

22. Término derivado del Termidor de 1794 año de la Revolución Francesa. Éste fue el mes del nuevo calendario francés en que los jacobinos revolucionarios encabezados por Robespierre fueron derribados por un ala reaccionaria de la revolución que no avanzó lo suficiente, sin embargo, como para restaurar el régimen feudal. Trotsky utilizó el término como analogía histórica para designar la toma del poder por la burocracia conservadora de Stalin dentro del marco de las relaciones de producción nacionalizadas. (ver el ensayo de Trotsky, “El Estado obrero, termidor y bonapartismo”, en *Escritos 34-35*, Ediciones CEIP, Bs. As., 2000).

había retrotraído las relaciones de producción a la situación anterior a la revolución, lograba con su política bloquear el desarrollo del tránsito hacia el socialismo y comenzar así el degeneramiento que iría socavando las bases obreras del propio Estado.

Por acción de la burocracia en los Estados obreros deformados o degenerados, la transición del capitalismo al socialismo en vez de progresar en las transformaciones hacia la nueva sociedad, degeneraba cada vez más las bases de la revolución, incrementando las fuerzas sociales de la restauración.

El stalinismo con sus privilegios y las desigualdades sociales generaba un retroceso tal que creaba las bases materiales para el regreso del capitalismo. El derrocamiento de la burocracia como se estaba realizando en Hungría a partir de la revolución política tenía entre sus objetivos liquidar estas diferencias sociales y de este modo retomar el camino revolucionario.

Además durante el mismo proceso revolucionario las masas se propusieron mantener las formas sociales que habían conquistado. Esto se revela en varias de las resoluciones del Consejo Obrero Central o del Manifiesto de la Juventud que están publicadas en esta compilación en los trabajos correspondientes de Balász Nagy y Pierre Broué: “El 31 de octubre de 1956, por ejemplo, se realizó un mitin obrero al cual asistieron delegados provenientes de 24 grandes conglomerados (...) En este mitin se aprobó una resolución que a lo largo de nueve puntos estipulaba ‘los derechos básicos y las funciones de los consejos obreros’. El primer punto afirmaba: ‘La fábrica es propiedad de los obreros’, y el segundo sostenía que: ‘Se inviste a los consejos obreros elegidos democráticamente con el control total del conglomerado’ ”²³.

Aquí hallamos una comprobación de que pese a todas las deformaciones a la que habían llegado hasta ese momento los Estados obreros y en especial los del este de Europa la conquista que significaban los cambios en las relaciones de propiedad, aún vivían en la conciencia permitiendo que los trabajadores derroquen a la burocracia manteniendo las formas sociales alcanzadas²⁴.

23. Nagy, Balász, *Budapest 1956: El Consejo Obrero Central*.

24. Trotsky había previsto esta perspectiva con respecto a la URSS en *La revolución traicionada*, op. cit., capítulo IX, “¿Qué es la URSS?”, pág. 224: “... *La revolución social, traicionada por el partido gobernante, vive aún en las relaciones de propiedad y en la conciencia de los trabajadores*”.

A su vez la Revolución Húngara, como también sucedió en el resto del este europeo, sufrió la tragedia de la debilidad de las fuerzas del marxismo revolucionario.

Un aspecto subjetivo importante como es la existencia de partido revolucionario fue terriblemente débil. No existió ni un partido revolucionario ni el embrión de ese partido que como vanguardia conscientemente revolucionaria y organizada pudiera fusionarse con la clase obrera en todos aquellos consejos obreros y organismos revolucionarios que las masas construyeron y en ese camino efectivamente dirigir la lucha hacia el poder y el triunfo. Todo el esfuerzo y la enorme voluntad revolucionaria se perdieron en las ilusiones puestas en dirigentes reformistas o stalinistas reciclados, como sucedió en Hungría con Imre Nagy que llevaron la revolución a la derrota.

Un partido revolucionario no puede construirse durante el fragor de la revolución, debe existir aunque sea pequeño antes de la revolución. *“Sin duda que durante la revolución, es decir, cuando los acontecimientos cambian rápidamente, un partido débil puede volverse poderoso rápidamente, siempre que interprete correctamente el curso de la revolución y cuente con cuadros sólidos, que no se mareen con frases ni les aterrorice la represión. Pero este partido tiene que existir antes de la revolución, ya que el proceso de selección de los cuadros requiere un tiempo considerable del que no se dispone durante la revolución”*²⁵.

Esta falencia fue decisiva en el resultado de la revolución. Aún hoy la verdadera tarea de todo revolucionario es la construcción de ese partido.

Mientras el legado teórico y programático de Trotsky cobraba validez con la fuerza de la realidad de los hechos de aquel proceso de revoluciones políticas, el trotskismo no alcanzó a estar a la altura de los acontecimientos. No se puede pretender que con la debilidad que salió de la difícil prueba de la Segunda Guerra Mundial, sufriendo persecuciones y el asesinato de importantes dirigentes en manos del stalinismo, en campos de concentración nazis o por los ejércitos aliados, el movimiento trotskista pudiera tener peso responsable sobre el resultado de las revoluciones políticas.

25. León Trotsky, *La Revolución Española*, colección La Pluma, “Clase, Partido y Dirección”, pág. 146.

Sin embargo, estas revoluciones abrieron una crisis en los Partidos Comunistas de todo el mundo y en especial en Europa con la ruptura de intelectuales como fue el caso mismo de Peter Fryer, de Edward Thompson, o el de Christopher Hill en Inglaterra, junto con algunos miles de militantes, resultando un duro golpe en especial para el PC británico. También hubo importantes repercusiones en Francia. Una ubicación correcta del trotskismo en la perspectiva política que podría darse en la situación mundial al menos le habría permitido fortalecerse como corriente internacional ganando sectores no sólo de intelectuales sino también de estudiantes jóvenes y del proletariado de los países centrales desilusionados con el stalinismo.

En agosto de 1951, cuando el trotskismo realizó el Tercer Congreso Mundial de la IV Internacional, las naciones del Glacis fueron definidas acertadamente como “Estados obreros deformados”. En ese mismo congreso Michel Pablo (Michalis Raptis) uno de los principales dirigentes del Secretariado Internacional, sacó un documento en el que preveía una transición prolongada del capitalismo al socialismo, sobre todo porque la revolución se daba en países atrasados, legitimando así la estrategia de la burocracia stalinista. De esa forma para Pablo*, la burocracia, al ser hostigada permanentemente por el imperialismo, se vería obligada a defender los Estados obreros, lo que justificaría el ingreso de los trotskistas a los partidos comunistas con la supuesta perspectiva de poder actuar en los momentos en que el stalinismo practicara un giro a izquierda.

Dos años después, el trotskismo se dividiría entre los que rechazaban esta política y los que la pregonaban, justamente cuando empezaba el primer alzamiento contra la burocracia en Alemania en 1953²⁶.

26. “Las presiones del mundo surgido como resultado de los acuerdos de Yalta, actuaron sobre el movimiento trotskista dando lugar a su fragmentación en un ala stalinofoba -que adhirió al capitalismo de Estado o al colectivismo burocrático, alejándose tempranamente del trotskismo- y un ala que tenía expectativas en la autorreforma de la burocracia, expectativas que se veían alentadas por cada nueva ruptura en el aparato stalinista. Por ejemplo, frente a la revolución Yugoslava, el trotskismo supo reconocer correctamente el surgimiento de un nuevo Estado obrero, pero sembró ilusiones en la dirección de Tito por sus conflictos con Stalin”, “Del stalinismo a la restauración capitalista en la ex URSS”, Claudia Cinatti, *Revista Estrategia Internacional* N° 22, publicación de la Fracción Trotskista (Cuarta Internacional), pág. 157.

Las derrotas de las revoluciones políticas en Alemania oriental, Polonia y Hungría en la década del 50 y posteriormente en Polonia en los '70 y '80 abrieron el camino a la restauración del capitalismo.

Sobre esta derrota que significó la restauración, el imperialismo aún pretende quedarse con la historia de aquellos pueblos que como el húngaro lucharon contra el stalinismo. Busca hacer pasar el intento de revolución política por el inicio de la restauración capitalista²⁷.

Muy por el contrario, la Revolución Húngara fue la que alcanzó a mostrar en forma más desarrollada la lucha revolucionaria contra una burocracia que más tarde, en 1989, se pasaría abiertamente, con armas y bagajes, al bando del imperialismo y de la restauración. Aquí radica la importancia de esta revolución, y es parte del acervo revolucionario de la clase obrera mundial que demostró que además de tener la capacidad de tomar el poder como lo hizo en Rusia en 1917, también durante el siglo veinte, y pese a las derrotas que le imprimió el imperialismo con sus terribles guerras, enfrentó al stalinismo con las revoluciones políticas.

Elizabeth Ingrid Yang

27. "1956 fue un año de una indecible tragedia para el pueblo húngaro, pero 50 años después, desde un punto de vista histórico, vemos que 1956 fue también el comienzo de algo más grande, algo más allá de una promesa. En la Revolución Húngara, el mundo vio que la esperanza estaba viva detrás de la Cortina de Hierro. ... El gobierno liberal húngaro comenzó a realizar las metas que todos los húngaros habían añorado durante los oscuros días del comunismo: libertad y derechos humanos, las reglas de la ley y la equidad jurídica, la libre empresa y el crecimiento de la riqueza." Estas palabras son parte de un discurso de la Secretaria de Estado Norteamericana de la administración Bush, Condoleezza Rice, queriendo identificar la revolución con la restauración actual. En <http://condoleezzaonline.blogspot.com/>, 13 de febrero de 2006, "50th year of the Hungarian Revolution".

LA TRAGEDIA DE HUNGRÍA

1956

PETER FRYER

INTRODUCCIÓN¹

Existen en realidad dos tragedias húngaras.

Está la tragedia inmediata y desgarradora de la revolución de un pueblo -que se levanta contra la tiranía y la pobreza que han llegado a ser insoportables- que fue aplastada por el ejército del primer Estado socialista del mundo.

Yo estaba en Hungría cuando pasó todo esto. Vi con mis propios ojos que el levantamiento no fue organizado ni controlado por fascistas o reaccionarios, si bien es innegable que los reaccionarios trataban de hacerlo. Fui testigo de que las tropas soviéticas, empujadas a la batalla para hacer frente a la “contrarrevolución”, luchaban, en realidad, no contra los fascistas y reaccionarios, sino contra el grueso del pueblo de Hungría: trabajadores, campesinos, estudiantes y soldados. El ejército que liberó a Hungría en 1944-45 del régimen fascista alemán, que persiguió a los grandes terratenientes colaboracionistas y a los grandes capitalistas e hizo posible la reforma agraria y el comienzo de la estructura socialista tenía ahora que luchar contra los mejores hijos del pueblo húngaro.

Como mínimo murieron 20.000 húngaros, 3.500 rusos; hubo decenas de millares heridos; devastación de grandes zonas de Budapest; deportación en masa de patriotas húngaros; hambre hasta la inanición; la desesperanza se extendió ampliamente y hubo una quiebra virtual de la vida económica; un odio ardiente contra Rusia y todo lo ruso en los corazones de la gente, que durará por lo menos una gene-

1. Traducción al español publicada por Ediciones Antídoto, Bs. As., 1986, cotejada y mejorada con la versión inglesa de Peter Fryer, *Hungarian tragedy*, New Park Publications Ltd., Londres, octubre de 1986. Fue publicado por primera vez por Ediciones Dennis Dobson, Londres, noviembre de 1956.

ración; estos son los frutos amargos de la decisión de los líderes soviéticos de intervenir por segunda vez.

Existe también otra tragedia. También está escrita con sangre en las calles y plazas de Budapest. También ésta se puede leer en las líneas dibujadas por el dolor soportado por largo tiempo de los rostros de los ciudadanos húngaros; en la triste mirada de los niños que aplastan la cara contra las ventanillas de los autos occidentales y piden chocolate; en las lágrimas de hombres y mujeres a quienes se les ha prometido mucho y se les ha dado poco. Es la tragedia a largo plazo del fracaso completo, luego de ocho años de control absoluto del país por parte del Partido Comunista Húngaro, para dar al pueblo felicidad o seguridad, y la liberación de la necesidad o del miedo.

La mayoría de los húngaros, si bien no quieren la vuelta del capitalismo o el retorno de los terratenientes, hoy detestan, con justa razón, el régimen de pobreza, suciedad y miedo que se les ha presentado como comunismo. La responsabilidad de estas mentiras recae sobre los hombros de los líderes comunistas y, principalmente, sobre los de Rákosi, Farkas* y Gerö, que prometieron al pueblo un paraíso terrenal y le dieron un régimen policial tan represivo y reprehensible como la dictadura de preguerra del almirante Horthy. Se explotó, se maltrató y se les mintió a los obreros. Se explotó, se maltrató y se les mintió a los campesinos. Se oprimía a los escritores y artistas con las más rígidas camisas de fuerza ideológica, y se les maltrataba y se les mentía. Expresar ideas propias, hacer una pregunta torpe, aun hablar de cuestiones políticas en un lenguaje que no llevara la marca de la segura jerga monolítica familiar, era arriesgarse a caer presa de la extendida policía secreta. Esta organización bien paga tenía como fin, ostensiblemente, proteger al pueblo de los intentos de restaurar el capitalismo, pero, en la práctica, su rol era proteger el poder de la oligarquía.

A estos efectos utilizaba los métodos más abominables, induciendo la censura, el control severo, el encarcelamiento, la tortura y el asesinato. La tragedia era que tal régimen era presentado como una sociedad socialista, como una “democracia popular”, como un primer paso en el camino hacia el comunismo.

Los honestos comunistas de base, dentro de cuyo partido el reino del terror estaba en pleno auge, veían violados sus ideales y princi-

pios: se aprovechaban de sus sacrificios y su fe en los seres humanos era rechazada a favor de una burocracia sin alma que copiaba mecánicamente el modelo soviético y que sofocaba la iniciativa creadora de un pueblo que quería afirmar el socialismo. Los comunistas honestos, dentro y fuera de las cárceles de Rákosi, notaban que su partido se denigraba y que su ideologíaapestaba las narices de la gente común, a cuya superación habían dedicado sus vidas. No causa asombro que se unieran a la revolución del pueblo: no causa asombro que ayudaran a resistir la invasión soviética.

Existe aún otra tragedia, que este libro debe tratar ampliamente. Pero es una tragedia británica, no húngara. Es la tragedia de que nosotros, los comunistas británicos que visitamos Hungría, no hayamos admitido, aun para nosotros mismos, la verdad acerca de lo que pasaba: de que hayamos defendido la tiranía con todo nuestro corazón y nuestra alma. Hasta que el Vigésimo Congreso del Partido Comunista Soviético levantó a medias la venda de nuestros ojos, admitimos lo que llamamos ciertos “aspectos negativos del establecimiento del socialismo”. Confiábamos en que la crítica sana y la autocritica permitirían vencer esos “aspectos negativos”. Después del Vigésimo Congreso, nos permitimos hablar de “errores”, “abusos”, “violación de la legalidad socialista” y algunas veces, con gran osadía, de “crímenes”. Pero todavía éramos víctimas de nuestra propia ansiedad de ver edificada la sociedad nueva y brillante que tan desesperadamente queríamos ver en vida, y que nuestra propaganda nos decía que se estaba construyendo.

Cuando, en el *Daily Worker* de agosto pasado, revelé que el nivel de vida de Hungría había bajado desde 1949 y aventuré algunas críticas superficiales sobre ciertos aspectos no fundamentales de la vida húngara, el diario cayó bajo el fuego graneado de los funcionarios del Partido Comunista. El secretario del distrito Surrey se quejó de que tales artículos minaban la moral del Partido y hacían difícil vender el *Daily Worker*. El secretario del distrito nordeste me advirtió severamente: “Piense nuevamente, deje que la prensa capitalista tijerete y revuelva la suciedad y escriba con pasión y entusiasmo acerca de la nueva Hungría que tiene el privilegio de ver”. Dos meses más tarde tuve el privilegio de ver la nueva Hungría derrumbarse como un castillo de naipes tan pronto como su pueblo se puso de pie, y debo

reservar mi pasión y entusiasmo para los comunistas que lucharon por la libertad, la ganaron, y les fue arrancada de las manos por la intervención extranjera. La gloria es de ellos, no nuestra. Sí, nosotros, los comunistas siempre tenemos razón, conocemos todas las respuestas. De no ser así es porque nuestro interlocutor tiene bajos motivos y... ¿ha dejado de pegar a su mujer? Nosotros somos los líderes. Nosotros estamos haciendo historia. Pero aquí se estaba haciendo historia en una forma que ninguno de nosotros había previsto. Nuestras teorías preconcebidas se derrumbaban de la noche a la mañana. Aunque sea doloroso, si somos realmente marxistas debemos ser suficientemente valientes como para revisar nuestras teorías. No debemos tratar más de retorcer, estirar o mutilar los hechos para acomodarlos al hecho procusteano de las fórmulas de los libros de texto o de la política soviética.

Conozco a un ex comunista -que, disgustado, dejó el Partido- que se impactó por lo que encontró durante una larga estadía como periodista en Europa Oriental. Al regresar a Inglaterra visitó a Harry Pollitt, entonces Secretario General del Partido Comunista, y le expuso cuanto lo había perturbado, la respuesta de Pollitt fue: "Mi consejo es que se calle la boca". Ha pasado el tiempo en que los comunistas siguen tal consejo. Nunca más cerramos la boca. El *Daily Worker* me envió a Hungría y luego censuró lo que escribí. Mucho de lo que escribí fue sustraído de la vista de mis colegas. Tanto como comunista, cuanto como ser humano, considero mi deber decir la verdad acerca de la Revolución Húngara. Creo que esto ayudará a lograr la imperiosa redención y el renacimiento del Partido Comunista Británico que, por mucho tiempo, ha traicionado los principios socialistas y alejado a algunos de sus mejores miembros por defender lo indefendible. Este es el porqué de este libro.

1. LLEGADA A HUNGRÍA

Una niña desnuda surgía, como Venus, de las aguas azul lechosas del lago Balaton. Su cabello rozaba los racimos de uvas dulzonas, a la orilla del lago, en Badacsony. Se revelan más uvas detrás de su cabeza, en Eger y Tokay, enmarcando el alto horno de Miskolc.

Fastuosas caídas de telas, que representaban los trabajos textiles de Szeged, llegaban hasta el pie de la milenaria catedral de Pécs, que tiene cuatro torres. En el medio, los campesinos bailaban en trajes típicos; otros, en ropas de trabajo, manejaban tractores; los deportistas, la valentía húngara; los trenes entraban o salían a escape de Budapest. A un lado del mapa pictórico había dos pioneros idealizados, ceñidos con una banda roja: solemnes niños angelicales tocando largas trompetas. Y rodeándolo y por encima, una enorme leyenda daba la bienvenida a la República del Pueblo Húngaro, al visitante extranjero; junto a ella, aparecía el escudo de armas de la República, cuyas partes principales son un martillo y una espiga de trigo, en cruz, y, en la parte superior, una estrella roja de cinco puntas. Era sobre esta estrella roja que el soldado estaba trabajando.

Silbaba alegremente entre dientes mientras se inclinaba con su uniforme, que no era de su medida, y de modelo muy similar al del Ejército Soviético. Estaba absorto en su tarea de remover la estrella roja con una lima. No era tarea fácil ya que el mosaico estaba adherido fuertemente a la pared, había sido colocado para que permaneciera allí. Pero, eventualmente, la estrella roja cedió. Guardando la lima en su bolsillo, el joven soldado redujo el pedazo de piedra a polvo con el taco y se alejó.

Otra estrella roja ofreció menos resistencia: un grupo de soldados bajo de un tirón la bandera húngara roja, blanca y verde, cortó cuidadosamente el escudo de armas del centro y volvió a izarla.

Era la estación fronteriza de Hegyeshalom, en la mañana del sábado 27 de octubre. La Revolución Húngara no tenía todavía cuatro días. Desde su estallido en Budapest, la noche del 23 de octubre, se había ido extendiendo por las provincias inconteniblemente, como un mar embravecido, y me encontraba ahora ante las olas de la revuelta que lamían ya la frontera misma. Del otro lado del camino, detrás de las listas rojas, blancas y verdes de la barrera, había un pequeño ejército de periodistas acalorados y encolerizados -en su mayor parte austriacos, ingleses y alemanes- a quienes la policía fronteriza austriaca trataba de calmar. Tenían autos pero no visas y, en esta etapa, las autoridades austriacas no dejaban entrar a periodistas sin visa. Todos nosotros ansiábamos llegar a Budapest. A través de la barrera nos compadecíamos mutuamente. Garabateé un telegrama

para enviar a Viena, al *Daily Worker*, anunciando que me encontraba en territorio húngaro e intentaba avanzar hacia la capital.

Yo estaba todavía aturdido y, debo confesarlo, un poco temeroso. Mi ingenua expectativa de que tan pronto como llegara a Viena -o, en el peor de los casos, a Hegyeshalom- sería llevado a Budapest, sin más trámite, como huésped de honor que había sido en julio, no se cumplió. Mi anuncio de que era el corresponsal en Londres del diario del Partido Comunista *Szabad Nép* (que significa *Pueblo Libre*) y el corresponsal especial del *Daily Worker* aquí en Hungría, fue recibido por los soldados y oficiales de la aduana con total indiferencia. Se dijeron entre ellos que yo era un periodista comunista, pero me dieron frazadas y me dejaron dormir en el sofá de la sala de recepción; a la mañana siguiente me dieron café y, simplemente, se sonrieron cuando dije que no tenía dinero húngaro para pagar. Sin embargo, cuando pregunté si era posible llamar por teléfono a Budapest o Győr, para pedir que me enviaran un auto, me dijeron de manera cortante que había una revolución en curso, y que tanto autos como teléfonos eran requeridos para otros fines.

Recién cuando llegó la mañana a los desolados campos rasos e hice un reconocimiento de mi situación me di cuenta que los soldados no llevaban los distintivos en su gorra. Estaba en manos de tropas que, las llamara uno revolucionarias o contrarrevolucionarias, se habían levantado contra el gobierno húngaro. No podía regresar, o si lo hacía, no se me permitiría entrar nuevamente a Hungría con mi visa para una sola visita, y mi misión se terminaría antes de haber comenzado. No podía seguir adelante por falta de medios de transporte. No podía permanecer donde estaba pues lo único que podían darme era café y yo estaba desesperadamente hambriento. Lo único que restaba era permanecer allí, con la esperanza de que algún otro periodista, con lugar en su coche, cruzara la frontera durante el día.

Evoqué amargamente el optimismo del joven de la embajada húngara en Eton Place, quien me aseguró al darme mi visa -"expedida según las instrucciones personales del camarada Imre Nagy" dijo- que Budapest sabía que yo me dirigía allí; todo estaba arreglado. Todo lo que tenía que hacer, si no había avión desde Viena, era ir a la sede diplomática húngara "y le dan toda clase de asistencia". Fue

por eso que tenía solamente diez libras conmigo. En Budapest tenía amigos y dinero en el banco. Y aun si los aviones entre Viena y Budapest estaban suspendidos, ¿qué más fácil para la sede diplomática de Viena que enviarme a la frontera en un auto? ¿Y qué más fácil para Budapest que enviar un auto a buscarme? Sólo el día anterior el *Daily Worker* había asegurado a sus lectores que “el gobierno es dueño de la situación”, que “la situación se afirma constantemente”.

Había pasado la mayor parte de cinco horas en la embajada en el Bank Gasse de Viena. Se mostraron simpáticos y amables. Pero no podían llamar por teléfono a Budapest; las comunicaciones se habían interrumpido a medianoche. No me podían facilitar un auto y -con mucho pesar- no me podían prestar dinero. “Si usted quiere ir a Budapest, no podemos detenerlo”, dijeron. “Pero no podemos ayudarlo”.

Jeffrey Blyth, del *Daily Mail*, se encontraba entre los periodistas que solicitaban una visa en el Bank Gasse. Se veía resplandeciente con sus finas ropas nuevas. Había volado repentinamente desde El Cairo y había tenido que volverse a equipar para el frío otoñal de Viena. Pero el reacondicionamiento para la asignación de Budapest, no había sido solamente de sastrería. Me contó como los periodistas británicos, incluyendo a su propio colega Noel Barber, habían alquilado en Viena autos a precios fabulosos, para el azaroso recorrido de ciento sesenta millas hasta Budapest; algunos directamente hasta los habían comprado. Imaginé la mirada sobresaltada en el rostro de David Ainley, el secretario del *Daily Worker*, si yo telegrafiaba pidiendo dinero para comprar un auto. De manera que acepté con gratitud el ofrecimiento de Blyth de llevarme hasta Hegyeshalom, donde él debía encontrar a Barber y recoger su informe. Barber había hecho solo el camino a Budapest, donde consiguió entrar, la noche anterior, y tal vez me llevara de vuelta con él. Pero Barber salía para una gira por la Hungría Occidental cuando lo encontré. Su tremendo coraje le ganó más tarde una seria herida en el cráneo debida a balas soviéticas que lo mantuvo en grave peligro por muchos días, en el hospital.

Fue así que Blyth y yo partimos de Viena en medio de una llovizna y alcanzamos Nickelsdorf, el puesto fronterizo austriaco, cerca de las veintiuna horas. Estaba lleno de periodistas y hombres de la Cruz Roja. Dentro de la sala de guardia una excitada joven gritaba por

teléfono algo como: “Doscientos heridos; necesitan desesperadamente plasma y cualquier otra cosa que puedan enviar”.

-¿De Budapest? -preguntó un acosado oficial austriaco tomando el pasaporte que le alcanzaba, y haciendo un ademán hacia su sello de goma.

-No -dije-, hacia Budapest. Me miró consternado.

-No podrá llegar a Budapest -dijo un joven.

-Lo intentaré -repliqué.

-Lo matarán -dijo él. -Se está suicidando.

Tomó algunos minutos convencerlos de que estaba decidido. Echaron una mirada intensa a mi visa húngara, sellaron mi pasaporte con pesar, y enviaron a dos soldados armados con rifles para que nos acompañaran durante el viaje; una escolta a lo largo del camino que atravesaba la tierra de nadie, y que conducía a Hegyeshalom en medio del desierto oscuro y húmedo. Al bajar del auto los soldados austriacos estrecharon mi mano. Estoy seguro que pensaron que estaba loco.

Una vez más estaba en el primer país extranjero que había visitado, un país cuya gente yo amaba y en cuyo territorio me sentía seguro y entre amigos. Un país donde todos mis símbolos privados de los últimos catorce años, sobre todo la estrella roja de la Unión Soviética, eran las insignias oficiales. Un país donde “nosotros” teníamos el poder. Un país donde se estaba construyendo una nueva vida, donde los trabajadores tenían el mando, donde -como Rákosi había dicho cinco años atrás- “La herencia del pasado maldito ha desaparecido” y “nuestro pueblo trabajador espera con calma el mañana y levanta con éxito su libre país socialista, de acuerdo a un plan, en el conocimiento seguro de un futuro mejor”.

Me estaba reservado un amargo despertar.

2. MAGYARÓVÁR

La barrera se levantó a media mañana, un auto entró y se detuvo frente a la aduana. Dentro iban hombres de la Cruz Roja Alemana y periodistas alemanes. El auto estaba lleno de alimentos y medicinas; algo había pasado en la ciudad de Magyaróvár, situada a diez minutos por el camino principal hacia Győr. No sabían qué era, pero se

informó que había muchos heridos. Intentaban dejar estos suministros en Magyaróvár y luego tratar de entrar en Budapest para ver qué se necesitaba allí. Pedí que me dejaran lugar en el auto y ellos estuvieron de acuerdo en llevarme. Pronto íbamos a toda marcha a través de Kis Alföld, la pequeña planicie de Hungría, una campiña de tierras segadas, tan monótonamente plana como mi Holderness natal y este era el único aspecto reconfortante de esa zambullida en lo desconocido. En la villa de Hegyeshalom, a pocos minutos de marcha, los adultos clavaron la vista en nuestro auto y los niños saludaron con la mano. Pero no había por allí mucha gente. En Magyaróvár las calles estaban abarrotadas y la gente que trataba de hablarnos en alemán, inglés o francés rodeó el auto inmediatamente.

En el aire del pueblo había una gran tensión, como si hubiera sucedido algún cataclismo. Era la misma sensación que se extiende sobre un pueblo minero británico cuando algún desastre precipita a las multitudes al abismo. Algunas mujeres lloraban. Nadie sonreía. Por las frases entrecortadas supimos que el día anterior la policía secreta había disparado contra una manifestación. El resultado era ochenta muertos y entre cien y doscientos heridos. Debíamos ver los cuerpos de aquellos que habían sido asesinados, pero lidiamos primero al Comité Revolucionario que sesionaba en el Municipio.

En casi todas las casas, la bandera tricolor húngara y la negra de luto flameaban una al lado de otra. En cada ojal, junto al distintivo rojo, blanco y verde, aparecía un trocito de cinta negra.

El comité revolucionario nos recibió con gran cortesía. Se había establecido después de los acontecimientos del día anterior y estaba en sesión permanente, organizando principalmente las reservas de comestibles y tomando contacto con el comité similar de Győr, la ciudad condado. Los veinte miembros del comité revolucionario eran locales: ninguno podía ser llamado emigrado. Algunos eran comunistas, pero comunistas de base, no cuadros ni dirigentes. ¿Qué había pasado con los cuadros? “El secretario del partido era un matón pero no un criminal. Le dijimos que se fuera a casa y se quedara allá”.

La mayor parte de los integrantes del comité eran antiguos miembros del Partido Socialdemócrata que, por una u otra razón, habían abandonado la actividad política desde que el Partido Comunista y el Partido Socialdemócrata se habían fusionado en el Partido de los

Trabajadores Húngaros en junio de 1948. Magyaróvár, cuya población de 22.000 habitantes estaba integrada casi en su totalidad por la clase trabajadora, había elegido un consejo con una mayoría socialista en 1945. Pero la iniciativa creadora de la gente y su deseo de impulsar el socialismo luego de la fusión de los dos partidos fueron sofocados. No eran consultados ni tenían parte en la administración de sus propios asuntos. Los amos del partido gobernaban al pueblo emitiendo órdenes. El sentimiento de que la ciudad y sus fábricas pertenecieran al pueblo, o de que el partido era una organización del pueblo no existía, a pesar de toda la propaganda sobre el socialismo. “Se permite la entrada solamente por asuntos oficiales”, decía un cartel en los cuarteles generales del partido. ¿Hacia dónde podía la gente volverse en su pobreza? Los sindicatos eran una farsa; estaban dominados por títeres del partido. Y existían no para proteger y mejorar los sueldos, sino para “movilizar” a los trabajadores a incrementar la producción. Ya no eran un instrumento del pueblo trabajador sino un instrumento del Estado. Magyaróvár era una ciudad pobre. Su pobreza no se hacía más soportable por el barniz del socialismo: la estrella roja, las frases hechas, los retratos de Lenin, Stalin y Rákosi (hasta hace poco tiempo), la expresión *elvtárs* (“camarada”), y las manifestaciones obligatorias del primero de mayo. Al pueblo se le había prometido, una vida mejor y él estaba dispuesto a cooperar en el mayor grado para conseguirla. Pero la vida empeoraba en lugar de mejorar. Los ciudadanos sabían por experiencia personal que la propaganda del *Szabad Nép* y de la radio era toda hipocresía.

Esta fue la historia que el comité revolucionario me contó; y los viejos socialistas entre ellos, hombres que recordaban como era todo antes de la guerra, eran los más vehementes y apasionados en su denuncia del “socialismo” que les había sido encargado a sus compatriotas en los últimos ocho años. “Han sido ocho años de infierno”, decían.

Empezaron a hablar de los hechos del día anterior. Las noticias de la lucha en Budapest se habían extendido por las fábricas y calles el miércoles y el jueves. El viernes toda la ciudad estaba en efervescencia y, alrededor de las diez de la mañana, la gente tomó las calles en una demostración espontánea. Estaban indefensos y en ese momento no querían armas. Sus únicas armas eran las banderas rojas, blancas y verdes, y burdos carteles improvisados con las dos demandas

fundamentales del levantamiento nacional: “Que termine la ocupación Roja” y “Que la AVH sea abolida”. Había cinco mil personas en la demostración incluyendo ancianas y ancianos, jovencitas de la fábrica de aluminio, mujeres con sus niños en brazos y escolares. Cantando el himno nacional húngaro marcharon por la ciudad en la primera demostración espontánea desde 1945. Iban en forma pacífica, excepto cuando arrancaban las estrellas rojas que encontraban a su paso. Esto no era una expresión de deseo de restaurar el capitalismo. Expresaban su deseo de que la ocupación soviética llegara a su fin, de que desaparecieran los símbolos soviéticos con que se los había alimentado en lugar de pan, y de que silenciaran las vacías frases hechas que habían aturcido sus oídos en lugar de la verdad.

Esa multitud pacífica llegó hasta los cuarteles generales de la AVH donde una gran estrella roja se distinguía contra el cielo. “Bajen esa estrella”, rugieron.

La respuesta fue una ronca voz de mando, el tableteo de las ametralladoras, la masacre de los que estaban en las primeras filas; luego, los gritos de los heridos.

No hubo ninguna advertencia, no se leyó ningún Riot Act² porque Hungría no tiene ningún Riot Act. Ni siquiera hubo una descarga inicial al aire o por sobre las cabezas de la gente. En el comando de la AVH el teniente József Stefko, con dos ametralladoras escondidas detrás de las ventanas, enviaba balas al grueso de la multitud. Los hombres de la AVH también arrojaban granadas de mano. El fuego duró cuatro minutos y algunos de los heridos fueron nuevamente baleados por la espalda al tratar de escapar arrastrándose. Entre las víctimas había hombres y mujeres, estudiantes y trabajadores y hasta criaturas de 18 meses de edad.

Nada pudo ahora contener a la multitud que corrió hacia las barracas del ejército a relatarles los sucesos a los soldados. Sin dudarlo, los soldados abrieron la armería y le dieron las armas al pueblo. Hubo una feroz batalla por los cuarteles de la AVH, en cuyo trans-

2. La ley de orden público (Riot Act) fue votada por el Parlamento del Reino Unido en 1715, frente a los numerosos alzamientos. El acta castigaba como un crimen serio que doce o más personas reunidas rechacen dispersarse una hora después de dada la orden por un magistrado. Aunque fracasó en el control de una serie de manifestaciones, recién fue derogada en 1973 (NdE).

curso fue muerto uno de los cuatro oficiales allí destacados. Otro fue capturado y linchado y los otros dos fueron llevados al hospital heridos. Uno de éstos había muerto durante la noche y el otro, el teniente Stefko, estaba allí todavía; la multitud se había reunido en las puertas del hospital y pedía que se le entregara para juicio sumario.

Una vez que habíamos escuchado esta historia, el comité revolucionario insistió en que los periodistas alemanes e ingleses salieran al balcón y se dirigieran a la multitud y luego visitaran el cementerio para ver por sí mismos las víctimas de la atrocidad. Se nos procuraron intérpretes y enfrentamos una multitud de varios cientos de personas: soldados, obreros, estudiantes y mujeres. El alemán dijo simplemente que la ayuda médica estaba en camino desde Alemania Occidental. Yo no sabía qué decir; mi corazón estaba demasiado oprimido como para hacer más que decirles que el pueblo británico no tenía todavía noticias fidedignas de lo que estaba sucediendo en Hungría; que me iba a ocupar de decírselo tan pronto como fuera posible y que estaba seguro que también desde Inglaterra, la ayuda médica estaría en camino en cuanto las noticias se difundieran. He tratado de mantener mi promesa de decir la verdad, hecha ese día en que la bandera negra que colgaba del balcón del municipio flameó contra mi rostro y los rostros de la gente, golpeados con un dolor que iba más allá de las palabras, combinados borrosamente ante mis ojos. Me interesaría saber lo que J. R. Campbell, editor del *Daily Worker* o Mick Bennet, editor asistente, o George Matthews, secretario asistente del Partido Comunista -que suprimieron el informe que escribí acerca de Magyaróvár-, hubieran dicho a la gente de esa ciudad si hubieran estado en mi lugar. ¿Hubieran insultado su dolor con advertencias acerca de la “contrarrevolución”, o les hubieran dado un sermón sobre el “Terror Blanco”³? ¿Se hubieran dirigido a ellos en los términos omniscientes y altivos del editorial del *Daily Worker* del día anterior, el día en que tuvo lugar este abominable asesinato en masa?

“Lo que ha pasado en Hungría en estos días no ha sido un levantamiento popular contra un Gobierno dictatorial. Ha sido un esfuerzo organizado y planeado para derrocar por medios violentos

3. *Terror Blanco*: terror ejercido por la contrarrevolución (NdE).

y antidemocráticos a un gobierno que estaba en proceso de realizar importantes medidas constructivas.”

Y cuando hubieran sido llevados a ver los muertos, como me sucedió a mí, ¿cómo los hubieran descrito? ¿Cómo fascistas? ¿Reaccionarios? ¿Contrarrevolucionarios? Me gustaría saberlo.

En una procesión lenta y silenciosa nos llevaron a lo largo de una avenida de plátanos hacia la capillita y la morgue del cementerio de la ciudad. Cientos de personas iban con nosotros; pasamos muchos más que volvían luego de identificar a parientes o novios o amigos, o de haber rendido homenaje a compañeros de trabajo, o de estudio, muertos. Algunos rostros eran compuestos y severos, otros estaban contorsionados por el llanto, y yo mismo lloré cuando llegamos a la capilla y a la morgue. Los enlutados nos abrieron camino y con suavidad nos empujaron hacia el frente de modo que pudiéramos ver, y saber, y decir lo que habíamos visto. Los cuerpos yacían en filas; la sangre seca todavía cubría sus ropas. Algunos tenían pequeños ramilletes de flores sobre el pecho. Había muchachas que no podían haber tenido más de dieciséis años. Había un niño de unos seis años. Ya en el ataúd, ligeramente amortajado yacía el cadáver de un niño de dieciocho meses. Después de once años de “democracia del pueblo” había resultado esto: que la policía de seguridad estaba tan alejada del pueblo, era a tal punto su enemiga, era tan viciosa y tan brutal que volvía sus armas contra una multitud indefensa y asesinaba a las personas que se suponía eran dueñas de su propio país.

No quería oír o ver más. Pero me forzaron. Durante varias horas estuve en la entrada del cementerio, cercado por una gigantesca multitud y por los intérpretes que se adelantaban a traducir al inglés o al francés. Ese día solamente debo haber hablado con más de cien personas. Todas pertenecían, evidentemente, a la clase trabajadora. Todas contaban más o menos la misma historia. Me decidí a interrogar a cada uno de los que se declaraban testigos de la atrocidad. No quería creer lo que me decían, pero sus historias coincidían en cada detalle importante. En particular buscaba asegurarme que los manifestantes no habían llevado armas, y que las armas que habían obtenido posteriormente se las habían dado los soldados. Las respuestas que recibí sobre estos puntos eran completamente convincentes.

Pero la muchedumbre también me hablaba de su vida en una pequeña ciudad industrial, de los largos años de pobreza aplastante, sin esperanzas de mejoras, de su odio y temor a la AVH, “Yo gano setecientos forintos por mes”, dijo uno. “Yo gano sólo seiscientos”⁴, dijo otro. Estaban mal vestidos, las mujeres y jovencitas haciendo esfuerzos patéticos para lograr alguna pálida sombra de elegancia. Me hablaron de los hombres de la AVH “eran bestias, brutos, animales, que se habían vendido a los rusos”. “Se llamaban húngaros y ametrallaban a nuestro pueblo sin dudarle un instante”. “No dejaremos vivo uno solo de esos cerdos, ya verá”. Me preguntaban qué estaba haciendo el Occidente para ayudar y algunos directamente pidieron armas. Por lo menos yo no los considero contrarrevolucionarios. Si después de once años, la clase trabajadora agujoneada más allá de lo soportable, busca socorro en el Occidente, ¿de quién es la culpa? Si los norteamericanos son culpables de incitar contrarrevoluciones mediante un Pacto de Seguridad Mutua, con toda seguridad los Rákosis y los Gerös son cien veces más culpables por proporcionar el suelo en que puedan crecer las semillas sembradas por los norteamericanos.

Hubo un movimiento general en dirección al hospital, donde se había reunido una inmensa multitud que clamaba a cada minuto con más insistencia para que se le entregara a Stefko. El periodista alemán y yo fuimos admitidos en el hospital donde conocimos a la esposa del director y a una mujer de habla francesa que se había ofrecido para ayudar como enfermera. Fue aquí que tuve por primera vez cifras razonablemente exactas del número de heridos. Se habían llevado allí ochenta, de los cuales once habían muerto y cerca de ochenta habían sido llevados al hospital de Győr. Había necesidad urgente de plasma y otros medicamentos para salvar vidas, y era también necesario, dijo la esposa del director, terminar con el tumulto de afuera. Una diputación del comité revolucionario se entrevistó con su marido para pedir que Stefko fuera entregado al pueblo.

4. En la tasa de cambio oficial, 600 forintos valen aproximadamente £ 18, en la tasa de cambio turística £ 9. El poder adquisitivo está probablemente entre £ 12- £ 14, pero se debe recordar que los alquileres son por lo general inferiores en Hungría que en Gran Bretaña. El salario medio en Hungría antes de la revolución estaba entre 900 y 1.000 forintos por mes, lo que equivaldría a £ 25.

Pocos minutos más tarde el director fue forzado a entregarlo y vimos salir de una barraca en los terrenos del hospital una camilla llevada por cuatro hombres. En ella yacía Stefko, que vestía una camisa azul. Sus piernas estaban cubiertas por una frazada. Su cabeza estaba vendada. Pasó tan cerca de mí que hubiera podido tocarlo. Estaba completamente consciente y sabía muy bien lo que le iba a pasar. Volvía la cabeza salvajemente de un lado a otro y había saliva en su boca. Cuando la multitud vio aproximarse la camilla, lanzó un aullido de escarnio y furia y odio. Se treparon a la verja de alambre, lo escupieron y le gritaron “asesino”. Empujaron con todas sus fuerzas el doble portón y lo arrollaron, la camilla fue arrojada y la multitud cayó sobre Stefko pateándolo y pisoteándolo. Los parientes de aquellos que él había asesinado fueron, según me dijeron, los primeros en el linchamiento. Pronto todo había terminado. Tomaron el cuerpo y lo colgaron por los tobillos” durante un corto tiempo, de uno de los árboles de la calle Lenin. Diez minutos más tarde sólo unas pocas personas quedaban fuera del hospital.

Escribí más tarde mi primer informe que no se publicó: “Tras once años de continuos errores de los líderes comunistas, la brutalidad de la policía de Seguridad del Estado, la burocracia y la mala administración extendidas ampliamente, las torpezas, los métodos arbitrarios y las mentiras, han conducido a un colapso total. Ésta no fue una contrarrevolución organizada por fascistas y reaccionarios. Fue un levantamiento en masa, en el que los comunistas de base tomaron parte contra una dictadura política disfrazada como sociedad socialista; una dictadura política respaldada por el poderío soviético militar.

Soy el primer periodista comunista del extranjero que visita Hungría desde que comenzó la revolución. Y no titubeo en cargar la culpa de estos terribles hechos sobre los hombros de aquellos que dirigieron el Partido Comunista Húngaro durante once años hasta, e incluyéndolo, Ernő Gerő. Transformaron lo que podía haber sido un ejemplo sobresaliente de la democracia del pueblo en Europa en una espantosa caricatura del socialismo. Crearon y entrenaron una policía secreta que torturaba a todos los que osaban levantar la voz contra las injusticias, tanto comunistas como no comunistas. Era una policía secreta que en estos últimos días espantosos volvió las armas contra la gente de quien se suponía era la defensora”.

Escribí esto bajo el impacto inmediato de una experiencia perturbadora y demoledora, pero no retiro una sola palabra. La mayor parte del resto del informe no se recibió nunca en Londres, ya que cortaron la comunicación al cabo de veinte minutos y los primeros diez habían sido ocupados por tres personas diferentes que me daban instrucciones contradictorias sobre la “línea” a seguir. Mick Bennet insistió en leerme un largo extracto de una resolución del Comité Central del Partido de los Trabajadores Polacos Unidos. Ya había tenido bastante de esas resoluciones. Había visto adonde habían llevado a Hungría once años de terror y estupidez, y quería contarles a los lectores del *Daily Worker* la simple verdad desnuda, por dolorosa que fuera. Pero a los lectores del *Daily Worker* no se les iba a contar la verdad. Al día siguiente de enviar este informe leían solamente algo sobre “bandas de reaccionarios” que “golpeaban a muerte a los Comunistas en las calles” de Budapest. El diario admitía de pasada que “algunos informes sostenían que se habían matado solamente a determinados representantes de lo que “había sido la Policía Secreta”. Al día siguiente, Hungría desaparecía por completo de la primera página del *Daily Worker*.

Por muchos años me había opuesto, en lo que escribía y decía y en mi corazón, a los crímenes del imperialismo británico en las colonias. En Magyaróvár, el 27 de octubre, hice votos que en el futuro me opondría con igual pasión y energía a los crímenes cometidos por aquellos que se llaman a sí mismos comunistas; crímenes que empañan una causa noble y humanitaria.

3. EL TRASFONDO DE OCTUBRE

Aun cuando los resultados de la Revolución Húngara de octubre de 1956 sean trágicos, ésta puede muy bien tener un efecto sobre el desarrollo del movimiento internacional de la clase obrera, no menos profundo y de tanto alcance como el de la otra Revolución de Octubre de 1917, que dio origen a la Unión Soviética y a la Internacional Comunista. Todo el movimiento obrero tiene, por lo tanto, el deber de comprender el porqué de la Revolución Húngara de Octubre. Sería erróneo considerar el levantamiento repentino del 23 de octubre, en

Budapest, como el simple resultado de años de esfuerzo por parte del imperialismo norteamericano para lograr la derrota del socialismo en Hungría. No hay duda de que los norteamericanos lo han intentado; no hay duda de que sus amigos reaccionarios dentro de Hungría y aquellos que fueron enviados a través de la frontera para explotar la situación, se esforzaron más aún para lograr el control del movimiento. Esto es innegable. Pero, quien pueda conformarse con esa explicación superficial y unilateral de un movimiento abrazado por el 90 por ciento del pueblo húngaro, que produjo un heroísmo en masa tan tenaz que, al escribirse estas líneas, continúa aún en forma de huelgas obstinadas de los trabajadores industriales, en desafío abierto a un Gobierno de “Obreros” y “Campesinos”.

Por cierto, el *Daily Worker* no podía conformarse por mucho tiempo con tachar al movimiento de contrarrevolución que había “puesto en escena un levantamiento en las horas de oscuridad” (25 de octubre). Cuatro días más tarde era claro “que las acciones contrarrevolucionarias y las justas demandas del pueblo eran factores de la situación”. El 13 de noviembre la evaluación temprana de los hechos por el mismo *Daily Worker* fue llamada “fantástica” y se admitió que “grandes masas de honestos trabajadores salieron contra el gobierno” y “lucharon por lo que creían era la independencia de su país”. El 16 de noviembre se citaron las palabras del mismo János Kádár refiriéndose al “gran movimiento del pueblo”. El 19 de noviembre se citaron las palabras de un simple obrero de Csepel:

“El Occidente no debería creer que los trabajadores lucharon por la vuelta de Horthy o de los terratenientes y condes. No devolveremos la tierra ni las fábricas ni las minas”.

Estas especulaciones sobre el origen de la revolución húngara están en conflicto directo con la opinión de Mr. V. Kuznetsov, el delegado soviético, que dijo a las Naciones Unidas, el 13 de noviembre, que el levantamiento estaba dirigido por fascistas y reaccionarios y que era una cuestión de “orgías sangrientas” llevadas a cabo por fuerzas contrarrevolucionarias. Ciertamente están en conflicto con la declaración del mismo Kádár del 19 de noviembre acerca de “una bien preparada campaña militar”.

Es evidente que hay una gran diferencia de opinión. Existe el punto de vista de que, aunque la tarde de la segunda intervención

soviética las fuerzas reaccionarias habían entrado en actividad -el hecho de que esto justificara la segunda intervención es una conclusión aparte- el levantamiento fue esencialmente un genuino movimiento popular, el surgimiento espontáneo de un sentimiento contenido. Y existe la teoría de que el levantamiento fue esencialmente un complot fascista, planeado de antemano que, de una u otra forma, consiguió ganar el apoyo de grandes masas de obreros honestos pero engañados. Kádár no puede sostener ambas teorías. O bien fue “un gran movimiento de pueblo”, en el que el elemento de actividad reaccionaria era secundario, o “una bien preparada campaña militar” de fuerzas contrarrevolucionarias, en la que el elemento de revuelta en masa era secundario.

El punto de vista de que la revolución húngara fue, en origen y esencia, un ejemplo de lo que Marx llamaba “revolución popular verdadera”, es la única compatible con los hechos de la historia húngara y, más aún, con las observaciones de testigos presenciales. La lógica de la historia húngara desde 1919, y especialmente desde 1945, hizo inevitable un levantamiento, en la misma forma en que fueron inevitables las Revoluciones Rusas de Febrero y Octubre de 1917. La húngara de octubre tenía que suceder, más temprano o más tarde, aunque los norteamericanos estuvieran o no haciendo lo posible para provocar conflictos. La gente no podía seguir viviendo como antes.

Hungría no ha conocido nunca la democracia con excepción de cuatro meses y medio completamente excepcionales, a fines de 1918 y principios de 1919, bajo el gobierno burgués-democrático de Károlyi. La República Soviética que siguió, y que fue aplastada al cabo de tres meses por la intervención extranjera, cometió serios errores. Entre ellos el fracaso al pretender ganar como aliado a los campesinos hambrientos de tierras; socializó la tierra en lugar de distribuirla entre los labriegos pobres y los trabajadores rurales. Siguió a esto el primer régimen fascista en Europa, el gobierno del almirante Miklós Horthy de Nagybánya*, antes comandante en jefe de la armada austro-húngara. El régimen de Horthy comenzó con el Terror Blanco: la tortura y el asesinato de miles de comunistas y judíos. Se dice que cuando los miembros de una delegación Laborista británica que investigaba las atrocidades se

quejaron a Horthy de que los oficiales responsables del Terror Blanco no eran castigados, respondió con indignación: “¿Por qué, si son mis mejores hombres?”

Cuarenta familias ricas eran prácticamente dueñas de dos tercios de Hungría bajo Horthy. Un tercio del total de la tierra laborable estaba en manos de 980 grandes terratenientes; de una población total de nueve millones, un millón ciento treinta mil campesinos no tenían tierras. Los sindicatos eran reprimidos y el pequeño Partido Comunista cumplía su trabajo en la mayor ilegalidad y cometía los errores sectarios tan fáciles de cometer en tales condiciones, con algunos líderes en la cárcel y otros asesinados. El más conocido de esos líderes era Mátyas Rákosi, vicecomisario popular de Comercio y Transporte y más tarde comisario popular de la Producción Social, en la República soviética húngara. Rákosi estuvo en la cárcel desde 1925 hasta 1940 y se lo juzgó en 1925, 1926 y 1935. En 1940 el gobierno soviético negoció su excarcelación a cambio de algunas banderas húngaras históricas y permaneció en la Unión Soviética hasta la liberación de Hungría por el Ejército Soviético. No se puede negar la grandeza de Rákosi; pero su foja como dictador de Hungría desde 1945 hasta 1956 hace dudar de si a un hombre que había pasado quince años en prisión y otros cinco en Moscú, todo el tiempo alejado de la vida de la gente común y de los miembros comunes del Partido Comunista, se le debían haber confiado tan inmensas responsabilidades. Llevó al pueblo húngaro al desastre y convirtió en odio el respeto y la admiración que se le tenía -“porque nunca pudo decir ‘No’ a Stalin” -, me dijo un comunista de Budapest en el mes de julio, cuando Rákosi renunció, demasiado tarde, al cargo de primer secretario del Partido.

Carece de sentido negar los muchos logros positivos registrados en Hungría después de la liberación. Se ha realizado un inmenso trabajo de reconstrucción a pesar de que aún en 1956 son visibles los efectos de la Segunda Guerra Mundial. La reforma agraria terminó con los grandes Estados de los terratenientes y satisfizo la necesidad de tierras de los campesinos. Cuatro millones y medio de acres fueron distribuidos entre 400.000 familias campesinas. El grueso de la industria pasó a ser la propiedad pública. Hasta 1949 el estándar de vida iba subiendo. Se hicieron excelentes progresos en el campo de

la educación, la cultura y la salud pública. Se proveyeron facilidades de recreación para obreros y gente joven que nunca las habían tenido anteriormente.

Se lograron muchos avances gracias, en gran parte, al trabajo sacrificado de comunistas honestos, muchos de los cuales cumplían dos trabajos durante meses y meses, catorce o dieciséis horas por día, siete días a la semana, debido a la gran escasez de personal experimentado. Conozco a un comunista que la semana en que una gran industria fue nacionalizada, trabajó duramente tres días y tres noches sin dormir. El primero de mayo de 1947 el pueblo de Budapest danzó en las calles. Sentían que la vida estaba mejorando.

Mas la vida no mejoró. Empezó a empeorar. Se cometieron errores. Se cometieron crímenes. Los dirigentes del Partido Comunista no fueron honestos con el pueblo. En lugar del método de confiar en la gente para construir el socialismo, de contar con la iniciativa de las masas, eligieron engañarlos, esconder al pueblo lo que se estaba haciendo hasta que se les presentaba alguna nueva medida como un hecho consumado. Por fortuna tenemos una descripción verdadera de cómo se hacía esto -en realidad, una sustanciación teórica stalinista de todo el proceso- en un discurso pronunciado por Rákosi el 29 de febrero de 1952, en la Academia del Partido de los Trabajadores Húngaros, y publicado en el número de febrero-marzo de 1952 de *Társadalmi Szemle (Revista Social)*⁵. Este fue el famoso discurso de “salami”, que causó recelos en el *Manchester Guardian*, y una defensa por parte de John Gollan. Es un extraordinario estudio de cómo hacer una revolución “desde arriba” antes de que el pueblo esté listo para ella, cuando no se tiene un apoyo verdadero de las masas sino solamente un peldaño en la maquinaria del Estado, una ilimitada capacidad de deshonestidad y duplicidad política y tanques soviéticos en el fondo. Leer este discurso y ver como se jugó con el pueblo húngaro para que comprimiera veinte o treinta años de desarrollo político en cinco años, es comprender las raíces del levantamiento del 23 de octubre de 1956.

5. Una traducción inglesa, *The Road of Our People Democracy (El camino de nuestra democracia popular, NdT)* fue publicada por el Servicio de Noticias e Informaciones Húngaro en el mes de junio de 1952. Los fragmentos citados hacen referencia a esa edición.

Rákosi admite que en 1945 el Partido Comunista no tenía el apoyo de la mayoría, aun entre la clase trabajadora. Los problemas involucrados en el logro de la dictadura del proletariado fueron planteados solamente en círculos partidarios limitados.

“No los presentamos ante el partido públicamente, porque aun la discusión teórica de la dictadura del proletariado como un objetivo, hubiera causado alarma entre nuestros compañeros de coalición y hubieran hecho más difíciles nuestros esfuerzos para ganarnos, no solamente la pequeña burguesía, sino también la mayoría de la masa de los trabajadores” (pág. 8.).

Dicho de otro modo, no confíen en los obreros. Defraúdenlos, engañenlos, escondan a ellos y a sus aliados sus verdaderos propósitos. Esto fue particularmente importante ya que, en las elecciones celebradas en noviembre de 1945, para la Asamblea Nacional, el Partido Comunista obtuvo el 17 por ciento de los votos, el Partido Socialdemócrata el 17 por ciento y el Partido de los Pequeños Propietarios el 56 por ciento.

“Nuestro Partido utilizó los resultados de las elecciones para fortalecer su posición. Por lo tanto, reclamó el cargo de Primer Ministro Diputado y Ministro del Interior, que recibió luego de alguna dilación” (pág. 19).

La posesión del Ministerio del Interior hizo posible el “desenmascaramiento” y la “remoción” de líderes del Partido de los Pequeños Propietarios.

“En aquellos días esto fue llamado ‘salami tactics’, táctica por la que rebanábamos tajada por tajada la reacción en el Partido de los Pequeños Propietarios... reducíamos gradualmente la fuerza del enemigo” (pág. 22).

Indudablemente uno de los “enemigos”, Béla Kovács*, fue “cortado y separado” hacia la Unión Soviética por nueve años, luego de ser acusado de conspiración para restaurar el viejo régimen. Rákosi describe la fusión de los dos partidos de la clase trabajadora, en junio de 1948, como “la victoria de los comunistas y la completa derrota del Partido Socialdemócrata” (pág. 29). Continúa con una reveladora descripción de la captura realizada con el ejército, la policía y las fuerzas de seguridad del Estado por parte del Partido Comunista. “Esto se logró en amarga batalla ... más amarga todavía porque nuestro Partido tenía también un fuerte peldaño en esas organizaciones... Cuando, en

el otoño de 1948, nuestro Partido tomó el ministerio de Defensa, pudo comenzar el vigoroso desarrollo de las fuerzas de defensa” (pág. 32). Luego, en un pasaje de enorme interés a la luz de los acontecimientos posteriores, Rákosi vuelve a la policía de seguridad:

“Había una única posición, cuyo control nuestro Partido reclamó desde el primer momento, para la que no estaba inclinado a considerar ninguna distribución de cargos en concordancia con la fuerza de los partidos de la coalición: la Autoridad de Seguridad del Estado... Conservamos esta organización en nuestras manos desde el primer día en que se instituyó” (pág. 33).

De la propia boca de Rákosi, este es el cuadro de cómo el gobierno, no del Partido Comunista, sino de un puñado de stalinistas, fue impuesto sobre nueve millones y medio de húngaros. Esta manera de construir el socialismo no podía llevar más que a la corrupción del Partido Comunista, en la que marxistas y obreros honestos fueron devorados por una afluencia de ambiciosos que subieron en enjambre al carro principal, tan pronto como fue claro que era la única forma de obtener un trabajo lucrativo. Pero, a fin de mantener la dictadura sobre los comunistas honestos, hubo que sofocar la libertad de crítica y la discusión dentro del Partido. Los disidentes se convertían en víctimas y si persistían en su disidencia pronto se encontraban siendo objeto de atenciones por parte de la AVH. Un comunista honesto, que pagó un alto precio por serlo, fue László Rajk.

Estuve presente en el juicio de Rajk por traición en 1949, y, junto con otros periodistas comunistas, fui convencido por la evidencia y por las largas y detalladas confesiones de Rajk y su compañero de acusación. Es demasiado obvio ahora que el juicio tenía dos propósitos. Primero y más importante, estaba designado para proveer material para los ataques de los dirigentes soviéticos sobre Tito y el Partido Comunista Yugoslavo. Sobre la base del juicio de Rajk, Tito fue llamado fascista por primera vez. Y se alegó que había un fantástico complot cuyos orígenes alcanzaban a la Guerra Civil Española y que envolvía al *Deuxième Bureau*⁶, al Servicio de Inteligencia Británico y al Servicio Secreto de Estados Unidos. Basándose en gran parte en el juicio de Rajk, James Klugmann escribió un libro titulado *De Trotsky*

6. Servicio secreto francés (NdE).

a *Tito* (1951). El libro fue confiscado tardíamente, en abril pasado, pero Klugmann permanece a cargo de la educación de los comunistas británicos. El segundo propósito, interno, del juicio de Rajk era aplastar todo vestigio de oposición a Rákosi y a sus compañeros stalinistas dentro del Partido Húngaro. Rajk ocupaba un cargo principal en el Partido durante la época de la ilegalidad. Era popular, muy trabajador y honesto. Tenía dudas acerca de la sabiduría del mandato de Rákosi. Se debía disponer de él como un terrible ejemplo para los disidentes.

Durante mi estadía en Hungría en julio y agosto pasados me contaron cómo se hizo confesar a Rajk. Primero fue torturado por el hijo de Farkas. Luego, cuando el proceso de ablandamiento lo había hecho convenientemente receptivo, un comunista soviético -me dijeron "un hombre de Beria*"-, le dijo que la Unión Soviética necesitaba su confesión como arma contra Tito. Si consentía en llevar a cabo esta importante obra política, aunque oficialmente muerto, se le cuidaría en la Unión Soviética por el resto de su vida y se daría a su hijo una buena educación. Consintió. Cuando lo llevaron para la ejecución, que su esposa Julia fue obligada a presenciar, pusieron una mordaza -un pedazo de madera- en su boca para impedir que revelara a los soldados como había sido traicionado. Sus últimas palabras fueron: "¿Qué me están haciendo?"

Como una última vuelta de tuerca, su hijo fue sacado de la custodia materna y criado por extraños bajo otro nombre.

Doscientos mil ciudadanos de Budapest presenciaron la ceremonia de los nuevos entierros con todos los honores, en septiembre pasado, de Rajk y otros tres comunistas ejecutados con él. Fue una lástima que el *Daily Worker* no informara de este hecho no sin importancia. Sus lectores podrían haber estado entonces más preparados para el levantamiento del 23 de octubre.

La corrupción dentro del Partido de los Trabajadores Húngaros no se limitaba al arribismo y al terror. Toda la educación partidaria se basaba, no en el estudio creativo y voluntario del método crítico y antidogmático del marxismo, sino en la asimilación obligatoria de textos. Convertían a los obreros en loros y charlatanes. Los miembros asistían a clase no porque querían, sino porque no era recomendable no estar presente todos los lunes de 18.30 a 20.30 horas. La

educación de los niños era igualmente mala. En agosto se llevó a cabo una revisión de libros de textos largamente necesitada; los viejos eran desalentadores. No contentos con enseñar la infalibilidad de Stalin, contaban a los niños todo acerca de supuestos inventos y descubrimientos rusos. Y el ruso era a menudo el único idioma extranjero que se enseñaba en las escuelas.

Se extendía a todos los campos esta alabanza insensata de todo lo ruso, esta copia ciega y mecánica de todo lo que hacían los rusos. Escritores, artistas y compositores eran obligados a escribir, pintar y componer en estricta conformidad con los principios del realismo socialista⁷, establecidos por el corifeo del arte, el camarada Stalin. A los científicos se les pedía que estudiaran y popularizaran solamente lo realizado por sus colegas rusos, y la desgracia caía sobre el biólogo que encontrara errores en Lysenko o el psicólogo que considerara a Pavlov incapacitado para explicar todos los aspectos de la conciencia humana. Y cuando el más grande científico del mundo, el camarada Stalin, se pronunciaba sobre *Marxism in Linguistics*, no era suficiente que los filólogos húngaros conferenciaran sobre esta inmortal contribución al marxismo-leninismo: los historiadores, economistas, matemáticos y geólogos, tenían también, que reunirse para considerar su aplicación en sus respectivos campos de estudio. No es extraño que los revolucionarios arrancaran las estrellas rojas. La amistad con un país socialista y la gratitud por la sangre que derramara al liberar a uno, es una cosa; besar el suelo ante él es otra muy diferente.

Sin embargo, el peor aspecto de la transferencia mecánica de los métodos soviéticos a Hungría era la atmósfera de sospecha y miedo, y todo el mecanismo de seguridad detestable. Cuando la Unión

7. El *realismo socialista*, fue un estilo impuesto por el stalinismo en la Unión Soviética en la década de 1930. En el año 1934, A. Zhdanov, pronunció un discurso en el Congreso de la Unión de escritores soviéticos en el cual se afirmaba que el realismo socialista era la única forma de arte aprobada por el Partido. A partir de ese momento, los artistas fueron requeridos para suministrar un 'panorama históricamente concreto de la realidad en su desarrollo revolucionario'. El arte debía ser accesible a las masas y tener un propósito social. Mientras se desarrollaban los Juicios de Moscú, los artistas que no acataron los dogmas del realismo socialista fueron expulsados de su empleo, exiliados o asesinados. Después del fin de la II Guerra Mundial el realismo socialista tomó un cariz nacionalista, y las influencias extranjeras fueron especialmente criticadas. Ejemplos de este estilo académico, con énfasis en escenas históricas gloriosas, son las obras de V. Serov. El realismo socialista también fue impuesto en los países del Glacis.

Soviética tenía un “plan médico” y arrestaba a los médicos judíos, Hungría tenía que seguir el juego con un “plan médico” y el arresto de los médicos judíos. Y al especialista de corazón que atendía al teórico del Partido, József Révai, no se le permitió comunicarse en ninguna forma con su familia durante semanas, a fin de que el “enemigo” no descubriera donde estaba Révai y lo asesinara. El especialista temía por su propia vida, ya que si Révai hubiera sufrido un colapso mortal repentinamente, hubiera sido la cosa más fácil del mundo que los hombres de la AVH fraguaran un cargo de muerte contra él.

La AVH. Los opresores de un pueblo entero, incluyendo al Partido Comunista. Moldeada y entrenada según el modelo estalinista aprobado, con absoluta falta de entendimiento político o de simple humanidad, culpables de los crímenes más inconfesables. En la embajada británica de Budapest conocí a un austriaco, un hombre escuálido de mejillas hundidas, que buscaba asilo; se le negó porque no era británico, y se desplomó en el hall de entrada por un ataque al corazón. Estuvo con nosotros durante el bombardeo. No era un hombre amargado, a pesar de los años que estuvo en manos de la policía secreta soviética primero, y luego en las de la AVH. No guardaba rencor especial contra los monstruos que lo habían torturado; estaba demasiado enfermo y había sufrido mucho como para tener energías para odiar. Nos mostró su cuerpo. Los rusos habían colocado un poco de algodón en su brazo y lo dejaron estar. Pero los húngaros de la AVH a quienes lo entregaron habían sujetado sus órganos genitales a una mesa y los habían flagelado.

La AVH. ¿Asombra que los obreros y las mujeres no sólo los fusilaran a primera vista en Budapest, no sólo los colgaran, sino que escupieran con desprecio y repugnancia a los que colgaban cabeza abajo? El linchamiento está mal, la justicia en masa está mal, terriblemente mal, cualquiera sea lo que la provoque. Pero, ¿podía esperarse que los ciudadanos de Budapest limitaran su furia a tibias manifestaciones de protesta cuando cada prisionero político era sacado de su celda para agregar su historia al proceso? Y si algunos de ellos en Budapest, pero no en las provincias, iba más lejos aún y buscaba oficiales del Partido Comunista para descargar su odio sobre ellos, como algunos lo hicieron, entonces, ¿quién es responsable? No se necesitaban emigrados norteamericanos entrenados, o al cardenal Mindszenty,

para inflamar al pueblo. Rákosi y Farkas y Gerö ya lo habían inflamado, y Rákosi y Farkas y Gerö son tan culpables del asesinato de los oficiales comunistas en los cuarteles del PS partido de Budapest, a manos de una multitud vengadora, como lo son del asesinato de Rajk⁸.

La AVH. Había cámaras de tortura como las que tenía la Gestapo. Con látigos, horcas e instrumentos para destrozar los miembros de la gente. Había pequeñas celdas de castigo. Había pilas de cartas del extranjero interceptadas para su censura. Había baterías de grabadores para tomar las conversaciones telefónicas. Había prostitutas detenidas como espías policiales y agentes provocadores. Y los jóvenes brutos que formaban parte de este fuerte brazo del Estado democrático popular recibían -de acuerdo a documentos encontrados sobre sus cadáveres- tres o cuatro mil forintos por mes como civiles, nueve a doce mil como oficiales; a razón de doce veces el salario común. Aparte de lujosos pisos, mientras millares en Budapest vivían constreñidos en tugurios y sótanos.

Luego de la muerte de Stalin en marzo de 1953 hubo algunos signos de cambio en Hungría. El 5 de julio de 1953, Imre Nagy tomó la primera magistratura e hizo ciertas concesiones a los deseos del pueblo. Rákosi se retiró del escenario. Se corrigieron algunos de los desatinos cometidos en el planeamiento económico. Se incrementó la producción de artículos de consumo, especialmente alimentos y aumentó menos la industria pesada. La gente comenzó a respirar un poco más libremente. Pero esto no iba a durar. Y la forma en que la nueva orientación fue abandonada, además de ser una bofetada en el rostro para la opinión pública, fue una prueba más de que las decisiones de vital importancia para el pueblo húngaro se tomaban no en Budapest, sino en Moscú. Malenkov* renunció; Kruschev tomó su lugar. Moscú sorbió pimienta y Budapest sufrió un incontrolable ataque de estornudos. El 18 de abril de 1955, Nagy fue separado de su cargo por voto unánime de la Asamblea Nacional y más tarde expulsado del Partido por considerárselo un incorregible desviacionista hacia derecha. Rákosi volvió de golpe. La política de satisfacer las necesidades del pueblo fue condenada en una resolución oral del Comité Central, que tenía todos los signos de haber sido delineada en

8. De acuerdo a Charlie Coutts, cuarenta de los que fueron asesinados en la sede del Partido en Budapest eran hombres de la AVH.

el Kremlin e impuesta por la fuerza a un Comité Central inquieto y mal predispuesto.

Difícilmente podría haber estado bien. Ya había movimientos entre los escritores que habían tomado las instrucciones de modelarse en los rusos tan literalmente que copiaban el famoso “deshielarse”. Los stalinistas encargaron a István Kovacs la tarea de sojuzgar a los escritores, y lo hizo en noviembre de 1955 en un discurso del cual Zhdanov hubiera estado orgulloso. Los intelectuales estaban enfurecidos ante esta invectiva.

Entonces, en febrero de 1956 se realizó el Vigésimo Congreso del Partido Comunista Soviético, y el informe de Kruschev de la famosa sesión secreta denunciando los crímenes de Stalin. No pasó mucho tiempo antes de que el contenido de este informe fuera de conocimiento público. El país hervía en discusiones. Rákosi quedó en su lugar, como quedó la estatua de bronce de Stalin en el parque de la ciudad. Cada vez se pedía más abiertamente la remoción de Rákosi. Esto, de cualquier forma, era un asunto que no podía ser solucionado en Budapest. Y la gente comprendió gradualmente que la decisión de si Rákosi caería o sería confirmado en el poder, se estaba demorando por diferencias de opiniones en el Departamento Político de la CPSU. Se especulaba sobre qué prominente figura estaba de qué lado, pero no se podía hacer más que eso. Todo lo que la gente sabía de seguro era que el 64 cumpleaños de Rákosi le había ganado un mensaje de felicitación más caluroso que de costumbre por parte del CPSU.

Quienes tomaron la iniciativa fueron los intelectuales, principalmente los jóvenes. Celebraron una reunión, ahora famosa, que duró toda la noche en el Círculo Petöfi, dirigida por la organización juvenil, llamada así en honor al gran poeta revolucionario que luchó en la guerra de la independencia húngara en 1849. Asistieron unas seis mil personas que desbordaban hacia la calle. Esta reunión consistió en una sucesión de demandas vigorosas para la democratización y la libertad intelectual. Hubo otras reuniones, en una de las cuales la viuda de Rajk pronunció un conmovedor discurso. La rehabilitación de su esposo había sido anunciada por Rákosi a fines de marzo; fue una referencia hecha al pasar en un discurso pronunciado en las provincias. La señora Rajk protestó contra esta rehabilitación formal de un hombre que había sido buen comunista y pidió se le diera su

justo lugar en la historia del Partido. (Uno de los chistes más corrientes en Budapest en esa época era: “¿Cuál es la diferencia entre un cristiano y un marxista? El cristiano cree en un “después de esto” y el marxista cree en una rehabilitación “después de esto”).

La inquietud entre los intelectuales fue primero saludada por el *Szabad Nép* del 24 de junio, luego denunciada en tono airado en un artículo del *Pravda*⁹, por el que el *Szabad Nép* se apresuró a llevar una resolución al Comité Central el 30 de junio que denunciaba “actitud demagógica”, “orientaciones antipartidistas”, “elementos vacilantes”, “artículos de contenido provocativo”, e “intentos de sembrar confusión”. A mediados de julio se reunió el Comité Central, con la asistencia de Mikoyan*. Llegué a Budapest el 16 de julio y mis amigos me dijeron: “Ha llegado en un momento político muy delicado. Se esperan grandes cambios. Prepárese para una buena historia”. Dos días más tarde la historia salió a la luz. Rákosi había renunciado y el general Farkas, como responsable principal por la “violación de la legalidad socialista”, fue destituido y expulsado del Partido. Dos hombres que habían estado encarcelados por titoístas, y a quienes más tarde se había rehabilitado, fueron designados en el Departamento Político, Kádár y Marosán (un antiguo socialdemócrata). Indudablemente eran grandes noticias, tan grandes que el *Neues Deutschland* de Berlín no creyó en el informe de su corresponsal en Budapest, y telefoneó al *Szabad Nép* para comprobarlo. Pero que el cambio fue esencialmente un compromiso, quedó demostrado por tres hechos: el nuevo primer secretario era Ernő Gerő, un stalinista; Imre Nagy, a quien el pueblo y los miembros honestos del Partido querían nuevamente en la primera magistratura, ni siquiera fue readmitido al partido; y Rákosi retuvo gran parte del poder, como se comprobó un día o dos más tarde con el anuncio de la destitución de Farkas y la degradación similar de un pariente político de Nagy. Las investigaciones revelaron que se les dio esta concesión a los stalinistas por órdenes de Rákosi sin el conocimiento ni el consentimiento del Departamento Político.

Un compromiso como ese no podía resolver la notable contradicción entre los deseos del pueblo húngaro y la organización que Moscú y los stalinistas del lugar consideraban buena para él. Un comunista

9. *Pravda* era el periódico oficial del Partido Comunista de la URSS.

húngaro extraordinariamente sagaz, bien informado e inteligente, separado con mucha anterioridad de todo cargo importante porque insistía en pensar por sí mismo y decir a los otros lo que pensaba, me dio una estimación terriblemente realista de la situación. Dijo que los líderes eran todos odiados. El Partido mismo estaba corrompido y, por lo menos la mitad de sus setecientos mil miembros eran simplemente advenedizos. Los comunistas que expresaron ideas disidentes, habían sido puestos en cargos donde no podían hacer daño o se les había silenciado por el terror, o fueron encarcelados o asesinados. “No digo muertos -dijo mi amigo-. Si un hombre es ejecutado por crímenes que no cometió, eso es asesinato, y quien quiera que sea responsable debe ser castigado. En otras palabras, llamó a Rákosi, al igual que a Farkas, asesino, y el pueblo no estará satisfecho hasta que el Partido lo repudie públicamente y públicamente lo presente a la justicia. Hasta que no dé esos pasos, el Partido está desacreditado a los ojos de la gente y simplemente no lo escucharán”. Mi amigo dijo que si al día siguiente había elecciones genuinamente libres, sin la presencia de tropas extranjeras y la garantía que ni Occidente ni la Unión Soviética ocuparían a Hungría, cualquiera fuera el resultado, entonces el Partido Comunista sería extremadamente afortunado si obtuviera su cifra de 1945 del 17 por ciento de los votos, que él personalmente estimaba en cerca del 10 o 12 por ciento.

“Tenemos que enfrentar -dijo- un problema moral. ¿Hasta que punto está justificado imponer en un país la dirección de un partido contra la voluntad de la mayoría de sus habitantes? ¿Incluso si ‘objetivamente’ y desde la posición de nuestra amada ‘necesidad histórica’, ese partido representa los ‘mejores intereses’ del país y su pueblo? ¿Aun estando comprometidos los intereses, diría los poderosos intereses de algún Estado socialista vecino?”

“Bien. ¿Cuál es la solución? -pregunté- ¿Tiene que haber, o debe haber, un retorno al capitalismo?”

“No -replicó-. A la mayoría de los húngaros no les gustaría volver a marchar con ese reloj. Pero se desconfía de todos los líderes principales del Partido Comunista. Excepto uno: Imre Nagy. En el presente está fuera del Partido, y se dice que no volverá sin ciertas garantías”.

“La solución es poner a Nagy a la cabeza de un nuevo gobierno popular frontal, volver de nuevo al curso de 1954 y tratar de reunir

gente que lo apoye. Me refiero a un frente popular verdadero, no a una asociación de partidos subordinados. Por un largo tiempo nuestro partido estará a la retaguardia. Tanto el futuro del Partido como el futuro de Hungría misma dependen de Nagy y de un Gobierno de frente popular.

“Sin ellos -y lo dijo con gran énfasis- Hungría enfrenta el desastre”.

Esta conversación se desarrolló el domingo 5 de agosto. Cuando retorné a Londres se la conté a mis colegas del *Daily Worker*. La medida que podía haber salvado el desastre que mi amigo previó fue tomada, pero demasiado tarde, cuando ya había disparos de armas en Budapest. En cada etapa, el Partido fracasaba en la percepción del sentimiento del pueblo.

La asistencia de una enorme multitud al segundo entierro de Rajk debió haber sido una advertencia. Pero los líderes estaban ciegos. Los últimos dos actos catastróficos de ceguera fueron la transmisión de Gerö la noche del 23 de octubre, cuando ya habían comenzado las manifestaciones, y el llamado de tropas soviéticas mediante un pedido oficial de Imre Nagy, pero hecho, en realidad, por Gerö y Hegedüs*. Eran stalinistas en cuerpo y alma.

4. CÓMO COMENZÓ LA REVOLUCIÓN

No presencié, por supuesto, el inicio de la revolución en Budapest, el 23 de octubre. He reunido el material del relato que sigue de aquellos que lo presenciaron: húngaros y un comunista británico, Charlie Coutts, editor inglés del *World Youth*, que había vivido tres años en Budapest.

Todo empezó con una manifestación de estudiantes, en parte para demostrar su simpatía por el pueblo de Polonia, que ese fin de semana, por intermedio de Gomulka y el Comité Central del Partido de los Trabajadores Polacos Unidos había rechazado resueltamente un intento de violación por parte de una delegación sin precedentes de dirigentes soviéticos. Esta decidida afirmación de independencia inflamó la imaginación de los húngaros y los oradores, estudiantes, que se dirigieron a los manifestantes desde la estatua de József Bem,

un general polaco que ayudó a conducir a los húngaros en 1849, citaron las palabras de Petöfi:

*Nuestros batallones han unido dos naciones.
¡Y qué naciones! ¡Polaca y magyar!
¿Hay algún destino que sea más fuerte
Que ellas dos cuando están unidas?*

Los estudiantes habían empezado a marchar y a reunirse en diferentes lugares durante la tarde. Su manifestación fue al principio prohibida por el Ministerio del Interior, pero la prohibición fue levantada después de la intervención de Comité Central del Partido. Nagy mismo habló a una gran concentración de estudiantes frente al Parlamento pero sus palabras fueron precavidas y, obviamente, tenían que serlo.

A las diecinueve y treinta horas, esa tarde, llamé por teléfono al *Szaba Nép* dándoles una información de los comentarios de la prensa británica sobre los acontecimientos en Polonia y -gran ironía- una corta noticia acerca del arresto de doce marinos británicos del portaaviones Ocean, como consecuencia de reuniones ilegales. También dicté un artículo pedido por la revista *Szovjet Ketüra* acerca del ballet Bolshoi en Londres. Cuando hube terminado, el intérprete Dobzsa acostumbraba a tomar mis artículos en taquigrafía traduciéndolos al húngaro, mientras lo hacía a ciento veinte palabras por minuto- dijo: "No cuelgue. La camarada Bebrits quiere hablarle". Anna Bebrits, la impasible y eficiente editora delegada del exterior, se oía inusualmente excitada:

"Hay grandes manifestaciones estudiantiles", dijo. "¿Quiere algo de nosotros el *Daily Worker*?"

"Espero recibir algo de Coutts", dije. "Pero averiguaré y le haré saber. ¿Hay alguna dificultad?" "No", dijo. "Algunas frases hechas nacionalistas, pero con todo sentido del humor."

La última conversación que tuve con *Szaba Nép* fue esa. Dos horas y media más tarde las comunicaciones telefónicas entre Budapest y el mundo exterior habían sido cortadas. ¿Qué había pasado en ese intervalo?

Dos cosas habían sucedido.

Primero Gerö había hecho un discurso radiofónico que, según me dijeron “derramó aceite sobre las llamas”. Había llamado a los manifestantes, a quienes se habían unido trabajadores de las fábricas a las que los estudiantes habían enviado delegaciones, contrarrevolucionarios -“elementos hostiles que trataban de perturbar el orden político de Hungría”. En otras palabras, había dicho claro para los más obtusos de los oyentes, que nada cambiaría. Ni siquiera la renuncia de Martin Horvath, editor en jefe del *Szaba Nép*, y de Berei, principal oficial de planificación del Comité Central del Partido, pudieron contrarrestar el desastroso efecto de este discurso.

En segundo lugar, la multitud que se había reunido frente a la estación de radio para pedir que se transmitieran las demandas de los estudiantes, fue tiroteada por hombres de la AVH, de los cuales había trescientos en el edificio. Esta fue, sin duda alguna, la chispa que convirtió las manifestaciones pacíficas (“el comportamiento tranquilo y ordenado de los manifestantes impresionó”, Coutts había dicho al *Daily Worker*), en una revolución.

¿Qué exigieron los estudiantes antes del tiroteo frente a la estación de radio? Primero y más importante, el reemplazo de Hegedüs como primer ministro por Imre Nagy. La elección de nuevos dirigentes del Partido por un Congreso Nacional. Amistad con la Unión Soviética, pero sobre la base de la igualdad. Retiro de las tropas Rusas de Hungría. Elecciones libres. Libertad de prensa. Libertad académica. Uso de las reservas de uranio de Hungría por Hungría misma.

Luego que los hombres de la AVH hicieron fuego sobre la multitud, los sentimientos contenidos explotaron. Las noticias del tiroteo se extendieron por la ciudad como reguero de pólvora y pronto la gente estaba armada y ocupada en librar batallas en las calles contra la AVH. Sus demandas se cristalizaron ahora en dos puntos: la abolición de la AVH y el retiro de las tropas soviéticas.

¿De dónde venían las armas que encontraban tan rápido las manos de los estudiantes y obreros de Budapest? De acuerdo a Kádár (*Daily Worker*, 20 de noviembre) había armas escondidas “en la Szabadsaghegy” (Colina de la Libertad), y se le había dicho a la gente joven, al mediodía, antes de la manifestación, que fueran a un “cierto lugar” donde las encontrarían. Esta versión de la forma en que el pueblo húngaro se armó, deja de lado el problema de la actitud

del Ejército Popular Húngaro. Las tropas de Budapest, y luego las de las provincias, estaban divididas en las neutrales y las que estaban preparadas para unirse al pueblo y luchar con él. Las neutrales (probablemente la minoría) estaban preparadas para entregar sus armas a los obreros y estudiantes de modo que pudieran luchar con ellas contra la AVH. Las otras llevaron sus armas consigo cuando se unieron a la revolución. Aun más, muchos rifles de caza fueron tomados por los obreros del arsenal de la fábrica de la Organización Húngara de Defensa Voluntaria. El “misterio” de cómo se armó el pueblo no es tal. Nadie ha podido presentar una sola arma fabricada en el oeste.

Habiendo cometido ya dos errores desastrosos, los stalinistas húngaros cometieron ahora un tercero -o más bien sería caritativo decirlo- se lo endilgó la Unión Soviética. Fue la decisión de invocar una cláusula inexistente del Pacto de Varsovia¹⁰ y llamar a tropas soviéticas. La primera intervención soviética dio al movimiento popular exactamente el ímpetu necesario para darle unidad, violencia y extensión por toda la nación. Parece probable, de acuerdo a la evidencia, que las tropas soviéticas ya estaban en acción tres o cuatro horas antes del llamado hecho en nombre de Imre Nagy como su primer acto al tomar el cargo de primer ministro. Eso es discutible, pero lo que no es discutible es que el llamado fue hecho en realidad por Gerö y Hegedüs; la primera evidencia de esto se encontró más tarde y se hizo pública. Nagy fue primer ministro exactamente 24 horas, demasiado tarde, y los que le arrojaron barro por hacer concesiones a la derecha en los diez días que estuvo en su cargo, deberían tener en cuenta la terrible confusión que los stalinistas pusieron en sus manos cuando, desesperados, dejaron oficialmente el escenario.

Hubiera sido posible evitar la tragedia final con Nagy todavía en su puesto si las dos demandas del pueblo hubieran sido concedida inmediatamente: si las tropas soviéticas se hubieran retirado sin demora y si la Policía de Seguridad hubiera sido disuelta. Pero Nagy no fue un

10. El Pacto de Varsovia, establecido el 14 de mayo de 1955, reunía bajo el comando militar soviético a todas las fuerzas armadas de los países del Glacis. Tenía el objetivo, fundamentalmente, de preservar la hegemonía militar y política de la URSS sobre estos países, como lo demostró la intervención del Ejército Rojo en Hungría, a pesar de los artículos del Pacto que hablan de no injerencia en los asuntos internos de cada país miembro.

agente libre durante los primeros pocos días de su magistratura. En Budapest se supo que hizo sus primeras transmisiones -por lo menos metafóricamente, si no literalmente- con un fusil- ametralladora a la espalda. Había fuerzas que todavía esperaban sacudir al pueblo y reponer la fórmula Rákosi-Gerö en el poder; y estas fuerzas prepararon la provocación frente al Parlamento el jueves 25 de octubre.

De acuerdo a Charlie Coutts, a quien encontré una semana más tarde y que tenía todavía frescos en la mente los detalles de todo el tumulto, una gran manifestación completamente desarmada había partido de la calle Rakóczih, llevando la bandera nacional y una bandera de luto en honor de sus muertos. En el camino hacia la Plaza del Parlamento encontró un tanque soviético. El tanque se detuvo, un soldado asomó la cabeza y los que estaban al frente de la multitud comenzaron a explicarle que estaban desarmados y que se trataba de una manifestación pacífica. El soldado los invitó a subir al tanque; algunos de ellos lo hicieron, y el tanque se incorporó a la manifestación -“y tengo una fotografía de esto”- dijo Coutts.

Entrando a la plaza del Parlamento hallaron otro tanque soviético enviado para que hiciera fuego sobre ellos y este tanque, igualmente, se volvió y se unió a la manifestación. En la plaza había otros tres tanques y dos autos blindados. La multitud se dirigió hacia ellos y comenzó a hablar a los soldados. El Comandante soviético decía: “Tengo mujer e hijos esperándome en la Unión Soviética. No tengo el menor interés en quedarme en Hungría”, cuando repentinamente se hicieron tres descargas de fusiles desde los tejados. Algunas de las personas corrieron hacia los costados de la plaza buscando refugio. A otras, los rusos les dijeron que se protegieran detrás de los tanques. Treinta, más o menos, quedaron tendidas en la plaza, muertas o heridas, incluyendo un oficial soviético. Los tanques y los autos abrieron fuego sobre los tejados.

“Aún no me queda claro quien comenzó el tiroteo -agregó Coutts. Es más que probable que fuera la Policía de Seguridad”. Más que probable. Y la provocación sirvió a su propósito: evitar la fraternización y originar la voz de que las tropas soviéticas habían abierto fuego sobre manifestantes desarmados. Si la retirada soviética hubiera comenzado el 24 de octubre en lugar de una semana más tarde, o mejor aún, si el ejército soviético no hubiera entrado nunca en la

lucha, y si la AVH hubiera sido desarmada y disuelta el 24 de octubre, se hubiera evitado mucha amargura y sufrimiento.

Mi segundo informe desde Budapest, transmitido por teléfono el 2 de noviembre, se refería a las causas de la revolución y a la forma en que estalló en Budapest. El informe consistía enteramente en una entrevista con Charlie Coutts. Excepto por una corta introducción mía, todo el resto fue tomado tal como Coutts lo contó ese viernes a la mañana mientras desayunábamos en el Duna Hotel. Limité este informe a lo que Coutts me contó por dos buenas razones. Primero, las llamadas estaban severamente restringidas y había que cuidar que mi escrito fuera razonablemente corto -no más largo de lo que un taquígrafo podía tomar en veinte minutos-. Segundo, y más importante, proporcionaba una estimación independiente de las causas de la revuelta hecha por un hombre cuyo juicio el periódico estaba obligado a respetar, aun si ya no respetaba el mío. Después de todo, él había estado tres años en Budapest, el tiempo suficiente, para descubrir muchas cosas.

En el momento en que se recibió el informe hubo un tibio intento de dejar de lado a Coutts por "político ingenuo". George Matthews, secretario general asistente del Partido Comunista, que estaba en el *Daily Worker* en reemplazo del editor, J. R. Campbell, a la sazón en Moscú, censuró el informe reduciéndolo a jirones. Creo que esta medida debe haber sido desaprobada por el personal. Después de todo, Fryer podría haberse emborrachado, o haber tenido un colapso nervioso, o haber podido perder temporariamente el equilibrio o sentido político. Pero aquí estaba el viejo Charlie Coutts, a quien todos conocían como hombre de confianza y bien equilibrado y respaldaban.

Como resultado de esta presión, parece ser que algunos cortes fueron reincorporados a tiempo para la primera edición. Otros para la segunda, pero muchas cosas importantes, fundamentales, hubiera dicho, para que los lectores comprendieran correctamente el problema húngaro, quedaron suprimidas. El *Daily Worker* ha hecho la sorprendente afirmación de que este informe se preparó de acuerdo al tratamiento normal de toda publicación. En vista de que en total 455 de las palabras de Coutts fueron omitidas (sin contar mi introducción) y de que algunas otras fueron cambiadas sutilmente

(“levantamientos” por “revolución”, “Mr. Coutts afirmó” y “Mr. Coutts creyó” por “Mr. Coutts dijo”), la publicación de tan importante entrevista me parece completamente irregular. El efecto de estas omisiones fue suavizar lo escrito y ocultar al lector hechos de vital importancia.

Coutts citó a un miembro del Partido Comunista Húngaro que le dijo durante la lucha: “La sensación aquí es como la de aquel 1 de mayo de 1947, cuando danzamos en las calles”. Por ejemplo, esto fue omitido. Y lo mismo un pasaje sobre la “revuelta de los intelectuales”. Y lo mismo una declaración de que “el Partido Comunista había cesado de ser un Partido Comunista; se había convertido en un órgano del Estado y nada más”, sostenida por lo que le habían dicho comunistas honestos: “El nuestro no es un Partido Comunista. No se puede cambiar nada”.

La supresión de la declaración de Coutts de que la Policía de Seguridad fue creada por una “clique” dominante dentro del Partido, la gente que había vuelto de la URSS: Rákosi, Farkas y Gerö, y que esta “clique” dominante, “incapaz de tener un pensamiento propio, confiaba en el criterio, bueno o malo, del Partido Comunista Soviético fue especialmente significativa. Sentían que si el Partido Soviético hacía una pirueta, ellos tenían que hacerla también”.

El *Daily Worker* censuró también la opinión meditada de Coutts de que no había más razón para llamar a las tropas soviéticas el 24 de octubre, que la preocupación de Gerö y los otros líderes por salvar sus pellejos y sus posiciones. “No fueron llamadas para restablecer el orden ni para defender el socialismo”, me dijo. Su descripción de la captura y linchamiento de cuarenta hombres de la AVH atrapados en los cuarteles generales del Partido de Budapest, y de cómo luchaban niños de trece y catorce años con ametralladoras y revólveres, también fue suprimida. Coutts me contó lo que los Combatientes por la Libertad le habían dicho: “Es mejor morir que vivir como ellos nos han hecho vivir”. El *Daily Worker* pensó que esto también era mejor ocultarlo a sus clientes. Finalmente, la predicción de Coutts del surgimiento, por primera vez en ocho años, de “un verdadero Partido Comunista en Hungría, no un partido dirigido por políticos profesionales y burocráticos, sino por aquellos comunistas que han permanecido fieles a su idea y han sufrido por ella” esto, también, cayó víctima de la “normal preparación para su publicación”. Los lectores

pueden juzgar por sí mismos hasta qué punto esto era en realidad “preparación normal” y hasta dónde el resultado de una decisión deliberada hecha por líderes del Partido temerosos de que se conozca toda la verdad angustiosa, chocante y -para ellos- peligrosa.

5. GYÖR

Mis compañeros de la Cruz Roja alemana consideraron que la necesidad de ayuda médica en Magyaróvár era tan urgente que retornarían esa misma noche a la frontera austriaca para dar a conocer las noticias. Por pura casualidad encontré a un húngaro que consintió en llevarme a Győr, 20 millas más adelante, lo que alteraría el planeamiento del viaje a Budapest. Su auto era un Ford viejo y destartado, todo atado con pedacitos de alambre. Pero por lo menos era un auto y antes de dejar Magyaróvár, nos preparamos para el viaje con un trago de un terrible licor casero fabricado en su destiladora ilegal. Luego del día de Magyaróvár necesitaba un trago imperiosamente. Con mucha sabiduría, el gobierno de Nagy había prohibido la venta de cualquier intoxicante, inclusive cerveza. El camino a Győr era oscuro y lleno de baches, pero no se veían ni se oían signos de lucha. Toda unidad del ejército húngaro del condado de Győr-Sopron, se había dirigido al escenario de la revolución, y el Ejército Soviético estaba sentado tieso y sin hacer nada. Más tarde me enteré cómo se logró que las tropas soviéticas permanecieran neutrales.

Arribé a Győr alrededor de las 21.30 horas, reservé alojamiento en el Hotel Vörös Csillag (Estrella Roja), y me abrí camino entre la gran cantidad de gente allí parada y discutiendo, en la plaza frente al Municipio, que era el asiento del comité nacional de Győr. La palabra “nacional” no implicaba que este cuerpo arrogara ninguna autoridad fuera de su propia región; tales comités se llamaban a sí mismos indiferentemente “nacional” o “revolucionario”. Estos organismos eran extraordinariamente semejantes en su origen espontáneo, en su composición, en su sentido de responsabilidad, en su eficiente organización de suministros de alimentos, y de orden civil, en la sujeción que ejercían sobre los elementos más exaltados entre la juventud, en la sabiduría con que muchos de ellos manejaron

el problema de las tropas soviéticas, y, no menos, en su asombroso parecido a tantos puntos con los soviets o consejos de diputados obreros, campesinos y soldados que surgieron en Rusia en la Revolución de 1905 y nuevamente en la de Febrero de 1917. Se extiende ahora una red de estos comités por toda Hungría. Eran a la vez órganos de insurrección -un conjunto de delegados elegidos por fábricas y universidades; minas y unidades del ejército- y órganos de gobierno propio popular, en los que el pueblo armado confiaba. Como tales, gozaban de tremenda autoridad, y no es exagerado decir que, hasta el ataque soviético del 4 de noviembre, el verdadero poder del país estaba en sus manos.

Por supuesto, como en toda verdadera revolución “desde abajo” había “demasiada” charla, discusión, peleas, idas y venidas, rumores, excitación, agitación, fermento. Ese es un lado del cuadro. El otro lado es la emergencia a los cargos principales de hombres comunes, mujeres y jóvenes a quienes el dominio de la AVH mantenía oprimidos. La revolución los arrojó hacia adelante, despertó su orgullo cívico y genio latente para la organización, los puso a trabajar para construir la democracia entre las ruinas de la burocracia. “Puede ver a la gente rebelándose día a día”, me decían.

Podían estudiarse ambas fascetas de la pintura en el municipio de Győr. Había delegaciones que llegaban y delegaciones que partían. Había ruido y agitación, y afuera, en el balcón, se hicieron discursos durante la mayor parte del día siguiente. A primera vista podían verse solamente banderas, brazales, rifles colgando de los hombros, un inquieto tropel de gente, habitación tras habitación; u oírse solamente clamores, discusiones y el llamado estridente de campanillas telefónicas. Pero cada habitación tenía su punto de sosiego: una o dos figuras calmas, pacientes, ocupadas en poner en este acto un poco de orden, clasificando, suavizando el temperamento vivo de hombres con urgente necesidad de sueño; organizando, aconsejando, construyendo un engranaje para evitar, por sobre todo, el hambre y la desmoralización. Eran los dirigentes, algunos de ellos comunistas, que habían hallado por fin la revolución de sus sueños; otros, socialistas; muchos de ellos indiferentes a diferencias políticas, ya que toda Hungría estaba ahora unida alrededor de dos demandas que hasta los niños de seis años gritaban. Aquí se estaba desarrollando

una revolución que no se estudiaba en las páginas de Marx, Engels y Lenin, por más valor que esas páginas tengan, sino que estaba sucediendo en la vida real, ante los ojos del mundo. Una revolución en carne y hueso, con todos sus fracasos, contradicciones y problemas -los problemas de la vida misma-. Mientras me llevaban a ver al presidente y vicepresidente de este comité que no tenía todavía cuarenta y ocho horas, vi un retrato de Lenin en la pared, y casi pude imaginar sus ojos astutos y brillantes aprobando la escena.

Un obrero metalúrgico, György Szabó, era el presidente, una alta figura con un traje azul lustroso, con la inevitable cinta roja, blanca y verde en el ojal. Pero el alma del comité era su vicepresidente, Attila Szigeti, un M.P.¹¹ por el Partido Nacional Campesino (un partido que había estado largo tiempo secretamente aliado a los comunistas: unos pocos días más tarde volvió a llamarse Partido Petöfi). Para todo el mundo Szigeti semejaba un académico inglés con sus hombros encorvados, su cabello desordenado, su pipa a lo Sherlock Holmes, su abultado portafolio bajo el brazo y su rápida mirada, interrogante y apreciativa. Ese sábado y el domingo sus principales esfuerzos, y los de Szabó, se concentraron en calmar a los jóvenes más fogosos. De todos los puntos del condado habían estado llegando delegados que pedían camiones para hacer una "grandiosa marcha sobre Budapest" donde, según se había informado, aún continuaba la lucha entre húngaros y rusos. Evidentemente esto hubiera sido una locura. El comité nacional, en contacto telefónico con el gobierno de Nagy, tenía información que el retiro soviético de la capital era sólo cuestión de dos o tres días. La convergencia en Budapest de jóvenes con rifles y fusiles-ametralladoras; hubiera perjudicado las delicadas negociaciones de Nagy. Observé a Szabó y Szigeti discutiendo con cada nueva delegación, convenciéndolas de que su exaltación podía solamente perjudicar el éxito de la revolución, y de que todos los camiones disponibles estaban destinados a llevar alimentos a la gente de Budapest.

Nadie pretendía que la línea del comité nacional fuera universalmente popular en Györ. Ese domingo a la tarde los católicos realizaron una animada manifestación frente al municipio. Habían congregado unas 3.000 personas (la población de Györ es de 66.000) para oír decir

11. Miembro del Parlamento (NdE).

a un sacerdote, “les hablo no como sacerdote, sino como húngaro”, y para pedir la remoción de los “transigentes” del comité nacional. Fue en Győr que encontré mi primer verdadero contrarrevolucionario, un joven que estaba detrás del mostrador en el hotel Vörös Csillag, que tachó el nombre de Vörös Csillag en mi factura y escribió “Royal” en letras enormes y audaces; que no dejaba de declamar en tonos altisonantes: “Éste es el momento más orgulloso de nuestra historia”, y que decía de Szigeti y Szabó: “Están tratando de pacificarnos en lugar de movilizarnos”. Pero la mayoría de los ciudadanos de Győr parecía apoyar sólidamente al comité que habían elegido entre los obreros de las fábricas. Un gran número de ellos había respondido a su llamado de ayuda para cargar los víveres para Budapest, y me sorprendió vivamente la eficiencia de esta organización cuando visité el depósito central, donde se reunían y cargaban las provisiones.

Para las 23 horas del sábado, más de doce periodistas de diferentes nacionalidades habían llegado a Győr, y Szigeti accedió a dar una conferencia de prensa. No tenía dudas del amplio apoyo de su comité al gobierno de Nagy, “pero hay cosas que el gobierno de Nagy no ha dicho todavía”. El fundamento del comité era un frente popular. Querían completa independencia y el retiro de las tropas soviéticas. Era cierto que Nagy era comunista, “pero es un hombre limpio y honesto”. El próximo paso era persuadir al pueblo para que comenzara a trabajar nuevamente.

“Por favor, esto es todo palabrerío comunista”, murmuró a mis espaldas un airado corresponsal norteamericano. “Este tipo es sólo un títere”. Evidentemente, la prensa de los Estados Unidos quería algo así como una revolución permanente.

Szigeti nos relató cómo había sido dominada la AVH en Győr. La policía común y los soldados se unieron a los obreros y concertaron un asalto a la prisión, de la que fueron liberados los presos políticos -algunos de ellos habían sido torturados durante años con el intento de arrancarles confesiones de espionaje-, así como algunos ladrones sin importancia. Tres insurrectos y tres hombres de la AVH fueron muertos, un hombre de la AVH se suicidó, y otros tres fueron tomados prisioneros. “Serán juzgados por sus crímenes”, dijo Szigeti.

En Győr fue también donde hallé a un grupo de comunistas por primera vez y pude conversar largamente con ellos. Eran miembros

de una compañía teatral y titiritera y, al saber que estaba en la ciudad, me buscaron, y me llevaron a su club donde comimos juntos. Eran magníficos camaradas, abiertos y sinceros acerca de lo que había pasado en los últimos días y en los últimos once años. Uno de ellos, que había dejado el Partido en 1948, cuando las cosas comenzaron a ir mal, gozaba con la nueva libertad de palabra. De ellos oí como habían sido neutralizadas en Győr las tropas soviéticas. El miércoles habían patrullado la ciudad tanques soviéticos y autos blindados. Los jóvenes les habían hecho burla y les habían tirado con manzanas, y un soldado había levantado su arma como para hacer fuego, pero su compañero se la había bajado de un golpe. Más tarde, los rusos se habían dirigido hacia su campamento a unos pocos kilómetros de distancia. El viernes se tuvieron noticias de que había grupos de extranjeros por las granjas cercanas, y el comité nacional decidió enviar una delegación al comandante soviético con la siguiente propuesta: si los rusos prometían mantenerse alejados de la ciudad y no hacer fuego sobre la gente, el comité nacional los proveería de alimentos. Esa promesa, dijo mi amigo comunista que había formado parte de la delegación, había sido respetada.

Se había derrumbado la organización del distrito del Partido Comunista, pero ese domingo, mientras cambiaba libras por forintos en la oficina Ibusz frente al hotel, el dependiente hizo el favor de traducirme una proclama hecha por el enteramente nuevo comité del distrito -todos partidarios de Nagy- publicada esa mañana por el diario local en un lugar prominente. (La frase hecha de los titulares ya no era: “¡Proletarios de todos los países, únense!” sino ¡Por una Hungría democrática independiente!”). La declaración del Partido local apoyaba ampliamente las dos demandas principales: abolición de la AVH y el retiro de las tropas soviéticas. El empleado me miró con sorpresa cuando firmé el formulario que me pasó. “He visto ese nombre muchas otras veces”, dijo, “en el *Szabad Nép*”. Hizo una pausa. “Como comunista inglés, ¿qué piensa de nuestra revolución?”. Le conté mis primeras impresiones. “¿Y escribirá la verdad?”, preguntó. “Sí”, dije, “lo haré”.

6. BÁBOLNA

Tuve la fortuna, ese día, de encontrar un excelente intérprete en Károly, un húngaro que hablaba muy bien inglés. Su esposa e hijos estaban en Budapest y, al igual que yo, estaba ansioso por llegar allí. Cuando estalló la revolución estaba con un visitante alemán cazando ciervos en las colinas de Bakony, al sur de Győr. El alemán quiso salir del país tan pronto como fuera posible y Károly lo acompañó a la frontera. Pasaron por el pueblo minero de Varpalota, donde el auto fue detenido por un grupo de mineros que les pidieron que llevaran a dos de sus compañeros, seriamente heridos, al hospital más cercano. Uno de los heridos dijo mientras lo ponían en el auto: “Sigan la lucha, camaradas. ¡No desmayen hasta que ganemos!”. Los mineros dijeron a Károly que estaban firmes en la lucha por la revolución, y que sus compañeros del famoso pueblo minero de Tatabánya se habían levantado “como un solo hombre”.

Para llegar a Budapest, Károly tenía un plan, y estaba dispuesto a llevarme con él. A media hora de ómnibus, si el ómnibus funcionaba, estaba la hacienda estatal de Bábolna, donde tenía amigos que poseían un jeep y podrían (acentuó el “podrían”) estar dispuestos a prestárselo para completar el viaje. Sucedió que había un ómnibus que partía de Győr a las dieciocho. Dos días más tarde los ómnibus estaban detenidos en las calles con carteles que decían “huelga”. Los conductores habían decidido mostrar su solidaridad con los ferroviarios y la revolución. Pero el domingo tuvimos suerte. Convinimos en encontramos en la estación terminal minutos antes de las dieciocho.

Mis amigos actores trataron de persuadirme para que no partiera. Fuera del camino principal era donde había posibilidades de conseguir un auto; el camino más allá de Bábolna corría por zonas mineras, donde se luchaba encarnizadamente y sería peligroso. Pero yo tenía que aprovechar cualquier oportunidad de llegar, y esta parecía tan buena como cualquiera. Sucedió que en Bábolna no conseguimos ningún transporte y volvimos a Győr el martes. Pero me alegré de haber estado en Bábolna; lo que estaba teniendo lugar era una muestra de toda la revolución, y yo fui el único extranjero y el único periodista que lo presencié. Mis amigos me llevaron a un restaurante

cercano a la estación, me ofrecieron té y pasteles y se rieron cuando cortésmente negué que el té fuera más débil de lo que acostumbraba a tomarlo. “No deje de vernos si vuelve a Győr”, dijo Zsuzsa, la encargada de los títeres. Lo prometí y nos despedimos.

El ómnibus de un solo piso circulaba con las luces apagadas por lo que parecía ser una huella de carros. Károly me habló de Bábolna en el camino. Era la más importante granja modelo de Hungría: 35.000 acres de terrenos de caza y de cultivo. Pero la característica principal la constituye el famoso stud en el que durante 200 años se han cruzado caballos árabes y húngaros para conseguir la magnífica cría Bábolna. En toda la granja se empleaban más de 1.000 trabajadores: veterinarios, cirujanos, mozos de cuadra, guardas de coto, guardabosques, labradores y otros.

En la entrada principal de la granja descendimos del ómnibus y allí casualmente, estaba un amigo de Károly que de inmediato nos invitó a pasar la noche en su casa. Su padre era un pastor y seguramente me interesaría oír su historia. Así fue que emprendimos la marcha por un largo sendero y atravesamos un campo y una línea ferroviaria hasta que llegamos a un pequeño establecimiento donde nuestra llegada hizo que los perros más feroces de Hungría comenzaran a ladrar al unísono.

El anciano estaba echado en el lecho con su chaqueta de piel de cordero cuando entramos, mientras su mujer, una típica campesina de mejillas rosadas, que llevaba un vestido azul, sin forma y un delantal manchado, estaba sentada frente a la estufa y la alimentaba con leños. Ninguno creyó al principio que yo venía de Londres, pero me recibieron con una hospitalidad casi embarazosa.

“El viejo le ha estado dando un poco a la botella”, susurró Károly. “Pero no lo culpe, tal vez ha estado celebrando algo”. Y así era. Estrechó mi mano vigorosamente. Parecía tener 71 o 72 años, y sus manos nudosas, su rostro marcado por el tiempo, y el débil olor a oveja que lo envolvía, hablaban de duros trabajos para dar a su familia un nivel de prosperidad semejante al de un obrero hábil en Inglaterra. Sin prestar oído a nuestras protestas, salieron y mataron patos para prepararnos una gigantesca comida, luego de desollarme la garganta con una sopa de “páprika”, no el condimento anémico que se compra en Londres como “páprika”, sino algo mucho más cáustico.

Al viejo pastor “ellos” lo habían llamado “kulak”¹². Ni siquiera una palabra húngara, ya ve, sino una palabra rusa que significa “puño”, fácil de aplicar a un hombre que tiene un par de docenas de ovejas y sabe cómo hacerlas rendir. Lo habían obligado a unirse a una cooperativa agraria, como lo habían hecho con otros campesinos de la villa. Todos ellos festejaban esa noche la disolución de esta cooperativa que nadie quería. Habían tomado de vuelta sus partes individuales de tierra. “Tratando de decirme a mí que no sé manejar las cosas”, gruñía el anciano. “Tratando de decirme a mí que tenía que aplicar las experiencias soviéticas y los últimos descubrimientos del sanguinario Lysenko.” Expectoró una voluminosa escupida en la estufa. ¡Qué acumulación de errores han sido apilados sobre los hombros de este “kulak” impenitente!, reflexioné.

Pero tenía otra razón más para celebrar. Parecía que el director de la hacienda estatal de Bábolna durante los últimos cinco años, había sido no un hombre de campo, sino un herrero, designado por el Partido, que no sabía nada acerca de la cría de caballos o de agricultura, pero había sido enviado para que administrara, sentado cómodamente, desde un escritorio. Cuatro años atrás, antes de que el pastor fuera “deskulakisado”, permitió un día que sus ovejas se pasaran a un campo que pertenecía a la granja estatal, donde estaba asomando el centeno. De acuerdo al pastor, no era malo que el ganado paciera en el centeno una semana o dos, ya que esto fortifica el grano. Como quiera que sea, vino el director lanzándole insultos al pastor, y ordenándole “como no se le hablaría a un perro”, que sacara sus ovejas inmediatamente de las tierras de la granja estatal. El anciano demostró igual dominio de los insultos húngaros y le dijo al director algunas palabras acerca de lo que era su madre. Sobre lo cual el director golpeó al viejo pastor en la cara, haciéndole rodar por tierra, y luego echando mano al bastón, lo golpeó con él salvajemente. Eso había sido cuatro años antes.

Al iniciarse la revolución, tres días atrás, los dos rudos hijos del pastor se encaminaron a la oficina del director. Éste no tardó en adivinar sus propósitos y tomar el revólver del cajón de su escritorio. Pero ellos lo dominaron y desarmaron antes de que pudiera hacer uso de él, y luego lo golpearon. El director dejó Bábolna y no regresó.

12. *Kulak*: Campesino rico ruso (NdE).

Se iba a reunir el Consejo de trabajadores recientemente electo para elegir a su vez un comité dirigente y un nuevo director, a la mañana siguiente. Un periodista extranjero sería bienvenido, de modo que a la mañana siguiente, luego de una larga despedida a la anciana pareja, que hablaba con lágrimas en los ojos de sus parientes de Canadá, partimos hacia las oficinas. Hubo tiempo primero de mirar los caballos, de ver en el patio la placa con el nombre del reproductor árabe Obayan, abuelo de la cría de Bábolna y de admirar las cabecitas de caballos, semejantes a piezas blancas de ajedrez, que coronaban los postes de la empalizada.

Entonces nos pidieron que presenciáramos la entrada a la oficina del comité del Partido, la apertura de la caja fuerte, el descubrimiento de cientos de legajos, uno por cada trabajador de la granja, en el que estaba registrada toda su carrera, su honestidad política o cualquier información que se tuviera sobre él. Cualquier delator abyecto que sintiera rencor hacía un compañero podía estar seguro de que su historia, real o falsa, iba a ser solemnemente registrada en estos documentos. En algunos casos la historia de un hombre llegaba a veinte o más años atrás. Por toda Hungría, en esos días de revelaciones, la gente encontraba y quemaba esos legajos cuyo contenido era desconocido para el interesado; dichos papeles se iban pasando a los distintos puestos que iban ocupando y podían fácilmente impedir un nombramiento, o conducir a un arresto, juicio secreto, tortura, encarcelamiento o muerte.

Unos ochenta delegados que representaban a todas las secciones de la granja asistieron a la reunión del consejo obrero. Algunos se sentaron alrededor de una larga mesa montada sobre caballetes y adornada con banderitas tricolores; otros en asientos de madera puestos en filas enfrentando al presidente y a una secretaria que tomaba cuidadosa nota de los procedimientos.

Hubo primero discursos generales: acerca de la revolución, sus propósitos, tareas y proyectos, y sobre la posición de Bábolna por una Hungría nueva, genuinamente socialista, genuinamente democrática. Me dieron una traducción bastante completa y tomé nota de algunas frases sobresalientes: “Obedeceremos a un parlamento elegido democráticamente”. “Nuestro deber de hoy es asegurarnos de elegir a los mejores hombres”. “Ahora este país es nuestro”. “Debemos oponernos

resueltamente contra toda venganza personal. No queremos que húngaros maten a húngaros”. “Rákosi estafó y engañó al pueblo”. Un hombre maduro se levantó y dijo:

“Soy un trabajador ordinario. Estoy convencido de que el sistema que hemos tenido hasta ahora consistía solamente en trabajar para intereses foráneos. Muchos de los que se unieron al Partido Comunista lo hicieron por malas razones. Pido que las que elijamos hoy sean personas honestas, de confianza. No queremos renegados”.

Lo aplaudieron calurosamente. Otro delegado se dirigió directamente al “periodista inglés”: “Cuéntele al pueblo inglés y a sus amigos de Inglaterra del heroísmo de este pequeño país”. Algunos de los que hablaron aclararon que eran comunistas y se les escuchó seriamente. Pero un hombre pidió la proscripción o disolución voluntaria del Partido Comunista por ser una organización completamente desacreditada. El siguiente orador, un hombre serio, de anteojos, de unos veinticinco años, dijo:

“Estoy en contra del pedido de disolución del Partido Comunista, porque en un país democrático debe haber libertad para todos los partidos. Pero tiene que ser un Partido Comunista que opere en una forma completamente nueva”.

Esto expresaba claramente el sentimiento general de la reunión. Pronto, en medio de un zumbido de agitación, los delegados procedieron a la elección de sus principales dirigentes. Tres candidatos locales fueron propuestos para la dirección. El que según Károly encabezaría la lista era un hombre alto, grave, de unos cuarenta y cinco años, que vestía pantalones de montar y que se acercó a conversar con nosotros. Károly dijo que era un experto agrícola. Su popularidad quedó demostrada cuando el representante de una sección se levantó y dijo que si ese candidato no ganaba, su sección lo quería como líder, y con esto dejaba sentada su demanda. La elección se hizo por voto secreto. A cada uno se le dio una tira de papel sobre la que escribió el nombre de uno de los candidatos; luego se recogieron todas las tiras y el presidente contó los votos. Todo esto llevó mucho tiempo, y uno de los delegados vino hacia nosotros y me dijo por intermedio de Károly algo que quedó grabado en mi mente: “Lamento que esto vaya tan lentamente, pero debe comprender que no tenemos ninguna práctica para elegir gente”. Pienso

que la última ilusión que me quedaba acerca del pasado quedó destruida en ese momento.

Fue electo director el experto agrícola por 57 votos contra la de su oponente más cercano. Más tarde el consejo eligió a un comité de quince miembros; los delegados de cada sección votaban uno o dos. Nuevamente hubo voto secreto, y nuevamente estos novatos de la democracia se tomaron su tiempo, pero ¡por fin! el comité quedó constituido y se disolvió la reunión del consejo.

Partimos con los delegados, pero el comité nos hizo saber que se nos invitaba a presenciar sus actividades todo el tiempo que quisiéramos. Nos quedamos casi una hora. Se discutían toda clase de asuntos, desde los más triviales hasta los de mayor importancia, y era imposible dejar de notar el sentido de responsabilidad con que estos nuevos líderes enfrentaban sus tareas. ¿Seguirían usando el viejo vocablo corrompido *elvtars* (“camarada”)? Por una gran mayoría los camaradas se convirtieron en conciudadanos. ¿Qué medidas prácticas debían tomarse para instituir una milicia local que guardara el orden y protegiera la propiedad? ¿Cuál era exactamente el límite de las decisiones que el director podía tomar de inmediato sin consultar al comité? Y, por sobre todo, ¿qué podía hacer esta granja para enviar alimentos a la hambrienta Budapest? Después de un cambio de opiniones se acordó una delegación al Comité nacional de Győr para averiguar cuántos camiones podían venir a Bábolna para ser cargados con carne, leche, huevos, manteca y harina para la gente de la capital.

Dejamos la sesión del consejo obrero en este punto, mientras el joven que se había opuesto a la proscripción del Partido Comunista tomaba nota de las propuestas. Y lo que me ha intrigado desde entonces, lo que me intriga muchísimo, es esto: ¿Dónde, exactamente, estaba el “Terror Blanco” de Bábolna? ¿Dónde estaba la “contrarrevolución”? ¿Dónde estaban los “reaccionarios”? ¿Dónde estaban los “Horthystas”? ¿Dónde estaba “el terrible fantasma de la bestia fascista”, que de acuerdo al discurso de D. T. Shepilov a la Asamblea General de las Naciones Unidas el 22 de noviembre, “se había levantado sobre los tranquilos campos de Hungría”? ¿Exactamente, que habían hecho los trabajadores de Bábolna para justificar la intervención extranjera?

7. BUDAPEST

Ya que no pudimos conseguir transporte en Bábolna, volvimos a Győr con dos miembros del consejo obrero; pasamos dos puestos de control a cargo de los Combatientes por la Libertad. Pasé en Győr una noche más que se hizo memorable por la hospitalidad y el compañerismo de los actores. Estaban planeando una gira por los hospitales para atender a los heridos leves, y se hallaban en gran efervescencia con planes a largo plazo para el vigoroso teatro que iban a desarrollar en una Hungría verdaderamente socialista.

Encontré a tres periodistas austriacos que tenían lugar en su auto, y por fin comencé la última etapa del viaje a Budapest a la mañana siguiente. Nos tomó algo más de tres horas cubrir las 80 millas, porque tuvimos que detenernos varias veces en puestos de control. Los funerales se sucedían con penosa frecuencia en las villas. No vimos tropas soviéticas y los centinelas húngaros que nos pararon nos dieron la buena nueva de que había terminado en la capital la lucha entre rusos y húngaros, y que había comenzado la evacuación soviética. Esto fue el miércoles 31 de octubre. “Amigos míos, la revolución ha sido victoriosa”, dijo esa tarde Imre Nagy a una manifestación masiva frente al Parlamento. “Hemos echado a la banda Rákosi-Gerö. No toleraremos interferencias en nuestros asuntos internos”. Ese día Anna Kéthly, después de pasar seis años en prisiones y campos de concentración, se convirtió en presidenta del renacido Partido Socialdemócrata. Ese día János Kádár anunció el nacimiento de un nuevo Partido Comunista, el Partido de los Trabajadores Socialista Húngaros, cuyas filas estarían cerradas a los responsables por los crímenes del pasado. Ese día, miembros de la policía secreta se balanceaban cabeza abajo en los árboles y postes de Budapest, escupidos por la multitud; algunos, enloquecidos y brutalizados por años de sufrimiento y odio, apagaban colillas de cigarrillo en la carne muerta.

Ese mismo día, cayeron sobre territorio egipcio bombas británicas, hundiendo una de sus fragatas en el Canal de Suez y el presidente Eisenhower dijo que ese ataque había sido un “error”. Esto anticipó cuatro días la agresión soviética en Hungría.

El poder efectivo de Hungría estaba dividido entre el gobierno de Nagy, que tenía el apoyo del pueblo porque reflejaba su voluntad, y el pueblo mismo armado, representado y conducido por sus comités nacionales. Era un poder dual. Los delegados de los comités nacionales del oeste, este, sudeste y sur de Hungría iban a reunirse en Győr para presentar las demandas del pueblo: el inmediato retiro de los refuerzos soviéticos que, según el informe, estaba llegando por el este; el retiro de todas las tropas soviéticas para fin de año y elecciones libres. Algunos informes decían que se había formado un gobierno provisional en Győr. Pero esto parece haber sido una versión errónea de la demanda de que se incluyeran representantes de los comités nacionales en el gobierno de Nagy. De todas maneras, no podía haber dudas sobre quién tenía el poder en Budapest. El pueblo que tenía las armas, tenía el poder.

¿Y quién tomaba las armas? ¿Fascistas? No, la gente que había luchado, los Combatientes por la Libertad, los trabajadores de Csepel y Újpest; adolescentes de ambos sexos, con bandoleras sobre los hombros, granadas de mano en los cinturones y fusiles ametralladoras -“guitarras” los llamaban- en las manos; los soldados que habían cambiado la estrella roja del servilismo por la cinta roja, blanca y verde de la libertad. Habían librado una gloriosa batalla y por un tiempo (¡qué tiempo espantosamente corto!) se habían regocijado, aun mientras lloraban a sus muertos y encendían velas en las miles de tumbas frescas. Hasta los niños, cientos de ellos, habían tomado parte en la lucha: hablé con pequeñas niñas que habían echado petróleo encendido en el camino de los tanques soviéticos. Oí de niños de 14 años que habían ido a la muerte saltando sobre los tanques con botellas de petróleo encendido en las manos. Muchachitos de doce años, armados, hasta los dientes, alardeaban ante mí de la parte que habían tenido en la lucha. Una ciudad en armas, un pueblo en armas que se había levantado y había roto las cadenas de la esclavitud con un esfuerzo gigantesco, que había agregado a la lista de ciudades combatientes -París, Petrogrado, Cantón, Madrid, Varsovia- otro nombre inmortal: ¡Budapest! Sus edificios podían estar deteriorados o destruidos, los cables del tranvía y el teléfono podían estar cortados, los pavimentos podían estar cubiertos de vidrios o manchados de sangre. Pero el espíritu de sus ciudadanos era indomable.

Todavía quedaba por hacer un poco de limpieza de la AVH. En 45 M, el First Road, en el City Park, descubrieron el cuartel general de los interceptores radiales de la AVH y encontraron gran número de fusiles ametralladoras, rifles, pistolas, municiones, granadas de mano y un surtido de ropas. Una espectacular operación con picos, palas y taladros descubrió un vasto sistema de sótanos que se extendían bajo los cuarteles generales del Partido. La construcción de estos sótanos, de dos pisos de profundidad, debe haber tomado meses, tal vez años. Tenían paredes de hormigón armado de seis pies de espesor, puertas herméticas, grandes almacenes de ropas y alimentos, gran provisión de armas y una variada colección de aparatos de torturas. Toda la ciudad oía el golpeteo que venía de alguna parte, de lo profundo de este seguro subterráneo, golpeteo que podía ser hecho por los hombres de la AVH, o por prisioneros, o por ambos, pero que hacía imposible el uso libre de altos explosivos para abrir una entrada y dejar al descubierto los secretos de este laberinto de túneles. Por lo que yo sé, los atrapados allí abajo estaban todavía atrapados cuando comenzó el ataque soviético el 4 de noviembre.

Los que habían estado en la oscuridad de las prisiones de cualquier otra parte de la ciudad, salían a la luz y contaban su historia. Los de las celdas subterráneas, algunas veces sumergidos en agua hasta el tobillo, se arrojaban tambaleantes en los brazos de sus liberadores, y se cumplía el último día de la profecía de Pushkin:

*Las pesadas cadenas caerán
Las paredes caerán a una voz;
y la Libertad saluda con la Luz
y los hermanos devuelven la espada.*

Muchos de estos prisioneros eran fantasmas: hombres y mujeres a quienes sus amigos habían dado por muertos largo tiempo atrás.

Hombres y mujeres como la doctora Edith Bone, ex corresponsal del *Daily Worker* en Budapest, a quien encontré allí por primera vez en septiembre de 1949, cuando se estaba preparando para regresar a Inglaterra. Recuerdo haber ido de compras con ella y haberla ayudado a elegir un juego de ajedrez. Pocos días más tarde desapareció en

el justo momento en que debía subir a su aeroplano. Fue acusada de espionaje, confinada durante catorce meses, esposada en tal forma que lleva en sus muñecas una marca indeleble, llevada ante una corte secreta, sentenciada a quince años de prisión sin decirsele el período de la condena, nuevamente incomunicada por seis meses por desafiar a la corte, y encarcelada otros cinco años y medio, hasta que fue liberada por la revolución.

La doctora Bone se enorgullece de su resistencia física y espiritual. Otros fueron menos resistentes, la noche del viernes vi a cuatrocientos cincuenta prisioneros, aún vestidos con sus chaquetas y pantalones a rayas como pijamas, liberados de la cárcel de Gyustofogház, en Budapest. Algunos de ellos eran locos furiosos y tenían que ser sujetos y puestos bajo custodia más suave. Cuatro de los prisioneros eran ingenieros acusados de sabotaje en oportunidad de la construcción del puente Stalin sobre el Danubio. En una de las celdas, sobre la negra y sucia pared, uno de estos prisioneros había garabateado un poema con un título en latín: *Pro Libertate*. El viernes a la noche, la revolución había liberado cinco mil quinientos prisioneros políticos.

Hubo en total tres días y medio de libertad y, por momentos, parecía como si el pueblo de Budapest tuviera la sensación de que ese interregno estuviera destinado a ser muy corto; tal era la forma ardiente en que practicaba la democracia. La vida era apenas alegre. Sólo estaban abiertas las tiendas de comestibles. No hubo transporte público hasta el sábado, cuando empezaron a correr unos pocos ómnibus, peligrosamente abarrotados y con la gente colgando a los lados. Pasaban camiones cargados de jóvenes y soldados, y autos con el banderín de la Cruz Roja, pero aparte de ellos no había casi tránsito en las calles. Los cines, teatros y restaurantes estaban cerrados. Pero nadie necesitaba el estímulo del entretenimiento. Surgían los partidos políticos con la agitación de la discusión y la organización.

Ya he mencionado la reaparición del Partido Socialdemócrata, el renacimiento del Partido Comunista y el resurgimiento del Partido Nacional Campesino, como Partido Petöfi. Reapareció el Partido de los Pequeños Propietarios. Se formó un Partido Húngaro Cristiano. Y también una nueva Federación de Sindicatos. Se colgaban burdos carteles en sus cuarteles generales. Se había roto el hielo de once

años y la democracia, imposible de contener, había inundado la vida de las personas.

El aspecto más notable de esta efervescencia, y el más entusiasmante, especialmente para un periodista, fue la aparición repentina, como una explosión, de no menos de veinticinco diarios en lugar de las cinco tristes oscuras páginas estereotipadas de años recientes. Muy a menudo el obrero de Budapest encontraba el mismo anuncio, palabra por palabra, y a veces con exactamente las mismas fotografías, en *Szabad Nép*, *Népszaba*, *Magyar Nemzet*, *Szabad Ifjúság* y el vespertino *Esti Budapest*. Ahora tenía dos docenas de diarios para elegir (¡qué día de batalla tuvieron los vendedores de diarios!) con editores independientes, choques de opinión, apasionadas polémicas, comentarios hirientes, y, sobre todo noticias. *Szabad Nép*, el diario comunista, salió por un día y luego cedió su lugar al *Népszabadság* cuando fue lanzado el nuevo Partido Comunista. *Népszaba*, el diario del sindicato, pasó a ser nuevamente el órgano del Partido Socialdemócrata. Los sindicatos sacaron el *Népakarat*. El Partido de los Pequeños Propietarios resucitó luego de seis años su *Kis Ujság*. El Comité Nacional Revolucionario sacó el *Magyar Függetlenség*. El Ejército Húngaro Revolucionario y la Organización de la Juventud sacaron el *Igazság*. El Consejo Revolucionario de Jóvenes Obreros lanzó el *Magyar Ifjúság*, el Partido Petöfi, el *Új Magyarország*. Estaban el *Magyar Világ*, *Valóság* y muchos otros.

Fui a ver al editor de uno de estos diarios en su oficina de lo que había sido anteriormente el edificio del *Szabad Nép* y el *Esti Budapest*, y que en su laberinto albergaba ahora, más racionalmente a varios periódicos y comités. Resultó ser un viejo amigo mío. Un comunista cuya habilidad periodística se estaba poniendo a prueba al máximo por el repentino pero bienvenido florecimiento de nuevos escritores especialmente entre la juventud. “Espera un minuto, ¿quieres?” me dijo indicándome una silla. Pasó una hora antes de que terminara primero de corregir una cantidad de originales, luego de entrevistar a una corriente de tímidos pero entusiastas jovencitos. “Nos traen a montones poemas, noticias, artículos, historias cortas acerca de la revolución”, dijo. “Algunos de ellos son buenos, otros no tanto. Pero tratamos de ayudarlos. Es talento nuevo. Nunca lo sospechamos, nunca”. Me preguntó de pronto si estaría dispuesto a

colaborar con un periódico editado en inglés que daría al mundo las ideas de los revolucionarios. Esta era la primera vez que me veía enfrentado con una resolución directa para ayudar al pueblo húngaro, pero no vacilé. Nunca llegué a nada sin embargo, porque veinticuatro horas más tarde, los cañones rusos estaban destruyendo Budapest.

Yo me alojaba en el Duna Hotel, sobre el paseo del Danubio, a unos pocos minutos del Parlamento. El hotel estaba prácticamente en manos de periodistas que todos los días se disputaban desesperadamente las pocas líneas telefónicas disponibles. Para tener alguna seguridad de conseguir una llamada en el término de doce horas uno tenía que ir a la central telefónica en el cuarto piso, donde dos acosados operadores luchaban con una creciente pila de pedidos de llamadas a toda Europa. Un día, una llamada a Londres que había pedido para las 3.30 horas de la tarde se consiguió recién a las 2 de la mañana siguiente, demasiado tarde para la edición. Me las arreglé para comunicarme con Moscú y tener una conversación con Sam Russell, corresponsal del *Daily Worker*, que fue enviado a Budapest luego de mi retiro y renuncia. TASS, dijo, estaba enviando muy poco material desde Budapest. Considerando todo, no me sorprendió.

El Duna estaba lleno de rumores acerca de refuerzos rusos, movimientos de tropas y la captura de aeródromos húngaros. Se decía que estaban avanzando seiscientos tanques y treinta mil hombres como tropas de refuerzo. Se decía que los rusos estaban construyendo un ferrocarril de trocha ancha que llegaría a Hungría desde la URSS. Pero la mayoría de nosotros descartábamos estos rumores. Simplemente, no creíamos que los rusos atacarían. Tampoco lo creía el gobierno de Nagy, que el sábado, durante una pausa en las negociaciones con los oficiales soviéticos acerca del retiro de las tropas soviéticas, dio una conferencia de prensa en el salón de los gobelinos, en el Parlamento.

Dos miembros del nuevo y más numeroso gabinete respondieron a preguntas durante más de una hora, siendo el proceso lento y dificultoso por la necesidad de traducir las respuestas al inglés, francés y alemán, uno después del otro. Las preguntas fueron contestadas por el ministro de Estado, doctor Zoltán Tildy, quien había sido presidente de la república en los años 1946 a 1948, año en que renunció cuando

su yerno fue detenido acusado de espionaje, y por Géza Losonczy, un comunista rehabilitado. Nagy había prometido su presencia, pero como es de comprender, se encontró demasiado ocupado.

Tanto Tildy como Losonczy* tenían grandes esperanzas acerca de las conversaciones con los oficiales soviéticos. “Hay señales alentadoras de que éstas conducirán a aliviar la tensión”, dijo Losonczy. “Mientras tanto el Soviet ha hecho la promesa de que no llegarán más trenes militares rusos a la frontera húngara”. ¿Tenía el gobierno húngaro alguna noticia de que el gobierno polaco apoyara su demanda para el retiro de las tropas soviéticas? “Sí”, replicó Losonczy, “sabemos que la opinión del gobierno polaco es que todo lo que está pasando en Hungría es una cuestión interna de Hungría”. En vista de las sugerencias de que el gobierno de Nagy fue ciego a los peligros de la contrarrevolución, vale la pena recordar que Losonczy hizo una digresión en esta conferencia de prensa para acentuar estos peligros. Las fuerzas de la contrarrevolución están activas”, dijo. “El gobierno declara que no desea permitir que se pierda ninguna de las ventajas logradas en el período pasado: la reforma agraria, la nacionalización de las fábricas, las conquistas sociales. También desea mantener los resultados de la presente revolución: independencia nacional, igualdad entre las naciones, construir el socialismo sobre una base democrática y no dictatorial. El gobierno es unánime en lo que respecta a no permitir la restauración del capitalismo”. Losonczy dijo que su gobierno quería continuar las relaciones con la Unión Soviética “sobre la base de la igualdad”. Luego agregó lacónicamente: “Aún en los países del socialismo hay malentendidos acerca del carácter del gobierno húngaro y la presente situación en Hungría”.

A Tildy se le preguntó directamente como era de serio en su opinión, el peligro de un ataque soviético. Contestó:

“Creo que es humanamente imposible que tal tragedia pueda tener lugar. Sería trágico desde el punto de vista del pueblo húngaro, desde el punto de vista del pueblo soviético, desde el punto de vista de todo el mundo. Por eso es que creo que nunca tendrá lugar”.

Tres horas más tarde los delegados del gobierno húngaro a las negociaciones fueron arrestados por las autoridades soviéticas. Antes del amanecer del día siguiente fuimos despertados por el rugido de los cañones soviéticos, bombardeando la ciudad desde el monte de

Gellért y desde los otros montes de Buda. Lo “humanamente imposible” había sucedido.

La tragedia se había desencadenado inexorablemente hacia su clima. La estatua de Stalin podía haber sido derribada de su pedestal con soplete y cuerdas muy fuertes, para ser rota en mil fragmentos de bronce guardados como recuerdos. Pero el stalinismo, vengativo, cruel, sin remordimientos, había vuelto a Budapest.

8. REVOLUCIÓN Y CONTRARREVOLUCIÓN

La cuestión del origen de la revolución húngara se discutió en el capítulo tercero. Se sostuvo que la revolución no fue una conspiración preparada por las fuerzas contrarrevolucionarias, sino un genuino levantamiento de la abrumadora mayoría del pueblo húngaro, para el que la vida se había hecho insostenible; un levantamiento que se preparó durante los últimos treinta años, y provocado en particular por los desatinos, crímenes y engaños de los líderes stalinistas del Partido Comunista. Hay quienes aceptan esta opinión y deploran la intervención soviética inicial, pero defienden la segunda llamándola amarga y lamentable, pero necesaria. Esta defensa está apoyada por tres argumentos. En primer lugar se dice que el gobierno de Nagy, tal como se constituyó el sábado 3 de noviembre se había inclinado considerablemente hacia la derecha, y que estaba a punto de deslizarse aún más hacia la derecha, ya que incluía a personas que querían, no solamente neutralizar a Hungría, sino también restaurar el capitalismo y el dominio de los terratenientes. Segundo, se sostiene que el peligro de la contrarrevolución y la actividad creciente de las fuerzas reaccionarias en todo el país, -que el gobierno de Nagy no podía reprimir- hicieron imperativa la intervención soviética. (Generalmente se cita como prueba la transmisión radial hecha por el cardenal Mindszenty la noche del 3 de noviembre.) Tercero, los defensores de la segunda intervención soviética afirman que el Terror Blanco se había desatado en el país y que se necesitaba la pronta acción de las tropas rusas para salvar la vida de los comunistas. Me propongo responder cada uno de estos tres argumentos.

El carácter del gobierno de Nagy en la víspera del ataque soviético y la posición adoptada por los partidos en él representados, han sido analizados por Daniel Norman en un artículo del *Tribune* del 23 noviembre de 1956, del cual he tomado algunos de los párrafos traducidos que siguen. El “Gabinete Interno” de tres comunistas y cuatro no comunistas, había sido reemplazado por un gobierno constituido por dos representantes del Partido de los Trabajadores Socialistas Húngaros (comunista), tres del Partido Socialdemócrata y del Partido de los Pequeños Propietarios, dos del Partido Petöfi (Nacional Campesino), y -lo que Norman no menciona- un representante de los comités revolucionarios: el coronel Pál Maléter, que actuaba como ministro de Guerra y que fue uno de los delegados arrestados por los rusos. Parecen querer insinuar que este cambio ahogaba en cierta forma a los comunistas, y que no se podía confiar en que los no comunistas de la coalición mantuvieran el socialismo sino que abrirían el camino al fascismo.

A lo cual se debe responder: primero, que esta coalición era más genuinamente representativa del pueblo húngaro que cualquier gobierno conocido por Hungría desde 1947: era un verdadero gobierno de frente popular, y si esto se hubiera puesto a prueba, hubiera gozado, sin ninguna duda, del apoyo de los comités nacionales; y, segundo: las declaraciones hechas por líderes responsables de los tres partidos no comunistas de la coalición no daban ningún motivo para tildarlos de enemigos del socialismo. En el primer número del nuevo *Népszaba* del 1 de noviembre, la dirigente socialista Anna Kéthly había escrito:

“El Partido Socialdemócrata... ha ganado su oportunidad de vivir y la ha ganado contra un régimen que se llamaba a sí mismo una democracia popular pero que en esencia y forma no era popular ni demócrata. Saludamos con profundo respeto a los héroes que han hecho posible el resurgimiento del partido, miles de jóvenes intelectuales y trabajadores, que han luchado, hambrientos y harapientos, acicateados por la idea de una Hungría libre e independiente ...*Liberados de una prisión, no permitamos que el país se convierta en una prisión de otro color. Vigilemos las fábricas, las minas y la tierra, que deben permanecer en manos del pueblo*” (destacado de Peter Fryer, NdT).

El 31 de octubre, en un discurso pronunciado en la reunión inaugural de la rama Pécs del Partido de los Pequeños Propietarios, Béla Kóvacss dijo:

“Nadie debe soñar en volver al mundo de los condes, banqueros y capitalistas: ese mundo se ha terminado de una vez por todas. Un fiel miembro del Partido de los Pequeños Propietarios no puede seguir la línea de pensamiento de los años 1939 ó 1945”.

El 3 de noviembre, Ferenc Farkas, secretario general del Partido Petöfi y otro de sus miembros que formaba parte del gobierno de Nagy (el *Daily Worker* del 5 de noviembre calificaba a este partido de “semi-fascista”) dijo que había un gran número de puntos en los que el gobierno era unánime, incluyendo los siguientes:

“El gobierno mantendrá entre las conquistas socialistas, todo lo que puede y debe ser realizado en un país libre, democrático y socialista, de acuerdo con el deseo del pueblo. Queremos mantener las más sinceras y cálidas relaciones amistosas, económicas y culturales con todos los países socialistas aun cuando hayamos logrado nuestra neutralidad. También queremos establecer relaciones económicas y culturales con los demás países del mundo amantes de la paz”.

El pedido de neutralidad que Nagy apoyaba, no era evidencia de un deslizamiento hacia la derecha, ni de “hostilidad abierta... hacia la Unión Soviética”, ni de “repetidas concesiones a las fuerzas reaccionarias” como trataba de hacerlo aparecer esa vergonzosa declaración del Comité Ejecutivo del Partido Comunista Británico, hecha sólo doce horas después de comenzado el ataque soviético y sin embargo, aprobándolo ampliamente. Si Yugoslavia podía elegir su propia senda hacia el socialismo, sin unirse a otro bloque, ¿por qué no podía también el pueblo húngaro tener la neutralidad y el socialismo? Estoy de completo acuerdo con la conclusión de Norman de que lejos de ser “fuerzas reaccionarias”, los partidos asociados en la coalición gubernativa de Imre Nagy, a la víspera del ataque soviético “eran las únicas fuerzas capaces de enfrentarse con los fascistas dispersos o pequeños grupos de fascistas o simples pandillas de jóvenes exaltados, que habían perpetrado crímenes condenados por cada uno de los insurgentes. Su número no era grande. No tenían posibilidad de organizarse. Solamente un gobierno que tuviera el apoyo de la abrumadora

mayoría de los húngaros, como lo tenía el último gobierno de Nagy, podía individualizarlos y ocuparse de ellos”.

Eso nos trae a la segunda pregunta: ¿se estaba incrementando la actividad de las fuerzas reaccionarias? Naturalmente que sí. ¿Había peligro de una contrarrevolución? No tendría sentido negarlo. La noche que llegué a Viena, el 11 de noviembre, comunistas austriacos me contaron que dos mil emigrados húngaros, armados y entrenados por los norteamericanos, habían entrado en Hungría occidental para luchar y provocar agitaciones. Pero el peligro de una contrarrevolución no es lo mismo que el éxito de una contrarrevolución. Y entre los dos había una poderosa y significativa barrera, en la que yo por ejemplo, estaba dispuesto a depositar toda mi confianza: la voluntad del pueblo húngaro de no volver al capitalismo. Como Bruce Renton escribió en *The New Statesman and Nation* del 17 de noviembre:

“Ninguno de los que estaban en Hungría durante la revolución pudo escapar a la irresistible impresión de que el pueblo húngaro no tenía deseo ni intención de volver al sistema capitalista”.

Y hay que recordar que estas personas que querían mantener el socialismo y mejorarlo, tenía armas en sus manos; eran obreros armados, campesinos armados, estudiantes armados, soldados armados. Tenían armas de fuego, tanques y municiones. Tenían una magnífica entereza de ánimo. Estaban en condiciones de responder a cualquier putsch, si es que alguien hubiera intentado organizarlo. Pero nunca se les dio la oportunidad de probarlo. No fue otro que el diario *Szabad Nép*, del Partido Comunista, el que el 29 de octubre rechazó indignado el artículo de *Pravda* sobre “El colapso de la aventura dirigida contra el pueblo de Hungría”. Lo que pasaba en Budapest, dijo el *Szabad Nép*, no había sido dirigido contra el pueblo, no había sido una aventura y ciertamente, no había sufrido un “colapso”. Las reivindicaciones eran a favor de la democracia socialista. La afirmación del *Pravda* de que la insurrección había sido instigada por los “imperialistas occidentales” era un “insulto a toda la población de Budapest”. No fue una intriga imperialista lo que produjo esa “lucha sangrienta, trágica, pero altiva”, sino los propios “errores y crímenes” de las autoridades húngaras y, en primer lugar, su fracaso para “salvaguardar la llama sagrada de la independencia nacional”. Y el

Szabad Nép respondió de antemano al argumento de que la contrarrevolución obligaba a la Unión Soviética a intervenir:

“La juventud podrá defender las conquistas que ha logrado al precio de su sangre, aún contra los contrarrevolucionarios que se le habían unido. (Los estudiantes y obreros) Han probado que representan una fuerza política capaz de convertirse en guía irremplazable... Desde los primeros momentos de la manifestación y de la lucha afirmaron muchas veces -y lo probaron en el curso de la batalla- que no estaban contra un gobierno popular, que no eran fascistas, ni contrarrevolucionarios, ni bandidos”.

En cuanto al discurso radial de Mindszenty del 3 de noviembre, el largo extracto citado por Mervin Jones en *Tribune* (30 de noviembre) pone en ridículo la afirmación de Andrew Rothstein de que éste “proclamaba un programa de restauración del capitalismo”. Igual de disparatada es la descripción del mismo como “la señal virtual para el golpe contrarrevolucionario”, hecha por John Ganan. En general, Mindszenty apoyaba al gobierno de Nagy y su única referencia a la propiedad privada, la hizo en un párrafo que comenzaba: “¡Queremos una sociedad sin clases!”. Como decía Jones, el discurso tenía “remisencias... de una declaración política del Partido Laborista”.

Existe aún otra prueba de cuán falsa era la afirmación de que las tropas soviéticas actuaban contra reaccionarios y fascistas y es el hecho indiscutible de que fueron saludadas, no con alegría, como afirmaban los comunicados soviéticos, sino con la ardiente furia patriótica de un pueblo en armas; y también el hecho de que fueron los obreros industriales los que se les resistieron hasta el fin. “Las tropas soviéticas están restableciendo el orden... Nosotros los soldados y oficiales soviéticos somos vuestros amigos desinteresados”, decía el comunicado soviético del 5 de noviembre. Fue por sobre todo, el proletariado húngaro el que luchó contra los tanques que venían a destruir el orden revolucionario que ellos ya habían establecido bajo la forma de sus consejos obreros. En mi informe del 11 de noviembre, yo preguntaba:

“Si la intervención soviética era necesaria para sofocar la contrarrevolución, ¿cómo se explica que la más feroz resistencia de toda la última semana, haya tenido lugar en los distritos de la clase trabajadora de Újpest, al norte de Budapest, y Csepel, al sur, ambos bastio-

nes de preguerra del Partido Comunista? ¿O cómo se explica la declaración de los obreros de la famosa ciudad de la industria del acero, Sztalinváros, de que iban a defender su ciudad socialista, la planta y las casas que habían construido con sus propias manos, contra la invasión soviética?”

No sólo no hubo respuestas a estas preguntas, sino que las preguntas mismas nunca salieron a la luz del día. Los stalinistas, que tenían el control del *Daily Worker*, respaldaron con toda su fuerza la agresión soviética contra el heroísmo sin armas de la “Csepel comunista”. Se colocaron en el bando erróneo de las barricadas.

El tercer argumento a favor de la intervención soviética era que el Terror Blanco se había desatado en Hungría y que rehusar intervenir hubiera sido “inhumano” por parte de la Unión Soviética. Dejando de lado el asunto, todavía incierto, de si alguien hizo alguna vez algún pedido de intervención a la Unión Soviética, vamos a aclarar qué se entiende por Terror Blanco. Así como el Terror Rojo es la represión organizada, sistemática, hecha por una dictadura proletaria contra sus oponentes contrarrevolucionarios, el Terror Blanco es la represión organizada, sistemática, hecha por una dictadura burguesa contra sus oponentes revolucionarios.

¡Que el cielo asista a Andrew Rothstein y a aquellos otros que llaman Terror Blanco a la situación imperante en Hungría durante los días 1, 2 y 3 de noviembre, si alguna vez se encuentra cara a cara con el verdadero Terror Blanco! En diez días el ejército de Versalles, que reprimió la Comuna de París de 1871, hizo una matanza de veinte mil a treinta mil hombres, mujeres y niños, ya sea en batalla o a sangre fría en medio de terribles escenas de crueldad y sufrimiento. “La tierra está cubierta con sus cadáveres”, se deleitaba Thiers¹³. Otros veinte mil fueron transportados y siete mil ochocientos enviados a las fortalezas de la costa. Eso era Terror Blanco. Miles de comunistas y judíos fueron torturados y asesinados, luego del sofocamiento de la República Soviética Húngara de 1919 y en Orgavány y Siófok tuvieron lugar espantosas atrocidades. Eso era Terror Blanco. En 1927 Chiang Kai Shek masacró a 5.000 obreros organizados en Shangai. Eso era Terror Blanco. Desde el advenimiento de Hitler, hasta la

13. *Thiers, Louis Adolphe* (1797-1877) como presidente de la República de Francia en 1871, dirigió la represión de la Comuna de París.

derrota de Alemania fascista, innumerables millones de comunistas, socialistas, miembros de los sindicatos, judíos y cristianos, fueron asesinados. Eso era Terror Blanco. Es perfectamente cierto que una parte de la población de Budapest, indignada hasta la locura por los crímenes de la policía secreta, fue dominada por el deseo vehemente de exterminar comunistas. Es cierto que los inocentes sufrieron tanto como los culpables. Este es un hecho desolador y doloroso. Pero describir el asesinato de un número de comunistas, (todos los testigos están de acuerdo en que esto se limitó a Budapest), como Terror Blanco que hacía necesaria la intervención soviética, es describir los acontecimientos de Hungría en una forma unilateral y propagandística. ¿Cuántos comunistas inocentes fueron asesinados en Budapest? ¿Veinte? ¿Cincuenta? No lo sé. Pero ciertamente menos, muchos, muchos menos que el número de hombres de la AVH que fueron linchados. En la muestra de la “Agonía de Hungría”, realizada en Londres, y en todos los cientos de fotografías que he visto, no había una sola que mostrara un comunista linchado. Pero había muchas mostrando hombres de la AVH uniformados, que habían sido linchados¹⁴. Había una secuencia mostrando a una mujer en ropas civiles acosada por una multitud que la acusaba de ser una espía de la AVH. El epígrafe afirmaba que la multitud la dejó ir.

La única evidencia circunstancial del asesinato de comunistas es la presentada por André Stil en un artículo traducido en el *World News* del 24 de noviembre. Stil llegó a Budapest el 12 de noviembre, nueve días después de la segunda intervención soviética. Su artículo fue publicado en *L'Humanité* el 19 de noviembre. Aun teniendo en cuenta la afirmación de Coutts y otra persona con quien hablé, de que cuarenta de los muertos en la sede central del Partido en Budapest eran hombres de la AVH, es imposible no encontrar el relato de Stil sobre el trato dado a los siete comunistas que nombra, convincente y horrible. Sin embargo Stil está indudablemente cumpliendo la desagradable tarea de un propagandista sacando el mayor

14. El 14 de noviembre, el *Daily Worker* publicó bajo el título “El Terror Blanco en Hungría”, una fotografía “del cuerpo de un miembro del Partido Comunista linchado en una de las oficinas del partido que habían sido destrozadas en Budapest”. La dirección del periódico tenía otra fotografía tomada al mismo cuerpo, que mostraba claramente que el hombre linchado lucía un uniforme de la AVH, pero ésta no fue publicada.

provecho de un pequeño número de atrocidades. Su necesidad de postular al 30 de octubre como fecha de inicio del ataque a la sede central del Partido, le hace adelantar en tres días el retiro soviético de Budapest, describe a los vándalos atacando el Monumento a la Liberación sobre el monte de Gellert cuando, en realidad, la figura principal no fue atacada y, lo peor de todo, menciona a la AVH y sus crímenes en forma curiosa y ambigua:

“Muchos de los que estaban allí no creyeron al principio que el Partido y sus miembros activos estaban siendo atacados, sino que el ataque estaba dirigido a los miembros de *una policía secreta de la cual se contaban las historias más extraordinarias*. (destacado por P. Fryer, NdT).

He conocido a Stil y tengo un gran respeto personal por él como camarada, periodista, novelista y militante. Pero sería deshonesto si no dijera que las palabras que he puesto en bastardilla son indignas de él. La verdad acerca del “Terror Blanco” ha sido dicha por Bruce Renton:

“Solamente en las provincias la AVH fue atacada físicamente (*New Statesman*, 17 de noviembre). No había visto contrarrevolucionarios. Había visto la liberación de los prisioneros políticos... Había visto a los verdugos ajusticiados por la furia de la venganza popular... Pero no había “Terror Blanco”. Los comunistas quedaban libres, la policía secreta era colgada de las botas. ¿Dónde, entonces, estaba esta contrarrevolución, este “Terror Blanco”? (*Truth*, 16 de noviembre)”.

Los argumentos a favor de la segunda intervención soviética no resisten la prueba de los hechos. Pero aun si Nagy hubiera estado haciendo concesiones al fascismo en toda la línea, aun si la contrarrevolución hubiera triunfado, aun si se hubiera desatado el “Terror Blanco”, se debe afirmar, y afirmar abiertamente y con énfasis, que desde el punto de vista del principio socialista, la Unión Soviética no hubiera estado justificada al intervenir.

La agresión rusa contra Hungría no fue solamente inmoral y criminal desde el punto de vista del pueblo húngaro; fue una clara y flagrante violación de lo que Lenin llamaba “ese elemental principio socialista... al cual Marx fue siempre fiel, a saber, que ninguna nación puede ser libre si oprime a otras”. El 4 de noviembre de 1956 vio a los líderes de la Unión Soviética desoír la advertencia de Lenin

de nunca “caer, aun en cosas sin importancia, en relaciones imperialistas con las nacionalidades oprimidas, minando así enteramente todo nuestro principio de sinceridad, nuestro principio de defensa de la lucha contra el imperialismo”.

9. LA SEGUNDA INTERVENCIÓN SOVIÉTICA VIENA, 11 DE NOVIEMBRE

Recién he salido de Budapest, donde por seis días he visto cómo era trágicamente destruida por las tropas soviéticas la libertad húngara recién conquistada.

Hubo acuerdo general entre los que estábamos en el Duna, de que lo más sabio era refugiarnos en la Embajada británica, a cinco minutos de distancia. Un ultimátum ruso amenazaba bombardear Budapest, y el sótano de la sede diplomática ofrecía protección contra todo lo que no fuera un impacto directo. Basil Davidson estaba en cama leyendo a Tácito y se negó a seguirnos, pero, eventualmente, acató la decisión de la mayoría. Al cruzar Vörösmarty tér entre el fuego de los tanques y con cohetes silbando sobre nuestras cabezas, pensé con nostálgica angustia en la última vez -había sido en agosto, pero parecía en otra época- que había tomado café en el famoso café de la acera, ahora cerrado y desierto.

Vastos barrios de la ciudad -principalmente los de la clase obrera- están prácticamente en ruinas. Durante cuatro días con sus noches, Budapest estuvo bajo un bombardeo continuo. Vi cómo, para someterla, se destruía, se golpeaba, se castigaba hasta desangrarla a la que una vez había sido una hermosa ciudad. Para quien ama por igual a la Unión Socialista Soviética y al pueblo húngaro, fue verdaderamente angustiante.

Todos los días los tanques patrullaban la ciudad bombardeando los edificios a corta distancia. Todas las noches se retiraban, pero la artillería pesada no dejaba de retumbar. Dentro de la embajada los ánimos se exaltaban. El ministro Mr. Fry lanzó una invectiva contra el *Daily Worker* y su poco afortunado corresponsal. Ivor Jones, de la BBC, y Davidson, nos calmaron. El martes pudimos dejar la sede

diplomática durante el día y hacer un reconocimiento. A cinco minutos hacia el este comenzaban a verse los estragos.

El pueblo de Budapest hoy tiene hambre. Muchas personas están al borde de la inanición. Cada mañana, a las ocho, cientos de miles están parados en largas colas silenciosas por toda la ciudad, esperando el pan. Las tiendas y restaurantes están todavía cerrados y los trabajadores se niegan a poner fin a su huelga general, a pesar de los frenéticos llamados del nuevo "Gobierno de Obreros y Campesinos".

De vuelta, en el Duna, encontré mi habitación sembrada de vidrios rotos. Un cadáver yacía en la vereda de enfrente. El desayuno consistió en una tajada de pan y una taza de té. Las otras comidas eran igualmente escasas. Los ciudadanos de Budapest deben haber tenido menos aún. Nadie creía la historia de que el gobierno de Kádár, establecido durante los primeros días a varias millas de distancia, en Szolnok, había provocado este holocausto.

Los cadáveres yacen todavía en las calles, calles surcadas por tanques y sembradas con las ruinas de una guerra sangrienta: escombros, vidrios y ladrillos, cartuchos usados y casquillos de morteros. A pesar de las formidables pérdidas en la primera etapa de la revolución húngara, los ciudadanos de Budapest opusieron al impetuoso asalto soviético una resistencia desesperada, noble, pero predestinada al fracaso. Los trabajadores, soldados, estudiantes, y hasta los colegiales de Budapest, juraron resistir hasta el fin. Y todos los periodistas extranjeros se asombraron de que la resistencia durara tanto.

Cada día nos decíamos: "Mañana habrá terminado". Pero la batalla de los tanques contra los hombres no se ganaba tan fácilmente.

En los edificios públicos y en las casas particulares, en los hoteles y negocios en ruina, la gente luchaba contra los invasores calle por calle, paso por paso, pulgada por pulgada. La ardiente energía de esos once días de libertad se extinguió con una última llamarada gloriosa. Hambrientos, sin dormir, sin esperanzas, los Combatientes por la Libertad se batían, provistos de un equipo lastimosamente endeble, contra el peso superior y aplastante de las armas rusas. Desde las ventanas y calles abiertas luchaban con rifles, granadas caseras y cocktails molotov contra tanques T 54. La gente rompía las calles para construir barricadas y, por la noche, luchaban a la luz de hogueras que se extendían manzana a manzana imparablemente.

En los hospitales, abarrotados de heridos, se practicaban operaciones sin anestesia entre el silbido de las bombas y el tableteo de las ametralladoras. Destrozaba el corazón ver al ejército de un Estado socialista haciendo la guerra a un pueblo indómito y orgulloso.

El domingo y el lunes mientras el fragor del bombardeo de la artillería y el incesante fuego de los tanques se mezclaba con los quejidos de los heridos, la batalla no perdonaba a los civiles, ni a los que llevaban ayuda a los heridos. Los tanques soviéticos abrían fuego sobre los que formaban fila para conseguir pan y, el jueves, yo mismo vi a un hombre de unos setenta años que yacía muerto a la puerta de una panadería, con la hogaza que acababa de comprar todavía en sus manos. Alguien había cubierto parcialmente su cuerpo con la bandera roja, blanca y verde. Las tropas soviéticas saqueaban el "Astoria Hotel" hasta el primer piso y se llevaron inclusive las ropas de la sala de descanso del portero; arrasaban la Embajada egipcia; balearon a un diplomático yugoslavo asomado a la ventana de la Embajada. Por otra parte, cinco balas húngaras rompieron cinco ventanas de la Embajada británica. Estas son cosas que pasan al calor de la batalla y debe decirse que las tropas soviéticas están haciendo ahora esfuerzos para confraternizar con el pueblo. Algunos de los soldados rasos soviéticos han estado diciendo a la gente en los últimos dos días que ellos no sabían que estaban en Hungría. Pensaron, al principio, que estaban en Berlín, luchando contra fascistas alemanes.

Nada me hará olvidar Stalingrado y la deuda que el mundo entero tiene para con el Ejército Soviético, a cuyos oficiales y soldados se les dio un trabajo sucio que hacer en Budapest, un trabajo que evidentemente muchos de ellos odiaban. En general lo hicieron sin excesos. Por mi parte creo que el hecho de abrir fuego sobre las filas formadas para comprar pan puede explicarse en razón de que muchos Combatientes por la Libertad peleaban en ropas civiles; además en el calor de la lucha, una de esas filas puede parecer amenazante desde un tanque en movimiento. He tomado nota de todos los ejemplos auténticos de excesos rusos, ya que correspondía comparar su pequeñez con la historia fantástica y completamente falsa -más tarde negada por tres agencias noticiosas principales- del ataque a una clínica para niños.

Casi todos los edificios muestran agujeros abiertos por los disparos de morteros, como las cuencas vacías de los ojos. En la mayoría de las principales calles con negocios, no queda una ventana sin volar. Algunos de los edificios más hermosos de la ciudad tienen sus fachadas cruelmente arruinadas.

En 1945 llegaron como liberadores, querían que se declarara a Budapest ciudad abierta. Y enviaron oficiales en un auto con bandera blanca, para proponérselo a los nazis. Los nazis esperaron hasta que el auto estuviera al alcance de sus armas y luego balearon a los ocupantes. Los rusos tomaron el monte de Gállert pulgada por pulgada. Y ahora volvían, arrojados contra su voluntad, al papel de vándalos opresores y destructores de la libertad.

El jueves visité el cuartel general de un destacamento de guerrilleros del distrito VII. Mientras los tanques soviéticos estaban a la vuelta de la esquina, junto a un hotel, jóvenes de veinte años insinuaban rasgueos en las culatas de sus fusiles ametralladoras como si hubieran sido verdaderas guitarras. Al aproximarse los tanques, se deslizaban dentro, y allí había un arsenal, bien provisto, en manos de obreros y estudiantes listos para salir por la puerta trasera y proseguir la lucha tan pronto como el hotel fuera atacado.

La audacia de estos muchachos resumía todo el espíritu de la resistencia. Antony Terry, del *Sunday Time*, su mujer y yo, cruzamos las "líneas" (en realidad no había verdaderas líneas sino sólo focos de resistencia) sin darnos cuenta y entramos en un área a cinco minutos de viaje del Teatro Nacional, donde todavía continuaba una viva lucha.

Yo no me sentía valiente en lo más mínimo, pero Terry insistió en abrirse paso sin cuidarse por tanques al acecho y balas perdidas. Se aventuró en Lenin Körút, centro de duras batallas, entre los ladrillos y los cadáveres que apestaban, mientras yo me deslizaba a sus espaldas tratando de parecer pequeño y dar la impresión de que no valía la pena hacer fuego sobre mí. Un Combatiente por la Libertad, con un casco de acero, que estaba escondido en una puerta cercana a uno de los noventa y cinco cines dañados, nos dijo que nos fuéramos al infierno. "Muy bien", dijo Terry, "solamente quería asegurarme que tenían 'bazookas'". ¡Ese "tenía"! En mi temor, no lo había notado. Pocos minutos más tarde pasamos por un hotel donde fuimos invitados a entrar y conocer al comandante, un oficial del ejército de veintiseis años. Éste

reconocía que la resistencia era impotente. Pero resistirían hasta el fin: como individuos, si era necesario. Afirmó tener bajo su control toda el área de Dohány utca -literalmente: calle del tabaco-. Nosotros dudábamos de esto, pero él ordenó a un obrero, vestido con una chaqueta kaki, que nos acompañara fuera de su “territorio”.

El sábado 10 de noviembre estaba claro que la lucha había terminado, aunque la resistencia continuaba en forma de una obstinada huelga general. El pueblo de Budapest salía nuevamente a las calles, lloraba ante la devastación que veía y observaba sombríamente a las patrullas soviéticas cuando pasaban con esa curiosa marcha de insecto que tienen los tanques. Los periodistas decidieron que era hora de partir, ya que únicamente funcionaban las líneas telefónicas de la capital, y una historia con una semana de retraso clamaba por ser relatada. No forma parte de la tragedia húngara la forma en que esperamos y nos agitamos por obtener nuestros permisos de salida; esta es una comedia que es mejor contar en alguna otra oportunidad, al igual que mi lucha con cierto periodista norteamericano, que odiaba a los rojos, para conservar el asiento que me habían asignado en uno de los autos de su país. Partimos aproximadamente a las 14 hs. del 11 de noviembre y pasamos nueve puestos de control hasta que, por fin, cruzamos la frontera. Luego llegamos a Viena, desde donde telefoneé al *Daily Worker* el informe transcrito en bastardilla más arriba. Mi esposa se comunicó conmigo media hora más tarde. “¿Estás bien?”, me preguntó. “Estoy muy bien”, dije. “pero ¿qué les parece mi historia?” “El editor no se la quiere mostrar ni siquiera a la dirección”, dijo ella. En ese momento supe que debía renunciar.

10. ¿Y AHORA QUÉ?

“En la República Popular Húngara”, dice la Constitución de 1949, “todo el poder pertenece a la clase trabajadora”. Por poco tiempo, este otoño, esa afirmación fue una realidad. El pueblo tuvo el poder y no lo abandonó sino después de una lucha terriblemente tenaz. Cada día que ha pasado desde que cesó la pelea ha traído noticias que confirman la principal aseveración de este libro: que la agitación en Hungría

fue el movimiento de un pueblo contra la tiranía, la pobreza, la ocupación y la tutela extranjeras. La revolución fue derrotada -más bien ahogada en sangre y enterrada entre escombros y mentiras- pero el movimiento continúa, tenaz, desesperado, aparentemente incontenible. El proletariado industrial de Hungría está demostrando diariamente, ante el mundo entero, su sereno desafío a un gobierno títere, sostenido por armas extranjeras, que tiene la audacia de llamarse a sí mismo un “gobierno de obreros y campesinos”. El gobierno amenaza con despidos, adula, arguye, soborna con ofertas de alimentos, pero los trabajadores prueban que ellos son los verdaderos amos. Los mineros están prontos a inundar las minas, y los obreros de las fábricas se rehúsan a volver al trabajo. Prefieren el hambre y la ruina a la sumisión. Este es un pueblo cuyo espíritu será muy difícil quebrantar.

El episodio de la desaparición (o deportación) de Imre Nagy y sus compañeros -según se alega por su propia seguridad- proporcionan nueva evidencia del verdadero estado de cosas en Hungría, y agrega nuevo combustible a las llamas de la ira y a la determinación de los trabajadores. Los consejos obreros están floreciendo claramente todavía; rehúsan limitar sus actividades a asuntos de producción; están interviniendo vigorosamente en asuntos de Estado. Una prueba del descontento de los comunistas húngaros por el aplastamiento de la revolución es el extraordinario episodio de la huelga de periodistas e impresores del diario comunista *Népszabadság*. Fue una huelga contra la interferencia del gobierno en la libertad de prensa. El personal de *Népszabadság* redactó un artículo sobre la disputa entre el *Pravda* y los comunistas yugoslavos, reescribiéndolo durante varios días en un intento para que se imprimiera. Pero el gobierno ordenó que estos periodistas comunistas apoyaran incondicionalmente las opiniones expresadas por el *Pravda*. Tanto en Hungría como en Inglaterra, muchos periodistas comunistas prefieren pensar por sí mismos.

Gradualmente, la verdad acerca de Hungría va siendo conocida por los comunistas honestos de todo el mundo. De acuerdo con el corresponsal del *Manchester Guardian*, en Varsovia, los periodistas polacos que regresaban de Budapest, “han descrito en sus diarios, con los colores más vívidos, lo que realmente pasó en Hungría”. El diario polaco *Zycie Warszawy* ha condenado rotundamente la intervención soviética en Hungría; ha glorificado a los húngaros como

héroes, y ha atacado el resurgimiento del stalinismo. El diario expresó que la Revolución Húngara comenzó de la misma forma que el levantamiento de Poznan, en Polonia, que cambiaría el curso de la historia polaca, y se convirtió en “un motín contra el stalinismo en escala internacional”. La verdadera lucha, agregaba, se hacía por la dominación soviética de los países de la Europa oriental.

Este comentario hecho por la Polonia socialista, señala un aspecto significativo de la tragedia húngara: el contraste entre Polonia y Hungría. En Polonia, las fuerzas sanas del Partido Comunista actuaron suficientemente rápido y con la suficiente resolución; por fortuna, los antistalinistas de raza, capaces de agrupar al grueso del partido y la masa del pueblo detrás de sí y con la suficiente entereza para hacer frente a las bravatas rusas, no habían sido fusilados. Hoy en Polonia, el pueblo está detrás del Partido como nunca lo había estado, la democratización progresa rápidamente y hay muchas probabilidades de que Polonia logre gran prosperidad dentro de unos pocos años.¹⁵ En Hungría el cuadro es muy diferente y muy sombrío. Rajk fue ejecutado y, desgraciadamente, Kádár y Nagy no tuvieron la suficiente audacia como para actuar a tiempo. Una revolución ha sido aplastada, pero las tropas que la aplastaron y el gobierno que han instalado, están sentados sobre un volcán de odio y resentimiento. Pasará mucho tiempo antes de que la economía se recupere. La pérdida total de la producción en Hungría desde el 23 de octubre excede ya los 6.000 millones de forintos (181 millones de libras al cambio oficial).

Es difícil predecir el futuro inmediato de Hungría. El régimen presente, tan poco representativo y evidentemente sin ningún poder para actuar por sí mismo, no puede durar. No puede haber un retorno al pasado, el capitalismo no tiene nada que ofrecer a Hungría, y la mayoría de la gente no lo quiere. No se puede ni pensar en el retorno al poder del grupo Rákosi-Gerö. Igualmente, el pueblo no quiere el limbo presente, este mundo en sombra de caos, hambre y desesperación. Si Nagy volviera como primer ministro, si se formara un gobierno representativo de frente popular y se limpiara el país de tro-

15. En estos párrafos se refleja la postura aún reformista de Fryer en relación a los Partidos Comunistas y sus alas “kruschevianas”, especialmente frente al gobierno de Gomulka o en párrafos posteriores, frente a Imre Nagy (NdE).

pas soviéticas, se podría ganar la cooperación del pueblo para la gigantesca tarea de reconstrucción que enfrenta este noble, pero mutilado y pequeño país.

La tierra de Rákosi y Kossuth, de Petöfi, Vörösmarty, Arany, Ady, Madách y Móricz, de Bartók y Kodály¹⁶, merece libertad y felicidad. Nuevas tribulaciones pueden aguardar a los húngaros, pero al fin, ganarán la libertad y la felicidad.

NOTAS FINALES

Desde que comencé este libro me han informado que el Comité de Distrito de Londres del Partido Comunista me ha suspendido por tres meses como miembro del mismo. La razón dada es mi “actuación al publicar ataques contra el Partido Comunista en la prensa capitalista”. La declaración del Comité de Distrito dice que cuando me preguntaron por qué no había discutido mis opiniones con el editor del *Daily Worker*, o con el Comité Ejecutivo del Partido, “él replicó que no confiaba en ninguno”. Esto es perfectamente correcto. La declaración termina con la advertencia, sobre la que se me llama la atención en una carta explicativa del secretario de distrito, de que si “Peter Fryer recurre a la prensa capitalista o a un editor capitalista para llevar adelante sus ataques contra el Partido, hará necesario que el Comité de Distrito tome la acción correspondiente”. Esta es una clara amenaza para expulsarme si continúo diciendo la verdad acerca de Hungría. Mi respuesta es la publicación de este libro.

Es penoso, después de catorce años, sufrir una separación -aun si, como estoy convencido, es sólo temporaria- de un movimiento que ha significado todo para mí. Fue igualmente penoso, luego de casi nueve años de trabajo cumplido con orgullo para el *Daily Worker* por un sueldo menor que el de un jornalero -trabajo que me dio profunda satisfacción y alegría porque me sentía capaz de decir la verdad y luchar contra la injusticia cada día de mi vida- tener que renunciar al diario porque no me permitía hacer un trabajo honesto en Hungría.

La decisión es dura, pero no voy a permitir que me amordacen.

16. Famosos héroes nacionales, escritores y músicos húngaros.

Mientras escribo, tengo frente a mí dos de las numerosas cartas que he recibido de comunistas, miembros del Partido Laborista y otros. Los autores de estas dos, han pasado largos períodos en Europa Oriental. “Todo el que ha ‘visto’ debe hablar”, dice uno. “Es un deber imperativo hablar y prevenir”. El otro, que vivió en Hungría, dice: “Todo comunista honesto debería estar apesadumbrado por el sufrimiento infligido por el Partido al pueblo húngaro”.

El verdadero motivo de mi suspensión es que los líderes del Partido Comunista tienen miedo a la verdad. Afortunadamente no tienen una AVH que los ayude a suprimirla. No dejaron que la verdad llegara al *Daily Worker*, pero no pueden censurar lo que escribo en otra parte. No me pueden encarcelar. Lo más que pueden hacer es amenazarme, y la amenaza sirve, solamente, para mostrar su decadencia.

Mucha gente me pregunta por qué cuando renuncié al *Daily Worker*, no renuncié también al Partido Comunista. Tal paso, me dicen, estaría de acuerdo con el horror y la repulsión que sentí por lo que vi en Hungría. Mi respuesta es que la Revolución Húngara, con todo el mal y podredumbre que reveló, no ha disminuido en lo más mínimo la necesidad de que exista en Inglaterra un partido de la clase trabajadora, basado en principios marxistas. Tal como lo entiendo, estoy de acuerdo con el marxismo, y creo que su aplicación a los problemas del pueblo británico, en una forma creativa, no dogmática, nos ayudará a levantar un Commonwealth Socialista en nuestro país y, en esa forma, lograr una mayor felicidad. Sin duda habrá muchos lectores de este libro que, de cualquier forma, no están de acuerdo con la idea de un Commonwealth Socialista, o que no están de acuerdo con la idea marxista sobre cómo debe ser alcanzado. Respeto sus opiniones, pero mantengo la mía: los marxistas tienen una gran contribución que hacer, como fuerza organizada, al movimiento obrero británico, tanto en el campo de las ideas como en el de la conducción. Me doy cuenta muy bien que el Partido Comunista Británico se ha desacreditado por la deshonestidad política y los errores de sus dirigentes, así como por su abandono de los principios socialistas. Yo diría, sin embargo, que así como Hungría no fue un ejemplo de socialismo o comunismo, estos líderes han dejado de ser comunistas. Su actitud hacia la Revolución Húngara es la prueba final. Su aprobación ciega y vergonzosa de la intervención soviética,

ha mostrado que ya no están capacitados para seguir conduciendo. Están claramente preparados para destruir al Partido como fuerza política, antes que permitir la libre discusión de sus errores. Cuanto antes sean barridos, mejor. Y no dudo que serán barridos, una vez que los miembros de base honestos del Partido se den cuenta en qué forma vergonzosa se les ha mentido y engañado.

La crisis existente dentro del Partido Comunista Británico, que es ahora admitida oficialmente (*Daily Worker*, 26 de noviembre) es sólo parte de la crisis del movimiento comunista en el mundo entero. El problema central es la eliminación de lo que se conoce como stalinismo. Stalin está muerto, pero los hombres que él aleccionó con métodos de odiosa inmoralidad política controlan todavía los destinos de Estados y Partidos Comunistas. La invasión rusa en Hungría marcó el obstinado resurgimiento del stalinismo en la política soviética y malogró mucho de lo que se había conseguido en los tres años precedentes para aliviar la tensión internacional. Al apoyar esa agresión, los líderes del Partido Comunista Británico han probado ser stalinistas recalcitrantes, hostiles en su mayor parte al proceso de democratización en Europa Oriental. Se los debe combatir como tales.

Eran adictos a Stalin. Hacían lo que él les decía y de él dependían. Hasta qué punto lo eran, es un secreto abierto dentro del Partido: el famoso programa *The British Road to Socialism*, por ejemplo, publicado en febrero de 1951 (sin que los militantes de base tuvieran ninguna oportunidad de enmendarlo), contenía dos pasajes claves sobre el futuro del Imperio Británico y del Parlamento, que fueron insertados por Joseph Stalin en persona, quien se negó a permitir que los modificaran.

Estos hombres son todavía stalinistas. Pero el stalinismo se ha revelado, en la teoría y en la práctica, como una monstruosa perversión del marxismo. Los dirigentes que aún creen en él, y lo practican, no pueden seguir dirigiendo, y no pueden librarse de ser denunciados, apelando a los principios comunistas que tan burdamente han traicionado.

Al mirar al infierno que Rákosi hizo de Hungría, se ve una acusación, no al marxismo, ni al comunismo, sino al stalinismo. Hipocresía sin límites; crueldad medieval; dogma y frases hechas desprovistas de vida o significado; orgullo nacional ultrajado; pobreza para todos

menos para un puñado de líderes que vivían en mansiones lujosas de Rózsadamb, en la hermosa colina de las Rosas de Budapest (llamada por la gente “Colina de Cuadros políticos”), escuelas especiales para sus hijos, tiendas especiales, bien surtidas, para sus mujeres, hasta playas especiales en el lago Balaton, cerradas para la gente común por medio de un alambre de púas. Y, para proteger el poder y los privilegios de esta aristocracia comunista, estaba la AVH y detrás, la sanción final, los tanques del ejército soviético. Nuestros stalinistas británicos no quieren, no pueden, no se atreven a protestar contra esta repugnante caricatura del socialismo; ni gastar una palabra de consuelo, solidaridad o lástima para el noble pueblo que se levantó, por fin, para borrar la infamia, que extendía sus manos ansiosas hacia la libertad, y que pagó tan alto precio.

Hungría era la encarnación del stalinismo. Aquí, en un pequeño y atormentado país, encontramos el cuadro completo en todos sus detalles: el abandono del humanismo, la atribución de importancia primordial no a los seres humanos que viven, respiran, sufren, abrigan esperanzas, sino a las máquinas, las metas, las estadísticas, los tractores, las fábricas de acero, las cifras del cumplimiento del plan... y, naturalmente, a los tanques. Enmudecidos por el stalinismo, nosotros mismos distorsionamos grotescamente los acertados principios socialistas de solidaridad internacional, al hacer tabú toda crítica de injusticias o actos inhumanos *actuales*, en un país conducido por el comunismo. El stalinismo nos mutiló, al castrar nuestra pasión por lo moral, cerrándonos los ojos al mal hecho a los hombres, si ese mal se hacía en nombre del comunismo. Nosotros, los comunistas, nos hemos indignado frente al imperialismo; esos errores son muchos y son viles, pero nuestra indignación unilateral no suena a verdadera. Ha dejado un sabor amargo en la boca del obrero británico, que es rápido para descubrir y condenar la hipocresía.

El stalinismo es el marxismo sin corazón, deshumanizado, seco, helado, petrificado, rígido, estéril, interesado en “la línea”, no en las lágrimas de los niños húngaros. Le preocupa el poder abstracto, con estrategia y tácticas, no el dictado de la conciencia y la humanidad común. Todo el futuro del movimiento comunista mundial depende de poner fin al stalinismo. Todo el futuro del Partido Comunista Británico depende del retorno a los principios socialistas.

Que yo sea arrojado al ostracismo por los despreciables stalinistas del Partido Comunista Británico no tiene importancia. Lo que sí tiene importancia, y debe ser terminado sin dilación, es la forma en que arrastran al socialismo por el barro. Están advertidos. Demasiado a menudo han perdido la oportunidad de hablar con palabras contundentes contra la opresión. Esta vez su vergüenza es tan evidente que todo el que no se ha retirado a un mundo de fantasía puede reconocerla. Miles de comunistas británicos han visto, en estas últimas semanas, esta repugnante traición al socialismo, hecha por dirigentes que pusieron su fe en tanques T 54, antes que en el pueblo húngaro; que están preparados para escupir sobre la agonía y el dolor de una nación, antes de aventurar la más ligera duda sobre la infalibilidad de la política soviética. A muchos comunistas esta trágica traición, cometida por sus dirigentes, les ha planteado un serio dilema personal y lo han resuelto alejándose del Partido. Su decisión es lamentable porque fortalece al núcleo stalinista en un momento en que la posibilidad de hacerlo desaparecer es más fuerte que nunca.

El Partido Comunista Británico podrá levantar la cabeza ante su pueblo solamente cuando haya ajustado cuentas con la oscura herencia stalinista que todavía lo traba, y hace que sus hombres se vuelvan de espaldas, mientras Hungría yace ensangrentada. Entonces veremos el fortalecimiento de un verdadero Partido Comunista dedicado a los principios de humanismo socialista. Marx llamó a la revolución “una protesta humana contra una vida inhumana”, y la Revolución Húngara fue precisamente eso. Ha mostrado el camino a seguir. A nuestra manera, más humildemente, nosotros, los comunistas británicos, podemos también ser Combatientes por la Libertad.

LA REVOLUCIÓN HÚNGARA DE LOS CONSEJOS OBREROS¹

1957

FRANÇOIS MANUEL (PIERRE BROUÉ)

CAPÍTULO 1

REVOLUCIÓN EN BUDAPEST

Los días 20 y 21 de octubre, los trabajadores polacos, en pie de guerra en sus fábricas, estaban dispuestos a resistir a la amenaza militar rusa. El 21 a la tarde, Radio-Varsovia proclama la victoria de la “Primavera en octubre”. Moscú ha cedido. Su “gouletier” Rokossowski² ha sido eliminado del buró político y el veterano Gomulka, enviado a prisión por Stalin, se convierte en el primer secretario.

Los trabajadores húngaros, la juventud húngara, se enteran de la gran noticia. Luchan desde hace meses. Los intelectuales fueron los primeros en tomar la palabra: reclamaron libertad en el arte y frente al eco entusiasta que encontraron, hablaron simplemente de libertad. Y la juventud los aclamó. “No he sido yo quien he arrojado a la juventud en pos de la libertad”, declaraba el escritor comunista Gyula Háty, “sino ella quien me ha empujado a mí... Yo criticaba los excesos de la burocracia, los privilegios, las distorsiones y cuanto más avanzaba por este camino, más impulsado me sentía por una ola de sentimientos y de afecto... Frente a *nosotros*, los escritores, surgía un irresistible deseo de libertad”.³ Los escritores comunistas formularon las

1. *La révolution hongroise des conseils ouvriers*. Traducción inédita del francés de la versión digital publicada por el MIA (Marxist Internet Archive, www.marxists.org.ar).

2. *Gouletier*: Jefe de distrito en la Alemania nazi. *Rokossowski* era un mariscal soviético de origen polaco en el que se habían apoyado los sectores stalinistas polacos para planear un golpe contra Gomulka (NdE).

3. Entrevista citada por Bondy. *Demain*, 8 de noviembre.

reivindicaciones de la juventud. “Es tiempo de terminar con este Estado de gendarmes y burócratas”, proclamó Tibor Déry.⁴ Gyula Hajdu, militante comunista, de 74 años, 50 de militante, demostró su indignación públicamente a los burócratas: “¿Cómo podrían saber los dirigentes comunistas lo que pasa? Jamás se mezclan con los trabajadores y la gente común, no se los encuentra en los colectivos, porque todos tienen autos, no se los encuentra en los negocios o en el mercado, porque tienen sus tiendas especiales, no se los encuentra en los hospitales, pues tienen sanatorios para ellos”.⁵ La joven periodista Judith Mariassy responde fuertemente a los burócratas que la golpearon: “La vergüenza no está en el hecho de hablar de estos negocios de lujo y de estas casas rodeadas de alambres de púa. Está en la existencia misma de estos negocios y de estas villas. Supriman los privilegios y no se hablará más de ello”.⁶

En el Círculo Petöfi, tribuna de discusión creada a fines de 1955 por la organización de la juventud (DISZ), grandes debates permitieron hacer públicos los problemas políticos que inquietan a todos los húngaros y particularmente a la juventud, utilizando los resultados del XX° Congreso del PCUS, en el que Kruschchev, el 23 de febrero de 1956, expuso su famoso “informe secreto”: debate sobre los problemas de la economía marxista en marzo; sobre la ciencia histórica, la filosofía marxista en mayo y junio; encuentro de los jóvenes con los antiguos militantes comunistas ilegales salidos en su mayoría de las prisiones de Stalin-Rákosi, el 18 de junio; debates sobre la prensa y la información el 28 de junio... atrajeron a miles de militantes. En varios de estos debates, el simple hecho del encuentro entre los militantes de orígenes, de generaciones, de experiencias diferentes hace que se manifieste la realidad social, la mentira de un pretendido socialismo stalinista. El 18 de junio, la viuda del recientemente rehabilitado dirigente comunista László Rajk -asesinado en 1949 bajo la acusación de “titoísta” y “agente imperialista” en un juicio montado

4. *New York Times*, 2 de julio de 1956. *Tibor Déry* (1894-1977) Escritor húngaro. Tras sus comienzos de tono surrealista y dadaísta, escribió obras de post-guerra de realismo corrosivo y en 1957 fue condenado a prisión por oponerse en ellas al realismo socialista y al sistema burocrático. Fue amnistiado en 1960 (NdE).

5. *Ibidem*, 1 de julio de 1956.

6. *Irodalmi Ujság*, 18 de agosto de 1956.

por Rákosi bajo las órdenes de Stalin- señalando con el dedo a los burócratas en la tribuna, exclama: “Ustedes no sólo asesinaron a mi marido, sino toda decencia en este país. Destruyeron completamente la vida política, económica y moral de Hungría. No se puede rehabilitar a los asesinos: ¡hay que castigarlos!” Después de Gyula Hajdu, decenas de miles de militantes y jóvenes se van de allí repitiendo: “Los dirigentes se deben ir”. Para los intelectuales, para los comunistas que animan al Círculo Petöfi, un hombre simboliza el cambio de política, la “reforma” del partido: Imre Nagy, veterano del partido, que por mucho tiempo vivió en la URSS pero ligado a la tendencia “bujarinista”⁷ que, luego de un breve pasaje por el poder en 1953, cristaliza en el partido y en círculos más amplios las esperanzas de los adversarios de Rákosi. Para el filósofo György Lukács*, para los animadores del movimiento que se llama “comunismo liberal” o “comunismo nacional”, para los comunistas encarcelados por adherir al titoísmo en los tiempos de Stalin y recientemente rehabilitados, los János Kádár, los Géza Losonczy⁸ y para todos los jóvenes que les tienen confianza, se trata de cambiar la dirección del partido, de sustituir la dirección de Rákosi-Gerö por la de Imre Nagy y entonces será posible marchar realmente hacia el socialismo auténtico, desembarazado de las escorias stalinistas.

La “desestalinización” duplicó estas esperanzas. Les permitió expresarse a la luz del día. Pero los resultados son escasos. Ciertamente, Rákosi se fue, pero Gerö permaneció como primer secretario del partido, Gerö, el hombre de la GPU.⁹ Ciertamente, Rajk fue rehabilitado, pero por sus asesinos, quienes llevaron su ataúd sobre sus hombros. Déry y Tardes fueron excluidos del partido el 30 de junio de 1956, mucho después del informe de Krushev. El siniestro Farkas

7. *Tendencia “bujarinista”*: seguidores de Nicolai Bujarin, quien fuera miembro del CC del Partido Bolchevique de la URSS desde agosto de 1917. Desde 1923, como teórico, se convierte en el portavoz de la teoría del desarrollo gradual de la NEP (Nueva Política Económica) hacia el socialismo, defendiendo el desarrollo de los kulaks. Luego de su alianza con el ala “centro” de Stalin, en 1928 se convierte en la dirección de la tendencia “derechista”. Será enjuiciado y muerto durante el segundo Juicio de Moscú (1938) (NdE).

8. Géza Losonczy así como János Kádár, formaban parte del sector krusheviano o “reformadores” dentro del Partido de los Trabajadores Húngaros (Partido Comunista) (NdE).

9. *GPU*: policía política rusa, convertida oficialmente en esta época en NKVD, hoy KGB.

y su hijo, el “torturador”, están en libertad. Hoy, Gerö partió para Belgrado. Le fue a pedir a Tito un certificado de desestalinización. El “titoísta” Kádár lo acompaña. No es esta desestalinización la que quieren los jóvenes y sus portavoces, los escritores comunistas. Quieren una verdadera desestalinización, quieren terminar con los gendarmes y los burócratas, quieren un socialismo verdaderamente democrático. Saben, desde hace algún tiempo, que tienen de su lado a los trabajadores, que tardan más para ponerse en marcha, pero que irán hasta el final. En *Irodalmi Ujság* (*Gaceta literaria*, NdT), el periódico de la Unión de Escritores, el tornero Pál László declaró, en nombre de los 40.000 obreros de Csepel, Csepel-la-Roja: “Hasta el momento, no hemos dicho una palabra. Hemos aprendido, durante estos trágicos tiempos, a ser silenciosos y a avanzar con precaución. En el pasado, ante la primera advertencia, el obrero era castigado y perdía su pan cotidiano... Después del XX° Congreso, las puertas fueron abiertas. Pero, hasta el momento, sólo se habla de pequeños culpables. Nos preguntamos si no llegó la hora de echar luz sobre los grandes culpables. Queremos saber la verdad. Tenemos sed, no de sangre, sino de verdad. Estén tranquilos, nosotros hablaremos también”.¹⁰ Así, los obreros aportan su serena fuerza a la agitación de los intelectuales. Csepel dio su garantía en *Irodalmi Ujság*, como la dio la fábrica de Zeran en Polonia en *Po Prostu*. En Varsovia, esta unión decidió la victoria. Pero en Budapest, está Gerö; detrás de Gerö, su policía de seguridad, la AVH, y, tirando de las cuerdas, los burócratas del Kremlin que sufrieron una primera derrota y están dispuestos, una vez más, frente a una segunda victoria revolucionaria que haría sonar su hora en un corto plazo, a cometer todo tipo de crímenes.

LOS DÍAS 21 Y 22 DE OCTUBRE

El 21, los estudiantes de la Universidad politécnica de Budapest realizan una asamblea. Como en Varsovia, los estudiantes de la enseñanza superior técnica están a la vanguardia del movimiento revolucionario. Reclaman la libertad de prensa, la abolición de la pena de

10. *Irodalmi Ujság*, 30 de junio de 1956.

muerte, la abolición de los cursos obligatorios de “marxismo”, el juicio público de Farkas. Como sus camaradas de Szeged -que además reclamaron la limitación de los altos salarios, los de los burócratas- amenazan con apoyar su programa a través de manifestaciones en la calle, si no se satisfacen sus reclamos.¹¹

En la ciudad industrial de Győr, se realiza un mitin que el periódico local del PC húngaro describe como el “primer debate público enteramente libre”. Gyula Háty cita los ejemplos chino y yugoslavo, reclama la “supresión de las bases soviéticas” en Hungría, como parte integrante de una política de independencia, afirma que la prensa está dirigida de “manera inepta” y describe la exclusión de Déry y Tardes como una medida de intimidación destinada a preparar nuevas medidas contra el propio Imre Nagy. Dos mil personas lo aclaman.¹²

El 22, en la Universidad Lóránd Eötvös de Budapest, se realiza un mitin de estudiantes de la Universidad politécnica. Durante los días anteriores, los mítines de la Universidad politécnica de Varsovia fueron el corazón de la revolución. Allí fueron a hablar los revolucionarios de Zeran. Allí, la juventud revolucionaria de Varsovia dio su apoyo a Gomulka. Los jóvenes húngaros reunidos en la Universidad politécnica de Budapest están ávidos de jugar el mismo rol. El mitin es febril. Los oradores, entre los cuales se destacan un viejo estudiante, József Szilágyi, un viejo comunista amigo de Imre Nagy, reclaman el retorno de este último al poder y son aclamados, pues la juventud húngara quiere su Gomulka. El objetivo de la juventud húngara, es “una sociedad socialista verdaderamente independiente”; piensa llegar allí a través del cambio que reclama en la dirección del partido. Los objetivos inmediatos los fija en una resolución-programa de 16 puntos -los 16 puntos de la juventud- que se esfuerzan por cubrir todas las reivindicaciones inmediatas de la nación húngara:

1. Exigimos el retiro inmediato de Hungría del conjunto de las tropas soviéticas, conforme al tratado de paz (de 1947 entre la URSS y Hungría).
2. Exigimos la elección por voto secreto de nuevos dirigentes del partido, a todos los niveles, de abajo hacia arriba, con el

11. *New York Times*, 22 de octubre de 1956.

12. *Ibidem*, 23 de octubre de 1956.

objetivo de que estos convoquen en el más breve plazo a un congreso del partido, que elegirá una nueva dirección central.

3. Exigimos la formación de un gobierno bajo la dirección del camarada I. Nagy y que sean relevados todos los dirigentes criminales del período staliniano-rákosista.

4. Exigimos debates públicos en el affaire Farkas, Michaly y sus secuaces, así como el retorno a nuestro país y el juicio frente al tribunal del pueblo de Mátyás Rákosi, principal responsable de la quiebra del país y de todos los crímenes recientemente cometidos.

5. Exigimos la elección por voto secreto e igualitario, con la participación de diferentes partidos, de una nueva Asamblea nacional. Exigimos la garantía del derecho de huelga para los trabajadores.

6. Exigimos la nueva distribución y la revisión de las relaciones culturales, económicas y políticas yugoslavo-húngaras y soviético-húngaras, sobre la base de la no intervención recíproca en los asuntos internos y de una plena igualdad económica y política.

7. Exigimos la reorganización de toda la vida económica húngara, con la participación de nuestros especialistas. Exigimos la reorganización de todo nuestro sistema económico sobre la base de un plan, de manera que utilice nuestros recursos nacionales en beneficio de los intereses vitales de nuestro pueblo.

8. Exigimos que sean publicados los tratados de comercio exterior y las cifras reales relacionados con los perjuicios de guerra. Exigimos una información pública y total con relación a las concesiones rusas, la explotación y el stock del mineral de uranio en nuestro país. Exigimos que Hungría pueda fijar libremente, en moneda fuerte, el precio de venta de su uranio, sobre la base del precio del mercado mundial.

9. Exigimos la revisión total de las normas de los trabajadores en la industria, así como la satisfacción de las reivindicaciones salariales de los trabajadores manuales e intelectuales. Los trabajadores quieren la fijación de un mínimo vital.

10. Exigimos la organización sobre nuevas bases del régimen de entregas obligatorias y la utilización racional de los productos

agrícolas. Exigimos el tratamiento igualitario para los campesinos que trabajan individualmente.

11. Exigimos la revisión, frente a tribunales realmente independientes, de todos los juicios económicos y políticos y la rehabilitación de los inocentes condenados. Exigimos la transferencia inmediata al país, de los ciudadanos y prisioneros evacuados en la URSS, incluso los condenados.

12. Exigimos una radio libre, total libertad de prensa, de palabra, de opinión y la aparición de un nuevo periódico de gran tirada, órgano de la MEFESZ (la organización independiente de los estudiantes, que recientemente se había constituido).

13. Exigimos que la estatua de Stalin, símbolo de la opresión política y de la dictadura stalinista, sea bajada rápidamente y que se levante en su lugar un monumento conmemorando a los mártires y los héroes de la lucha por la libertad en 1848-49.

14. En lugar de las insignias totalmente ajenas al pueblo húngaro, exigimos el retorno a las antiguas insignias de Kossuth. Exigimos un nuevo uniforme, digno de las tradiciones nacionales de la Honvéd.¹³ Exigimos que el 5 de mayo (aniversario de la proclamación de la independencia en 1848) sea fiesta nacional y día feriado y que el 6 de octubre (días de los funerales solemnes de Rajk) sea día de duelo y de asueto escolar.

15. La juventud de las Universidades politécnicas de Budapest proclama con un entusiasmo unánime su total solidaridad hacia la clase obrera y la juventud de Varsovia y de Polonia en su relación con el movimiento de Polonia por su independencia.

16. Los estudiantes de la Universidad politécnica de la construcción ponen en pie lo más rápido posible las organizaciones locales de MEFESZ y deciden convocar en Budapest, para el sábado 27 de octubre, un Parlamento de la juventud, en el que el conjunto del país será representado por sus delegados.

13. *Honvédség*: ejército húngaro. La palabra "Honvéd" significa "defensor de la patria": en sus orígenes designaba a los soldados que en 1848 servían bajo la bandera húngara y no bajo el uniforme austriaco.

La resolución es enviada al partido y al gobierno. Los estudiantes demandan su publicación en la prensa y la radio. Luego envían “su fraternal simpatía a sus camaradas polacos en lucha por la soberanía y la liberación”¹⁴. Como en Varsovia, donde el mitin del 19 de octubre habló en nombre de toda la juventud revolucionaria, los estudiantes húngaros señalan, a través de este gesto, la inquietud por el internacionalismo proletario que anima a esta juventud. Profesores y alumnos de la Academia militar “Miklós Zrinyi”, escuela de oficiales, adoptan el programa. En el mismo espíritu de solidaridad con la revolución polaca, el Círculo Petöfi lanza para el día siguiente, el 23 de octubre, la consigna de una manifestación pública de solidaridad con Polonia. Vota una resolución demandando la convocatoria urgente del Comité Central, la exclusión de Rákosi del CC y la Asamblea nacional, un juicio público a Farkas, el llamado a Imre Nagy, reintegrado al partido el 14 de octubre, para dirigir al país y una revisión fundamental de la política gubernamental a través de una información completa y un debate público.

LA MANIFESTACIÓN PACÍFICA DEL 23 DE OCTUBRE

Al día siguiente, el llamado del Círculo Petöfi se reproduce en la prensa, lo que contribuye a la vez a la movilización y a la confianza, mostrando que el cambio es posible. Sin embargo, Imre Nagy, que volvió rápidamente de las orillas del lago Balaton donde reposaba, se informa a través de sus amigos del curso de los acontecimientos: presionado por Miklós Gimes* a ponerse a la cabeza de las manifestaciones con el fin de evitar lo peor, lo rechaza obstinadamente, argumentando las posibilidades de provocación organizada contra él a través de Gerö. El ministro del Interior anuncia a las 13 horas que la manifestación es prohibida. Su delegado es silbado por los estudiantes. A las 14.30 horas, la prohibición se levantó, luego de conocerse la decisión de la Juventud comunista de asociarse a la manifestación, en solidaridad con los trabajadores polacos. La prohibición no invalidó la manifestación: de todas maneras, los jóvenes habían decidido desafiar

14. *Ibidem*, 22 de octubre de 1956.

la prohibición. El Comité Central de la Juventud comunista (DISZ) lo afirmó claramente: “Aquellos que reclaman que nuestra juventud exprese su opinión con prudencia y reserva ignoran el desarrollo histórico y la verdadera posición de la juventud húngara”.¹⁵

La manifestación comienza a las 15 horas. Su prohibición inicial, repetida varias veces por la radio, luego la repentina decisión de autorizarla, produjo un efecto chocante. Toda la población experimentó las vacilaciones de los dirigentes, e interpreta la decisión final de las autoridades como una capitulación frente a la fuerza del movimiento. Todo Budapest está en la calle. A la cabeza, están jóvenes que llevan inmensos retratos de Lenin.¹⁶ Hay numerosas banderas húngaras y una sola bandera roja, la de los alumnos del Instituto Lenin quienes deletreaban las mismas consignas que sus camaradas: “Nagy al poder”, “Los rusos afuera”, “Rákosi a juicio”. Los estudiantes confeccionaron inmensas banderolas: “No nos detengamos en el camino: liquidemos al stalinismo”, “Queremos nuevos dirigentes: tenemos confianza en Nagy”, “Independencia y libertad” y, evidentemente, “Vivan los polacos”. Cantan la Marsellesa, canto revolucionario para los húngaros y declaman el poema de Sándor Petöfi: “La libertad o la muerte”. A pie o desde las plataformas de los tranvías, los estudiantes difunden los volantes impresos clandestinamente y que reproducen la resolución de la víspera. Al pie de la estatua de Petöfi, se declama uno de sus poemas, se lee la resolución de la Universidad, luego un joven, solemnemente, escribe la fecha sobre el pedestal: 23 de octubre de 1956. Al pie de la estatua del general Bem, héroe polaco de la independencia húngara, da un breve discurso Péter Veres, presidente de la Unión de escritores. Cantan. Alrededor de las 17.45 hs., los manifestantes vuelven. Se podría creer que todo ha terminado. En realidad, todo comienza. Las oficinas y fábricas se vacían. Empleados y obreros se unen a los estudiantes. “El martes, trabajamos - cuenta un joven electricista de Újpest- pero hablamos durante el trabajo. Hablamos de los salarios, del resultado de la reunión de los escritores. Teníamos ejemplares de ellos y sabíamos lo que querían decir al decir que esto no podía durar más. Ya no podíamos vivir de nuestro

15. *Szabad Nép*, 23 de octubre de 1956.

16. Sefton Delmer, en *Daily Express*, 24 de octubre de 1956.

trabajo. Después del trabajo, vimos a los estudiantes que manifestaban y nos hemos unido.”¹⁷

Estudiantes, obreros, empleados llenaban ahora las calles. Los tranvías se detienen. Todo Budapest está afuera. Todo Budapest manifiesta que las cosas superaron el límite de lo soportable. Es necesario que esto cambie. Se forman grupos, se organizan desfiles. Se va de aquí para allá. No hay dirección, sino una voluntad común de manifestar, una unanimidad contra los dirigentes stalinistas y sus patrones de la burocracia rusa. Finalmente, la masa toma el camino del Parlamento gritando al unísono: “¡Nagy! ¡Nagy!”

Frente al Parlamento, la muchedumbre se impacienta, siempre muy numerosa, pisando, saltando, irritándose. Finalmente, se anuncia que Gerö ha entrado en Belgrado, que se va a dirigir a la población por radio. Es el momento esperado por la mayoría de los manifestantes. Se ha visto todo el día reporteros y fotógrafos entre ellos. No hubo incidentes con la policía. Gerö va a hablar. Gerö va a ceder, a anunciar la reunión inmediata del comité central que designará a Nagy como presidente del gobierno. Los trabajadores de Budapest esperan que Gerö consagre su victoria, que se incline frente a su voluntad. Las manifestaciones en la calle habrían impuesto el cambio de dirección del PC: los comunistas liberales van a tomar el timón.

Ahora bien, a las 20 hs., Gerö habla; habla como burócrata que es, servil con sus jefes, arrogante con los trabajadores. Ciertamente, reconoce que el partido pudo cometer algunos errores. Sí, convoca al comité central, pero para el 31 de octubre, en ocho días: mucha agua habrá corrido bajo el puente del Danubio. Pero, lo que es aún más grave, no se contenta con aplazar los tiempos, también amenaza, insulta: “Aquellos que pretenden que nuestras relaciones económicas y políticas con la Unión Soviética no están basadas en la igualdad mienten descaradamente”. El antiguo torturador de los revolucionarios de Barcelona afirma sin vergüenza que no pretende “mezclarse con los asuntos polacos”. Habla de “canallas”, de manifestaciones “chovinistas”. Pregunta: “¿Uds. quieren abrir las puertas a los capitalistas?” Concluye afirmando que las manifestaciones callejeras “no

17. Sherman, *The Observer*, 11 de noviembre de 1956.

detendrán al partido y al gobierno en proseguir con los esfuerzos que conducirán a la democracia socialista”¹⁸. El burócrata, el hombre de Moscú ha hablado: la “desestalinización” será llevada por los stalinistas; si los trabajadores no están contentos, entonces son contrarrevolucionarios y se les responderá como sea conveniente. Los piratas de la AVH iban a mostrar después concretamente la sangrienta respuesta de Gerö.

LA AVH TIRA: INICIO DE LA INSURRECCIÓN

Todo Budapest había escuchado a Gerö. Todo Budapest se sentía abofeteado por su discurso. Los trabajadores y los estudiantes, decenas de millares de jóvenes y adultos venían de manifestar claramente su voluntad y Gerö los había insultado. Ellos son dueños de la calle, lo sienten y pretenden mostrarlo y aprovecharlo. Nagy, frente al Parlamento, intenta pronunciar palabras apaciguadoras, promete que va a actuar para llevar adelante la reunión del CC. Un estudiante interpreta su actitud: “Es sólo un ciudadano intimidado y tiene miedo de pronunciarse por nuestras reivindicaciones a causa de Gerö”¹⁹. Ya una parte de los jóvenes manifestantes habían vuelto al inmueble de la Radio para exigir la publicación de la resolución de la Universidad. Una delegación exigía la lectura de los “dieciséis puntos” y un “micrófono en la calle” para que el pueblo pueda expresar sus sentimientos. Millares de manifestantes habían vuelto a la plaza en la que se levantaba la estatua gigante de Stalin y comenzaban a aplicar su programa esforzándose por demolerla. Como la delegación -que acompaña a Péter Erdos, del Círculo Petöfi- tarda en salir del inmueble de la Radio, sus camaradas estacionados en la puerta se inquietan: ¿han sido detenidos los delegados?

Así, el discurso de Gerö, es aceite tirado sobre el fuego, la confirmación de los temores más pesimistas. Los jóvenes manifestantes comienzan a derribar las puertas para liberar a sus camaradas. Es durante la confusión que sigue que salen los primeros tiros. Los

18. Despacho de *United Press*, 24 de octubre de 1956.

19. *The Observer*, 11 de noviembre de 1956.

hombres de la AVH, apostados en las proximidades del edificio de la Radio, tiran: hay tres muertos... Un joven arquitecto habla, estaba entre los manifestantes: “Este fue el golpe final. Entre la muchedumbre, algunos tenían pequeñas carabinas de tiro que habían tomado de los oficiales de la Mohosz (la ‘Federación húngara voluntaria de defensa’, una organización deportiva paramilitar dirigida por el partido). Ellos responderán al fuego de la AVH lo mejor que pueden. Fue entonces que varios camiones y tanques vinieron de Budapest, pero ni los oficiales ni los soldados tiraron sobre el pueblo. No hay ningún orden, y los soldados permanecen en los camiones. Comenzarán a deslizar sus armas por el borde de los camiones hacia las manos que les extendían”. Más tarde en la noche, mientras proseguía el combate, dos oficiales del ejército húngaro descienden de un carro y, con la evidente intención de interponerse, avanzan sin armas hacia la puerta del inmueble de la Radio. Son abatidos por la AVH.

El fusilamiento de la Radio es la señal de batalla general. Los trabajadores se arman: carabinas de la Mohosz, armas sacadas de las armerías sirven de capital inicial. Se vuelven a los cuarteles. Como en Barcelona en 1936, los soldados les abren las puertas de los arsenales y almacenes, o lanzan fusiles y ametralladoras por las ventanas. Otros conducen en la calle camiones cargados de armas y municiones y las distribuyen. Por otra parte, como en el cuartel Hadik, los grupos de obreros que quieren armarse sólo encuentran una resistencia formal. Por todas partes en las calles de Budapest, se tira; se levantan barricadas. El ejército permaneció neutral, pero a partir de ahora, el gobierno le da la orden de intervenir contra los insurrectos. El siguiente relato, tomado de un testigo inglés, describe el patético momento en el que una unidad del ejército pasa a las filas de la revolución: “Las tropas de la Honvédség habían tomado posición en un punto estratégico, un cruce de caminos. Una masa de insurrectos se había detenido a unos 60 metros y se entabló un diálogo entre ellos y un oficial, intercambio de palabras que eran más insultos que argumentos políticos. El oficial, asegurándoles que sus reivindicaciones serían satisfechas, los invitaba reiteradamente a volver a su casa. Estaba claro que no emplearía la fuerza si podía evitarla. Durante un largo silencio en la discusión, se escuchó la voz de una mujer que entonaba el himno nacional de Kossuth. El efecto fue fulminante.

Toda la muchedumbre, obreros, choferes de taxi, estudiantes, niños, se quitaban los sombreros y se arrodillaban; en un instante, todos estaban cantando el himno con ella. Los soldados también estaban conmovidos y tensamente concentrados. Alguien levantó muy alto la bandera tricolor húngara, cuya estrella roja había sido arrancada. Los soldados abandonaron las filas y corrieron a unirse a los manifestantes”²⁰. Una mujer que canta, un desconocido que levanta una bandera: un ejército que fundado al calor de la revolución, de los obreros y campesinos bajo uniforme se une a sus hermanos de clase...

Mientras que los combates se amplifican en toda la ciudad, los delegados de los estudiantes, que se habían encontrado después del discurso de Gerö, deciden constituirse en organismo permanente. El Comité revolucionario así formado es presidido por un militante comunista, Ferenc Mérey, profesor de psicología. Este Comité instala su cuartel general en la Facultad de Letras y comienza a funcionar, centralizando las informaciones, la actividad de los grupos armados, la actividad de los grupos que rodean a los soldados, difundiendo los volantes, llamando al pueblo a unirse a la revolución y a la lucha armada contra los policías de la AVH de Gerö, ya que, contra los jóvenes y los trabajadores de Budapest sólo estaban los odiados de la AVH. Hacia las 11 hs., *Szabad Nép*, órgano del Partido, saca un volante que anuncia la reunión del CC y declara: “La redacción de *Szabad Nép* asegura al partido y al pueblo que jamás apoyará a aquellos que quieren responder con el terror a la voz y los reclamos del pueblo”²¹. El Comité Central delibera. Todo Budapest está combatiendo.

20. Anthony Rhodes, *Daily Telegraph*, 24 de noviembre de 1956.

21. Archivos privados.

CAPÍTULO 2

LOS COMBATIENTES POR LA LIBERTAD Y LOS CONSEJOS OBREROS

En la noche del 23 al 24, mientras que los revolucionarios armados atacan por todas partes a los Avos¹, el Comité Central del PC delibera. No sabemos nada preciso sobre sus debates, salvo que allí se opusieron dos tendencias alrededor de cuál era la mejor manera de recobrar el orden, si por la brutal represión o por algunas concesiones. Sólo conocemos las decisiones tomadas, que llevan el sello de la política de Gerö y de sus jefes de Moscú. Poco importa si salieron o no de una conversación telefónica con Kruschev: lo que es seguro es que, implicando la decisión de la entrada en acción de las tropas rusas contra la insurrección, sólo pueden haber sido tomadas de acuerdo con Moscú.

LA ASTUCIA DE LA GPU: NAGY SE RESPONSABILIZA POR LA INTERVENCIÓN RUSA

En el mismo momento en que los militantes comunistas de Budapest tiran contra los Avos, en el momento en que sólo los Avos luchan contra la juventud revolucionaria para defender al odiado régimen de Gerö y a los testaferros del Kremlin, el Comité Central del partido sigue siendo el instrumento fiel a la GPU. En el mismo momento en que las masas armadas, se dirigen contra el régimen de gendarmes y burócratas, la conducta del organismo “dirigente” del partido muestra qué ilusiones alimentaban hacia ellos aquellos comunistas que esperaban que su convocatoria anticipada condujera a un “cambio de política” y un “cambio de dirección”.

La gran decisión de la noche, después de la defección del ejército y de la policía ordinaria, es en efecto, el llamado a las tropas

1. Se denominaba “Avos”, a los miembros de la AVH.

rusas para el “mantenimiento del orden” y la proclamación de la ley marcial. Los burócratas del Kremlin y sus agentes del aparato húngaro están decididos a conservar a cualquier precio el control de la situación y a ahogar en sangre a la revolución naciente. Desde las 4.30 hs., los blindados rusos se dirigen a Budapest, bloqueando las salidas. Los soldados rusos fueron preparados para combatir a una “contrarrevolución fascista apoyada por tropas occidentales”². Los Avos reciben refuerzos, y qué refuerzos: blindados, artillería, infantería se despliegan hacia la capital insurrecta.

Pero, algunas horas antes, el Comité Central decidió llamar a Imre Nagy para formar un nuevo gobierno: Géza Losonczy, Ferenc Donáth, György Lukács, Zoltán Szántó, todos conocidos partidarios de Nagy, entran al CC. Donáth, Nagy, Szántó, forman parte del buró político de 11 miembros, del cual fueron separados algunos notorios stalinistas. Pero nada ha cambiado en esencia. Gerö conserva su puesto de primer secretario del partido y el control del aparato. Los comunistas de la oposición sólo son rehenes en el seno de la nueva dirección. Imre Nagy sólo es la cobertura al abrigo de la cual Gerö, dueño del aparato, continúa llevando adelante la política de los burócratas del Kremlin. Mejor aún: se considera que el decreto que instituye la ley marcial, el llamado a las tropas rusas fueron decididos por el nuevo gobierno de Nagy. Nagy tiene las manos atadas y atadas a la sangre de los trabajadores. Es en su nombre que los Avos y los rusos van a ametrallar a los insurrectos que reclamaron y reclaman aún su acceso al poder. El destino de los partidarios de la “reforma” del partido se precisa: la burocracia se sirve de su popularidad para desorientar y desarmar a los revolucionarios; rehenes del aparato, deben llevar junto a ellos la responsabilidad de sus crímenes.

NAGY HABLA

Imre Nagy, que el 23 a la mañana, se había negado a ponerse a la cabeza de la manifestación, que había rechazado a la noche, a pesar de la urgente intervención de su amigo Géza Losonczy, tomar la palabra

2. *Daily Telegraph*, 29 de octubre de 1956.

para llamar a la calma, esta vez es invitado a hablar por los dirigentes, el propio Comité Central. Es frente al pedido del buró político que, tarde al anochecer, intentó arengar a los manifestantes frente al edificio del parlamento, en la plaza Kossuth, antes de volver a la sede del Comité Central, en el que se entera de la decisión tomada que le concierne. Desde ahora y durante varios días, no abandonará este edificio, rodeado de carros rusos, prácticamente aislado no sólo de la realidad, del movimiento revolucionario que se desarrolla, de la represión que le golpea en su nombre, sino también de sus propios amigos, que sólo lograrán varios días después tomar contacto con él mezclándose en las filas de las delegaciones obreras que estará autorizado a recibir.

Sin embargo, en la noche, al día siguiente de su “nominación”, desde la antena de Radio-Kossuth-Budapest, se dirige al pueblo húngaro: “Por orden del Comité Central, fui nombrado como presidente del Consejo. Húngaros, amigos y camaradas, les hablo en un momento grave... Puedo garantizarles que me es posible cumplir con mi programa político fundado en el pueblo húngaro conducido por el Partido Comunista... Soy presidente del Consejo y pronto tendremos la posibilidad de establecer la democracia en todo el país. Le suplico a cada hombre, cada mujer, cada niño, que no pierdan la cabeza”³. La batalla continúa, se amplifica sin cesar. La radio lanza llamados angustiosos a los obreros, a los estudiantes, a los jóvenes. Por el micrófono de Radio-Kossuth desfilan representantes de la Iglesia, de antiguos partidos, como el “pequeño propietario” Zoltán Tildy, el socialdemócrata Szakasits, de los sindicatos. Los responsables del Círculo Petöfi declaran que ellos no quisieron este “baño de sangre”, y llaman a los jóvenes a deponer las armas. El gobierno promete una amnistía completa para aquellos que hayan depuesto las armas antes de las 14 hs. Luego acuerda nuevos plazos, alterna entre las promesas y las amenazas, difunde los llamados de las madres a sus hijos que están luchando, invita a abrir las ventanas para que los insurrectos en la calle escuchen las promesas que él hace en la radio. Nadie lo hace. Budapest entera está en lucha.

3. *United Press*, 24 de octubre.

LOS QUE LUCHAN: LOS OBREROS

Las emisiones en Budapest desde los puestos de Radio-Kossuth y Radio-Petöfi son significativas: la mayoría de los combates se libran ahora alrededor de las fábricas. Su nombre vuelve en todos los llamados y comunicados gubernamentales: Csepel, Csepel-la Roja, las fábricas de Ganz, Lang, las fábricas “Klément-Gottwald”, “Jacques-Duclos”, los barrios de Újpest, Angyalföld, los barrios obreros son los bastiones de la insurrección. Así como lo declara el corresponsal de *The Observer*, un “Combatiente por la Libertad”, refugiado en Austria: “Los estudiantes comenzaron, pero cuando esto se desarrolló, no tenían ni el número ni la capacidad de combatir tan duramente como estos jóvenes obreros”⁴. Dejemos la palabra a uno de ellos, con 21 años, que cuenta los acontecimientos del miércoles en su fábrica de electricidad en Újpest: “El miércoles a la mañana (24 de octubre), comenzó la revuelta en nuestra fábrica. Era desorganizada y espontánea. Si hubiera sido organizada, la AVH lo habría sabido y la habría impedido antes que estallara. Los jóvenes obreros abrieron el camino y todo el mundo los siguió... Usualmente, comenzamos el trabajo a las 7 hs. de la mañana. Los que venían en tren desde los barrios alejados esperaban como siempre en la fábrica la llegada de los otros obreros. Justo antes de las 7 hs., un camión cargado de jóvenes obreros llegó frente a la puerta. Cuando uno de ellos empezó a tirar sobre la estrella roja por encima de la fábrica, un miembro de la administración dio la orden de cerrar las puertas. Ahora estábamos divididos en dos grupos, los del interior y los del exterior. Los que estábamos afuera, reforzamos las puertas del local de la Mohosy y tomamos las carabinas. Una responsable comunista, una mujer, intentó detenernos colocando una guardia frente a las armas. Esto no era bueno, pues todo el mundo -capataces incluidos- estaba unido. Con los fusiles, salimos de la fábrica y marchamos hacia la ciudad. Cuando comenzamos a actuar, no teníamos contacto con nadie. No estábamos relacionados con ninguna fábrica. Pero mientras avanzábamos, se nos unían obreros, siempre más numerosos, algunos armados. En la esquina de la calle Rakóczih, un estudiante de la Universidad

4. Citado por *Demain*, 1° de noviembre.

comenzó a organizarnos en pequeños grupos y a explicarnos las consignas que había que lanzar”⁵. Así se llevaba adelante, en la calle, la fusión de los jóvenes combatientes revolucionarios. Al mismo tiempo, el Comité revolucionario de los estudiantes, convertido en “Comité revolucionario de los estudiantes en armas”, se ampliaba. Un cronista del comité relata: “Al principio, estaba formado por estudiantes de las grandes escuelas y de la Universidad, pero luego entraron allí soldados y jóvenes obreros. Pienso que todos eran electos por los comités de base, que habían sido elegidos por las organizaciones específicas de estudiantes, obreros y soldados”⁶. Es que, parece que en las primeras horas de la mañana, la Academia Kossuth, escuela militar de cerca de 800 jóvenes, se unía a la insurrección con sus cuadros instructores y sus armas.

25 DE OCTUBRE: EL FUSILAMIENTO EN LA PLAZA DEL PARLAMENTO

En el curso de la jornada del jueves se produce el fusilamiento de la plaza del Parlamento. Iba a demostrar claramente, de manera efectiva, a los trabajadores de Budapest que todavía tuvieran dudas, que no había otra solución para la satisfacción de sus reivindicaciones que la lucha revolucionaria armada y, que entregar las armas, sería un suicidio a favor de Gerö. Millares de obreros y estudiantes desarmados volvieron a la plaza del Parlamento para manifestar y exigir la dimisión de Gerö, la liberación de sus dirigentes detenidos desde el 23 y el encuentro inmediato con Imre Nagy. La plaza estaba rodeada de carros rusos y fraternizaban con sus tropas. Los Avos disimulados en los techos del edificio del Ministerio del Interior, frente al Parlamento, abrieron fuego. Los carros empezaron a tirar a su turno; así los manifestantes, se encontraron atrapados entre dos fuegos, unos trescientos cadáveres quedaron tendidos en la plaza. Era el momento en que en la radio, el jefe del nuevo gobierno, Nagy sin poder, Nagy rehén del aparato, Nagy prisionero, multiplicaba los llamados a la calma y a la rendición... Portando sobre sus hombros los cadáveres de sus

5. *The Observer*, 1° de noviembre.

6. *Ibidem*.

camaradas, blandiendo banderas impregnadas de su sangre, los sobrevivientes se desparramaron por toda la ciudad al grito de: "Asesinan a los obreros"⁷. De ahora en adelante ya no se podía dudar; para los jóvenes revolucionarios de Budapest, estaba muy claro que Nagy no tenía poder, prisionero o no, que el verdadero gobierno era Gerö y, detrás de él, los rusos y que, dijera lo que dijera Nagy, era necesario luchar contra los Avos y los rusos. Nada sintetiza mejor este sentimiento como el volante difundido al mediodía, después de la masacre y firmado "Los estudiantes y obreros revolucionarios": "Llamamos a todos los húngaros a la huelga general. En tanto el gobierno no satisfaga nuestras reivindicaciones, en tanto que los asesinos no sean llamados a rendir cuentas, responderemos al gobierno con la huelga general. ¡Viva el nuevo gobierno bajo la dirección de Imre Nagy!"⁸ Al mismo tiempo, en nombre del gobierno de Nagy, Radio-Kossuth proclamaba que la huelga sería un acto contrarrevolucionario...

En nombre del Comité revolucionario de los estudiantes, se editaron 100.000 volantes en lengua rusa y se distribuyeron a los soldados soviéticos. En ellos les dicen que los han enviado contra los trabajadores, los jóvenes y soldados húngaros, que ellos no son reaccionarios ni contrarrevolucionarios ni fascistas, que combaten por el socialismo democrático.

"¡No tiren sobre nosotros, no tiren sobre sus hermanos de clase!", concluía el volante.

NUEVAS CONCESIONES

Frente a la nueva explosión de cólera provocada por las masacres de la plaza del Parlamento, frente a la huelga general que se disemina por todo el país, el aparato resolvió otorgar nuevas concesiones. No tomó esta resolución por sí mismo, sino luego de discusiones cerradas con dos enviados del gobierno de Moscú: Mijail Suslov* y Anastas Mikoyan, llegados desde bien arriba para intentar salvar una situación comprometida a su manera de ver, por los errores de Gerö. Se acuerdan nuevos plazos con los insurrectos para deponer sus

7. *Ibidem*.

8. *New York Times*, 27 de octubre.

armas y se toma la decisión de sacrificar a Gerö, que pierde su puesto de primer secretario del partido, pero que conservará su oficina durante semanas... János Kádár es nombrado en su lugar.

Kádár es popular: viejo militante obrero, luchó en Hungría durante la guerra, en la clandestinidad, mientras que Rákosi y Gerö estaban en Moscú. Por cierto, es durante su cargo de ministro del Interior que Rajk fue torturado y asesinado pero, en su momento, él también fue detenido y atrocemente torturado por “titoísmo”. Recientemente rehabilitado, militó por el “enderezamiento” del partido, en un barrio obrero de Budapest en el que había sido nombrado secretario de la organización local. Sin embargo, aceptó participar en el gobierno de Hegedüs, después de la caída de Rákosi y acompañó a Gerö a Belgrado. Kádár habla por la radio el jueves 25 de octubre: “He sido nombrado en un momento muy difícil, pues todo tipo de elementos trabajan contra nosotros. El gobierno y el partido decidieron que se debe vencer a estos elementos por todos los medios posibles... Invitamos a los obreros y a los jóvenes a apoyar nuestro punto de vista”⁹. Es poco convincente. Hablando todavía de “contrarrevolucionarios” que se sublevan contra el “poder de la clase obrera”, amenazando a “los provocadores que trabajan en las sombras”, saludando a “los aliados y hermanos soviéticos” y subrayando hoy que “la dirección del partido se decidió por unanimidad sobre la necesidad de utilizar todos los medios para combatir la agresión armada contra el poder de nuestra república popular”, y sin mencionar las reivindicaciones de los insurrectos, sólo presenta a su auditorio una versión apenas atenuada de las amenazas de Gerö que provocaron la sublevación. Imre Nagy, por el contrario, parece dominar mejor la situación cuando interviene en la radio: su discurso del 25 de octubre muestra que parece haber comprendido la determinación de los combatientes y la necesidad de dar concesiones políticas para obtener el fin de los combates: “Declaro que el gobierno húngaro llevará adelante en muy poco tiempo negociaciones con la Unión Soviética en vistas de:

1. Obtener el retiro de las tropas soviéticas que se encuentran en Hungría.

9. Radio-Kossuth y Petöfi, 25 de octubre, 15.18 hs: “Los camaradas János Kádár e Imre Nagy frente al micrófono”.

2. Fundar la amistad húngaro-soviética sobre principios de igualdad e independencia nacional.

(...) Prometemos generosidad a todos aquellos -jóvenes, civiles y miembros del ejército- que dejen el combate inmediatamente... La ley sólo caerá sobre quienes todavía combaten...”¹⁰.

LOS QUE LUCHAN: LOS ESTUDIANTES

Todo el mundo sabe en la actualidad de qué manera los jóvenes húngaros combatieron contra los blindados rusos. Lo que importa saber ahora es cuál fue la actitud de los jóvenes “Combatientes por la Libertad” -este nombre que se dieron a sí mismos lo tomaron de la revolución democrática y la guerra de independencia de 1848. Los “Combatientes por la Libertad” constituyeron entonces el ejército de Kossuth, la “Honvédség”, el “ejército de los defensores de la patria”, para enfrentar la agresión del ejército de Jelachtchich, del ejército imperial y del ejército zarista.

Dos de ellos, estudiantes, empuñando su ametralladora (la “guitarra”), Ferkó y Pista, respondieron durante los combates en Budapest a las preguntas de un periodista inglés que hablaba en húngaro: “Los Combatientes por la Libertad dicen que detuvieron a todos los Avos que han podido atrapar. Numerosos miembros de la policía política murieron durante los combates, pero muy pocos como represalia: la mayor parte fueron muertos en acción. El aparato del partido se desintegró completamente desde el primer día de la insurrección, pero no hubo una masacre de cuadros del partido. Invadimos los locales del partido, confiscamos las armas y les hemos dicho que vuelvan a sus casas. Sólo se retuvo a algunos. De hecho, un gran número de ellos se unió a nosotros”¹¹.

El “Comité revolucionario de los estudiantes en armas” con su presidente Ferenc Mérey, tuvo una entrevista con Nagy el jueves¹². Sostiene el programa presentado por los estudiantes en vísperas de la

10. *Ibidem*.

11. *United Press*, 25 de octubre.

12. *The Observer*, 25 de noviembre.

revolución, añade nuevas condiciones para deponer las armas: “Gobierno provisorio que incluya a sus propios dirigentes”, “retiro inmediato de todas las tropas rusas”, “juicio público a los responsables del baño de sangre”, “liberación de todos los prisioneros políticos”, “disolución de la AVH”¹³. Y Mérey precisa: No nos hemos levantado para cambiar la base de la sociedad húngara, pero queremos el tipo de socialismo y comunismo que corresponde realmente a lo que quiere Hungría. Todos estamos de acuerdo con esto”¹⁴.

LOS QUE LUCHAN: EL EJÉRCITO

Desde el 24 a la noche, no existe prácticamente ninguna unidad húngara que obedezca al gobierno. Absolutamente nadie combate a los insurrectos junto a los Avos y los rusos. El 25 de octubre, numerosas facultades, que constituyeron comités revolucionarios de oficiales y soldados, luchan con los insurrectos contra los Avos. Uno de ellos recupera de la policía política el edificio de la imprenta del periódico del ejército y a la noche del 25, camiones militares difunden el siguiente volante:

“Juramos frente a los cadáveres de nuestros mártires que conquistaremos la libertad para nuestro país en estas horas críticas. Los dirigentes del partido y del gobierno sólo se han preocupado por conservar su poder. ¿Qué dirección es la que toma medidas vacilantes sólo bajo la presión de las masas?

“Sus actos arbitrarios nos costaron bastantes sacrificios en estos últimos diez años. Ahora, trajeron al ejército soviético para reprimir al pueblo húngaro.

“Ciudadanos, nosotros exigimos:

1. Un nuevo ejército provisorio revolucionario y un nuevo gobierno nacional provisorio revolucionario, en el cual estén representados los dirigentes de la juventud insurrecta.
2. El levantamiento inmediato de la ley marcial.

13. Coutts, en el *Daily Worker*, 26 de noviembre.

14. *New York Times*, 28 de octubre.

3. La inmediata anulación del pacto de Varsovia y el retiro inmediato y pacífico de las tropas soviéticas de nuestra patria.

4. La cabeza de aquellos que sean los verdaderos responsables del baño de sangre; la liberación de los prisioneros y una amnistía general.

5. Una base realmente democrática para el socialismo húngaro; mientras tanto, el ejército húngaro asegurará la responsabilidad del mantenimiento del orden y el desarme de la policía política (la AVH)”.

6. El mismo volante afirma que “los camaradas Imre Nagy y János Kádár son miembros del nuevo gobierno revolucionario del ejército”¹⁵, confirmando una vez más la voluntad de los revolucionarios de disociar a Nagy del aparato.

EN LAS PROVINCIAS: LA HUELGA GENERAL Y EL NACIMIENTO DE LOS CONSEJOS

En Budapest, la iniciativa de la agitación reposaba, como hemos visto, en las organizaciones estudiantiles. A su Comité revolucionario se le han unido las delegaciones obreras, a medida que estas últimas se lanzaban a la batalla. En las provincias, la revolución comenzó con una huelga general insurreccional, desencadenada luego de la nueva intervención rusa. Esta se hace ver inmediatamente a través de la formación de consejos obreros que toman el poder. Así, por primera vez desde hacía décadas, los trabajadores húngaros, en su lucha contra la burocracia, volvían a encontrar espontáneamente las formas de organización y del poder proletarios. Reencontraban la tradición de los soviets (la palabra rusa para denominar a los consejos) de 1905 y 1917, la misma de la primera república húngara de los consejos (marzo de 1919). Los consejos, electos por la base, con sus delegados revocables en todo momento y responsables frente a sus electores, son la realización auténtica, en la práctica, de la

15. *The Times*, 27 de octubre.

democracia proletaria y del poder de los obreros armados. De los consejos obreros, se puede escribir lo que escribía Trotsky del Soviet de Petrogrado de 1905:

“(...) el soviét es el poder organizado de la masa misma y domina a todas sus facciones: es la verdadera democracia, no falsificada, sin las dos cámaras, sin burocracia profesional, conservando los electores el derecho de reemplazar cuando quieran a sus diputados. El soviét, por medio de sus miembros, por medio de los diputados que los obreros han elegido, preside directamente todas las manifestaciones sociales del proletariado en su conjunto o en sus grupos, organiza su acción y le da una consigna y una bandera”.¹⁶

EL CONSEJO DE MISKOLC

Al noroeste de Hungría, en la región industrial de Borsod, cerca de las minas de carbón, de las acerías, en el corazón de la industria siderúrgica y metalúrgica, Miskolc, ciudad de 100.000 habitantes, es la primera que ha anunciado la constitución de su consejo obrero. En la noche del 24 al 25 de octubre, los insurrectos, dueños de la emisión de radio, comunican que han tomado el poder y exigen un “nuevo gobierno en el espíritu de Béla Kun y de László Rajk”¹⁷. La referencia a estos dos dirigentes comunistas, los dos asesinados por Stalin: Kun, presidente en 1919 de la República de los consejos, ejecutado durante los juicios de Moscú y Rajk, colgado por “titoísta” en octubre de 1949, es representativa de la orientación política del movimiento. El 25 de octubre, los comités obreros de las fábricas eligieron un Consejo obrero de la ciudad, cuyo programa es difundido por la radio local: “Pedimos que los puestos más importantes del partido y el Estado sean ocupados por comunistas devotos al principio del internacionalismo proletario, que sean ante todo húngaros y respeten nuestras tradiciones nacionales y nuestro pasado milenar. Pedimos la apertura de una investigación sobre la institución que asegura la protección del Estado (la AVH) y la eliminación de todos aquellos que, dirigentes

16. Ver en Trotsky, León, 1905, “Conclusiones”, ediciones CEIP, Bs. As., 2006, pág. 214 (NdE).

17. *New York Herald Tribune*, 27 de octubre.

o funcionarios, estén más o menos comprometidos. Pedimos que los crímenes de Farkas y sus acólitos sean examinados en juicio público frente a un tribunal independiente, incluso si este juicio debe cuestionar a individuos de altos cargos. Pedimos que los culpables de la mala dirección y administración del plan sean inmediatamente reemplazados. Pedimos que se eleven los salarios reales. Queremos obtener la garantía de que el Parlamento no seguirá siendo una máquina de votar y que los parlamentarios no serán una máquina de aprobar¹⁸. El 25, el “consejo obrero” y el “Parlamento estudiantil” asumen el poder en el conglomerado de Miskolc y, desde el día siguiente, la autoridad del consejo obrero es reconocida en todo el departamento de Borsod.

El 26, Rudolf Földvari, secretario regional del PC, miembro del consejo obrero, declara a Radio Miskolc que el gobierno Nagy aceptó las reivindicaciones del consejo. Miskolc llama a los trabajadores de la región a elegir consejos en todas las empresas sin tener en cuenta la afiliación política de sus miembros¹⁹. El mismo día se constituye, a través de la federación de los consejos locales, el consejo obrero del departamento de Borsod, que controla la región. Su delegación en Budapest reclama a Imre Nagy: el aumento inmediato de los salarios, pensiones y asignaciones familiares, el fin de la inflación, la abolición del impuesto a las amas de casa sin hijos, el juicio de Farkas y un parlamento que no sea una asamblea de “incondicionales”, el retiro de las tropas soviéticas y la publicación del Tratado de comercio húngaro-soviético, la corrección de los “errores” del plan²⁰. El 28 a la mañana, la radio anuncia que los consejos obreros disolvieron a todas las organizaciones comunistas de la región de Borsod. En el campo, los campesinos, que habían sido sometidos a medidas de colectivización forzosa, echaron a los responsables de los koljoses y procedieron a la distribución de tierras. Los consejos obreros aprueban su acción²¹. El primero en aparecer, el Consejo de Miskolc, es consciente de sus responsabilidades. Lo que establece el poder de los consejos a escala del departamento de Borsod, busca extenderlo al conjunto del país. El 28, Radio Miskolc “pide a los consejos obreros

18. *United Press*, 26 de octubre.

19. *Ibidem*.

20. *Times*, 27 de octubre.

21. *Le Monde*, 29 de octubre.

de todas las ciudades provinciales coordinar sus esfuerzos en vistas de crear un solo y único movimiento potente”²². Propone como base del acuerdo el siguiente programa:

1. La edificación de una Hungría libre, soberana, independiente, democrática y socialista.
2. Una ley que instituya elecciones libres por sufragio universal.
3. La partida inmediata de las tropas soviéticas.
4. La elaboración de una nueva constitución.
5. La supresión de la AVH, el gobierno sólo deberá apoyarse en sus fuerzas armadas: ejército nacional y policía ordinaria.
6. Amnistía total para todos aquellos que tomaron las armas y acusación de Gerő y sus cómplices.
7. Elecciones libres en un plazo de dos meses con la participación de distintos partidos”²³.

Los consejos de Győr y de Transdanielie son los primeros en responder a este llamado.

EL CONSEJO DE GYÖR

Győr es una ciudad de 100.000 habitantes. Es la ciudad de la gigantesca fábrica de vagones y locomotoras Wilhelm-Pieck (Györi-Mávag). La insurrección se inició con una huelga general. La guarnición rusa aceptó retirarse sin combate. Un Comité nacional revolucionario, electo en las empresas, es el que dirige la región, asistido por un Comité militar que toma sus órdenes. El comité comprende a veinte miembros de diversas tendencias. Es presidido por un metalúrgico, antiguo responsable del partido socialdemócrata, György Szabó, pero la responsabilidad mayor está en un antiguo responsable del Partido Nacional Campesino, diputado, amigo de Imre Nagy, Attila Szigeti. Está relacionado, en el comité, con una oposición dirigida por el

22. *Ibidem*, 30 de octubre.

23. *Franc-Tireur*, 29 de octubre.

antiguo alcalde de la ciudad, Ludwig Pocsá, electo por la empresa en la cual trabaja²⁴. Pero, en relación a las reivindicaciones inmediatas, el comité está de acuerdo: exige la fijación de una fecha, de aquí a tres meses, para elecciones libres, el retiro de las fuerzas rusas de Hungría²⁵. Los delegados de los mineros piden “la garantía de que el ejército soviético abandonará inmediatamente el país, así como la garantía de que las elecciones libres con participación de todos los partidos serán autorizadas”²⁶. Radio-Győr declara solemnemente el 28:

“Con los insurrectos se han mezclado elementos perturbadores de tendencia fascista y contrarrevolucionaria. No queremos que vuelva el viejo sistema capitalista; queremos una Hungría libre e independiente”²⁷.

EL CONSEJO DE SOPRON

En la pequeña ciudad industrial de Sopron, en Hungría occidental, el consejo obrero fue electo por voto secreto en las empresas y en la Escuela forestal. El socialista austriaco Peter Strasser asistió a sus reuniones y certifica: “Se oponen totalmente a la restauración del antiguo régimen de Horthy”²⁸. El consejo organizó el mantenimiento del orden por medio de patrullas compuestas por un obrero, un soldado y un estudiante²⁹. Envió a Austria dos delegaciones de jóvenes comunistas para alertar al movimiento obrero internacional³⁰.

EL CONSEJO DE MAGYARÓVÁR

El Consejo de Magyaróvár también fue electo por voto secreto. Comprende 26 miembros, entre ellos, cuatro comunistas, otros sin

24. *New York Times*, 29 de octubre.

25. *Ibidem*.

26. *Le Monde*, 30 de octubre.

27. *Franc-Tireur*, 30 de octubre.

28. *Demain*, 1° de noviembre.

29. *New York Times*, 2 de noviembre.

30. *Demain*, 1° de noviembre.

partido y representantes de los viejos partidos reformistas, socialdemócratas, nacional-campesinos, pequeños propietarios. Su presidente es un obrero comunista, Gera. Declara: “Sólo existen dos grandes problemas: los rusos deben irse y deben realizarse elecciones democráticas”. Precizando para el sorprendido periodista norteamericano: “Los comunistas que están en el consejo son buenas personas. No oprimen a nadie y el pueblo húngaro lo sabe”³¹. El programa del Consejo de Magyoróvár pide elecciones libres y democráticas bajo el control de la ONU, la libertad de los partidos democráticos, la libertad de prensa y reunión, la independencia de los sindicatos, la liberación de los detenidos, la disolución de la AVH, la partida de los rusos, la disolución de las colectividades campesinas establecidas a la fuerza, la supresión de las diferencias de clase³².

EL PROGRAMA DE LOS CONSEJOS

No es posible seguir por mucho tiempo esta enumeración. En todas las ciudades industriales de Hungría se erigen consejos obreros: en Dunapentele, la antigua Sztalinváros, la “perla” de la industrialización bajo Rákosi³³, en Szolnok, el gran centro ferroviario del país, en Pécs, en las minas del sudoeste, en Debreczen, en Szeged. Antes del 1 de noviembre, en todo el país, en todas las localidades, se constituyeron consejos, que toman a su cargo el mantenimiento de las conquistas socialistas y aseguran el abastecimiento de la capital en lucha. Todos presentan las mismas características: electos por los trabajadores al calor de la huelga general insurreccional, aseguran el mantenimiento del orden y la lucha contra los rusos y Avos a través de milicias obreras y de estudiantes armados; disolvieron los organismos del PC, depuraron las administraciones que estaban sometidas a su autoridad. Son la expresión del poder de los obreros en armas. Este es un ejemplo entre mil del estado de ánimo de la

31. *New York Times*, 31 de octubre.

32. *Franc-Tireur*, 30 de octubre.

33. Dunapentele, un centro siderúrgico, químico y de maquinaria pesada, fue bautizado Sztalinváros (en honor a Stalin) por el régimen de Rákosi. Durante la revolución retomó su antiguo nombre (NdE).

población de la cual expresan su voluntad. El 29 de octubre, a las 10.20 hs., la radio libre de Győr anuncia:

Comunicamos el mensaje de las mujeres del pueblo de Gyirmot a la radio libre de Győr:

“Los campesinos de Gyirmot llaman a las mujeres de los alrededores de Győr. En el curso de la jornada de ayer, nos hemos enterado de algo vergonzoso, a través de lo que nos ha revelado una de nosotras que volvía del mercado. Es lo siguiente: algunas campesinas del mercado, frente a la demanda desmesurada, vendieron la leche destinada al consumo regular y la vendieron a 6 forintos el litro en lugar de 3 forintos. Entonces, no sólo no han cumplido con sus obligaciones y habrá menos leche para los obreros de Győr, sino que incluso han sacado provecho. También estamos escandalizadas por el aumento del precio del pato, vendido por una campesina a 30 forintos el kilo... ¡Esa mujer no es húngara!

¡Mujeres, no permitan que tales cosas vuelvan a ocurrir! ¡No olviden que el comprador es el combatiente que lucha por nuestro futuro!”

El programa de los consejos, a pesar de las diferentes formulaciones, es notablemente coherente: todos exigen la partida inmediata de los rusos, la disolución de la AVH, la promesa de elecciones libres, la libertad para los partidos democráticos, la independencia de los sindicatos y el derecho de huelga, la libertad de prensa y de reunión, la revisión de los planes y el aumento de salarios, la libertad en el arte y la cultura. Todos, por su misma existencia, reivindican el derecho del obrero húngaro a tomar en sus manos su propio destino. Todos exigen un gobierno revolucionario que comprenda a los representantes insurrectos. A través de su ejemplo, de su acción, son un peligro mortal tanto para la burocracia como para el imperialismo. En lo inmediato, son esencialmente los responsables de las revueltas antiburocráticas que se producen en el ejército ruso.

EL EJÉRCITO RUSO FUNDE EL BRASERO DE LA REVOLUCIÓN

Los soldados rusos que intervinieron contra la revolución húngara iban preparados -como ya lo hemos dicho- para combatir una “contrarrevolución fascista apoyada por tropas occidentales”. Pero,

estacionados en el país desde hacía varios meses, se dieron cuenta rápidamente de la tarea exigida. No vieron tropas occidentales, no vieron fascistas ni contrarrevolucionarios, sino todo un pueblo levantado, obreros, estudiantes, soldados. Desde el segundo día de la insurrección, un corresponsal inglés señala que tripulantes de tanques arrancaron de su bandera el emblema soviético y que combaten así del lado de los revolucionarios húngaros, bajo la “bandera roja del comunismo”³⁴. Un testigo declara a un periodista haber visto blindados rusos unirse a los insurrectos: “En general, la tripulación de un tanque tomaba una decisión de común acuerdo; los soldados llevaban al emblema soviético e izaban en el lugar la bandera húngara. Los húngaros los cubrían de flores”³⁵. El 28 de octubre, el periódico de los sindicatos húngaros, *Népszava*, reclamaba el derecho de asilo para los soldados rusos que hayan pasado a las filas revolucionarias. Por otro lado, numerosas unidades permanecen neutrales, hemos visto retirarse a la guarnición de Győr... Un testigo inglés vio en el barrio de Budapest a insurrectos que llevaban leche a los acantonamientos rusos: “Leche para los bebés rusos”, explicaban, “Concluyeron un acuerdo. Todos los días los patriotas aportan 50 litros de leche para los niños rusos”³⁶. Es que cada vez que pueden, los revolucionarios húngaros, rodean a los soldados rusos, mostrándoles sus manos callosas de obreros: “Mira mis manos, camarada... Son manos de obrero. Yo combatí contra vuestros tanques. ¿Tengo manos de fascista?”³⁷

En estas condiciones, con la feroz resistencia de los revolucionarios rusos, la utilización del ejército ruso para fines represivos se volvía cada vez más difícil. La represión necesitaba tropas frescas, seguras también. Los rusos necesitaban una tregua. Sólo esto explica el giro del 28 de octubre, a partir del cual es claro que Imre Nagy recobró su libertad de acción y dejó de ser un rehén en manos de los rusos. Durante los siguientes días finalizará la clarificación política, al mismo tiempo que se comprobará, a través del entorno de Nagy, el hecho de que él permaneció, desde su acceso al “poder”, en manos de los rusos.

34. *Daily Mail*, 26 de octubre.

35. Despacho de Reuter, 27 de octubre.

36. *Daily Telegraph*, relato de Rhodes, 24 de noviembre.

37. Gordey, en *France-Soir*, 12 de noviembre.

El 27, efectivamente, Imre Nagy recibe una delegación de los obreros de Angyalföld a la cual se unen varios de sus amigos políticos, Miklós Gimes y József Szilágyi, y les asegura que él no llamó a las tropas rusas, aunque Gerö -después de su reemplazo el día 25- intentó hacerle firmar un documento en ese sentido. También les promete para el día siguiente, 28 de octubre, una declaración sobre el sentido de la revolución, “democrática nacional y no contrarrevolución”, el anuncio del retiro de las tropas soviéticas de Budapest y otras medidas importantes.

CAPÍTULO 3. LOS DÍAS DE LA INDEPENDENCIA

EL SEGUNDO GOBIERNO DE NAGY

El 27, Nagy anuncia la formación de un nuevo gobierno. Está destinado a satisfacer a los insurgentes. Los socialistas se han negado a participar en él. Pero los stalinistas conocidos son eliminados: István Bata, de Defensa Nacional, Hegedüs, Darvas... El filósofo Lukács, Géza Losonczy son conocidos opositores comunistas. El general Károly Janza, militar de carrera, parece destinado a unirse a los cuadros del ejército.

De Béla Kovács y Zoltán Tildy, líderes de los pequeños propietarios, Nagy sin duda espera que ganen el apoyo de los campesinos a su gobierno.

Ahora bien, nada de esto ocurre. Por parte de los insurgentes, el recibimiento es más que frío. Radio Miskolc declara el 27 de octubre: "En la actualidad, Imre Nagy goza de la confianza del pueblo ¿Es esto suficiente? (...) Imre Nagy debería tener coraje para desembarazarse de los políticos que sólo pueden apoyarse en las armas que utilizan para oprimir al pueblo". Al día siguiente, por las mismas antenas, el Consejo obrero de Borsod explica: "Imre Nagy ha declarado que, en el curso de los combates, se había constituido un gobierno de unidad nacional democrático, de independencia y de socialismo, que expresaba auténticamente la voluntad del pueblo. Los trabajadores de Borsod piensan que ya es tiempo que el gobierno de Imre Nagy exprese lo más rápidamente posible la voluntad del pueblo en actos. El gobierno promete apoyarse en la fuerza y el control popular, y espera ganar la confianza del pueblo. La fuerza popular sostendrá a Imre Nagy si su gobierno se dedica inmediatamente a realizar las legítimas reivindicaciones del pueblo y sin ninguna demora"¹. Szigeti, en nombre del Comité de Győr, declara que considera a Nagy como un

1. *Journal du Dimanche*, 27 de octubre.

patriota, pero que algunos miembros de su gobierno son inaceptables². El portavoz del Consejo de Magyaróvár declara: “Queremos apoyar al nuevo gobierno, pero en primer lugar, debe mostrarnos su espíritu, antes que le demos toda nuestra confianza...”³. Los Consejos de Debreczen y Dunapentele aprueban a Nagy y le tienen confianza, pero el de Szeged reclama la eliminación del gobierno del stalinista Antal Apró, los ferroviarios de Pécs no pueden admitir a Bebrics como ministro de Comunicaciones, y el Consejo Revolucionario de la Universidad exige la exclusión del gobierno de Ferenc Münnich*, ministro del Interior, considerado como un agente del Kremlin.

LAS DECISIONES DEL 28 DE OCTUBRE

En la noche del 27 al 28, Imre Nagy retomó el contacto con los representantes del “Comité revolucionario de los estudiantes en armas”. Éstos mantienen íntegramente sus reivindicaciones. Esta vez, Nagy las acepta, como antes, en la víspera, había declarado aceptar las de Miskolc. Se concluye una tregua. El diario del PC *Szabad Nép* afirma: “*El pueblo exige el orden y, en primer lugar, la partida de las tropas soviéticas... Queremos una democracia húngara, económica, social y políticamente independiente.. Este era un justo movimiento nacional*”. Nagy en persona anuncia en la radio las últimas noticias. Declara que el gobierno soviético ha aceptado evacuar Budapest y que se han abierto negociaciones para el retiro de todas las tropas rusas de Hungría. Nagy declara que reconoce los consejos obreros y les pide que colaboren con él. Se disuelve la AVH. Se forma una nueva fuerza armada, un Ejecutivo Nacional, una suerte de milicia o de guardia nacional en la que entrarán los revolucionarios armados, obreros y estudiantes, junto al antiguo ejército y la antigua policía ordinaria. Anuncia que se restablece la bandera nacional, y que el gobierno va a hacer todo por satisfacer las reivindicaciones de los revolucionarios.

Los consejos responden: el de Győr le pide a los consejos de la región designar a los hombres que van a participar en la nueva

2. *Times*, 29 de octubre.

3. *Ibidem*.

milicia⁴. József Kiss, presidente del Consejo obrero de Borsod en Miskolc proclama: “La insurrección nacional es victoriosa, el gobierno cumplirá todas nuestras demandas, no tiren contra las tropas soviéticas, ni sobre las tropas gubernamentales”⁵. Radio Miskolc llama a los insurgentes a alistarse en la nueva milicia nacional. Pero ninguno de estos consejos quiere reconocer al gobierno de Nagy antes de haber adquirido la certeza que él busca obtener verdaderamente la partida de las tropas rusas. Éstos declaran que los revolucionarios no devolverán las armas antes de la total evacuación del país.

Al mismo tiempo, de todas las regiones del país, delegaciones de consejos llegan a Budapest y le hacen saber a Nagy las condiciones de los trabajadores para el reconocimiento de su gobierno. De estas entrevistas van a salir, en los días siguientes, las resonantes posiciones de Nagy. En presencia de la necesaria alternativa entre las exigencias de los rusos y las de los obreros revolucionarios, Nagy se acuerda de la lección de la semana transcurrida y elige la revolución, contra la burocracia y el aparato.

EL PROBLEMA DE LA PARTIDA DE LOS RUSOS

La precaria tregua concluida el 26 parecía cuestionada. El comando ruso local exigía, antes de retirarse de Budapest, la devolución de las armas por parte de los insurgentes. Éstos se negaron y se retomaron los combates en la noche del 29 al 30.

Así, el 29 a las 20.50 hs, Radio Győr libre proclama:

“Contrariamente a la información suministrada por Radio Kossuth, el pueblo de Budapest continúa la lucha armada por su liberación. Nosotros, los Consejos obreros de mineros de Pécs, Dorog, Tokod, Tatabánya, Tata y Miskolc, hemos tomado la siguiente decisión: no podremos obtener nuestra reivindicación, el retiro de las tropas rusas de nuestro país, más que mediante el arma de la huelga.

Los consejos obreros se han comprometido, hablando en nombre del pueblo, a no producir carbón mientras haya soldados rusos en

4. *Le Monde*, 30 de octubre.

5. *Ibidem*.

Hungría. La juventud de Győr no volverá al trabajo antes que la última unidad rusa haya dejado nuestro país...

¡Adelante con la huelga, por una Hungría libre e independiente!”

Finalmente, los rusos cedieron y comenzaron su evacuación, mientras que los insurgentes, asediados desde el inicio de la revolución, salieron con sus armas. Así, en Budapest y Hungría se conoció el nombre del coronel Maléter, oficial comunista que había dirigido durante seis días a los 1.200 insurgentes, obreros, estudiantes, soldados, sitiados por los rusos en el cuartel Kilian. Este oficial, enviado para reprimirlos, se pasó del lado de los insurgentes con sus hombres.

Al mismo tiempo, un comunicado gubernamental liberaba la responsabilidad de Nagy en los decretos que instituían la ley marcial y apelaban a las tropas rusas:

“Radio Kossuth, 30 de octubre, 18.30 hs. Comunicamos una información muy importante:

¡Húngaros! Nuestra pena, nuestra vergüenza, la excitación de las pasiones están causadas por dos decretos que han hecho correr la sangre de centenares y centenares de hombres: uno, el llamado de las tropas soviéticas a Budapest, el otro, la ley marcial contra los Combatientes por la Libertad.

Tomamos la responsabilidad de declarar ante la historia que Imre Nagy, presidente del Consejo de Ministros no sabía nada de estas dos decisiones. Su firma no figura al pie de estos decretos. La responsabilidad por estos decretos marcará a fuego a Ernő Gerö y András Hegedüs”⁶.

Nagy confirma esto en un gran discurso pronunciado frente a una multitud exultante al día siguiente, 31 de octubre. Declara: “*La revolución ha triunfado... La banda (Rákosi-Gerö) ha tratado de ensuciar-me afirmando que yo había solicitado la intervención soviética. Es falso. Al contrario, soy yo quien ha exigido el retiro inmediato del ejército soviético*”. Y agrega: “*Hoy comienza la conferencia sobre la derogación del Pacto de Varsovia y el retiro de los rusos de nuestro país*”. Y el 1 de noviembre, frente a los movimientos de las tropas rusas en violación formal de las declaraciones del gobierno ruso, se da la

6. Comunicado de Radio Kossuth, 30 de octubre.

resonante declaración de retiro de Hungría del Pacto de Varsovia y la proclamación de su neutralidad: “Obreros de Hungría, protejan a nuestro país, a nuestra Hungría libre, independiente y democrática”⁷.

EL PROBLEMA DEL PARTIDO STALINISTA

Imre Nagy, en esos días decisivos, inclinándose ante a la voluntad de los trabajadores húngaros, dejó de sostener el lenguaje del aparato. *Szabad Nép*, que responde en fuertes términos a las acusaciones de la *Pravda*, habla un lenguaje totalmente diferente del de la prensa stalinista del mundo entero. Es que en realidad, bajo la presión de las masas, Nagy y sus camaradas han roto con el aparato stalinista.

Hemos visto cómo los que se denominaban “comunistas liberales” habían luchado, en el marco del partido, por el reintegro de los excluidos, por el cambio de dirección, en una palabra, por una reforma y un enderezamiento del partido. Ahora bien, esta posición se demostró insostenible después de algunos días de lucha armada.

El 28 de octubre, los consejos obreros emprendieron la disolución de los organismos del partido en todo el país. ¿Quién podía creer entonces en una rectificación del partido que se efectuaría bajo la dirección del CC que había apoyado y cubierto a Gerő, que no había cooptado a Nagy y sus amigos más que para comprometerlos en la sangre de los insurgentes y en la represión ordenada por Moscú? El comité central se disolvió y designó una dirección provisoria encargada de la preparación del Congreso. El Presidium así formado sólo cuenta con militantes apresados o perseguidos por Stalin-Rákosi. En su nombre, János Kádár declara: “Únicamente podrán ser miembros del renovado partido los que no tengan ninguna responsabilidad en los crímenes del pasado”⁸. A partir de entonces, nadie puede hablar de “reforma” frente a una renovación tan radical. Dos días después, Kádár llama a los militantes a unirse a los Combatientes por la Libertad⁹.

7. Radio Kossuth, 31 de octubre a las 20.01 hs.

8. *Le Monde*, 1 de noviembre.

9. *New York Times*, 31 de octubre.

El 1 de noviembre, incluso la solución del partido “renovado” se demuestra impracticable. Ya no hay partido comunista. El aparato se pasó del lado de los rusos, combatió en las filas de los Avos. La gran masa de los militantes combatió en las filas de los revolucionarios. Hoy, nadie se preocupa por unirse a un partido stalinista, incluso “renovado”. Deseosos de “romper para siempre con el pasado”, Nagy, Kádár, Lukács, Szántó, forman un nuevo partido, rompiendo con la organización oficial, al que llaman Partido de los Trabajadores Socialistas Húngaros. ¿Reconocen su fracaso, la imposibilidad de enderezar, de reformar un partido stalinista? Aparentemente, al menos, se inclinan ante el veredicto de las masas húngaras: comunistas y antistalinistas, fundan un partido que se reclama leninista. ¿Pero no es más significativo aún que un militante como Miklós Gimes se haya negado a unirse a una formación que estimaba que no constituía una verdadera ruptura con el stalinismo?

EL PODER DE LOS CONSEJOS

A partir del 28, al anunciar el cese del fuego, Nagy había reconocido a los consejos y les había prometido asegurar la victoria de sus reivindicaciones. Yendo más lejos, “le propone a los diversos consejos obreros y comités revolucionarios coordinar sus actividades y formar una suerte de Estados generales de la insurrección”¹⁰. Así se constituiría una verdadera República de los consejos, una auténtica representación de los trabajadores en armas, a través de un Parlamento obrero. Era imposible ir más lejos en el camino revolucionario y, sobre este punto, Nagy coincidía con el consejo de Miskolc que había hecho una propuesta similar a todos los consejos de provincia.

En el ejército, se formaron Comités revolucionarios de soldados. En la reunión de sus delegados, el 30 de octubre, en el ministerio de Defensa, se constituye definitivamente el Comité revolucionario del ejército¹¹. Rápidamente, lanza un manifiesto declarando que el

10. *France-Observateur*, 1 de noviembre.

11. *New York Times*, 30 de octubre.

ejército está junto al pueblo para defender las conquistas de la revolución, que ha eliminado algunos oficiales reaccionarios y que el ejército procede al desarme de los Avos¹². El mismo día, se sabe que el Comité revolucionario húngaro de juristas acaba de obligar a dimitir al procurador general György Non, después de examinar informes concernientes a su actividad¹³.

También se constituye un comité revolucionario en el ministerio de Asuntos Extranjeros. Éste hace propuestas concretas al gobierno para la reorganización de la representación húngara en el extranjero y vuelve a llamar a la delegación de la ONU, que no ha apoyado el punto de vista de los revolucionarios.

Hemos visto cómo los ferroviarios obtuvieron la revocación del ministro de Comunicaciones, Lajos Bebrics, cómo el Consejo revolucionario de la Universidad reclamó la de Münnich. En todas las escalas, en todas las localidades, en todas las administraciones, los consejos obreros y comités revolucionarios toman los asuntos en sus manos. Se crea una nueva democracia socialista, la auténtica democracia obrera de los consejos, idéntica a la de los soviets de 1917.

EL PROGRAMA DE LOS SINDICATOS

El 27 de octubre, en *Népszava*, y el 3 de noviembre en *Népakarat*, los sindicatos húngaros, depurados de su dirección stalinista por sus trabajadores, presentan un programa que refleja la voluntad de los trabajadores y la orientación de la revolución húngara en esta semana decisiva: fin de los combates, por la negociación con los jefes de la juventud insurgente, constitución de una guardia nacional con obreros y jóvenes reforzando el ejército y la policía, negociaciones para la partida de las tropas soviéticas¹⁴. Además, reclaman la constitución de consejos obreros en todas las fábricas, con derechos concernientes a la planificación y al establecimiento de normas¹⁵. Estos consejos permitirían instaurar una verdadera “dirección obrera” de la

12. *Franc-Tireur*, 31 de octubre.

13. *Ibidem*.

14. *Le Monde*, 28 de octubre.

15. *United Press*, 27 de octubre.

economía, y en consecuencia, una “transformación radical del sistema de planificación y dirección de la economía”. Conscientes del rol parasitario de la burocracia instalada en las empresas, demandan, al mismo tiempo que el aumento inmediato de los salarios inferiores a 1.500 forintos, el establecimiento de un plafón máximo para los salarios mensuales mayores a 3.500 forintos. Esta reivindicación, que se une a la de los jóvenes de Szeged en la víspera de la insurrección, muestra hasta qué punto los trabajadores húngaros habían tomado conciencia del rol jugado en la división del trabajo por la jerarquía de los salarios, una de las claves centrales del sistema de la burocracia stalinista. Los sindicatos también exigían el derecho a huelga, la condena a las normas de trabajo. El 3 de noviembre, proclamaban su independencia respecto a todo partido político y a todo gobierno, así como su voluntad de participar en la dirección de los organismos revolucionarios y en las próximas elecciones generales. Finalmente, decidían romper con el FSM (Frente Sindical Mundial, NdT) que, en la persona de Saillant, su presidente, los había insultado, pero mantener contactos con todas las demás organizaciones sindicales internacionales¹⁶.

EL PROGRAMA DE LOS INTELLECTUALES

El programa adoptado por el Comité Revolucionario de los Intelectuales, “constituido el 28 de octubre en el edificio central de la Universidad Lóránd Eötvös de Budapest”, y reuniendo “a todas las organizaciones intelectuales, escritores, artistas, sabios y estudiantes” no es menos significativo de la voluntad de los revolucionarios húngaros de construir una verdadera democracia socialista, así como de las posibilidades de adoptar muy rápido una dirección y un programa claro para todos los revolucionarios.

“1. Solución inmediata a nuestra relación con la Unión Soviética. Retiro de las tropas soviéticas del territorio húngaro.

2. Anulación inmediata de todos los acuerdos comerciales concluidos con los países extranjeros y que perjudican nuestra economía nacional. El país debe estar informado sobre la naturaleza

16. *Le Monde*, 14 de noviembre.

de estos acuerdos comerciales, incluidos los relativos a las exportaciones de uranio y de bauxita.

3. Elecciones generales y secretas. Los candidatos deben ser nombrados por el pueblo.

4. Las fábricas y las minas deben pertenecer realmente a los obreros. Las fábricas y las tierras deben seguir siendo propiedad del pueblo y nada les debe ser devuelto a los capitalistas o a los grandes propietarios. Las fábricas deben ser dirigidas por Consejos obreros elegidos libremente. El gobierno debe proteger el derecho de ejercicio de los artesanos y de los pequeños comerciantes.

5. Abolición del antiguo sistema, odiosamente abusivo. Los salarios demasiado bajos y las pensiones deben ser aumentados de acuerdo a las posibilidades de nuestra economía.

6. Los sindicatos deben defender realmente los intereses de la clase obrera, y sus dirigentes deben ser elegidos libremente. Los campesinos podrán crear sus propios sindicatos.

7. El gobierno debe garantizar la libertad de producción agrícola y ayudar a los pequeños campesinos y a las cooperativas formadas voluntariamente. Es necesario abolir el odioso sistema de las entregas obligatorias.

8. Es necesario hacer justicia con los campesinos frustrados por la colectivización forzosa, e indemnizarlos.

9. El gobierno debe garantizar la completa libertad de prensa y la libertad de reunión.

10. El 23 de octubre, día de sublevación de nuestro pueblo por su liberación, debe ser proclamado “fiesta nacional”¹⁷.

LA CAZA A LOS AVOS

La partida de los rusos de Budapest había dejado solos a los Avos frente a los insurgentes. Rápidamente hubo un ajuste de cuentas.

17. Según *Pologne-Hongrie* 1956, EDI, págs. 196-197.

Ávida de sensacionalismos, la prensa burguesa de gran tirada narró todos los detalles de la caza a los Avos a la que se dedicaron los Combatientes por la Libertad en los días de su efímera victoria. Es inútil describirla nuevamente. A lo sumo, son necesarias algunas explicaciones.

En primer lugar, los insurgentes han perseguido a los Avos porque los odiaban. El corresponsal del *Daily Worker* en Budapest, Charlie Coutts, tituló uno de sus artículos “¿Por qué odian a la AVH?”¹⁸. Soplones y verdugos, arrogantes y todopoderosos, los Avos habían concentrado durante diez años el odio de todo el pueblo. Su conducta desde el inicio de la insurrección, el fusilamiento a la Radio, luego la del Parlamento, las ejecuciones sumarias hicieron desbordar la copa de odio en las jornadas revolucionarias.

En segundo lugar, los Avos debían ser cazados porque constituían un peligro real. Mientras que las tropas rusas se estacionaban en Hungría, mientras que Budapest estaba al alcance de sus cañones, mientras que su regreso era posible, la presencia de un Avo constituía un peligro mortal para todo revolucionario húngaro. Los Avos en Budapest libre, eran la quinta columna: los insurgentes quisieron asegurar sus espaldas y su seguridad, a la vez.

Por cierto, todos los revolucionarios no aprobaron la manera expeditiva en que la capital fue depurada de sus Avos. Se sabe que la noche del 31 de octubre, una delegación de Avos le suplicaba a la Unión de Escritores que intervenga ante los Combatientes por la Libertad para la firma de un acuerdo que les dejaría a salvo la vida. Pero la intervención de los escritores, entre los cuales muchos -y de los mejores- habían sido torturados por los Avos, no tuvo efecto. Asimismo, el 3 de noviembre, Béla Kiraly, jefe de las fuerzas militares revolucionarias de Budapest, confirmaba que las órdenes del gobierno y de los comités habían sido no matar a nadie, sino diferir a los tribunales a todos los Avos arrestados¹⁹. De hecho, la caza a los policías de la AVH sólo se detiene el 2 de noviembre, por falta de presas²⁰. La prensa de los partidos stalinistas se apoderó de estos hechos e intentó sacar provecho para describir una contrarrevolución blanca

18. *Daily Worker*, 1 de diciembre.

19. *New York Times*, 4 de noviembre.

20. *France-Observateur*, F. Fejtő, 8 de noviembre.

cazando militantes comunistas en las calles de Budapest. Pero los propios hechos citados por ellos desmienten esta tesis: al escribir que “un militante de la Federación, el camarada Kelemen, fue descolgado de la horca por la multitud, que lo reconoció”²¹, André Stil, en *L'Humanité*²², confiesa así que la multitud no mataba al que había tomado por un Avo, cuando descubría que se trataba de un comunista. La muerte del veterano comunista Imre Mezo, secretario del partido en Budapest, veterano de las Brigadas Internacionales en España y de las FTP-MOI²³ en Francia, valiente adversario de Rákosi, debida a un trágico error, no desmiente esta interpretación. En efecto, fue asesinado durante el asalto al inmueble del partido en donde él estaba por recibir a las delegaciones de revolucionarios, y adonde los Avos perseguidos fueron a sostener el sitio, con las armas en la mano, arrastrando a la muerte a los demás ocupantes del edificio.

Masacres, ejecuciones sumarias, linchamientos siempre han acompañado a las revoluciones. ¿Es necesario recordar las masacres de septiembre durante la Revolución Francesa, las ejecuciones de rehenes por la Comuna y los hechos del mismo orden durante la Revolución Rusa, la española, o en todos los países de Europa, durante la Liberación? La venganza de las masas es tanto más terrible cuanto que los contrarrevolucionarios, que han sublevado su ira, son más brutales y crueles. Los Avos recogieron lo que habían sembrado: fueron quemados por el fuego encendido por la burocracia de la que habían sido su fuerza de choque.

TENDENCIAS CONTRARREVOLUCIONARIAS: LOS EMIGRADOS

A partir de la noticia de la insurrección húngara, numerosos emigrados trataron de regresar a su país: burgueses demócratas, socialdemócratas, fascistas. Sabemos la tesis de *L'Humanité* según la cual ellos suministraron los cuadros del movimiento contrarrevolucionario, que habría triunfado bajo el mando de Nagy sin la providencial intervención rusa.

21. *L'Humanité*, 17 de noviembre.

22. *L'Humanité* era el periódico oficial del Partido Comunista francés.

23. *FTP-MOI*: grupo armado de resistencia al nazismo durante la Segunda Guerra Mundial, dirigido por el PCF, formado por inmigrantes pertenecientes al mismo partido.

Algunos hechos contradicen esta tesis. Primero, el memorándum del gobierno austriaco con fecha 3 de noviembre, que declara: “El gobierno austriaco ha ordenado el establecimiento de una zona prohibida a lo largo de la frontera austro-húngara... El Ministro de Defensa inspeccionó esta zona en compañía de agregados militares de las cuatro grandes potencias, incluida la URSS. Los agregados militares pudieron asegurarse sobre las medidas tomadas en la zona fronteriza para proteger la frontera y la neutralidad austriaca. Se tomaron todas las precauciones en la frontera occidental de Austria para impedir la infiltración de los emigrados... Las autoridades austriacas le rogaron al ex presidente del Consejo, Ferenc Nagy (del Partido de los Pequeños Propietarios), que había llegado súbitamente a Viena, que dejara inmediatamente el territorio austriaco. Esto también es sabido por las autoridades soviéticas. El permiso de permanecer en Austria es denegado a los dirigentes políticos emigrados... El embajador de Austria en Moscú informa sobre estos hechos al Ministerio de Asuntos Extranjeros de la URSS”. A pesar de la campaña de la prensa stalinista, el gobierno ruso nunca puso en duda oficialmente estos hechos ante el gobierno austriaco²⁴.

Asimismo, el ex secretario de la Juventud Socialista húngara, Ferenc Eröss, linotipista en Bruselas, no pudo franquear la frontera húngara, siendo repelido por los propios insurgentes, aunque él aprobó esta sabia medida²⁵.

EL PRÍNCIPE ESZTERHÁZY

L'Humanité también hizo mucho ruido por la liberación del príncipe Eszterházy, el mayor terrateniente de la Hungría de pre guerra, cuya liberación indicaría, según este periódico, el carácter “horthysta” del movimiento. En realidad, liberado como todos los prisioneros políticos, como todas las víctimas de Rákosi, el príncipe se cuidó muy bien de no quedarse en esta tierra candente por la llama revolucionaria. Se fue sin honores a Austria, a gozar en paz de la inmensa

24. *Tribune*, 23 de noviembre.

25. *Le Peuple*, 14 de noviembre.

fortuna que había conservado. Quiso congraciarse enviando, desde allá, ayuda y vestimentas a los campesinos de sus antiguos dominios húngaros. Se los devolvieron sin tocar nada²⁶. ¿Se imaginan a los campesinos derramando su sangre para devolverle las tierras al príncipe, combatiendo por sufrir nuevamente la servidumbre secular?

EL CARDENAL MINDSZENTY

El cardenal Mindszenty ha suministrado tema a las declaraciones e informaciones más sensacionales de aquellos que, burgueses o stalinistas, querían acreditar a todo precio la tesis de una contrarrevolución blanca en Hungría. Es Radio Praga, el 1 de noviembre, quien lanza la noticia de un gobierno presidido por el prelado: la información, retomada por la AFP, regocijará, tanto a la prensa reaccionaria como a *L'Humanité*, totalmente feliz de utilizar los inventos de Radio Europa Libre para las necesidades de su demostración.

En realidad, Mindszenty, cardenal y prelado de Hungría, es un porfiado reaccionario, un irreconciliable adversario de la revolución. Pero fue liberado, como Eszterházy, por una revolución que, generosamente, como todas las revoluciones, abría todas las puertas de las prisiones. Los mismos hombres habían torturado a Rajk. Como Rajk, había confesado. Rehabilitado Rajk, había que liberarlo...

Le adjudicaron al cardenal todo tipo de propósitos y de intenciones. Su declaración a Radio Budapest habría inquietado a los rusos y decidido su intervención. El periodista inglés Mervyn Jones buscó las reseñas de este discurso pronunciado en la radio el 3 de noviembre. El cardenal habló de la "lucha por la libertad" que se desarrollaba en Hungría y afirmó que esta marcaba la voluntad del pueblo de "*una coexistencia pacífica basada en la justicia*". Pidió juicio para los rako-sistas ante "tribunales imparciales e independientes" y se pronunció en contra de todo espíritu de venganza. Su programa: "Queremos una sociedad sin clases y un estado en donde prevalezca la ley, un país que desarrolle sus realizaciones democráticas, basado en la propiedad privada, restringida por los intereses de la sociedad y de la

26. Anna Kethly en *Franc-Tireur*, 30 de noviembre.

justicia”. No pide la restitución de los bienes de la Iglesia, sino la libertad de enseñanza religiosa y la libertad de prensa y organización para los católicos. ¿Quiere decir que el cardenal se había convertido a una forma cristiana de democracia socialista? Por cierto que no, pero, como piensa Jones, esto ocurre simplemente “porque la preponderancia de las fuerzas democráticas era tan aplastante, las perspectivas de la contrarrevolución tan pobres” que el cardenal no puede tener otro lenguaje²⁷. El periodista yugoslavo Vlado Teslic, en una noticia en la que insiste en la “evolución hacia la derecha”, argumentando esto en particular a partir de la liberación de Mindszenty, da una preciosa información: grupos de derecha distribuyen volantes con el título: “No tenemos que hacer más Consejos obreros: los comunistas tienen sus manos puestas en ellos”. Pero en público, sobre esta cuestión, los Mindszenty se callan. Otro corresponsal yugoslavo, Djuka Julius, vio un pequeño grupo de gente joven pegando afiches manuscritos que pedían la eliminación de los comunistas y la formación de un gobierno Mindszenty, “consignas fascistas moderadas”, dice. Al día siguiente, después de una reunión con los delegados de la siderurgia de Csepel ante su presidente Elek Nagy, concluye que el llamado de los fascistas a “liquidar las conquistas del socialismo” no recoge ningún eco serio entre la población. En su conferencia de prensa del 3 de noviembre, Mindszenty, cuyas perspectivas son, sin ninguna duda, patrocinar la resurrección de un partido “demócrata cristiano”, se negó a responder la pregunta de un periodista húngaro sobre su eventual candidatura de gobierno, y abandonó la sala.

JÓSZEF DUDÁS

L'Humanité, siempre en la pluma de André Stil, también designó a József Dudás, presidente del Comité Revolucionario de Budapest, como uno de los dirigentes de la contrarrevolución “fascista”²⁸.

¿Quién era Dudás en realidad? ¿“Periodista fascista”, como escribía Stil? ¿“Ingeniero”, como afirma su colega del *Daily Worker*? Él mismo se presentaba a los periodistas como un ex militante comunista,

27. *Tribune*, 30 de noviembre.

28. *L'Humanité*, 16 de noviembre.

miembro del PC durante la ocupación, que se había pasado al Partido de los Pequeños Propietarios, arrestado poco después, liberado en 1956 y rehabilitado algunos días antes de la revolución, bajo el reinado de Gerö. Ni *L'Humanité*, ni el *Daily Worker* niegan que durante un tiempo se ha “deslizado” en las filas del PC.

Ahora bien, lo que es posible afirmar es que, si bien Dudás se manifestó públicamente durante las jornadas revolucionarias, ninguna de sus espectaculares apariciones permite endilgarle la etiqueta de “fascista”. En su diario, *Fuggetlenség (Independencia)*, publicó cuatro artículos cuyos temas eran, según Anna Kethly “que no se afecte ninguna reforma económica de 1945, retiro de las tropas soviéticas, libertad de prensa y de asociación, elecciones libres”²⁹. Pero también sabemos que su diario tituló el 30 de octubre: “No reconocemos al actual gobierno”, y que fue recibido al día siguiente por Imre Nagy a quien le habría solicitado la cartera de Asuntos Extranjeros³⁰. Al sufrir una negativa, se apoderó durante algunas horas del ministerio con sus partidarios, y por ese hecho, fue arrestado por orden del gobierno de Nagy³¹.

¿Era un aventurero tratando de sacar provecho de la revolución? Su actitud puede incitar a pensarlo. Es, en todo caso, la hipótesis que se impone de la lectura del despacho del comunista polaco Woroszyński, en el informe que da de su entrevista con Dudás, y del análisis que esboza en esa oportunidad. Pero esto prueba que un aventurero que quería llegar debía cuidarse muy bien de hablar un lenguaje fascista. Esto también demuestra que el gobierno de Nagy, el 3 de noviembre, estaba instalado bastante sólidamente para poder hacer arrestar a un hombre que se jactaba de funciones revolucionarias tan importantes como las de Dudás. Stil, narrando la aventura de Dudás a su manera, concluye bruscamente: “Entonces fue arrestado”. Pero no dice por qué, y por qué causa: si Dudás hubiera sido, como él afirma, un verdadero fascista y un contrarrevolucionario, ¿cómo explicar que Nagy, según Stil, furriel de la contrarrevolución, lo haya arrestado?³² Estas mentiras son tan groseras que basta con tocarlas para que se hagan añicos.

29. Anna Kethly en *Franc-Tireur*, 30 de noviembre.

30. *Le Monde*, 5 de diciembre.

31. *Ibidem*.

¿HACIA DÓNDE IBA LA REVOLUCIÓN HÚNGARA EL 4 DE NOVIEMBRE?

Los hechos son claros. Es cierto que se expresaron tendencias contrarrevolucionarias. Pero no es menos cierto, como escribe el comunista Peter Fryer, enviado especial del *Daily Worker*, en su carta de renuncia al PC, que “el pueblo armado era perfectamente consciente del peligro de la contrarrevolución, pero que era perfectamente capaz de aplastarla”³³. Luego de las duras batallas de la primer semana, Hungría conoció una verdadera explosión de libertad que se tradujo en una fraternidad de todas las clases que se habían unido contra los rusos, y en una cierta confusión: nada más significativo que el florecimiento de los más diversos periódicos, desde los “verdaderos”, impresos, hasta los diarios hechos con estenciles, dactilografiados o incluso manuscritos y pegados como afiches. En esta atmósfera, los reaccionarios podían infiltrarse y asomar la punta de su nariz. No más. Solamente apareció un diario reaccionario: *Virradat (La Aurora)*. Sólo publicó un número, porque los obreros se negaron a imprimirlo al día siguiente³⁴. Esto no impidió que los diarios burgueses de Occidente hablaran de un florecimiento de periódicos anticomunistas. Nos basta con citar el periódico *Igazság (La Verdad)*, órgano del Partido de la Juventud Revolucionaria, dirigido por el joven intelectual comunista Obersovszky, con los jóvenes redactores de *Szabad Ibjúság*, el diario de la Juventud Comunista, y se tendrá una idea de lo que era este “anticomunismo”.

No mencionaremos más que para la memoria la tesis según la cual la revolución húngara se orientaba hacia una “democracia a la occidental”. Todo lo desmiente, todo lo ha desmentido, la resistencia obrera, la acción de los consejos, la represión dirigida por los rusos contra los obreros de la revolución. En definitiva, ésta no tuvo más que un rol: suministrar argumentos a los stalinistas para justificar su represión.

En realidad, la orientación tomada por la revolución húngara era tan poderosa que nadie en Hungría ha escapado a su influencia, que

32. *L'Humanité*, 16 de noviembre.

33. *Daily Worker*, 16 de noviembre.

34. *Demain*, 29 de noviembre.

nadie pudo actuar sin tenerla en cuenta. A este respecto, las bases sobre las que se reconstituyeron los antiguos partidos pequeño burgueses y reformistas son muy significativas. Por eso no es la presencia de Béla Kovács y otros dirigentes reformistas lo que conviene tener en cuenta para apreciar el verdadero significado del tercer gobierno de Nagy: es su lenguaje, el programa sobre el que se pusieron de acuerdo es lo que hay que estudiar. Frente al naciente poder de los Consejos obreros, la restauración gubernamental sólo podía hacerse con un lenguaje capaz de encontrar eco en las masas insurgentes.

EL TERCER GOBIERNO DE NAGY

El buró político del PCF ha hablado de “los que fueron aliados de Hitler, los representantes de la reacción y del Vaticano, que el traidor Nagy había instalado en el gobierno”³⁵. La prensa francesa reaccionaria ha permanecido notablemente callada sobre la constitución de este gobierno que fue constituido tal como habían pedido los consejos, con representantes de todos los partidos democráticos y de los jefes insurgentes. Junto a los comunistas nagystas, Nagy, Kádár, Losonczy, entraron al gobierno representantes de los partidos reformistas socialistas y campesinos que, bajo Rákosi, tenían existencia legal, aunque teórica, y los héroes militares de la insurrección de Budapest, como Maléter, considerado el representante de los “Combatientes por la Libertad”.

LOS SOCIALISTAS

Anna Kethly expuso ampliamente el punto de vista de su partido, desde su partida de Hungría. Pero es importante subrayar que el 1 de noviembre, en el diario de su partido *Népszava*³⁶, declaraba:

35. *L'Humanité*, 5 de noviembre.

36. *Népszava* (*Voz del pueblo*), órgano central del Partido Socialdemócrata húngaro desde fines del siglo pasado, se convirtió en el órgano central de los sindicatos después de la fusión de este partido y del PC en junio de 1948. Reconvertido en el órgano del partido socialdemócrata durante la revolución, hoy es nuevamente el órgano de los sindicatos.

“Vigilemos nuestras fábricas y nuestras minas, y la tierra, que debe quedar en manos de los campesinos”³⁷.

Gyula Kelemen, secretario del partido, tenía el mismo lenguaje. Al recibir una delegación de periodistas yugoslavos, les dijo que su partido “luchará con la mayor determinación por preservar las conquistas de la clase obrera, y apoyará los consejos obreros”³⁸.

LOS DIRIGENTES CAMPESINOS

En la asamblea para la reconstitución del Partido de los Pequeños Proprietarios, en Pécs, el 21 de octubre, Béla Kovács exclamaba: “*La cuestión es saber si el Partido, al reconstituirse, va a proclamar nuevamente las viejas ideas. Nadie puede soñar con volver atrás al mundo de los condes, los banqueros y los capitalistas; este viejo mundo está muerto, de una vez por todas. Un verdadero miembro del Partido de los Pequeños Proprietarios no puede pensar hoy como en 1939 o en 1945*”³⁹.

Y Ferenc Farkas, secretario del Partido Nacional Campesino, devenido en Partido Petöfi, destaca el 3 de noviembre que: “el gobierno mantendrá de las realizaciones socialistas todo lo que puede y debe ser utilizado en un país libre, democrático y socialista”⁴⁰.

PÁL MALÉTER, EL HÉROE DE LA INSURRECCIÓN

Finalmente, está Maléter, este oficial de la Honvéd que se pasó a la insurrección en las primeras horas y que estuvo con 1.500 jóvenes obreros, estudiantes y soldados en el cuartel Kilian; Maléter, héroe de los Combatientes por la Libertad. ¿Quién es? Según Stil, “*un ex oficial horthysta que había fingido unirse al poder popular*”⁴¹. En realidad, es un viejo comunista ganado al comunismo en cautiverio,

37. *Tribune*, 23 de noviembre.

38. *Ibíd.*

39. *Ibíd.*

40. *Ibíd.*

41. *Ibíd.*

antiguo alumno de la Academia Militar rusa, enviado a Hungría durante la guerra, y jefe de los partisanos en la propia Hungría. El enviado especial del *Daily Herald*, el laborista Basil Davidson, fue su entrevistador. Cuenta: “Llevaba aún su pequeña estrella de partisano de 1944 (y otra estrella roja ganada en la extracción de carbón por su regimiento en Tatabánya) en un momento en que todos los oficiales se sacaban sus charreteras de tipo soviético”. Davidson le pregunta adónde va la revolución húngara. “Si nos desembarazamos de los rusos -me dice- no crean que volveremos hacia atrás, a los días del pasado. Y si hay gente que piensa volver hacia atrás, entonces, veremos”. Y puso su mano sobre el estuche de su revólver⁴².

EL GOBIERNO DE LA REVOLUCIÓN

La actitud del joven jefe comunista del ejército húngaro era clara. Era el símbolo del gobierno del que formaba parte, y que acababa de aceptar el programa y las instituciones de la revolución. En su nombre, el comunista Géza Losonczy declaraba que no dejaría cuestionar “la nacionalización de las fábricas, la reforma agraria y las conquistas sociales”. Se declaraba listo para combatir por “la independencia nacional, la igualdad de derechos y la edificación del socialismo, no por la dictadura, sino sobre la base de la democracia”⁴³.

La revolución de los consejos acababa de terminar victoriosamente su primera fase. En todas partes reinaba el orden de los consejos y de los obreros armados. Los húngaros, a pesar de los horrores y la destrucción, se preparaban para construir “los futuros días que cantan”. Mikoyan y Suslov, que habían regresado, volvieron a Moscú asegurándole a Imre Nagy su apoyo. Era el 3 de noviembre. Esa misma noche, los rusos se apoderaron traidoramente de Maléter y de su jefe de estado mayor, que habían venido a negociar su evacuación. El 4, lanzaban sus obuses contra la revolución, sus cañones, sus blindados, mientras que la prensa stalinista del mundo entero imitaba el paso de los asesinos y gritaba su victoria, sobre los revolucionarios de Hungría.

42. *Ibidem*.

43. *Le Parisien libéré*, 5 de noviembre.

CAPÍTULO 4

EL DOBLE PODER

La revolución polaca había desencadenado la revolución húngara. La victoria de los consejos obreros, con su programa revolucionario, apareció como un peligro mortal para la burocracia de la URSS. El 8 de noviembre, Kruschév, en un discurso a los jóvenes comunistas de Moscú, habló sobre la juventud húngara levantada contra el régimen y concluyó que en la propia URSS, “era necesario acrecentar la vigilancia y prestar más atención a la educación correcta de la juventud”. La agitación que reinaba en ese momento (diciembre de 1956-enero de 1957) entre los estudiantes de la Universidad de Moscú lo demuestra: el diagnóstico era correcto. El programa de la juventud revolucionaria polaca y húngara era el mismo que el de la juventud alemana sublevada en Berlín oriental el 17 de junio de 1953, el mismo que el de la juventud checa, rumana, rusa. En 1940, Stalin asesinó a Trotsky, no logró asesinar el trotskismo, cuyas ideas triunfan hoy en los grandiosos movimientos revolucionarios contemporáneos. Por más que los sucesores de Stalin asesinaron decenas de miles de militantes húngaros, deportaron a la URSS a decenas de miles de jóvenes húngaros, la revolución continúa.

LA LUCHA MILITAR

A pesar de su aplastante superioridad numérica y su armamento pesado, los rusos tardaron más de una semana para detener toda resistencia militar organizada. “Los principales centros de resistencia fueron los barrios obreros. Los objetivos que atacaron los soviéticos con una rabia y un furor especial fueron las fábricas metalúrgicas de los “suburbios rojos” de Budapest, los barrios obreros, las ciudadelas obreras y las fábricas en las que los comunistas húngaros tenían sus plazas fuertes y sus militantes más activos”, escribe un testigo¹, y por

1. Michel Gordey, *France-Soir*, 12 de noviembre.

otra parte: “Son sobre todo los obreros, los comunistas, los jóvenes (de 14 a 20 años) los que combaten en todas partes de Budapest con fusiles de modelo antiguo, con metralletas o bombas molotov, contra las divisiones blindadas rusas. Fue la fábrica de Csepel con sus miles de metalúrgicos, élite de militantes proletarios del PC húngaro, la que ofreció la mayor resistencia a los tanques rusos”². Los obreros de Csepel sólo depusieron sus armas después de 10 días de encarnecidos combates, y ese mismo día, decidieron continuar la lucha por sus reivindicaciones, las de la revolución obrera. Los trabajadores de Dunapentele, la ex Sztalinváros, combatieron “*por el socialismo*” con la dirección de sus consejos, hasta que fueron sumergidos por los blindados y aplastados por las bombas. Los mineros de Pécs resistieron en sus minas y algunos encontraron voluntariamente la muerte, haciéndolas volar con ellos adentro. Las deportaciones masivas de jóvenes húngaros confiesan la impotencia de los rusos ante la indomable voluntad de la juventud revolucionaria.

EL INTERNACIONALISMO PROLETARIO

La burocracia del Kremlin hizo intervenir, a partir del 4 de noviembre a tropas provenientes del Asia soviética, con la esperanza de que la barrera lingüística impidiera la fraternización de los obreros y campesinos rusos en uniforme con los revolucionarios húngaros. Entre tanto, los burócratas hacían correr el rumor entre estas tropas que se los enviaba a defender el canal de Suez, nacionalizado por Nasser, contra la expedición de los imperialistas franco-ingleses. El 4 de noviembre, los combatientes húngaros explicaban a los soldados del ejército de la URSS que el Danubio no era el canal de Suez...

Los Combatientes por la Libertad, seguros de su causa, continuaron sus llamados al internacionalismo proletario de los soldados de la URSS. El 7 de noviembre, los trabajadores de Dunapentele se dirigían a estos por el 39 aniversario de la Revolución Rusa: “¡Soldados! Su Estado fue creado al precio de un sangriento combate para que ustedes tengan su libertad ¿Por qué quieren aplastar nuestra libertad?

2. *Ibíd.*, 16 de noviembre.

Ustedes pueden ver con sus propios ojos que no son los patrones de las fábricas, ni los grandes propietarios, ni los burgueses los que tomaron las armas contra ustedes, sino que es el pueblo húngaro el que combate desesperadamente por los mismos derechos por los que ustedes lucharon en 1917. Soldados soviéticos, ustedes mostraron en Stalingrado como podían defender a su país. Soldados, no se sirvan de sus armas contra la nación húngara”³. Y llegó la respuesta: en Budapest, el comandante ruso de una unidad de carros se rindió a los Combatientes por la Libertad. Tuvo que abatir a tres niños que intentaban incendiar su carro con botellas de nafta, y comprendió entonces que se trataba de una revolución obrera⁴. Miles de soldados rusos desarmados son llevados a la URSS y encerrados en los campos. Algunos se fueron al monte y, en la región del noroeste, liberaron un tren de deportados húngaros⁵. La revolución húngara y la intervención armada de Rusia habrían sido de esta manera un extraordinario factor de radicalización de las masas rusas y de la voluntad revolucionaria de la juventud.

EL GOBIERNO DE JÁNÓS KÁDÁR

En el momento en que el ejército ruso atacaba así a la revolución húngara, se perfilaba una maniobra destinada a desorientar a los trabajadores y a suministrarle una cobertura a la operación contrarrevolucionaria de la burocracia. Algunas horas después de la entrada en acción de los blindados, Radio Budapest, en manos de los rusos, anunciaba la formación de un “gobierno revolucionario obrero y campesino” con la presidencia de János Kádár. Ahora bien, la personalidad de Kádár, la popularidad que le había valido las persecuciones y las torturas infligidas por Rákosi-Gerö lo habían convertido en uno de los líderes de los comunistas opositores antes de la revolución y en el primer lugarteniente de Nagy durante la revolución. El 1 de noviembre, declaraba al embajador ruso Andropov que estaba

3. *New York Times*, 8 de noviembre.

4. *Daily Telegraph*, 10 de noviembre.

5. *New York Times*, 25 de noviembre.

dispuesto a combatir, si era necesario, “con las manos desnudas”⁶. Ese día había hablado en la radio en nombre del nuevo gobierno de Nagy, del que era miembro. Aunque, como ministro del Interior, estuvo involucrado en el proceso de su camarada Rajk, aunque se mantuvo apartado de las actividades del Círculo Petöfi y acompañó a Gerö a Belgrado, parecía haberse separado tan claramente del aparato stalinista como Nagy y Losonczy en el curso de las jornadas decisivas ¿Qué es lo que puede explicar este brutal giro? ¿Qué pasó en realidad? Kádár, quebrado por las torturas ¿se convirtió en un cuerpo sin alma, un instrumento en manos de los policías stalinistas?⁷ ¿Simplesmente reaccionó como un hombre del aparato y cedió a las presiones de los burócratas? Es imposible resolver esta cuestión. Lo que es cierto, es que la presencia de Kádár a la cabeza de un gobierno formado con las últimas tropas de los stalinistas, los Münnich, los Apró, los Marosán, que los consejos habían reclamado que sean eliminados, servía a la burocracia del Kremlin para intentar difundir la confusión entre los trabajadores.

PRIMER RETROCESO ANTE LOS CONSEJOS

En los primeros días de combate después del 4 de noviembre, parece que la iniciativa le pertenece a los contrarrevolucionarios más determinados en el campo de los stalinistas. Es así que el comandante húngaro de Szombathely, aliado de los rusos, anunciaba triunfalmente a la radio: “Los trabajadores fueron abatidos. En las fábricas, los consejos obreros y los fascistas están liquidados”⁸. El 8 de noviembre, el stalinista Ferenc Münnich, ministro del Interior y de las Fuerzas

6. Tibor Meray, en su relato “*Imre Nagy durante la revolución*” (en *Imre Nagy, un comunista que no olvida al hombre*, Plon ediciones pág. 249), cuenta así esta entrevista entre los ministros húngaros que vinieron a protestar contra el avance de las columnas motorizadas rusas que ocupan puntos estratégicos: “Unos tras otros, los principales miembros del gabinete apoyan al “viejo”. El más violento de todos es su futuro sucesor, János Kádár. Poco importa lo que ocurrirá con él, dice luego de estallar, pero está dispuesto, como húngaro, a combatir si es necesario. “Si vuestros tanques entran en Budapest, le grita al embajador de los soviets, saldré a la calle y combatiré contra ustedes con las manos desnudas”.

7. *Franc-Tireur*, 29 de noviembre.

8. *Daily Worker*, 5 de noviembre.

Armadas de Kádár, anunciaba públicamente la voluntad del Kremlin de aniquilar el poder de los consejos obreros disolviendo los Comités Revolucionarios del ejército, exigiendo la eliminación de quienes ellos bautizaban los “contrarrevolucionarios” de los consejos. Por cierto, los consejos eran reconocidos, pero el gobierno les quitaba toda significación decretando que no tenían ningún poder para nombrar o hacer dimitir a nadie en la administración, prohibiéndole tomar ninguna decisión sin la aprobación de un “comisario político”, que a partir de ahora, le era adicto⁹.

Pero en realidad, a medida que los obreros armados debían detener el combate, aparecía claramente que, a pesar de las ejecuciones, los arrestos, las deportaciones, los consejos se mantenían en todas partes, renovados, llenando los vacíos en sus filas, siempre impulsados y sostenidos por los trabajadores, que no reconocían otra autoridad y otro programa que los suyos. Siete días de combate no habían hecho retroceder la voluntad revolucionaria de las masas. Era necesario cambiar de táctica. Entonces, János Kádár comenzó a jugar el rol que le había sido reservado.

KÁDÁR INTENTA GANAR LOS CONSEJOS

El 11 de noviembre, Kádár declara en la radio que el gobierno va a negociar la partida de los rusos. Los antiguos miembros del gobierno de Nagy, según él, “aprueban plenamente su programa revolucionario” y han expresado el deseo de colaborar estrechamente con él. Afirma que varios partidos políticos podrán participar de la vida pública. Condenando el régimen Rákosi-Gerö, confiesa: “Hay gente en Hungría que teme que este gobierno reintroduzca los métodos del antiguo Partido Comunista y su sistema de dirección. Ya no existe un hombre que tenga una función dirigente que piense actuar así, porque, incluso si lo desease, sería barrido por las masas”¹⁰. El 12 de noviembre, el periódico del PC inglés fue autorizado a anunciar que “Kádár tuvo entrevistas con Nagy”¹¹. El 14 de noviembre, el dirigen-

9. *Franc-Tireur*, 5 de noviembre.

10. *Ibidem*, 12 de noviembre.

11. *Daily Worker*, 12 de noviembre.

te de los sindicatos, Sándor Gáspár, afirma que el gobierno reconoce a los consejos, y que estos tendrán el derecho, en las fábricas, de tomar decisiones que los directores deberán ejecutar. No obstante, precisa que los consejos obreros deberán ser confirmados en su poder por nuevas elecciones¹².

En Budapest, el 14 de noviembre se constituyó, elegido por el conjunto de los consejos obreros de la capital, el Consejo Central de los obreros de Budapest. Los miembros del Consejo son muy jóvenes: alrededor de la mitad tiene entre 23 y 28 años. Algunos “ancianos” conocieron la represión del régimen fascista de Horthy antes de la de Rákosi, algunos han sido militantes socialdemócratas antes de adherir al partido “comunista”: es el caso de Sándor Báli, uno de los delegados de la fábrica Belojannis de Budapest, cuya influencia es considerable en el Consejo. Este cerrajero-matricero es, junto con el ex cerrajero, luego ingeniero Karsai, el inspirador político de la mayoría del Consejo después de la eliminación, a partir del 15 de noviembre, de su ala kádárista dirigida por Arpád Balász. Los otros militantes responsables son el joven cerrajero-matricero de 23 años Sándor Rácz, también delegado de la fábrica Belojannis, el ingeniero de óptica Miklós Sebestyén, el cerrajero Ferenc Töke, el delegado de la refinería de Csepel, György Kamocsai, el representante de los ferroviarios Endre Mester, todos representantes de esta generación obrera a quienes el nuevo régimen les aportó instrucción y calificación, pero a quienes los ha privado de derechos democráticos. Después de la represión que siguió al 4 de noviembre, el Consejo Central es la única autoridad realmente reconocida en Budapest. En contacto permanente con los Comités Revolucionarios de los intelectuales y de los estudiantes, encarna la revolución obrera. Es a él al que se dirige Kádár, sin más poder que los blindados rusos impotentes frente a la huelga general, para negociar la vuelta al trabajo. Como debía reconocerlo más tarde: “El gobierno ha negociado varias veces con el Consejo de Budapest porque estimaba que el Consejo ayudaría a los consejos obreros de las fábricas en el cumplimiento de sus tareas y de sus objetivos”¹³.

A partir del 14 de noviembre, el Consejo Central de los obreros de Budapest hace conocer las condiciones que pone para la vuelta al tra-

12. *France-Soir*, 15 de noviembre.

13. *L'Humanité*, 10 de diciembre.

bajo. Son las mismas reivindicaciones de la revolución: reconocimiento del derecho de huelga, regreso al poder de Imre Nagy, partida de los rusos, elecciones libres y honestas con sufragio universal, fin del partido único y libertad de partidos que reconozcan el régimen económico existente, independencia total con respecto a la URSS, neutralidad de Hungría. Las respuestas de Kádár, evasivas o positivas, tales como fueron hechas públicas al día siguiente, testimonian ante todo, su deseo de convencer a los delegados de los consejos sobre la pureza de sus intenciones, pero también de sus propios límites... Subraya las catastróficas consecuencias económicas de la prolongación de la huelga, declara que “no podría tratarse el regreso de Imre Nagy... ya que él se encuentra fuera del país” (la embajada yugoslava). Se manifiesta de acuerdo con el principio de partida de los rusos: “una vez separado este peligro (reaccionario), las tropas soviéticas dejarán Hungría”. Promete el establecimiento de “un sistema político con varios partidos”, “con la condición de que estos partidos reconozcan el régimen socialista”. Le pide a los consejos dar muestras de prudencia sobre la cuestión de las elecciones libres, “esto no es tan simple”, porque “podría ocurrir que nuestro partido sea derrotado”. No promete nada sobre el uranio húngaro que, dice, “no podríamos explotarlo nosotros mismos”, aunque promete publicar en el futuro todos los acuerdos económicos con la URSS. Pero rechaza enérgicamente la idea de neutralidad. Finalmente, anuncia al consejo levantado en contra de las deportaciones: “Hemos concluido un acuerdo con el Comando soviético, en el término del cual nadie debe ser deportado de Hungría”¹⁴.

Desde que se conoce, la respuesta de Kádár se discute en los consejos obreros. Luego, el mismo día, 15 de noviembre, en la noche, los delegados del Consejo Central de los obreros de Budapest registran la voluntad obrera de no terminar la huelga antes de haber obtenido la satisfacción de las reivindicaciones esenciales. Reunidos en la sede de la Compañía de Tranvías de Budapest, votan la continuación de la huelga general. Se levantaron dos reivindicaciones cuya sola satisfacción podría, según ellos, entrañar una revisión de su actitud: el regreso al poder de Imre Nagy, la evacuación de Budapest de las tropas soviéticas, la evacuación de todo el país en un breve plazo “en

14. *Franc-Tireur*, 16 de noviembre.

interés de la amistad con la Unión Soviética”¹⁵. Es necesario destacar que el Consejo Central no por eso abandona las reivindicaciones de la víspera. Pero el regreso al poder de Imre Nagy, cuestión sobre la que Kádár dejó entrever una posibilidad, y la evacuación de Budapest por los rusos serían garantías de que los rusos quieren dejar, a partir de ahora, que la vida política se desarrolle normalmente en la capital. Realistas, estiman una evacuación por etapas. Desconfiados, previenen a Kádár que se reservan siempre el derecho de recurrir a la huelga por las demás reivindicaciones si les pareciera necesario hacerlo. En este momento, está claro que los miembros del Consejo de Budapest piensan que, continuando con la huelga, es posible llevar a Kádár y a los rusos a ceder en estos puntos fundamentales. Kádár, por su parte, tiende a conservar a estos “interlocutores válidos”. En medio de la reunión del Consejo, la sala fue invadida por soldados rusos que se apoyan en dos carros y tres autos blindados¹⁶. Kádár es llamado por teléfono, se excusa ante los delegados obreros e interviene ante el Comando ruso para que retire las tropas. Este incidente contribuye a desarrollar, al menos entre algunos miembros del Consejo, la idea de que Kádár se vuelve abogado de los consejos ante los rusos y prosigue una política de mal menor que convendría utilizar. En realidad, el “juego” de Kádár no consistía en imponer a los rusos el punto de vista de los consejos, sino en imponer a los consejos la voluntad de los rusos, como lo muestra lo que sigue.

PRIMEROS RESULTADOS DE LA ACCIÓN DE KÁDÁR

El hambre y el frío iban a convertirse en los más preciados aliados de Kádár. Los duros sufrimientos durante y después de los combates, la fatiga, las privaciones, no pudieron abatir, por sí solos, la moral de los trabajadores. Pero, agregándose a las promesas de Kádár, dejando entrever una posibilidad de solución pacífica, contribuyeron a provocar una cierta desmovilización en los obreros. Son estos dos factores en particular los que parecen haber sido los determinantes en la decisión de regresar al trabajo de los obreros de Csepel.

15. *Ibidem*.

16. *Ibidem*.

Los metalúrgicos de Csepel habían sido la punta de lanza de la revolución. Combatieron desde el 23 de octubre. La mañana del 4 de noviembre resistían a los rusos que atacaban su fábrica. En esta encarnizada batalla, los obreros del Billancourt húngaro¹⁷ perdieron numerosos combatientes revolucionarios, los mejores. Sin embargo, el mismo día que deponen las armas, votan la continuación de la huelga. Los campesinos los abastecen¹⁸. Pero el gobierno prohíbe todo intercambio de productos alimentarios que se haga por fuera de sus organismos. Kádár multiplica promesas y presiones, deja entrever una posibilidad de solución: varios trabajadores de Csepel, más afectados que los otros, quisieran cuidar sus heridas. Y esta es la primera victoria de Kádár, victoria a medias solamente, pero que va a explotar a fondo. Los dirigentes obreros del Consejo de Csepel piensan que pueden retomar el trabajo sin renunciar a las reivindicaciones obreras: “Quisiéramos retomar el trabajo en la fábrica de Csepel”, declara su manifiesto del 15 de noviembre, “pero con la única condición que continúen las negociaciones con el gobierno y los obreros y que nuestras reivindicaciones sean enteramente satisfechas. Continuaremos la lucha por la completa realización de las ideas de nuestra revolución, porque nos sentimos bastante fuertes para poder ejecutar el testamento de nuestros héroes caídos en el combate liberador... No existe poder en el mundo que pueda privarnos de este arma invencible que es la huelga, si las negociaciones con el gobierno fracasan”¹⁹.

El peso de los obreros de Csepel en el proletariado de Budapest, el peso de sus delegados en el Consejo Central parece haber inclinado la balanza a favor de los “conciliadores”. Kádár hace presión sobre los delegados en nombre de la situación material. Repite que la continuidad de la huelga es un “suicidio nacional”. Repite que retomar el trabajo, el “restablecimiento del orden” es la condición necesaria y previa de cualquier otro paso hacia delante. Sin duda, algunos conciliadores piensan que es necesario “ayudar” a Kádár, quien, habien-

17. *Billancourt húngaro*: Broué hace una comparación con la ciudad francesa que se convirtió en uno de los centros industriales más importantes al instalarse allí la fábrica Renault y que generó grandes huelgas y luchas sociales entre 1913 y 1936 (NdE).

18. *Daily Telegraph*.

19. *Tribune de Genève*, 16 de noviembre.

do obtenido el fin de la huelga, estaría en mejor posición para obtener algunas concesiones de parte de los rusos. Son ellos los que triunfan, después de una noche de discusión, por una débil mayoría.

El Consejo Central de los obreros de Budapest, en la mañana del 16 de noviembre, lanza un llamado a retomar el trabajo:

“Conscientes de nuestra responsabilidad con respecto a nuestra patria y nuestro pueblo que tanto han sufrido, debemos decir que en interés de la economía nacional, por razones humanitarias y sociales, y como consecuencia de ciertas circunstancias, retomar inmediatamente el trabajo productivo es absolutamente necesario.

En esta trágica situación, vuestro buen sentido, vuestra conciencia y vuestro corazón de obrero los mandan imperativamente a retomar el trabajo, bajo reserva de vuestros derechos, el sábado 17 de noviembre.

Proclamamos solemnemente que esta decisión no significa para nada que hemos abandonado ni una coma de los objetivos y de las conquistas de nuestra insurrección nacional.

Las conversaciones siguen y estamos persuadidos que, gracias a los esfuerzos mutuos, las cuestiones en suspenso serán resueltas.

Les pedimos vuestra confianza y vuestra unánime ayuda”²⁰.

Está claro que esta posición está lejos de ser aprobada por todos los obreros. Ese mismo día, los delegados son revocados por sus electores, que les reprochan no haber respetado la decisión de la víspera tomada después de consultar con los obreros. Varios consejos protestan y recuerdan las condiciones fijadas por el propio Consejo Central para retomar el trabajo: el regreso al poder de Imre Nagy y la evacuación de Budapest por parte de los rusos²¹. La oposición se manifiesta públicamente: el 17 se difunde un volante que revela que Kádár ha amenazado con deportaciones a los miembros del Consejo Central, en caso en que no se retome el trabajo. El 18, una delegación de obreros le pide a los miembros del Consejo Central que llame a todos los consejos obreros de las provincias a designar mediante elección a un Consejo Nacional, a un Parlamento obrero que, elegido por el conjunto de los trabajadores húngaros, será el único habilitado para negociar en nombre de todos.

20. *Ibidem*.

21. *New York Times*, Mac Cormac, 17 de noviembre.

LAS TENDENCIAS PRESENTES EN LOS CONSEJOS

El Consejo Central de Budapest, sumergido en una avalancha de protestas y constatando que su llamado a retomar el trabajo no fue obedecido, acepta la propuesta y empieza a preparar la reunión del Consejo Nacional para lo cual, solicitará una autorización oficial, que será denegada²². En todo Budapest, la situación parece ser la imagen de la fábrica de Csepel, en donde, el 19 de noviembre, el 30% de los obreros están presentes, pero ninguno trabaja. Un portavoz declara: "Pensamos que esto es lo único razonable que podemos hacer por el momento. Hemos venido a la fábrica porque necesitamos nuestro salario y también porque así nos reunimos. Si seguimos quedándonos en casa, las puertas de la fábrica serán cerradas, y le sería más fácil al gobierno ocuparse de cada uno de nosotros individualmente que hacerlo en las fábricas, en donde estamos agrupados"²³.

Pero las provincias se mostrarán mucho menos dispuestas a la conciliación que la mayoría -magra, es verdad- de los miembros del Consejo Central de Budapest. Por otra parte, esta situación no es para nada extraordinaria. En Budapest, los consejos obreros nacieron cuando la insurrección ya había comenzado. Los primeros combatientes obreros se reunieron a los destacamentos organizados por el Comité Revolucionario de los estudiantes. La huelga general siguió a la insurrección provocada por las provocaciones de la AVH contra las manifestaciones del 23. Durante el período de la insurrección, los consejos obreros, todavía aislados unos de otros, no tuvieron la posibilidad de centralizarse y de coordinarse. Los trabajadores combatiendo en las filas de los insurgentes se ubicaron bajo la autoridad de diversos organismos: el Comité de estudiantes, el Comité Nacional Revolucionario, animado por Dudás, el Comité del ejército. Numerosos obreros mezclados con los demás Combatientes por la Libertad siguieron a Maléter, incluso al gobierno de Nagy. Solamente cuando la represión, al abatir los organismos nacidos de la insurrección y los comités nacidos sobre la base local, atacó al embrión de doble poder, apareció la fuerza organizada de la clase obrera, con sus

22. *Ibidem*, 19 de noviembre.

23. *Franc-Tireur*, 20 de noviembre.

consejos elegidos en las fábricas, en otras palabras, en sus bastiones industriales. Y es porque ellos eran conscientes que solamente la organización de los consejos, sobre la base de clase, podría dar a la clase obrera el rol histórico de defender las conquistas de octubre en nombre del conjunto de la población, que los militantes responsables de los consejos obreros constituyeron el Consejo Central, por mandato del Consejo de Újpest. Hay que destacar que, si bien en ese momento se convirtió en el organismo más representativo de la resistencia obrera organizada, en Budapest se chocó contra una enorme concentración de fuerzas armadas rusas y con la administración elemental, pero real, de los antiguos Avos y burócratas que respaldaban al gobierno de Kádár. En las provincias, al contrario, la insurrección salió directamente de la huelga general y los consejos obreros, después de haberla dirigido, asumieron directamente el poder. Barrieron la administración del Estado stalinista, comandaron las fuerzas armadas, y el gobierno de Nagy no tenía otra autoridad más que por su intermedio. Ejercieron verdaderamente el poder durante el período de “independencia”. Después del ataque del 4 de noviembre, se convirtieron prácticamente en la única autoridad frente al Comando ruso, al haber estallado en pedazos el aparato de Estado. En algunos lugares, este tuvo que componerse con ellos. Así, en Miskolc, la radio seguía emitiendo libremente, y el Comando ruso se negaba a intervenir para que reconocieran al gobierno de Kádár, para que sus soldados no fueran atacados²⁴. Por lo tanto, los consejos obreros de las provincias estaban claramente menos inclinados a la conciliación que el Consejo Central, sometido a una fuerte presión. Ellos ejercen el poder y van a exigirlo para todos los consejos.

Con los burócratas, el choque es inevitable. Un portavoz de los sindicatos húngaros, un partidario de Kádár, declara lo siguiente, según Stil: “Todavía hay camaradas en Hungría que no creen que sea correcta la formación de consejos obreros, y no ven más que peligros en esta actividad... Hasta aquí, estos consejos obreros, apartándose de sus funciones de organización económica local, limitadas a una empresa, pretenden desempeñar el papel de órganos políticos de poder o sustituir a los sindicatos, u organizarse en comités de ciudad,

24. *Figaro*, 1 de diciembre.

regionales o nacionales, no han hecho más que crear una situación bastante anárquica”²⁵. Por lo tanto, la situación es clara. Por el lado de los burócratas, algunos se oponen resueltamente a la existencia misma de los consejos, otros están dispuestos a tolerarlos con “funciones de organización económica local”. Una parte de los consejos están decididos a “desempeñar el papel de órganos políticos de poder”. El Consejo de Budapest, cedió a la presión de los burócratas, los trabajadores hacen un llamado al Consejo Nacional sobre la decisión de retomar el trabajo.

EL CONSEJO NACIONAL OBRERO

La reunión del Consejo Nacional obrero, del Parlamento obrero debía abrirse el 21 de noviembre a las 9 hs. en el Palacio de Deportes de Budapest. Ahora bien, cuando los delegados se presentaron, encontraron las entradas de la sala bloqueadas por fuerzas policiales y del ejército gubernamentales, apoyadas por carros rusos. Decidieron entonces sesionar en el local del Consejo Central, en la sede de la Compañía de Tranvías. Ningún periodista pudo asistir a la reunión que duró cinco horas en el edificio cercado por un cordón policial, que la toleraba como sesión “ampliada” del Consejo de Budapest.

La primera decisión del Consejo Nacional fue informar la orden de retomar el trabajo lanzada por el Consejo Central de Budapest y que no había sido seguida más que por un cuarto de los obreros. El Consejo Nacional ordena retomar la huelga por 48 hs., en signo de protesta contra las medidas tomadas contra su reunión, y los intentos gubernamentales para impedirla esa misma mañana. La orden de huelga se aplica a todas las industrias, salvo las alimenticias. La condición fijada a la expiración del plazo de 48 hs. para retomar el trabajo es el reconocimiento, por parte del gobierno de Kádár, del Consejo Obrero Nacional democráticamente electo como la única representación válida de los trabajadores húngaros. Si esta condición es aceptada, se retomaré el trabajo el 24 de noviembre, al mismo

25. *L'Humanité*, 21 de noviembre.

tiempo que las negociaciones entre el gobierno y los representantes del Consejo Nacional obrero. Se referirán a las reivindicaciones de la clase obrera, las mismas que habían sido presentadas por el Consejo de Budapest el 15 de noviembre: regreso al poder de Imre Nagy, liberación de los prisioneros, entre ellos, Maléter, retiro de los rusos y evacuación del país, elecciones libres con todos los partidos, libertad de prensa, de reunión, independencia de Hungría. Las discusiones entre el gobierno y el Consejo deberán ser publicadas literalmente en la prensa. El gobierno deberá manifestar “su buena fe, liberando inmediatamente a los civiles y militares internados, arrestados y deportados²⁶, al citarlos ante los tribunales húngaros que juzgan públicamente a las personas inculpadas de delitos comunes”²⁷. La respuesta de la clase obrera húngara es muy clara. Antes de rendir las armas, exige garantías serias. Sobre todo, es significativa la reivindicación del Consejo Nacional de verse reconocido como única autoridad y único representante válido de los trabajadores húngaros. Con el Consejo Nacional obrero se realizaba este movimiento “único y poderoso” que reclamaba el Consejo obrero de Miskolc el 28 de octubre, esos “Estados generales de consejos obreros” que Nagy se había propuesto realizar. Esta era la reivindicación afirmada por la clase obrera del ejercicio del poder por intermedio de sus organizaciones autónomas de clase, de sus soviets, de sus consejos locales y regionales, de su Consejo Nacional. Entre ella y los burócratas decididos a estrangular o a vaciar de toda sustancia a los consejos, la prueba de fuerza era inevitable. Pero, entre un gobierno que sabía hacia dónde llevaba a los trabajadores y preparaba cuidadosamente sus golpes y una dirección obrera inexperta, a la que le faltaban cuadros políticos revolucionarios formados, entre la burocracia y sus políticos hábiles para maniobrar y los consejos obreros a los que le faltaba el apoyo de un partido revolucionario análogo al Partido Bolchevique de 1917, hacía falta tiempo, y hubo muchas vacilaciones de la joven dirección para que todo se vuelva claro.

26. *Tribune de Genève*, 22 de noviembre.

27. *Franc-Tireur*, 22 de noviembre.

EL GOBIERNO DE KÁDÁR MANIOBRA PARA GANAR TIEMPO

Era demasiado rápido para que los burócratas intenten una prueba de fuerza. Los comités revolucionarios constituidos en todos los escalones de la administración y los organismos del Estado representaban un serio obstáculo a la acción de la burocracia. A partir del 22, el gobierno decide atacar a los comités de los ministerios, a la revolución instalada en sus propias oficinas. “Los comités revolucionarios de los ministerios quieren tomar decisiones que superan su competencia y que no favorecen ni el regreso el trabajo ni restablecer el orden”²⁸, declara Radio Budapest, agregando: “El gobierno ha dado la orden a los directores de los ministerios de limitar la actividad de estos comités y de no aceptar sus sugerencias más que si estas son verdaderamente constructivas”.

El mismo día, el Consejo obrero de Csepel, fiel a la línea de su resolución del 16, se pronunciaba en contra de la huelga de 48 hs. decidida por el Consejo Nacional y aprobada por el Consejo obrero central de Budapest. Después de haber protestado contra la decisión oficial de prohibir el Consejo Nacional, después de haber pedido “el fin de las medidas de fuerza contra los obreros y sus representantes”, estimaba como una “falta grave” haber dado la orden de huelga, porque “esto hace la situación económica aún más difícil”. Pedía al Consejo de Budapest que “reconozca que la época de impetuosidad y del libre curso de las pasiones ha caducado” y que había que servirse del arma de la huelga “más razonablemente”²⁹.

La posición de los trabajadores de Csepel parece haber sido, aquí también, decisiva. El 23 a la mañana, Radio Budapest anuncia la firma, en la noche anterior, de un acuerdo entre Kádár y el Consejo Central de los obreros de Budapest, para retomar el trabajo. La autoridad de los consejos es reconocida en las fábricas, incluso en lo que respecta a la elección de los directores. Se van a retomar las negociaciones entre el gobierno y los consejos, pero el Consejo se reserva el derecho de recurrir nuevamente a la huelga³⁰. Sin duda, los elementos

28. *Ibidem*, 23 de noviembre.

29. *Figaro*, 23 de noviembre.

30. *Franc-Tireur*, 24 de noviembre.

conciliadores podían jactarse de un reconocimiento de hecho de su consejo, implícito en la publicación en la radio de un acuerdo concluido entre él y Kádár. Sin embargo, bien parece que la declaración del 23 de noviembre, el mismo día, de la Unión de Escritores, indica una posición más firme frente al gobierno, ya que después de haber aprobado la acción de los Consejos “para conservar las conquistas sociales”, la Unión de Escritores “aconseja la búsqueda de un acuerdo para retomar el trabajo sin concesiones en las reivindicaciones esenciales”³¹. Más aún que la posición de los escritores, en donde se puede encontrar la influencia de la acción de Tibor Déry³², la oposición obrera es neta. Es un periodista el que informa, después de haber interrogado a los dirigentes del Consejo Central de Budapest el 23: “El Consejo reconoce que la orden de retomar el trabajo no fue acatada; agrega que recibió muchos llamados telefónicos reclamando la continuación de la huelga contra el secuestro de Imre Nagy”³³.

EL SECUESTRO DE IMRE NAGY

En efecto, el 4 de noviembre, Imre Nagy había pedido asilo a la embajada yugoslava de Budapest. Con él, sus amigos Géza Losonczy, Ferenc Donáth, János Szilágyi, viejos comunistas, la viuda de Rajk, Gabor Tanczos, el secretario del círculo Petöfi, y una treintena de personas. Con ellos, Lukács, el filósofo; Zoltán Szántó, ex embajador en París y un viejo comunista Zoltán Vas. Estos tres últimos habían dejado la embajada y no habían vuelto a aparecer. Pero el 21 de noviembre, se firmó un acuerdo entre el gobierno yugoslavo y el gobierno de Kádár, garantizando a Nagy y sus camaradas la posibilidad de regresar libremente a sus hogares.

Ya habíamos visto al periódico comunista inglés anunciar que Kádár se había entrevistado con Nagy. Ya, el 14 de noviembre, barriendo las calumnias sobre el “traidor Nagy”, Kádár había declarado públicamente: “No creo que Nagy haya ayudado conscientemente a la contrarrevolución. Ni el gobierno, ni los rusos desean restringir su

31. *Ibidem*.

32. *L'Humanité*, 23 de noviembre.

33. *New York Times*, 25 de noviembre.

libertad”³⁴. En los consejos obreros, lo hemos visto, Kádár había hablado de “conversaciones” con Nagy a partir de su regreso a territorio húngaro. El acuerdo concluido entre el gobierno yugoslavo y Kádár, tal como lo había revelado la nota yugoslava del 23 de noviembre, iba en la línea de las promesas de Kádár. La liberación de Nagy no podía significar otra cosa que retomar las negociaciones con él y satisfacer, al menos parcialmente a los obreros que reclamaban su regreso al poder. Nagy, al salir de la embajada yugoslava ¿había conversado realmente con Kádár en el Parlamento? Ambos, como cree el corresponsal de Reuter, ¿estudiaban las posibilidades de conformación de un gobierno de coalición Nagy-Kádár? El rol de Kádár, sus reales intenciones son poco claras. Pero en realidad, poco importa. Que Kádár haya actuado conscientemente o no, que se haya aprovechado de Nagy y de los yugoslavos o que haya servido de cebo para sacar a Nagy fuera de su refugio y permitiera a los rusos apoderarse de él, estos son los hechos. Fue por la promesa de Kádár que Nagy salió, y por esa promesa pronto violada, fue arrestado por los rusos. Haya estado al corriente de la operación o no, Kádár la cubrió haciendo anunciar la partida voluntaria de Nagy hacia Rumania. Mejor aún, renegó de su opinión de la víspera y declaró: “Este hombre se ha convertido en un títere de los contrarrevolucionarios y de los horthystas”³⁵.

EL CONSEJO DE BUDAPEST Y EL SECUESTRO DE NAGY

El secuestro de Nagy por los rusos, el hecho de que Kádár renegara de su palabra, eran la más severa condena de la óptica de los conciliadores. Como declara un portavoz del Consejo después del discurso de Kádár sobre Nagy, Kádár, que una semana antes les había dicho a los obreros: “Traigan de nuevo a Nagy y yo estaré feliz de cederle el lugar”, se había alineado con el punto de vista soviético, pretendiendo: “El tema Nagy está cerrado”. Constatada así la falsedad de la opinión difundida por los conciliadores según la que se podía establecer una distinción entre Kádár y los rusos, y precisaba: “Kádár se atiene ahora a una actitud rígida y emplea argumentos que se basan en la presencia

34. *L'Humanité*, 27 de noviembre.

35. *L'Humanité*, 27 de noviembre.

de 5.000 tanques”. El Consejo de Budapest, sin embargo, mantenía sus reivindicaciones de regreso al poder de Nagy y de retirada de los rusos: “No cederemos, y el gobierno lo sabe. El regreso de Imre Nagy ha sido y sigue siendo nuestra primera reivindicación. Pase lo que pase, terminaremos triunfando”³⁶. Concluía, sin embargo, su llamado a favor de una muestra de voluntad de conciliación a todo precio agregando: “En el interés de la población, le pedimos no obstante a los consejos proseguir el trabajo e incluso, intensificar la producción”³⁷.

Y, mientras que se podría suponer que la traición de Kádár respecto a Nagy iba a endurecer la posición de los engañados miembros del Consejo de Budapest, en los días siguientes se asiste a continuos retrocesos. El 20 de noviembre, un portavoz deja entrever que los obreros están dispuestos a renunciar al regreso de Nagy si “este afirma personalmente que se niega a encabezar el gobierno”³⁸. Según los delegados que se entrevistaron con Kádár, por el momento, sería preferible abandonar la cuestión del regreso de Imre Nagy³⁹: van a prevenir a Kádár que “podrían estallar huelgas espontáneas si no se dice la verdad a los obreros húngaros sobre lo que ocurrió con Imre Nagy”⁴⁰. Pronto, no obstante, los burócratas destruirán todas sus ilusiones, habiendo obtenido un retroceso, toman ventaja e intentan destruir los consejos. Así desaparecen los conciliadores: frente a la ausencia de posibilidad de conciliación...

EL PROBLEMA DE LA EXISTENCIA DE LOS CONSEJOS

Sam Russel, corresponsal del *Daily Worker*, órgano del Partido Comunista inglés, se volvió a Csepel. Sin duda esperaba encontrar, en sus entrevistas con los dirigentes del consejo obrero, la prueba de que los obreros de Csepel comenzaban a apoyar al gobierno de Kádár. A pesar de él, tuvo que informar lo contrario.

Los dirigentes de los obreros de Csepel estuvieron en contra de la huelga, es cierto, pero no por solidaridad con Kádár. Y Russel describe

36. *Franc-Tireur*, 28 de noviembre.

37. *Le Monde*, 29 de noviembre.

38. *France-Soir*, 1 de diciembre.

39. *New York Times*, 1 de diciembre.

40. *Combat*, 1 de diciembre.

la “confusión” que se está por producir y que anuncia la lucha abierta entre Kádár y los consejos: “He hablado con el secretario del consejo obrero provisorio, Béla Szenetzy, con el vicepresidente Pál Kupa y con otro miembro del consejo, József Dévényi. De mis conversaciones, surge claramente que todavía hay mucha confusión en cuanto al rol del consejo una vez convertido en permanente, sobre la base de la nueva ley. Todavía existe la idea que podrían combinar juntos las funciones de empleadores y de sindicatos cumpliendo una especie de vaga función política”⁴¹. Descontemos que los consejos, incluso el de Csepel, quieren desempeñar un papel político, quiere ser el órgano de poder obrero. Escuchemos al mismo periodista comunista dar cuenta de las razones dadas por el Consejo de Budapest para justificar su hostilidad a la huelga: “Continuar con la huelga podría hacer más mal que bien a los obreros. Valía más ganar dinero para comprar algo para comer que estar obligado a volver a trabajar por hambre”⁴².

Los dirigentes de algunos consejos, los del Consejo central de Budapest en particular, están convencidos que la huelga haría más mal que bien. Pero, tienen su idea en lo que concierne a su rol, el rol de los consejos obreros, el rol de la clase obrera. Y en esto, ninguna conciliación es posible. Pero hace falta tiempo para que un organismo político como el Consejo central alcance la homogeneidad política que responda a la clase, en ausencia de toda organización de vanguardia que permita unificar las experiencias y las posiciones, y la atmósfera de los combates en las calles, luego de la represión, no es propicia a que prevalezca la democracia política, que es la condición de la clarificación. Ya, el 14 de noviembre, el Primer presidente del Consejo obrero central, Arpád Balász, se había permitido una declaración en la radio, en nombre del Consejo Central, a favor de retomar el trabajo. La mayoría del Consejo lo releva de sus funciones, considerando que él juega, conscientemente o no, el juego de Kádár, y le prohíbe a sus miembros toda declaración que no haya sido decidida previamente por votación. El nuevo presidente del Consejo central fue elegido entre los delegados de Csepel: se trata de József Dévényi. Algunos días después, sin embargo, el 23, luego de varias tentativas de su parte por contemporizar, acusado ante el Consejo Central,

41. *Daily Worker*, 28 de noviembre.

42. *Ibidem*, 27 de noviembre.

dimite. A partir de entonces, el joven cerrajero de Belojannis, Sándor Rácz, de 23 años, será presidente, flanqueado por su camarada de fábrica Báli y por Karsai como vicepresidente, y estos tres hombres serán, hasta el final, los portavoces del Consejo obrero central.

Es el vicepresidente, el cerrajero Sándor Báli, quien expresa, el 25 de noviembre frente al gobierno y para convencerlo de negociar, una concepción del rol de los consejos obreros que es, evidentemente, el resultado de un compromiso circunstancial:

“Es la clase obrera húngara, dice, la que ha formado los consejos obreros, los que, por el momento, son las organizaciones económicas y políticas que tiene la clase obrera (...) Sabemos bien que los consejos obreros no pueden ser organizaciones políticas. Que se entienda que nos damos cuenta de la necesidad de tener un partido político y un sindicato. Pero, dado que por el momento, no tenemos la posibilidad práctica de establecer estas organizaciones, estamos obligados a concentrar nuestras fuerzas en un solo punto, mientras esperamos la sucesión de los acontecimientos. No debemos ni podemos hablar de sindicatos antes que los obreros húngaros hayan formado sus sindicatos desde la base y hayan restituido el derecho de huelga”⁴³.

De hecho, el Consejo obrero central es llevado por el conjunto de la situación a desempeñar un papel político. Como escribirá más tarde uno de sus miembros, Ferenc Töke, Karsai fue llevado “a decir a los dirigentes que teníamos una misión económica que cumplir, que no podíamos tener una actividad política, pero que su dualidad nos obligaba a eso”⁴⁴. Así, el 26 de noviembre, el Consejo hizo saber a Kádár que, además de sus antiguas reivindicaciones (regreso de Nagy al poder, partida de los rusos, cese de las deportaciones) le expresa la voluntad de los obreros de organizar una milicia obrera armada y de tener sus propios periódicos⁴⁵. Los consejos comprendieron perfectamente que su poder y su autoridad no son nada en tanto no tengan una fuerza armada a su disposición; esta fuerza no puede ser otra cosa que el pueblo en armas. Quieren la organización de milicias obreras. Rechazan el monopolio de la prensa establecido en provecho de la burocracia con los únicos periódicos autorizados del partido y del

43. Ver *Pologne-Hongrie*, 1956, op.cit. pág. 286.

44. *Ibidem*, pág. 260.

45. *Le Monde*, 28 de noviembre.

sindicato. Quieren sus periódicos para defender sus posiciones, levantar sus consignas, rendir cuentas, discutir. Así, ponen de manifiesto su oposición al “estado de gendarmes y burócratas” denunciado por Déry: se oponen a él, quieren su fuerza armada, su prensa. Kádár declara en *L’Humanité* que “son los elementos contrarrevolucionarios quienes han presentado demandas imposibles”⁴⁶. Sin embargo, Kádár después de haber reconocido los consejos, hizo saber, con la orden de retomar el trabajo, que estaban autorizados a discutir los “problemas del trabajo”⁴⁷... El Consejo obrero central prepara, bajo la dirección de Sebestyén, la publicación de su diario, *Munkasujsg (Gaceta obrera)*: fue confiscado en la imprenta, con el resumen de una discusión en donde Kádár había declarado: “Poco importa que ustedes me reconozcan o no. Doscientos mil soldados soviéticos están a mi alrededor. Soy yo quien manda en Hungría”⁴⁸. El consejo saca entonces una hoja mimeografiada: las autoridades rusas hacen pesquisas y confiscan los mimeógrafos⁴⁹. En respuesta, el Consejo central organiza el boicot al diario del partido *Népszabadsag* durante 24 horas: los trabajadores lo compran luego, en la calle, lo rompen sin leerlo, y Ferenc Töke puede escribir: “La gente marchaba con los papeles hasta en los tobillos”...⁵⁰

El Consejo decide la distribución de volantes dictados y vueltos a copiar a mano dando cuenta de sus actividades e invita a todos los consejos a imitarlo⁵¹. Los delegados del Consejo vuelven a ver a Kádár. “Será un encuentro decisivo”, declara uno de ellos a la prensa. “Si las negociaciones fracasan, no existe ninguna garantía de que podamos impedirle a los obreros comenzar con huelgas espontáneas”⁵². Van a pedirle la modificación de la ley sobre los consejos, y la autorización de los consejos no solamente en las fábricas, sino en todas las empresas gubernamentales, tales como ferrocarriles, correos, en donde estos no están autorizados.

Népakarat, órgano de los sindicatos, está encargado de la respuesta a las tres reivindicaciones fundamentales de los consejos: preponde-

46. *L’Humanité*, 28 de noviembre.

47. *Daily Worker*, 24 de noviembre.

48. Ver *Pologne-Hongrie*, 1956, op.cit. págs. 261 - 262.

49. *Ibidem*, p. 262.

50. *Ibidem*, p. 262.

51. *Figaro*, 1 de diciembre.

52. *Combat*, 1 de diciembre.

rancia política de los consejos obreros, creación de consejos regionales en cada provincia y publicación de un periódico central. Son, según él, reivindicaciones “destructivas”: los consejos “no podrían tener ningún rol político, sino un rol únicamente económico”; el periódico central de los consejos no es para nada “necesario” y la creación de los consejos obreros regionales “no correspondería a *las tareas de los consejos obreros*”. A estas tareas *Népakarat* las resume: hacer lo que tienen que hacer en el plano económico para reorganizar las fábricas⁵³. La burocracia está dispuesta a aceptar a los consejos para que les sirvan de dóciles compadres en la administración de las fábricas. Entiende reservarse el monopolio de la dirección del Estado, de la vida política, de la prensa. O los consejos se inclinan ante ella, o ella los destruirá. No hay término medio que permita una conciliación. Para Kádár y los burócratas rusos, es necesario que la clase obrera y sus consejos renuncien al poder.

LA OFENSIVA DE LOS BURÓCRATAS

El 4 de diciembre, el gobierno lanza su ofensiva. Está dirigida contra los comités revolucionarios, habiendo sido disueltos solamente los del ejército hasta entonces. Según un comunicado gubernamental, los comités “no tenían en cuenta las disposiciones gubernamentales que habían reglamentado su actividad, delimitado su campo de acción, fijado sus atribuciones”⁵⁴. “La experiencia muestra que los comités no desplegaban ninguna actividad de interés público, sino al contrario, cuando existían, su acción consistía en trabar el trabajo de las autoridades del Estado y la realización de las tareas de interés público”⁵⁵. Entonces, los comités revolucionarios fueron disueltos mediante un decreto firmado por Ferenc Münnich, que señala al mismo tiempo la existencia y la disolución de un “Comité ejecutivo central de los comités revolucionarios”⁵⁶. Miklós Gimes, que se ha negado a emigrar, es arrestado el 5 de diciembre.

Luego, pensando que iban a ceder a la amenaza y a la intimidación, el gobierno lanza a la policía contra los dirigentes de los consejos

53. *Figaro*, 1 de diciembre.

54. *AFP*, 4 de diciembre.

55. *New York Times*, 5 de diciembre.

56. *Ibíd.*

obreros. Más de un centenar de ellos son arrestados en la noche del 6 de diciembre. El Consejo central está “literalmente sumergido en protestas contra los arrestos a los miembros de los consejos obreros”⁵⁷. El 7, lanza una proclama: a los obreros, les denuncia el “frente organizado, en todo el país, contra los consejos obreros”, declara: “Si esto continúa, perderemos la única posibilidad de construir una vida normal y restaurar el orden”⁵⁸. Previene al gobierno: “Si esto continúa, los obreros perderán la confianza, y aquellos que nos provocan habrán dirigido definitivamente a la clase obrera contra el gobierno”⁵⁹. Estallan numerosas huelgas espontáneas. La mitad de los trabajadores de Csepele están en huelga. Los que creyeron en la conciliación, ahora declaran claramente: “Nuestras negociaciones con el gobierno no arribaron al resultado deseado. Parece que János Kádár no tuvo poder para desembarazarse de ciertas personas de su entorno”⁶⁰. Después de una última y vana gestión ante Kádár, el consejo, sobre el informe de la delegación conducida por Sándor Rácz, decreta la huelga general por 48 hs. La huelga debe denunciar “la campaña llevada adelante contra el pueblo y contra los obreros por el gobierno de Kádár, apoyado por la URSS” y que “quiere ignorar a toda la población húngara y a sus representantes”⁶¹. El Consejo de Budapest, que está ampliado por las circunstancias a representantes de los consejos de las provincias, se dirige a toda Hungría. A los trabajadores del resto del mundo, les pide “huelgas de solidaridad en su lucha por una vida sin miedo y la libertad individual”⁶². El gobierno de Kádár responde con la ley marcial y declara ilegales a los consejos obreros, con el Consejo de Budapest a la cabeza. Su crimen: haber querido “hacer del Consejo central de los obreros un organismo de poder central ejecutivo”⁶³, “construir un nuevo poder opuesto a los organismos ejecutivos del Estado”⁶⁴. La burocracia declara la guerra abierta al poder de los consejos, al poder obrero. Una nueva prueba de fuerza está entablada, esta vez, con la mayor claridad.

57. *Tribune de Genève*, 8 de diciembre.

58. *Daily Telegraph*, 8 de diciembre.

59. *Figaro*, 8 de diciembre.

60. *Le Monde*, 8 de diciembre.

61. *Daily Telegraph*, 10 de diciembre.

62. *Daily Mail*, 10 de diciembre.

63. *L'Humanité*, 10 de diciembre.

64. *Le Monde*, 11 de diciembre.

CAPÍTULO 5

DERROTA Y VICTORIA

La huelga general del 11 y 12 de diciembre, siguiendo la consigna lanzada por el Consejo central, ha confirmado de manera aplastante la inquebrantable voluntad revolucionaria de los trabajadores húngaros. Unánime, a pesar del terror policial, expresa de manera espectacular la ruptura de los últimos lazos sabiamente tejidos por las astucias de Kádár entre la burocracia y los elementos obreros conciliadores. Sin embargo, la huelga no alcanza a detener el terror contrarrevolucionario. Con ella, se cierra la primera fase de la revolución húngara: por los golpes de la represión, uno tras otro desaparecen los consejos obreros nacidos de la revolución de octubre. La revolución húngara retrocede.

EL CONSEJO CENTRAL Y LA HUELGA GENERAL

El gobierno de Kádár había acusado al Consejo Central de “hacer del Consejo Central de los obreros un organismo de poder central ejecutivo”¹. En realidad, si bien esa era la voluntad de los obreros húngaros, a veces expresada por su Consejo central, su posición pública nunca había superado la afirmación de que él era el único representante calificado de los obreros para negociar con el gobierno, no para derrocarlo y tomar su lugar. Asimismo, durante todo un período en Rusia, los soviets no habían reclamado el poder, siendo únicamente los bolcheviques junto a Lenin, los que proclamaron la consigna: “Todo el poder a los soviets”. El Consejo Central no ha reclamado “Todo el poder a los consejos”.

Seguramente, hay que entender que la gran mayoría de los trabajadores tuvieron que conservar sus ilusiones por largo tiempo, esperar un cambio de la vida política rusa, contar con el apoyo del ex

1. *L'Humanité*, 10 de diciembre.

“nagysta” Kádár para lograr mediante maniobras una victoria a medias que su unanimidad les hacía parecer probable. Otros, sin duda, desearon evitar nuevos combates mortales, desearon un respiro, sin comprender que Kádár, instrumento de la burocracia rusa, no utilizaría este respiro más que para golpear mejor a los trabajadores. De estas ilusiones y de los duros sufrimientos se nutrió el pensamiento de los “conciliadores”. El largo estancamiento de las masas resultó en una huelga que, en el ánimo de los dirigentes, era menos una nueva ofensiva que una defensiva desesperada, una demostración de su voluntad, pero en donde, por adelantado, ellos aceptaban su derrota, si el gobierno se negaba a ceder. En estas condiciones, la derrota inmediata era inevitable: el gobierno de Kádár no podía ceder, sino solamente golpear aún más duramente. Eso es lo que hizo.

Sin duda, el Consejo Central no fue unánime sobre la oportunidad de la consigna de la huelga. Cuatro miembros, según Radio Budapest, irían a confiarle a Kádár su convicción que la decisión de huelga no era “correcta”². ¿Decisión espontánea? Se puede poner en duda, tres días después de la decisión... Balász, ya eliminado de la presidencia el 14 de noviembre, renunció en el curso de la reunión ampliada a los delegados de las provincias³. Pero, si Balász tuvo que dimitir, lo que no está comprobado, no puede significar que se uniera a Kádár, y ni la prensa ni la radio publicaron declaraciones de este dirigente. Por el contrario, el ferroviario Endre Mester, denuncia a los “contrarrevolucionarios” del Consejo Central⁴, tres días después de haber sido denunciado él mismo por Kádár como su inspirador⁵. Declaración sospechosa, si la hay: estas “confesiones” tardías y esta “conversión” repentina no pueden explicarse más que por la intervención de una policía capaz de arrancar confesiones y conversiones.

El Consejo Central tomó disposiciones para enfrentar a la represión: un emisor clandestino habla en su nombre, uno de sus miembros, István Török, es enviado al extranjero con documentos para Anna Kethly. El 8, Sándor Rácz había acordado una entrevista a un corresponsal italiano, para que sea publicada sólo si lo arrestaban:

2. *Tribune de Genève*, 12 de diciembre.

3. *Daily Worker*, 12 de diciembre.

4. *Ibidem*.

5. *L'Humanité*, 10 de diciembre.

“Tengo la conciencia tranquila, declara, porque he sido el desafortunado intérprete de la voluntad de los trabajadores y de los que combatieron por el ideal de una Hungría libre, independiente y neutral y por un Estado socialista... Todo esto nos fue negado. El gobierno sabe que no tiene al país de su lado, y se da cuenta que hoy, la única fuerza organizada que verdaderamente ha hecho la revolución es la clase obrera; quiere dismantelar el frente de los trabajadores. No obstante, puedo afirmar: no lograrán quebrar nunca la voluntad de los húngaros, que están listos a enfrentar a la muerte”⁶. El llamado lanzado al emisor clandestino está más profundamente impregnado aún de este punto de vista pesimista sobre el resultado de los combates inmediatos: “El gobierno ha probado que no le atribuye ninguna atención a nuestro trabajo y que nunca se la atribuirá. Obreros y campesinos deben permanecer unidos. El otro campo desea la lucha abierta. A pesar de nuestra débil posición, proseguiremos el combate... Nosotros, obreros, no somos contrarrevolucionarios. Hemos luchado por obtener la libertad. Hemos creado consejos obreros legales, encargados de negociar con el gobierno central. Pero hemos sido considerados fuera de la ley. Cada uno debe saber de qué lado está el derecho y sabrá entonces como nos han engañado”⁷.

LA HUELGA GENERAL

La orden del Consejo Central fue desencadenar la huelga a partir del 11 de diciembre a las 0 hs. En la jornada del 10, se hacen asambleas en todas las fábricas de Budapest y de las provincias: una vez más, los obreros discuten democráticamente la acción que van a llevar adelante⁸. El gobierno multiplica los arrestos, las razzias, los cacheos. A partir de las 18 hs., el 10, incluso antes del inicio de la huelga general, declara la ley marcial.

Sin embargo, el 11 y 12, la huelga es general en todo el país. Radio Budapest proclama que el Consejo de Csepel se ha pronunciado en contra de la huelga, pero la huelga es general en el complejo, como

6. *Il Giorno*, 14 de diciembre.

7. *Tribune de Genève*, 13 de diciembre.

8. *New York Times*, 11 de diciembre.

atestigua el comunista Sam Russel⁹. *L'Humanité* cita abundantemente al presidente del Consejo obrero de Mávag, hostil a la huelga, pero los obreros de Mávag también están en huelga¹⁰... Iniciado el mediodía, Sándor Rácz, presidente del Consejo Central, y su camarada Sándor Báli, como él, miembro del consejo y obrero de la fábrica de equipamientos eléctricos Belojannis son arrestados. La prefectura de policía de Kádár comunica: "Estas dos personas han desempeñado un papel fundamental en la transformación del Consejo Central de Budapest en un instrumento de la contrarrevolución... han dirigido una organización ilegal, han llamado a huelgas provocadoras: mediante amenazas, han tratado de intimidar a los obreros y a los técnicos honestos. Recientemente, han organizado una conferencia nacional ilegal con la participación de elementos contrarrevolucionarios que no tienen ninguna relación con los consejos obreros. En esa ocasión, lanzaron un llamado tendiente al derrocamiento del gobierno y, en ese destino, impusieron una huelga general provocadora de 48 hs..." El mismo comunicado acusa a Rácz y a Báli de "haber tenido estrechas relaciones con Radio Europa libre y con corresponsales de la prensa occidental"¹¹. El mismo día, es disuelto el Comité Revolucionario de los Intelectuales. La policía hace razzias en su sede y cierra los locales¹². Sin embargo, estas medidas policíacas no impresionan a los trabajadores, y la huelga será total durante los dos días previstos. El 13 y el 14, incluso, continuará, en Belojannis y Csepel sobre todo, en protesta contra el arresto de Rácz y Báli¹³.

LA CLASE OBRERA SIEMPRE RESISTE

Es difícil describir con precisión la situación en las fábricas húngaras al día siguiente de la represión desencadenada contra los animadores de los consejos obreros. La mayoría de las fábricas están paradas o tienden a aminorar su velocidad de producción. El gobierno de Kádár

9. *Daily Worker*, 12 de diciembre.

10. *Ibíd.*

11. *Tribune de Genève*, 13 de diciembre.

12. *France-Soir*, 15 de diciembre.

13. *Daily Telegraph*, 14 de diciembre.

incrimina la falta de carbón. En la primera quincena de diciembre, lleva adelante una encarnizada campaña para obtener la vuelta al trabajo en las minas, alternando, siguiendo su método, amenazas y promesas. El 16, los mineros húngaros respondieron, y el emisor clandestino del consejo difundió su respuesta. Los mineros húngaros se niegan a negociar con János Kádár. Aceptarían negociar con su eventual sucesor político si la policía y el ejército ruso se retiraran completamente de las regiones mineras, si todos los húngaros detenidos después del 4 de noviembre fueran liberados... No sin sentido del humor, previenen que en el caso en que la policía y las tropas rusas fueran evacuadas, retomarían el trabajo de manera de asegurar una producción al 25% de la producción normal. Si los presos políticos fueran liberados, irían hasta el 33%. De todas maneras, solamente retomarían el trabajo al 100% después de haber obtenido la satisfacción de todas sus reivindicaciones. Su llamado se termina con la afirmación de su inquebrantable voluntad revolucionaria: "Si el gobierno no acepta estas condiciones, no se hará ningún trabajo en las minas, incluso si nosotros, mineros, debemos ir a mendigar, o emigrar fuera de nuestra patria"¹⁴.

El 10 de enero, se realizan las manifestaciones de Csepel, en el transcurso de las cuales un metalúrgico es abatido por la policía de Kádár, dimite el Consejo de Csepel, también el Consejo de Belojannis, *Népszabadság*, el diario de Kádár, llama a la lucha "contra los elementos hostiles que se disfrazan de marxistas y lanzan consignas sobre la democratización y la desestalinización"¹⁵.

El gobierno de Kádár multiplica las concesiones al campesinado acomodado: es el "pequeño propietario" István Dobi quien dirige el "presidium" de la República húngara. Kádár negocia con Béla Kovács, con István Bibó y Zoltán Tildy, del Partido de los Pequeños Proprietarios con Ferenc Erdei, nacional-campesino. Mañana, vendrán otras concesiones cuya línea ya está trazada: concesiones a los elementos pro capitalistas, a la burguesía internacional a cambio de "préstamos". Pero no habrá concesiones para la clase obrera húngara, en tanto ella se organice en los consejos: entre los "soviets" y la burocracia, el antagonismo es irreconciliable.

14. *The Times*, 17 de diciembre.

15. *Le Monde*, 10 de enero de 1957.

LA DIRECCIÓN REVOLUCIONARIA

En la lucha que se continúa, se preparan las condiciones de la victoria de mañana. Los trabajadores húngaros se lanzaron a la revolución sin dirección revolucionaria. Los intelectuales y los cuadros del PC que animaron las primeras manifestaciones, querían una reforma en el partido, un cambio de su dirección. La demostración que la presencia de Nagy a la cabeza del gobierno no cambiaba nada en tanto subsistía el Estado de gendarmes y burócratas fue hecha desde los primeros días de la revolución. La astucia de Gerö se volvió contra él y sus jefes, ya que, espontáneamente, los trabajadores comenzaron a construir su Estado, el de los consejos obreros. Durante algunos días, su fuerza fue irresistible: era, como dice el comunista polaco Bielicki, la sustitución al caos del “orden revolucionario”. Pero esto no era suficiente aún. La voluntad de establecer un gobierno de los consejos expresada en todas partes, en Miskolc como en Győr y Sopron, en la institución del Consejo de Borsod como en la del Comité Transdanubiano, podría haberse expresado inmediatamente en la constitución de un Parlamento obrero, de un Consejo Nacional obrero. Para esto, hubiera sido necesaria una dirección revolucionaria, que disponga de perspectivas correctas, habiendo analizado el poder del adversario y el objetivo a alcanzar, el poder obrero, y que hubiera sido capaz de empujar en el sentido de la organización del poder obrero a escala nacional de todos los consejos y todos los comités. Por cierto, es grotesco, como hicieron algunos, y nosotros pensamos haberlo demostrado, pretender que Nagy y sus amigos tenían una orientación socialdemócrata y restauracionista. Es indiscutible que se unieron firmemente a la revolución y que rompieron sin ambigüedad con la burocracia y su aparato. Pero también sería erróneo pensar que jugaron el rol de una dirección: superados por los acontecimientos, con retraso de varios días sobre las masas -en el curso de una revolución en donde las horas cuentan como días y los días como años- estuvieron a su remolque, arrastrando el peso de los años pasados en pensar y actuar como hombres del aparato.

Es significativo que el nuevo partido comunista que quisieron fundar no haya reunido a la vanguardia de los combatientes revolucionarios de octubre. Los Miklós Gimes, Fekete Sander y otros

opositores comunistas que pensaban fundar en la clandestinidad la “Liga de los socialistas húngaros” publicaron nueve números del clandestino 23 de octubre, antes de haber sido golpeados por la represión. Allí también, la burocracia pudo golpear más rápido, supo utilizar su organización, su experiencia, su técnica para golpear y desorientar al mismo tiempo a las masas obreras sin dirección. Los trabajadores de Dunapentele llamaban a los trabajadores rusos a fraternizar, los de Miskolc le decían a los trabajadores checos y rumanos que combatían también por ellos. Pero Imre Nagy, jefe del gobierno revolucionario, pedía auxilio a la ONU... Y finalmente, la maniobra suprema de la burocracia, su última carta, la del “oposicionista” Kádár, pudo ganar provisoriamente una parte que ni los carros ni los cañones habían podido conseguir. Allí también, ninguna dirección revolucionaria pudo preservar a los trabajadores húngaros de esta estratagema. Eran los más fuertes y combatieron bien. Y sin embargo fueron derrotados.

UNA “OPOSICIÓN” INCONSECUENTE

Una de las razones de esta derrota hay que buscarla en los caracteres de la oposición dentro del partido húngaro. Imre Nagy, lo hemos visto, estaba vinculado dentro del movimiento comunista, con la tradición de la tendencia “derechista” encarnada en el curso de los años 1930 por Nicolas Bujarin. Un camarada húngaro escribe al respecto:

“Las tradiciones bujarinistas se organizaron alrededor de tres principios:

“NEP¹⁶: preservación de la pequeña propiedad durante un período de transición bastante largo en el pasaje hacia el socialismo.

“Democracia popular: período de transición conservando las formas políticas de la democracia burguesa (parlamentarismo, sistema de varios partidos).

16. La *NEP* (Nueva Política Económica) había sido votada en el X Congreso del PCUS, marzo de 1921, como una medida de excepción frente a la crisis del “comunismo de guerra”. Fue definida por Lenin como una “retirada forzada” hacia el mercado, con el fin de lograr el aumento de la producción en el agro y la industria (NdE).

“Frente popular: en el plano de la política interna e internacional, alianza con las capas pequeñoburguesas y sus representantes políticos”.

Agrega también que el límite del ala nagysta “bujarinista” era que “no poseía la experiencia trotskista de la crítica al stalinismo como sistema burocrático”.

“Según ella, el stalinismo, era sectarismo izquierdista, es decir, una marcha hacia delante demasiado rápida en un camino necesario, pero abandonando las formas de transición necesarias. Por lo tanto, era incapaz de criticar al stalinismo como sistema resultante de la degeneración del socialismo y su posición no era ‘más socialista’ sino únicamente ‘más moderada’.”

Imre Nagy tuvo, por cierto, en el enfrentamiento de noviembre, el gran mérito de negarse a seguir por más tiempo el camino de la temporización, del compromiso con la burocracia stalinista, de la adaptación que él mismo había practicado hasta ese momento: resistiéndose a sus verdugos y sus jueces, eligió su campo de clase, el de los trabajadores húngaros caídos frente a los carros de la AVH restaurada por la voluntad de la KGB y de los dueños del Kremlin. Pero no es menos cierto que hasta ese momento se abstuvo de toda iniciativa que hubiera conducido a los opositores comunistas a organizarse de manera independiente del aparato, en otros términos, se abstuvo de romper de manera decisiva con la burocracia contrarrevolucionaria. Los valientes militantes que, a partir de 1955, como Miklós Gimes, el antiguo periodista de *Szabad Nép*, o ese joven historiador que en plena reunión de partido, pidió la exclusión de Rákosi, abrían un camino que no fue seguido. Los más conscientes de la oposición comunista -y Miklós Gimes era indiscutiblemente, uno de ellos- habían comenzado un análisis de la sociedad rusa -a veces apoyada en la lectura del ejemplar de *La revolución traicionada*¹⁷ traído desde París por él- descubriendo la existencia de la casta burocrática, rompiendo en su cabeza con la “legalidad” del partido y pensando en la construcción de una organización clandestina contra el aparato. Pero no se dedicaron a ello, primero aplastados por la magnitud de la tarea, luego por el alucinante ritmo del desarrollo revolucionario. Algunos meses después

17. Este libro había sido escrito por León Trotsky en 1936 (NdE).

del aplastamiento de la última resistencia, conclusiones semejantes fueron formuladas por otro comunista de la oposición, probablemente Fekete Sander, bajo el seudónimo de “Hungaricus”, en un folleto aparecido en occidente.

Sin embargo, en 1956, el programa que expresaban millones de trabajadores manuales e intelectuales de Hungría a través de las resoluciones de sus consejos y comités, retomaban casi palabra por palabra, párrafo por párrafo, el programa trazado hacía veinte años en *La revolución traicionada* -y precisado en el *Programa de transición* de la “revolución política” a la orden del día en la URSS y, luego, en los países sometidos a la burocracia. A este programa le faltaba su punta más afilada, la necesidad de la construcción de un partido revolucionario, de secciones de la IV Internacional. La responsabilidad no le incumbe principalmente a los revolucionarios de la oposición comunista húngara, sino a los hombres que, en esa época estaban a la cabeza de la IV Internacional, con Michel Pablo y Ernest Mandel*, intentaban defender y rehabilitar la perspectiva de un “enderezamiento del aparato”, de la “transmutación” de los partidos stalinistas... y celebraban la “revolución política” idirigida por Gomulka!

UN APARATO CONTRARREVOLUCIONARIO CONSECUENTE

La burocracia no se equivocó. Aunque haya gritado a viva voz que tuvo que intervenir para quebrar el ataque de la “contrarrevolución horthysta”, aunque haya denunciado con alaridos a los hombres de los “partidos burgueses” según ella, bajo el ala de Nagy, no colgó a ningún horthysta, y a ninguno de los dirigentes de los antiguos partidos que sostuvieron al gobierno de Imre Nagy. Por el contrario, metió presos a tantos comunistas como lo había hecho Horthy. Y sobre todo, mató ante todo a comunistas, no solamente en caliente, en el curso de la represión y de la reconquista de las ciudades, sino más tarde, en frío, y en secreto: colgó al propio Imre Nagy, a Pál Maléter, a Miklós Gimes, József Szilágyi, condenó a largas penas a Sándor Rácz, Báli, Karsai y otros dirigentes del Consejo Central, a los responsables intelectuales como György Markos, Gabor Tanczos, secretario del Círculo Petöfi, János Varga, del Comité revolucionario

de los estudiantes, y a los militantes de la JC como Bálint Papp, defensor de Dunapentele, o László Bede, de Debreczen... Miles de militantes, combatientes de la revolución política de 1956, fueron condenados a prisión por años, perdieron sus empleos, fueron sometidos a una molesta vigilancia, aislados de sus camaradas, apartados de las nuevas generaciones. Al golpear a estos hombres, al intentar arrancar de la memoria colectiva de los trabajadores húngaros hasta el recuerdo de la revolución de 1956, la burocracia ha sacado a la luz su carácter y su conciencia contrarrevolucionaria, su naturaleza de casta irreductible, hostil a la clase obrera.

EL PORVENIR

Sin embargo, en esta derrota germinan los brotes de próximas victorias. La dirección que le ha faltado a los trabajadores húngaros para coordinar su acción y volverla irresistible, para desmontar las trampas de la burocracia contrarrevolucionaria del Kremlin, se forja hoy en la resistencia de los trabajadores, en las fábricas como en los campos de concentración y las prisiones, como en los montes. Será fuerte en experiencias de lucha de estos meses decisivos. La victoria de la Revolución Rusa surgió de la derrota de 1905 y de la construcción del Partido Bolchevique de Lenin. Es su Octubre victorioso el que preparan hoy en Hungría como en Polonia, en Praga como en Moscú, los combatientes socialistas de varias generaciones.

BUDAPEST 1956: EL CONSEJO OBRERO CENTRAL¹

1961

BALÁSZ NAGY (MICHEL VARGA)

1. LOS DÍAS DE LA VICTORIA

Aunque el Consejo Obrero Central no se formó hasta después del 4 de noviembre de 1956, los obreros ya habían tenido iniciativas en tal sentido durante los días victoriosos de la revolución. Estos se habían hecho notar sobre todo en las provincias, donde en muchos casos, el consejo obrero local había tomado el control de la vida administrativa, económica y política de toda una región entera. La ausencia de cualquier tipo de administración centralizada facilitó la tarea a los consejos, que pudieron establecer su poder de esta manera. Pero incluso en Budapest, donde el gobierno de Imre Nagy le concedía gran espacio a la expresión de las reivindicaciones del pueblo trabajador, los obreros trataban de organizarse independientemente de la administración y de las organizaciones políticas. En algunos lugares, por ejemplo, los delegados de fábrica formaban consejos

1. Traducción inédita del inglés de la versión on line publicada en *International Socialism Reprint* N° 2, 1980, reimpresión de *International Socialism* 18, 1964, en <http://www.marxists.de/statecap/index.htm>. Los traductores al inglés realizaron la siguiente aclaración: "(...) En conmemoración de su octavo aniversario (de la Revolución Húngara, NdT), hemos decidido publicar una versión abreviada de la crónica de Balász Nagy sobre la formación del Consejo Obrero Central en los suburbios de Budapest. Ésta apareció por primera vez en francés, en el volumen titulado *Études sur la Révolution Hongroise*, editado por el Instituto de Estudios Políticos Imre Nagy en Bruselas en 1961. El Instituto volvió a imprimirlo como folleto separado, y es de ahí de donde se ha efectuado la presente traducción. Por razones de espacio, gran parte del material de Nagy tuvo que ser omitido, pero esperamos que esta selección no haya distorsionado demasiado el relato original. (...)En la presente versión se han omitido todas las referencias a las distintas fuentes, así como también una extensa sección conteniendo el comentario del propio Nagy acerca de los eventos. Donde se han añadido pasajes a modo de conexión, éstos están indicados entre paréntesis. No obstante, el conjunto del texto es una traducción bastante literal del propio relato efectuado por Nagy."

obreros distritales, inspirados y controlados por los consejos que habían surgido en los grandes conglomerados industriales. En los barrios obreros de los suburbios, como Újpest y Csepel, los consejos obreros representaban a toda la comunidad.

Además de erigir sus propios consejos de fábrica, los obreros de Budapest organizaban sus actividades en una escala más amplia, que se destacaba en los intentos por dotarse de una organización que abarcara toda la ciudad. El 31 de octubre de 1956, por ejemplo, se realizó un mitin obrero al cual asistieron delegados provenientes de 24 grandes conglomerados, entre ellos delegados de la Fábrica de Material Ferroviario Ganz, de los Astilleros Ganz, del Conglomerado de Energía Eléctrica Ganz, de las Fábricas Metalúrgicas Mávag y Láng, y también delegados del Conglomerado de Ingeniería Eléctrica Belojannis y del Egyesült Izzó. En este mitin se aprobó una resolución que a lo largo de nueve puntos estipulaba “los derechos básicos y las funciones de los consejos obreros”. El primer punto afirmaba: “La fábrica es propiedad de los obreros”, y el segundo sostenía que: “Se inviste a los consejos obreros elegidos democráticamente con el control total del conglomerado”. Los puntos quinto, sexto y séptimo estipulaban los derechos de los consejos obreros en los siguientes términos:

1. Aprobar y ratificar todos los proyectos que conciernen al conglomerado.
2. Decidir los niveles salariales básicos y los métodos según los cuales éstos van a ser evaluados.
3. Decidir acerca de todos los contratos concernientes a la exportación de bienes.
4. Decidir acerca de la conducción de todas las operaciones de crédito.
5. Controlar la contratación y despido de todas las personas empleadas por el conglomerado.
6. Designar al director del conglomerado, quien rendirá cuentas de sus acciones ante el consejo obrero.

No puede haber entonces duda alguna de que durante la revolución los obreros decidían, tanto a nivel de fábrica como de distrito, la línea de acción que se proponían llevar adelante, haciendo converger

sus reivindicaciones y su fortaleza en el seno de sus propias organizaciones. En este sentido, podemos también citar el mitin del 31 de octubre entre los delegados de los consejos obreros de las fábricas del Distrito 11, en el cual se reunieron representantes de más de una docena de grandes conglomerados del área, adoptando luego una política común.

Durante la tarde del 1 de noviembre, Radio Kossuth anunció que había tenido lugar un importante mitin esa misma mañana, al cual habían asistido los representantes de las grandes fábricas, los intelectuales, los estudiantes y el gobierno. En ese mitin se decidió convocar a los delegados de los consejos de las grandes fábricas a reunirse esa misma noche. Según la primera edición de *Népszabadság*, asistieron delegados de las fábricas Csepel, Mávag, Ganz, Lánz, y también de otra docena de grandes conglomerados. Decidieron volver al trabajo, ya que estaban convencidos de que la revolución había triunfado y albergaban una confianza completa en el gobierno de Nagy.

Esta decisión no guarda relación alguna con la mencionada anteriormente, ni tampoco con la que concernía a los derechos de los consejos obreros. Pero lo que sí demuestra, sin embargo, es que el gobierno tenía que negociar con los obreros si quería resolver una cuestión tan vital para la consolidación de la revolución como el retorno al trabajo. El gobierno pasó completamente por alto a los partidos de la clase obrera, así como a los sindicatos, y apeló directamente a los obreros, o más bien a sus consejos. En otras palabras, la formación de una organización obrera no era sólo la expresión de la voluntad espontánea de los obreros, sino una condición absolutamente necesaria para la consolidación de la revolución. Así, incluso antes del 4 de noviembre, era inevitable la formación de un consejo central de trabajadores. Los consejos obreros estaban empezando a actuar como semilleros de personas que eran capaces de dirigir la producción en las fábricas, y que se proponían la coordinación de sus programas. De aquí distaba un paso muy breve a la formación eventual de un consejo centralizado.

(Debido a que el gobierno de Nagy expresaba en gran medida la voluntad del pueblo, la formación de un consejo obrero centralizado se vio retrasada.) Uno tras otro, los consejos obreros habían decidido volver al trabajo para el 5 de noviembre, a más tardar.

2. EL RETORNO DE LOS RUSOS

(Sin embargo), la situación sufrió un cambio radical cuando se produjo el ataque sorpresa del ejército soviético en la madrugada del 4 de noviembre. La resistencia armada se organizó apresuradamente, pero fue impotente para detener al ejército ruso, aunque fue capaz de resistir hasta el 10 o el 12 de noviembre, particularmente en los distritos obreros... En la ciudad capital, el combate se prolongó hasta el 11 de noviembre en Csepel, un bastión tradicional del movimiento obrero. Si se hecha un vistazo a las estadísticas oficiales que registran el daño sufrido por los edificios durante el combate, se observa claramente que los distritos que más se vieron afectados fueron el octavo, el noveno, el vigésimo y el vigésimo primero, que equivalen a los distritos obreros de París. Las áreas residenciales del elegante distrito duodécimo quedaron relativamente intactas. Otra publicación estadística registra los siguientes datos, que hablan por sí mismos: “El mayor número de muertes durante los combates armados se registró en los distritos octavo (22%), noveno (el 14%) y séptimo (el 13%).” Estos se cuentan entre los principales barrios obreros de Budapest. Y finalmente citaremos la siguiente cifra: “Según las cifras aportadas por los hospitales, entre el 80 y el 90% de los heridos eran jóvenes obreros, mientras que los estudiantes no representaban más que el 3 o el 5%.”

Para los obreros, la significación de los eventos del 4 de noviembre era obvia, y así como habían resuelto volver al trabajo el 5 de noviembre, ahora estaban igualmente resueltos a continuar su huelga. Esta huelga era un arma mucho más importante en sus manos que la lucha armada, que desde el comienzo estaba destinada al fracaso. (Esto se puede observar en la importancia que el recientemente nombrado gobierno de Kádár le otorgó a la terminación de la huelga.)

Ya el 4 de noviembre mismo, Kádár apelaba a los obreros, en su discurso radial, para que volvieran al trabajo. Pero los obreros hicieron oídos sordos a su llamado. Nuevamente, el 6 y el 7 de noviembre, Kádár les advertía que “esperaba” que retornaran al trabajo, para luego “pedir” una vuelta al trabajo. Finalmente, cambió el tono y recurrió a las amenazas, para luego suplicar a los trabajadores

nuevamente. Pero todo fue en vano. El 8 de noviembre, su secuaz, Marosán, declaraba por radio: "El deber de todo obrero decente es volver al trabajo." Pero los obreros permanecieron firmes en su negativa. Planteaban sus propias reivindicaciones, y la huelga seguía siendo de carácter general. Por supuesto, iban a las fábricas -a recolectar su salario- y luego la huelga continuaba como antes. El 13 de noviembre, el gobierno declaró que era una infracción a la ley pagarle el salario a cualquier trabajador que no retornara a su puesto de trabajo.

(Desde diferentes puntos de vista, los obreros y Kádár estaban preocupados por consolidar su poder político. Los obreros exigían el retiro de las tropas rusas y que se devolviera el poder al destituido gobierno de Imre Nagy. Kádár, por su parte, no podía sentir su posición asegurada hasta que la huelga hubiera terminado.) Desde el 4 de noviembre en adelante, Kádár intentó ganarse la confianza del pueblo imbuido de espíritu revolucionario. Los puntos 9 y 11 de su programa, transmitidos por radio el 4 de noviembre, eran esencialmente revolucionarios. El punto 9 afirmaba: "Sobre la base de la más amplia democracia, se debe llevar a cabo la gestión obrera en todas las fábricas y los conglomerados". El punto 11 sostenía: "Se garantizarán elecciones democráticas en todos los cuerpos administrativos existentes y en los consejos revolucionarios." Mientras el gobierno realizaba estos gestos hacia los trabajadores, estos últimos rápidamente se dieron cuenta de que una huelga sin organización no lograría nada. Basándose en esta proclama efectuada por el gobierno, los consejos de fábrica emprendieron sus actividades nuevamente y se transformaron en auténticas organizaciones para la lucha. Los obreros se vieron alentados en esta perspectiva ya que, como lo expresaba uno de los futuros miembros del Consejo Obrero Central, "sentíamos que el país estaba descabezado."

Una delegación, proveniente del consejo obrero del Conglomerado de Energía Eléctrica Ganz, una de las más grandes fábricas de Budapest, se reunió con Kádár el 10 de noviembre para discutir su reivindicación de que los obreros debían dotarse de armas. El líder de esta delegación se refirió así a estas discusiones en el curso de un mitin que siguió a la reunión con el gobierno:

"Hace quince días tuvimos discusiones muy precisas con el gobierno... Se nos aseguró que esta exigencia (que los obreros tuvieran

poder de decisión sobre el control de la policía) sería satisfecha. Hasta el momento, no se ha hecho nada sobre este asunto... Había otra reivindicación similar, exigiendo la creación de guardias armadas en las fábricas. Y esto, debido a que el gobierno no es el único que le pide garantías a la clase obrera para que no haya un retorno del fascismo en Hungría; la clase obrera misma quiere también garantías de que tendrá armas suficientes para evitar que cualquier otra fuerza la prive de los objetivos básicos de la revolución, y le niegue los logros que ha obtenido hasta el momento.”

El gobierno intentaba restringir las actividades de los consejos a problemas puramente económicos, y así mantenerlos por fuera de la esfera política. Ridiculizaba a los obreros declarando que, incluso en la esfera económica, los consejos debían trabajar dentro de los límites impuestos por el marco legal vigente. (Y declaraba también que era la única organización centralizada legítima, con lo cual era impensable que hubiera consejos de distrito, y mucho menos un Consejo Obrero Central)

Para apuntalar al gobierno de Kádár, el alto mando soviético se vio forzado a tomar la iniciativa y reorganizar la vida en la capital, recurriendo a métodos militares, por supuesto. La tercera sección de su primera orden, emitida el 6 de noviembre, declaraba:

“Hemos llamado a los obreros, a los empleados de las fábricas, de los negocios, de los servicios de transporte, de las municipalidades y los conglomerados a que vuelvan al trabajo. Cualquier persona que intente evitar que éstos retornen al trabajo por el medio que sea, será arrestada sin más.”

Había disputas y escaramuzas diarias entre los obreros y sectores del ejército ruso. Como resultado de esta situación, Grebennik (comandante de las fuerzas rusas con asiento en Budapest) invitó a los dirigentes de los consejos obreros del décimo primer distrito a una reunión a realizarse el 8 de noviembre. En una atmósfera cargada de tensión, los obreros declararon que sólo retornarían a sus puestos de trabajo cuando sus reivindicaciones hubiesen sido satisfechas. Grebennik rechazó estas exigencias de antemano, diciendo que no las aceptaría bajo ninguna circunstancia. Trató a los obreros que se hicieron presentes en la reunión de fascistas y agentes de los imperialistas, y amenazó con arrestarlos. Adoptó nuevamente el mismo tono en otra

reunión, esta vez ante una delegación de obreros de Csepel. Los obreros no tardaron en darse cuenta que tendrían que desarrollar formas de lucha más efectivas que la huelga general en sí misma para defender la revolución y hacer que sus reivindicaciones fueran aceptadas.

(Los partidos políticos no tenían ninguna viabilidad en ese momento, y los obreros tuvieron que echar mano a sus propios recursos.) Desde el 5 de noviembre en adelante, los consejos se transformaron en hervideros de actividad en Budapest, particularmente los del distrito décimo primero y décimo tercero, y los de Újpest y Csepel. Los delegados de los consejos obreros del distrito décimo primero se reunieron el 12 de diciembre y formularon sus reivindicaciones comunes, agrupándolas en ocho puntos. Esta era la primera vez, desde el 4 de noviembre, en que se reunían consejos que representaban a una gran región, convergiendo en un mitin -y esto era lo esencial- en el cual elaboraron un conjunto de reivindicaciones comunes. Tampoco eran estas reivindicaciones meramente una sumatoria de penurias cotidianas, sino que por el contrario se asemejaban en cierto sentido a un genuino programa.

Para resumir en pocas palabras, sus reivindicaciones eran: propiedad colectiva de las fábricas, las cuales debían estar en manos de los consejos obreros, los que a su vez se desempeñarían como los únicos directores de los conglomerados; la ampliación de los poderes de los consejos en los campos económico, social y cultural; la organización de una fuerza policial al estilo de una milicia, sometida al control de los consejos; y en el plano político exigían la creación de un sistema plural de partidos socialistas.

El mitin en sí mismo fue de vital importancia, ya que mostraba que la clase obrera estaba en proceso de organizarse en una escala más amplia que trascendía los límites de cada fábrica por separado. Exactamente el mismo día en que el gobierno se estaba preparando para emitir su decreto restringiendo las actividades de los consejos a las fábricas y la esfera económica, los obreros del distrito décimo primero extendían sus actividades hacia una unificación mucho mayor de los obreros. Por todas partes, los obreros reconocían que debían agrupar sus fuerzas y proponerse la tarea de organizar mitines de delegados. Y como resultado inevitable de estos mitines, el Consejo Obrero Central cobró vida rápidamente.

Pero no eran solamente a los obreros a quienes concernía salvar la revolución, y por lo tanto oponerse a la intervención rusa y al nuevo gobierno de Kádár. Las organizaciones de intelectuales, por ejemplo, estuvieron políticamente activas, pero se concentraban más en las esferas política y teórica, tratando de formular una política para resolver el problema político creado por la intervención militar rusa. Entre las propuestas que formularon, la más digna de mención fue la realizada por Bibó, quien había sido ministro de Estado en el gobierno de Nagy, y que a su vez era miembro del Movimiento Campesino Socialista-Populista y uno de los líderes del Partido Petöfi. Bibó propuso llegar a un acuerdo con la Unión Soviética sobre la base de garantías mutuas. Su plan contemplaba la evacuación sistemática de las tropas rusas y una posible retirada de Hungría del Pacto de Varsovia. El gobierno de Imre Nagy estaría en condiciones de brindar las garantías necesarias para llegar a un acuerdo bilateral con la Unión Soviética. Bibó insistía en que las conquistas esenciales de la revolución, en particular el sistema de consejos obreros y de comités revolucionarios, debía ser mantenido hasta que se pudiera llamar a una asamblea constituyente, encarnando los principios constitucionales y sociales del país. De allí en más, habría propiedad colectiva de los medios de producción y una mayoría no partidaria en la gestión de la administración descentralizada.

(Este programa tuvo una amplia aceptación en los círculos intelectuales.) En sus intentos por llevarlo adelante, Bibó y los intelectuales apelaron a los obreros. Ellos percibían que las actividades de los consejos iban en aumento y alentaban su desarrollo, con la esperanza de que los consejos les brindarían la fuerza necesaria para lograr este compromiso. Hicieron todo lo que pudieron para persuadir a los consejos de que se organizaran en un organismo único. Muchos intelectuales visitaron las fábricas, se sumaron a los mítines de los consejos y se dirigieron a los trabajadores allí presentes. Los periodistas, los estudiantes, y los miembros del Círculo Petöfi trataron de establecer un frente común con los obreros.

3. LA INICIATIVA DE ÚJPEST

El 12 de noviembre, en el mismo momento en que los delegados provenientes del distrito décimo primero estaban reunidos, otra importante discusión estaba teniendo lugar en Újpest, a 50 kilómetros de distancia. En este segundo mitin de Újpest, se estaba haciendo un intento mucho más conciente por agrupar y organizar la fuerza de los obreros de manera concreta en los consejos. Fue un día de enorme significación histórica. Por la mañana, los miembros stalinistas del viejo Consejo de Újpest estaban reunidos bajo la mirada atenta de los tanques soviéticos que patrullaban afuera. Pero -lo cual era un rasgo típico del período- el Consejo Obrero Revolucionario de Újpest, un organismo creado durante la revolución, también se hizo presente en este mitin. El resultado de esta “comuni3n de almas” fue, por supuesto, un loquero. Los stalinistas de vieja guardia bombardearon la reuni3n con frases revolucionarias altisonantes, al estilo de Kádár y sus amigos, mientras los miembros del consejo obrero se oponían a todo. Al final, los stalinistas abandonaron el recinto, protegidos por las bayonetas soviéticas, y la organizaci3n revolucionaria se adueñó del lugar...

Percatándose de lo insostenible que era su situaci3n, los miembros del consejo revolucionario se dirigieron a otro recinto, para hacer su propio mitin por separado. Como ya era costumbre, un puñado de jóvenes intelectuales participaron del mitin. Uno de ellos se puso de pie y explicó que una política de oposici3n total al gobierno de Kádár por parte de los obreros sería inviable, por el hecho mismo de que no se podría mantener por mucho tiempo. Por esta razón, alegó, los obreros no deberían tener nada más que ver con los stalinistas en la administraci3n y con el gobierno central de Kádár. Si querían entablar negociaciones debían entonces acudir a quienes detentaban el poder en realidad: el ejército y el gobierno soviético. Pero primero había que preparar el camino. Había que lograr representar la fuerza organizada del conjunto de la clase obrera, y esto sólo podía hacerse mediante un Consejo Obrero Central. Además, este organismo representativo debía ser capaz, como cualquier persona con dotes tácticas, de usar todas las armas que poseían los obreros,

por ejemplo la huelga y otras formas de movilizaciones de masas. De aquí que era absolutamente necesario que el Consejo Central contara con la confianza completa de la clase obrera.

Luego dijo que, en su opinión, si los obreros ponían el acento en negociar con Kádár, eso significaba, como mínimo, concederle un reconocimiento de hecho a su gobierno. El único resultado de esta actitud sería que el gobierno trataría al organismo central como un peón en su propio juego, o bien lo liquidaría al cabo de un cierto periodo de tiempo.

El Consejo Obrero Revolucionario de Újpest aceptó rápidamente la propuesta de convocar a los delegados de los consejos obreros con el fin de poner en pie un Consejo Centralizado. Le pidieron a los jóvenes intelectuales presentes que redactaran y distribuyeran la invitación. Lo hicieron, y el texto, que ahora tiene dimensiones históricas, fue simplemente titulado “Llamado”, siendo eventualmente redactado y aprobado por el Consejo.

El “Llamado” invitaba a las fábricas de Budapest “a enviar sus delegados de consejo a la Municipalidad de Újpest a la una de la tarde el día 13 de noviembre con el fin de formar el Consejo Obrero Central de Budapest.”

A primera vista, podría parecer que fueron las propuestas de los intelectuales las que decidieron la suerte de la formación del Consejo Central, pero de hecho la propuesta no hacía más que coincidir con un movimiento que ya había sido comenzado por los obreros, que iba en dirección a una forma más coordinada de organización.

4. EL PRIMER MITIN Y LAS NEGOCIACIONES CON KÁDÁR

No se debe considerar el nacimiento de esta organización como un proceso simple y automático. Muchos obstáculos y dudas debieron ser superados, y hubo que adquirir la necesaria experiencia organizativa. El nivel general de conciencia tuvo que elevarse, para que el Consejo pudiera gradualmente cobrar vida. Sería ingenuo suponer que estos obreros, o incluso los intelectuales, tuvieran una idea muy clara de lo que tenían que hacer, o de cómo lo iban a hacer. En la tarde del 13 de noviembre, los delegados se reunieron afuera de la

municipalidad de Újpest. Se hizo correr el rumor de que la noche anterior, la recientemente organizada fuerza policial, apoyada por unidades militares soviéticas, había arrestado a los miembros del Consejo Revolucionario de Újpest y había ocupado el edificio. Los obreros no perdieron el tiempo, y el consejo de la fábrica Egyesült Izzó le ofreció a los delegados las instalaciones de su fábrica para que realizaran el mitin allí. Los obreros que estaban presentes “entraron sigilosamente”, según diría un testigo ocular más tarde.

“Al llegar (a la municipalidad),” escribió Sebestyén, “nos encontramos con un delegado solo que nos envió a todos a la fábrica Egyesült Izzó, de modo tal que pudiéramos evadirnos de la policía... Cuando llegamos a la fábrica, nos encontramos con que muchos delegados de fábrica y de distrito ya se habían hecho presentes, y empezamos el mitin sin esperar más. Pero pronto nos dimos cuenta que todavía faltaban representantes de un gran número de fábricas, así que tuvimos que decidir postergar el mitin hasta el día siguiente, y mientras tanto ponernos en contacto con los consejos de todas las fábricas más grandes.”

En el período que transcurrió entre las dos reuniones, se suscitó una discusión entre Kádár y los obreros. (La relación precisa entre la primera reunión constitutiva del Consejo Central y la delegación que visitó a Kádár no está del todo clara.) La delegación le presentó a Kádár las exigencias de los trabajadores, poniendo particular énfasis en las siguientes:

1. El retorno de Imre Nagy a su puesto de primer ministro; el establecimiento de un sistema multipartidario y la convocatoria a una asamblea electoral.
2. La evacuación de las tropas soviéticas.
3. El reconocimiento de los consejos obreros y de su derecho a considerar las fábricas como propiedad colectiva.
4. El reconocimiento del derecho de huelga para los trabajadores.
5. El reestablecimiento de sindicatos democráticos y la prohibición de sindicatos bajo control gubernamental directo.

Si comparamos estas reivindicaciones con las presentadas por los delegados del distrito décimo primero, parece a primera vista que los obreros hubieran redactado estas últimas en forma menos contundente y las hubieran presentado de manera más prudente. Mientras que la resolución del distrito décimo primero hablaba de una ampliación generalizada del alcance de los consejos en los campos económico, social y cultural, esta vez los obreros solicitaban nada más que el reconocimiento de los consejos. Asimismo, la resolución del distrito décimo primero exigía que las fábricas, etc, se convirtieran en propiedad de los obreros, mientras que ahora reclamaban sólo el derecho de los consejos a poseer las fábricas. Existe claramente una diferencia de tono. Por último, la exigencia de sindicatos libres, aunque novedosa, es en definitiva una reivindicación tradicional de la clase obrera. (Estas modificaciones fueron probablemente tácticas.) Pero es interesante notar cuán cuidadosos fueron los obreros para hacer que sus exigencias fueran aceptables. Nótese, por ejemplo, la completa ausencia de la exigencia, incluida en la resolución del distrito décimo primero, de que los obreros deberían portar armas.

Cuando se iba del lugar, la delegación le informó a Kádár que la huelga continuaría hasta que se reconocieran las exigencias de los obreros. La respuesta de Kádár fue cortante, arrogante y brutal. Los obreros podían hacer lo que quisieran, según dijo, si no querían trabajar, eso era problema suyo, el gobierno podría ocupar su lugar. La delegación estaba en todo su derecho de no reconocer al gobierno, pero eso no le molestaba en lo más mínimo, ya que éste contaba con el apoyo de la Unión Soviética.

5. EL MITIN FUNDACIONAL DEL CONSEJO CENTRAL

Las líneas telefónicas entraron en ebullición durante todo el día 14 de noviembre. Los obreros se estaban preparando para su mitin, que iba reunirse esa noche, y los teléfonos no paraban de sonar en las fábricas. Por la tarde, los delegados comenzaron a reunirse afuera de la municipalidad de Újpest, y luego se dirigieron a la fábrica Egyesült Izzó, ya que el edificio municipal estaba ocupado todavía por las fuerzas armadas.

Es difícil señalar con precisión cuántos delegados se hicieron presentes en el lugar. Algunas fuentes señalan que había entre 4.000 y 5.000 delegados, pero en la reunión real participaron muchas menos personas. Es verdad que había multitudes de obreros, quizás rondando los 4.000 ó 5.000, en el salón de recreación de la fábrica y en los alrededores, en razón de que había otro mitin desarrollándose en el mismo momento. Al arribar al lugar, los delegados se mezclaron con las multitudes de obreros, y así cuando el mitin se inició participaron muchos obreros. No queremos derrochar demasiados elogios acerca de la organización espontánea de este mitin, sino más bien destacar que, a pesar de su importancia, éste hizo caso omiso de cualquier control burocrático; ya que no había guardias en las puertas, ni encargados de disponer el orden de los presentes. No sería del todo exagerado decir que había incluso un cierto desorden imperante en el lugar. Pero señalar esto, es en sí mismo llamar la atención sobre un factor muy importante, es decir, que la puesta en pie del Consejo Obrero Central contó con la aprobación de una “asamblea” obrera. Esta fue un parlamento donde tanto representantes como representados tuvieron derecho a hablar por igual. Desorden seguro que había, ¡pero era un desorden vital!

(Si se contempla la composición del mitin, hay dos características dignas de mención.) La primera es que muchos de los delegados más viejos habían sido militantes del movimiento obrero durante años. Habían hecho sus primeras armas en las luchas sindicales durante la época de la República de los Consejos en 1919, y también en el Partido Socialdemócrata. Durante la era stalinista, muchos de ellos habían ido a parar a la cárcel por sus ideas y actividades socialistas. Muchos de ellos habían sido militantes del Partido Comunista en el período que siguió a la guerra, cuando éste había sido un partido verdaderamente obrero. Luego, a medida que pasaron los años, y ellos siguieron siendo trabajadores, se dieron cuenta de “la gran estafa”, ya sea desde dentro de una celda, o en la periferia del movimiento. Para tomar un ejemplo, el 90 por ciento de los miembros del consejo obrero del Conglomerado de Sistemas Telefónicos habían sido miembros del partido.

La otra característica notable, tanto de los consejos como del mitin mismo, era el rol importante desempeñado por los jóvenes. Casi la

mitad de los delegados y miembros eran jóvenes obreros de entre 23 y 28 años de edad. Debemos recordar a los lectores que estos jóvenes solamente contaban con 12 ó 17 años en el momento del colapso del viejo régimen en 1945, y que por lo tanto nunca habían pasado por la experiencia de la “democracia popular.”

Casi todas las grandes industrias estaban representadas allí. Ocho o nueve de los distritos de Budapest estaban también representados ya sea indirectamente, por medio de las grandes fábricas, o directamente, en la persona de un delegado proveniente de un Consejo de Distrito, quien entonces representaba a varias fábricas. También había un puñado de delegados provenientes de las provincias, destacándose la presencia de dos de los consejos obreros más activos, los de Borsod (una región industrial) y Győr (una ciudad industrial). También se hicieron presentes algunos intelectuales, ya sea como representantes de diferentes organizaciones intelectuales o a título personal. La profusión de afirmaciones acerca de la “necesidad histórica” del mitin realizadas en el discurso de apertura revelaba que los obreros sólo tenían una idea muy vaga de las tareas concretas, los métodos y las tácticas que serían necesarias para coordinar y unificar a los consejos obreros. Pero a pesar de la incertidumbre que envolvía a la decisión sobre las tareas inmediatas a realizar, los obreros eran muy claros, y se mostraban muy resueltos, acerca del programa que deseaban llevar adelante y las reivindicaciones que querían plantear. (La redacción del programa general del Consejo Central fue muy expeditiva.) Esto se veía reforzado por el hecho de que: “... en el mitin fundacional todos, aunque provinieran de diferentes fábricas, querían exactamente lo mismo, como si se hubieran reunido antes para coordinar sus ideas.”

Este programa era casi idéntico al conjunto de reivindicaciones formuladas anteriormente. La resolución y el conjunto de las reivindicaciones que los delegados del consejo del distrito décimo primero le habían presentado a Kádár esa misma mañana condensaban la voluntad unánime de los obreros, tal como se demostró cuando fueron leídas nuevamente en el mitin. Pero había, sin embargo, algunas diferencias pequeñas pero importantes. Delegado tras delegado, todos ponían particular énfasis en exigir que “las fábricas no deben transformarse en propiedad capitalista, sino en propiedad verdaderamente colectiva”. El otro punto importante que los delegados resaltaban

estaba relacionado con la exigencia de un sistema multipartidario: los obreros querían solamente disponer de aquellos partidos que reconocieran los logros socialistas, y que estuvieran basados en principios socialistas.

Los oradores también ponían el acento en consignas “nacionales” generales. Los delegados expresaban el vivo deseo sentido por aquellos a quienes representaban de que las tropas soviéticas se retiraran, que volviera Imre Nagy al poder, que hubiera garantía de derechos democráticos, etc. (Se formuló un programa en el mitin, pero el problema de su implementación quedó sin resolver.) Aunque todos los delegados subrayaron el hecho de que el consejo no reconocía al gobierno de Kádár, sino que reconocía al gobierno de Nagy como el único de carácter legítimo, ninguno señaló por qué medios se podía hacer a este último retornar al poder.

(Luego de un cierto debate) Báli tomó la palabra. Informó acerca de la conversación que había tenido con Kádár² y resumió sus conclusiones diciéndole a los delegados que los obreros de Belojannis ya estaban al tanto de estas negociaciones y habían aceptado su propuesta. El punto de partida para los obreros debía ser el no reconocimiento del gobierno de Kádár. Pero al mismo tiempo tenían que construir una organización para enfrentar al gobierno. Sólo a través de esta organización podrían ellos arrancar las necesarias concesiones de manos de Kádár. Los delegados debían poner en pie un Consejo Obrero Central, que respaldado por la huelga general, elaboraría el programa con las reivindicaciones obreras, y se las comunicaría al gobierno. Y hasta que estas reivindicaciones no fueran aceptadas, la huelga continuaría.

Uno tras otro, los delegados se pusieron de pie y se declararon a favor del plan de Báli. Subrayaron que la negativa de Kádár sólo podía significar que era necesaria una masiva demostración de fuerza de la clase obrera, con el fin de forzar la aceptación de sus reivindicaciones. También significaba que la creación de un Consejo Obrero Central era una tarea muy urgente.

Varios delegados, no obstante, fueron todavía más lejos. Algunos de ellos plantearon la idea de que había que poner en pie un consejo centralizado nacional, para representar a todos los obreros a lo largo y a lo ancho del país; una propuesta que se caía de maduro y que fue

2. Báli encabezaba la delegación que se había reunido con Kádár esa mañana.

recibida con mucho entusiasmo por muchos de los delegados. Sin embargo, algunos delegados objetaron que no tenían ningún mandato de formar algo más grande que un Consejo Obrero Central del Gran Budapest, y que además, dada la ausencia de tantos delegados provinciales no se podía tomar una decisión semejante. (Esto es importante) porque muestra que la cuestión de formar un Consejo Nacional no era abordada simplemente desde el punto de vista de la viabilidad política, sino, lo que es más importante aún, en un espíritu democrático. Para los obreros húngaros y para sus delegados lo más importante sobre los consejos era precisamente su naturaleza democrática. Había una relación muy estrecha entre los delegados y el conjunto de la clase obrera: los delegados fueron elegidos con el único propósito de llevar adelante los deseos de los obreros, y es digno de notar que los obreros frecuentemente revocaban a aquellos delegados que se apartaban de su mandato. No les gustaban los delegados que eran demasiado “independientes”.

La insistencia en el procedimiento democrático se evidenció más de una vez en el transcurso del mitin. Una y otra vez, los delegados insistían en que los consejos existentes eran solamente organismos provisionales, y que se debían realizar elecciones generales en las fábricas y los distritos tan pronto como fuera posible, con el fin de votar consejos que contaran con la confianza plena del conjunto de la clase obrera.

El mitin votó por unanimidad la constitución de un Consejo Obrero Central del Gran Budapest, ordenó que se transmitiera la decisión a los obreros que aguardaban en el salón de recreación de la fábrica. Pero al mismo tiempo se percataban de que un anuncio semejante no satisfacería a los obreros, quienes sobre todo deseaban un plan de acción. Así, se propuso la creación de un comité, compuesto de un miembro en representación de cada distrito, con el fin de redactar una resolución que sería sometida a votación.

6. EL COMITÉ

Lamentablemente, quizás nunca sabremos todos los nombres de las 20 ó 22 personas que se retiraron para preparar la resolución.

(Pero la composición general del comité está clara a partir de la lista incompleta que tenemos en nuestro poder.) Al igual que los consejos de fábrica, estaba compuesto de una proporción balanceada de jóvenes y adultos. Los jóvenes habían crecido en el período de la “democracia popular”, y su experiencia era en consecuencia muy diferente de la de sus mayores, que habían vivido bajo el sistema capitalista. Estaban habituados a la política comunista, a la propiedad nacionalizada, a la planificación económica y a todo lo demás. De hecho, no conocían nada más. Para aquellas personas que no están muy familiarizadas con la vida de la clase obrera en una “democracia popular”, esos jóvenes deben resultarles un tanto enigmáticos, en el sentido de que podían rechazar el sistema socialista vigente, mientras que al mismo tiempo aceptaban las ideas socialistas en forma conciente y sistemática. ¿Pero existe realmente alguna contradicción en una situación en la cual los obreros rechazan un tipo de “socialismo” impuesto desde arriba en favor de un “socialismo desde abajo”?

Los miembros de mayor edad -hombres como Sándor Báli, József Balázs y Sándor Balázs- habían tomado parte en las luchas libradas por el sindicato metalúrgico en los duros años que precedieron a 1945. Durante el régimen de Horthy, e incluso antes, aquél había sido uno de los sindicatos más activos, y sus actividades revolucionarias le habían ganado una reputación combativa, siendo considerado, indiscutiblemente, el destacamento de avanzada del movimiento obrero. En cuanto a los oficios de los cuales provenían los miembros del comité, siete de los diez miembros cuyos nombres son conocidos eran obreros metalúrgicos, a los cuales se sumó más tarde un octavo miembro, Sándor Rácz. Había cuatro ingenieros, tres de los cuales eran aprendices. Es interesante destacar que muchos de estos obreros metalúrgicos hacían herramientas, un trabajo que requiere un alto grado de inteligencia. Los obreros que fabrican herramientas trabajan individualmente, y no tienen nada que ver con la producción en masa, siendo considerado un aristócrata entre los obreros metalmeccánicos. En Hungría, era este sector altamente calificado de los obreros el que había nutrido durante muchos años las filas de los hombres más destacados del movimiento obrero.

(No quedaron registros de lo que sucedió durante la reunión del comité, excepto que hubo una larga discusión acalorada que culminó

en la redacción de una resolución). Aprobaron la propuesta de Báli y decidieron poner en pie el Consejo Obrero Central del Gran Budapest, manifestando que ellos no tenían autoridad como para crear un Consejo Nacional, sobre todo teniendo en cuenta que -como algunos delegados explicaron más tarde-, había incluso algunas fábricas de Budapest que no estaban representadas. Su primera tarea era, de hecho, incorporar a esas fábricas a la organización para así fortalecer la posición del consejo.

El Consejo Obrero Central aprueba la siguiente propuesta: los consejos obreros se constituirán en todos los distritos de Budapest, bajo la dirección de las grandes fábricas, y estos enviarán sus delegados al Consejo Obrero Central del Gran Budapest.

Al mismo tiempo, el consejo decidió reunirse con el gobierno para informarle acerca de la formación del mismo, y plantearle sus reivindicaciones. Con este fin, el comité de delegados redactó una declaración que daba cuenta de la formación del consejo y de sus exigencias. Allí se lee lo siguiente:

“Hoy, 14 de noviembre de 1956, los delegados de los consejos obreros distritales constituyeron el Consejo Obrero Central del Gran Budapest. Al Consejo Obrero Central se le ha otorgado la facultad de negociar, en nombre de los obreros de todas las fábricas de Budapest, y de decidir acerca de la continuación de la huelga o de un eventual retorno al trabajo. Nosotros declaramos nuestra lealtad incondicional hacia los principios del socialismo. Consideramos los medios de producción como propiedad colectiva, a la cual estamos dispuestos a defender en todo momento.

1. Nosotros, los obreros, consideramos que el reestablecimiento de la ley y el orden sólo se puede lograr bajo la dirección de un líder que cuente con la confianza del pueblo. Por lo tanto, proponemos que el camarada Imre Nagy se haga cargo de los asuntos de gobierno.

2. Nos manifestamos en contra de que miembros de los antiguos servicios de seguridad del Estado (la AVH) hayan sido incluidos en las nuevas fuerzas de seguridad. En nuestra opinión, los hombres que componen estas nuevas fuerzas de seguridad deben ser reclutados entre las filas de los jóvenes revolucionarios

y entre aquellos miembros de la policía y el ejército que han permanecido fieles al pueblo y a los obreros fabriles. La nueva fuerza de seguridad no puede servir a los intereses de ningún grupo o partido particular.

3. Exigimos la liberación inmediata e incondicional de todos los luchadores por la libertad, incluyendo a Pál Maléter y sus camaradas.

4. Exigimos que todas las tropas soviéticas sean evacuadas sin retraso, de modo tal que las relaciones amistosas entre nuestro país y la URSS puedan ser fortalecidas. Se nos debe dar la oportunidad de poner a nuestro país de pie nuevamente por medios pacíficos.

5. Exigimos que se ponga fin a la propagación de informaciones falsas en la radio y la prensa.

6. *Hasta que nuestras exigencias no hayan sido satisfechas, sólo aquellas fábricas necesarias para la vida cotidiana del pueblo.* Los trabajos de mantenimiento y de reconstrucción sólo serán llevados adelante en la medida en que lo requieran las necesidades urgentes de la economía nacional.

7. Exigimos la abolición del sistema de partido único y el reconocimiento sólo de aquellos partidos que se basen en principios socialistas.

8. Volveremos al trabajo tan pronto como hayamos recibido una respuesta satisfactoria a nuestras reivindicaciones.”

Una vez que se hubo terminado la declaración, el comité designó a un grupo para que se reuniera con Kádár esa misma noche. Entre 12 y 15 personas de las que estaban presentes esa noche fueron invitadas a participar de la delegación, que estaba encabezada por Dévényi, el delegado de Csepel. Las diferentes resoluciones, etc, fueron finalmente aprobadas y presentadas a los obreros, quienes votaron unánimemente a favor de ellas. Y así fue que nació el Consejo Obrero Central del Gran Budapest.

7. LA BÚSQUEDA DE UN ACUERDO

(La delegación se dirigió a la reunión con Kádár, cuya actitud fue más conciliadora que la que había mostrado ante delegaciones anteriores, como si se hubiera dado cuenta de lo que tenía esta vez frente a sí). Éste se negó a brindar una respuesta de conjunto a sus reclamos, ya que de haberlo hecho, esto hubiera conducido a una discusión “peligrosa” sobre la significación del Consejo Obrero Central mismo. En cambio, adoptó una actitud “gradualista”, abordando cada uno de los reclamos por vez. En lo que a las formas se refiere, sus respuestas fueron explícitas y de tono conciliador, mostrándose amable y llegando a reconocer la naturaleza de los reclamos que le efectuaban. Pero en realidad, no cedió un ápice de terreno, y la delegación esperó en vano que Kádár brindara una respuesta a sus reclamos.

Para cuando la reunión hubo finalizado, quedó muy claro que Kádár no estaba en condiciones de garantizar nada. En verdad, cualquier concesión efectuada por el gobierno no habría hecho más que aumentar la fortaleza y la influencia del Consejo Obrero Central, y esto habría tenido un impacto tremendo sobre el destino del gobierno. Así, políticamente, la primera confrontación clarificó las posiciones encontradas, pero el resultado fue un impasse generalizado.

Al día siguiente, el 15 de noviembre, los miembros del Consejo Obrero Central se reunieron nuevamente en la fábrica Egyesült Izzó en Újpest con el fin de discutir el estado de la situación luego de las negociaciones con Kádár, y así discutir cuál era el paso siguiente. Báli propuso que el Consejo Obrero Central continuara negándole todo reconocimiento al gobierno de Kádár, pero sin ignorar, al mismo tiempo, del todo su existencia. Sostuvo que un reconocimiento meramente formal a aquél no podía implicar, en la práctica, el darle la espalda por completo. Y esto era así, sobre todo teniendo en cuenta el hecho de que la huelga general no podía continuar indefinidamente, ya que los obreros no tenían suficientes reservas de alimentos ni de dinero, y se verían obligados por la fuerza de la necesidad a volver al trabajo. Esto conduciría a un debilitamiento y a una eventual extinción de la huelga.

Por otra parte, continuó diciendo Báli, los consejos obreros sólo podrían funcionar adecuadamente si los obreros estaban en sus puestos de trabajo en las fábricas. Continuar con la huelga a cualquier precio conduciría, tarde o temprano, a la difusión del descontento entre los trabajadores, y al aislamiento de los consejos. La huelga entonces colapsaría, provocando a su vez una disminución de la militancia obrera. Pero si el Consejo Central decidía llamar a los obreros a volver al trabajo, a cambio de ciertas concesiones arrancadas al gobierno, entonces el nivel de militancia obrera se mantendría. A su vez, los consejos no se aislarían de los obreros, ya que tendrían un contacto cotidiano con ellos en las fábricas. Por muchas razones, la huelga general había dejado de ser una táctica viable, convirtiéndose en un arma que perjudicaría más al pueblo que al gobierno.

Al optar por no llevar la lucha hasta sus últimas consecuencias, la única alternativa que le quedaba al consejo era buscar una solución de compromiso. Pero esto los confrontaba con un serio problema: ¿cómo iban a forzar al gobierno a llegar a una solución negociada, y a garantizar su vigencia, siendo que éste no mostraba señales de ceder en lo más mínimo? ¿Y qué derechos debían tratar de garantizar para los obreros en el marco de aquel compromiso? La propuesta formulada por Báli brindaba una cierta respuesta: los obreros debían, en su opinión, reafirmar el derecho de huelga y exigir varias concesiones de envergadura a cambio de un retorno al trabajo. (Aquí debemos hacer una breve digresión y discutir las ideas políticas de los obreros antes de que prestemos atención a las decisiones genuinas del consejo.)

La intención de los obreros era poner en pie un cuerpo representativo que estuviera autorizado para negociar en su nombre. Los delegados se reunieron con el exclusivo propósito de crear una organización semejante, ya que los obreros no querían dotarse ni de un partido ni de un sindicato que los representara, y era en consecuencia necesario formar un organismo centralizado para coordinar la lucha de los consejos. Tal como afirmaba la decisión del Consejo Central con fecha del 14 de noviembre, éste contaba con “el poder de negociar en nombre de los obreros. “Parece claro que los obreros no pensaban en tomar el poder, como mostraba el discurso de Báli, y que el consejo era más bien considerado como un organismo de oposición.

Aquí hallamos una contradicción. Tal como declaraba su Consejo Central, los obreros no deseaban tomar el poder, pero aún así, en la práctica estaban haciendo todo lo necesario para esto: en particular, habían organizado una oposición política que era poderosa y dinámica.

Las razones para rehusarse a tomar el poder eran tanto teóricas como prácticas. Si ellos aceptaban la posición teórica de Báli, entonces no podían dotar a los consejos obreros de poder político, ya que como Báli explicaría más tarde, en ocasión de ulteriores negociaciones con el gobierno el 25 de noviembre:

“Fue la clase obrera la que puso en pie los consejos, ya que por el momento, son las organizaciones económicas y políticas que los obreros están respaldando... Sabemos muy bien que los consejos obreros no pueden ser organizaciones políticas. Hay que entender que somos completamente concientes de la necesidad de contar con partidos políticos y sindicatos. Pero si aceptamos, por el momento, que no hay ninguna chance real de poner en pie estas organizaciones, entonces no tenemos más opción que concentrar todas nuestras fuerzas en un solo frente, mientras esperamos y vemos cómo se desarrollan las cosas. No debemos, y en verdad no podemos, hablar de sindicatos hasta que llegue el momento en que los obreros húngaros hayan echado sus cimientos y hayan recuperado el derecho de huelga... Nosotros sabemos que los consejos obreros se convertirán en órganos directrices de la economía del país, y por supuesto, esto nos llena de entusiasmo. Pero no queremos cometer el mismo error que el partido cometió en el pasado, cuando era al mismo tiempo amo y señor del país y las fábricas, y la única organización que representaba los intereses de los obreros. Si nosotros cometemos el mismo error, entonces volveremos al punto de partida. Queremos que los consejos obreros dirijan los asuntos económicos del país, y que los sindicatos tengan el derecho de ir a la huelga y de ocuparse de todos los asuntos que conciernen a la protección de los intereses obreros.”

Báli y los otros miembros del Consejo Obrero Central contemplaban la posibilidad de tres tipos de organizaciones obreras: primero, los consejos, que regirían la vida económica del país; en segundo lugar los sindicatos, que defenderían y representarían los intereses de los obreros; y en tercer lugar, los partidos políticos, que serían

socialistas. No había ningún problema en cuanto a esto, ya que cada una de estas organizaciones tenía un lugar perfectamente justificable en la sociedad y en la vida de los obreros.

En teoría, entonces, Báli no quería darle el poder a los consejos. Pero en la práctica, él reconocía la necesidad de que desempeñaran un papel político. ¿Entonces por qué no consideraba la opción de tomar el poder y poner en pie un sistema de acuerdo con sus ideas? Porque había, además, consideraciones políticas, en particular la muy delicada posición internacional de Hungría, que la intervención soviética había puesto al desnudo con toda crudeza. La Unión Soviética había actuado arbitrariamente y había puesto a Kádár en el poder, con el resultado de que cualquier intento por tomar el poder hubiera sido equivalente a un ataque contra la Unión Soviética... El consejo se percataba de que, en primer lugar, un recambio del gobierno hubiera conducido inevitablemente a una lucha armada -y esto era imposible luego del 4 de noviembre-, y en segundo lugar, el gobierno de Kádár, instalado por los rusos, seguiría en el poder más allá de los contactos que hubiera entre el consejo y la Unión Soviética. En otras palabras, en el acto mismo de hacer gestos hacia la Unión Soviética (como algunos intelectuales proponían), el Consejo Central tendría que negociar con Kádár. Entonces, sólo les quedaba una alternativa: tratar de forzar una solución negociada. En otras palabras, su política tenía que consistir en plantear una oposición.

Finalmente, debemos recordar al lector acerca del principio político fundamental al que adherían los obreros, que también evitaba que el consejo levantara una política hacia la toma del poder. Nos estamos refiriendo al espíritu democrático reinante entre los obreros, que simplemente no les permitía actuar en nombre de los campesinos y los intelectuales sin un mandato. Una cosa era desarrollar la naturaleza representativa del consejo y su sistema de alianzas hasta el punto en que éste pudiera hablar y actuar en nombre del pueblo entero, y más tarde el Consejo Central iba a hacer esto; pero contar con semejante carácter representativo desde el momento de su formación era una cosa muy diferente.

En opinión de los miembros del Consejo, la intransigencia del gobierno no dejaba a los obreros otra opción más que una política de negociación, ya que era imposible, por ejemplo, imaginarse al

gobierno retrocediendo sobre la cuestión capital del retorno del gobierno de Nagy. Por otra parte, había que llegar a un acuerdo según términos aceptables, declaraban los miembros del consejo, y esto los obligaba a demostrar su fortaleza.

El Consejo Obrero Central, por lo tanto, decidió que reabrirla las negociaciones con Kádár y propondría un retorno al trabajo el 19 de noviembre, siempre y cuando Kádár prometiera negociaciones con los rusos tendientes a lograr el retiro de sus tropas y la integración de Imre Nagy al gobierno. En el curso de la discusión, varios miembros del consejo llamaron la atención acerca de la respuesta extremadamente desfavorable que provocaría el llamado a volver al trabajo. Les parecía que el consejo iba a tener una dura colisión con los obreros, que estaban enormemente descontentos, pero los oradores expresaron no obstante su confianza de que finalmente esto sería lo mejor, ya que si los obreros aceptaban finalmente volver al trabajo, entonces responderían a cualquier nuevo llamado a la huelga que el Consejo Central lanzara en el futuro.

Estas decisiones fueron publicadas al día siguiente, y se conocieron como las decisiones del 16 de noviembre. Y así, nosotros, el Consejo Obrero Central del Gran Budapest, nos convertimos en la organización reconocida de la clase obrera de la ciudad de Budapest.

LA ACTUALIDAD DEL PROGRAMA DE TRANSICIÓN¹

PARÍS, OCTUBRE DE 1966

BALÁSZ NAGY

Hace diez años, cuando la revolución húngara puso fin al poder de la burocracia, los trabajadores, los campesinos, los intelectuales y la juventud no sabían nada de la Cuarta Internacional. Su programa era desconocido para ellos, de aquí que la semejanza, incluso la coincidencia, de este programa con sus reclamos espontáneos es asombrosa.

“El nuevo auge de la revolución en la URSS”, dice el *Programa de Transición*, “comenzará sin ninguna duda, bajo la bandera de la lucha contra la desigualdad social y la opresión política. ¡Abajo los privilegios de la burocracia! ¡Abajo el stajanovismo!² ¡Abajo la aristocracia soviética con sus grados y condecoraciones! ¡Más igualdad en el salario para todas las capas de la clase obrera!” De hecho, así es exactamente cómo comenzó el fermento que condujo a la revolución de 1956. Ya desde 1953, habían surgido protestas, cada vez más abiertamente, contra las grandes tiendas y los sanatorios destinados para el uso de la casta dirigente, contra todos sus privilegios, contra las normas de trabajo, el stajanovismo y la emulación del trabajo. El primer acto de la revolución fue el aumento de los salarios más bajos. Toda una serie de reivindicaciones levantadas en el año 1956 repetirían el programa elaborado 20 años antes. Si nos tomamos el trabajo de citarlo, la sintonía entre los principios de la Cuarta Internacional y la práctica de la Revolución Húngara se vuelve aún más asombrosa.

1. Traducción inédita del inglés de la versión publicada en *Revolutionary History* Volumen 3 N° 1, “Stalinism & Communism in Eastern Europe”, Socialist Platform, Londres, 1990, pág. 27. La versión original en francés constituía el prefacio realizado por Balász Nagy a la edición húngara del *Programa de Transición*.

2. El “movimiento stajanovista” había sido introducido por Stalin en el movimiento obrero para acompañar el giro ultraizquierdista de 1928. El movimiento, que emulaba a los “héroes del trabajo”, estaba orientado a aumentar el rendimiento mediante la “emulación socialista” y la superación de los récords productivos, acompañando una nueva diferenciación de los salarios. (P. Broué, *Historia del Partido Bolchevique*, op. cit. pág. 428) (NdE).

El *Programa* plantea: "...es necesario expulsar a la burocracia y la nueva aristocracia de los soviets. En los soviets sólo hay lugar para los obreros, para los trabajadores de base de las granjas colectivas, los campesinos y los soldados del Ejército Rojo. La democratización de los soviets es imposible sin la legalización de los partidos soviéticos. Los obreros y los campesinos mismos, por medio de su libre decisión, decidirán qué partidos reconocen como partidos soviéticos".

La revolución húngara creó un sistema de consejos sin burócratas, en cuyo seno la mayoría de los trabajadores húngaros adoptaron una posición a favor de la legalización de los partidos que reconocieran la transformación decisiva de Hungría, de índole socialista, y al sistema de consejos, la conquista más grande del año 1956.

En el *Programa* leemos: "¡Revisión completa de la economía planificada en interés de los productores y consumidores!" Y también encontramos esta reivindicación, prácticamente palabra por palabra, en el programa de todos los consejos, los comités y órganos populares de la revolución del año 1956.

El *Programa* continúa, "¡Reorganización de las granjas colectivas de acuerdo con la voluntad e interés de los trabajadores que los integran!" De la misma manera, desde el año 1953, la oposición había expresado el interés de los campesinos en la reorganización de la agricultura colectivizada, que fue realizada por los campesinos en el año 1956 de la forma más natural: liquidaron las granjas colectivas organizadas por la fuerza, que habían fracasado, pero mantuvieron las que estaban "de acuerdo con su voluntad" y que funcionaban "para sus intereses".

¿Cuál es el origen de esta asombrosa y extraordinaria coincidencia entre Hungría del '56 y el *Programa* de la Cuarta Internacional elaborado en 1938 por León Trotsky, (que fuera asesinado por Stalin en el año 1940), mucho antes del nacimiento de la "democracia popular húngara", e incluso antes de la Segunda Guerra Mundial?

El programa de un partido no puede ser comparado con el programa de un gobierno. Un programa político no es un programa de trabajo, sino un resumen de la experiencia política de una clase acumulada en el curso de sus luchas, la sistematización de sus principios fundamentales y sus objetivos esenciales. Sobre esta base, ésta fija los principios de su lucha y sus objetivos durante un período histórico determinado.

Los trabajadores húngaros pueden bien preguntar: ¿Por qué necesitamos este programa, viendo que las consignas de la socialdemocracia han sido el programa político de los trabajadores durante mucho tiempo? De hecho, el *Programa* de la Cuarta Internacional condensa las experiencias de la clase obrera en lo que se refiere a la socialdemocracia también, demostrando que se ha convertido en una parte orgánica del sistema capitalista desde el año 1914. Su programa ha abandonado los objetivos independientes de la clase obrera, ya que bajo el pretexto de defender la democracia llama a que los trabajadores acepten el sistema burgués. ¿Es necesario proporcionar ejemplos más claros de esto que la política antiobrera del gobierno de Wilson en Gran Bretaña, o el programa y la práctica de la socialdemocracia alemana o la SFIO en Francia?

Otros podrían sostener que, dado que los partidos comunistas mismos se oponen al capitalismo, no es necesario un nuevo programa. Es verdad que el programa leninista formula las experiencias y los objetivos de la lucha por el derrocamiento del capitalismo mundial. Pero la clase obrera ha adquirido experiencias políticas de importancia histórica desde la muerte de Lenin. La Unión Soviética, que fuera creada por la Revolución de Octubre del año 1917, permaneció aislada, y el primer Estado obrero de los soviets degeneró en el seno de ese país aislado y atrasado. Así, una casta burocrática privilegiada se alzó con el poder, que bajo la forma del stalinismo erigió un régimen reaccionario y antiobrero dentro del país, y a nivel internacional entregó la clase obrera a la burguesía, traicionando sus revoluciones. Los programas elaborados por el Partido Bolchevique de Lenin y por los primeros cuatro congresos de la Internacional Comunista no hubieran podido prever este desarrollo. Era necesario volcar en un programa las experiencias de la degeneración de la Unión Soviética y de los partidos comunistas, experiencias que demostrarían que la política de los partidos comunistas se había vuelto antiobrera dentro de la URSS así como en el sistema capitalista, ayudando a mantenerlo. Este es el punto de partida fundamental para el *Programa* de la Cuarta Internacional, que formula así la principal conclusión de las experiencias de los últimos 40 años: “La situación política mundial en su conjunto se caracteriza, ante todo, por la crisis histórica de la dirección del proletariado.”

El leninismo y el trotskismo se diferencian entre sí solamente por el hecho de que el último extrae las lecciones de la completa bancarrota del stalinismo, analiza sus raíces, causas y métodos, y le declara la guerra con el fin de resolver “la crisis de dirección del proletariado.” Ambos son análisis marxistas de sus épocas respectivas, o para ser más exacto, ambos representan el marxismo de su época. Pero el objetivo del programa elaborado por Trotsky no era sólo limpiar el programa leninista de todas las falsificaciones y traiciones stalinistas, sino aplicar también el marxismo a la Unión Soviética.

El marxismo es un método universal, con lo cual el análisis y la crítica de clase se deben aplicar a la URSS, así como a las supuestas democracias populares. ¡Este programa codifica las experiencias de la clase obrera internacional en las nuevas condiciones impuestas por la degeneración de la Unión Soviética y los partidos comunistas, analizando el desarrollo, las causas y las consecuencias del stalinismo: ¡así es como fue capaz de formular las reivindicaciones de la revolución de 1956 con 20 años de antelación!

El movimiento espontáneo de la clase obrera húngara tomó el mismo camino que el análisis marxista conciente había condensado en el programa. Esto es así porque éste expresaba los intereses históricos e inmediatos de la clase obrera internacional, contemplada como una entidad única e indivisible: porque es un programa marxista, en otras palabras. A la luz de éste, queda claro que la oposición comunista agrupada alrededor de Imre Nagy -dada su formación stalinista- no era marxista, ya que se limitaba a tomar nota de la “situación concreta” creada por el stalinismo mismo, y no basaba su actividad en los intereses históricos e inmediatos de la clase obrera. Los trabajadores de vanguardia y los socialistas húngaros tuvieron que volver a considerar, a través de la práctica y la lucha, las experiencias de este pasado (y del presente) mediante un análisis marxista de los verdaderos problemas del socialismo y de las tareas que surgen de él. Esta es la razón por la cual llegamos a un solo método, el único viable: el de la asimilación y aplicación del programa de transición, junto con un análisis de nuestras debilidades pasadas y de las vías para su eliminación.

La oposición comunista húngara que se formó entre 1953 y 1956, al igual que el redactor de estas líneas, pensaba que podría

realizar sus objetivos gradualmente, por medio de reformas sucesivas. Pero entre las lecciones importantes de 1956 que aprendió la clase obrera húngara, estuvo el comprender que para el logro de estas reivindicaciones era imprescindible el alzamiento revolucionario de los obreros y todos los asalariados. El año 1956 mostró cuán confusa era la actividad de la oposición en el curso de la revolución, hacia la cual la empujó su propio programa, más allá de lo inconsecuente que éste fuera. La razón de esta confusión fue que la oposición no dejó en claro lo que Trotsky había formulado 20 años antes, que se transformaría en la lección más importante de 1956: es imposible llevar adelante este programa, leemos en el Programa de Transición, sin el derrocamiento de la burocracia: “Solamente el levantamiento revolucionario victorioso de las masas oprimidas puede regenerar al régimen soviético y asegurar su posterior desarrollo hacia el socialismo.” Lo que la oposición comunista húngara no supo dejar sentado claramente, y que llevó a que la revolución la tomara desprevenida, estaba planteado claramente en el programa marxista de la clase obrera internacional.

La política que el *Programa* de la Cuarta Internacional establece como tarea central para la clase obrera, a partir de sus experiencias, es resolver la crisis de su dirección: en otras palabras, construir el partido marxista de los trabajadores contra los partidos “dirigentes” stalinistas y socialdemócratas, con el fin de reemplazar a éstos. Dado que la Oposición de 1956 -careciendo de una preparación marxista- no podía elaborar un programa revolucionario correcto, tampoco podía subordinar su actividad a la única tarea decisiva, la construcción de un partido marxista independiente de la clase obrera. En este sentido, el año 1956 mostró claramente que su debilidad más grande era precisamente la ausencia de tal partido para organizar efectivamente a las mejores fuerzas revolucionarias.

Pero el resultado y la irrelevancia de la Oposición también tenían otro origen. Ésta observaba también a los países occidentales a través del prisma distorsionado de su educación stalinista, considerándolos en el mejor de los casos un campo de dominio indiscutible de la burguesía, o en el peor de los casos, de acuerdo a la actividad de los partidos stalinistas occidentales. De esta forma no se percataba que, si el método marxista es universal, la clase obrera internacional es

también única e indivisible, y que la universalidad del marxismo está relacionada indisolublemente con la unidad internacional de la clase obrera. La Oposición no supo cómo definir su rol y sus tareas, y tampoco entendía que su aliado era la clase obrera internacional, que es enfrentada por la “Santa Alianza” del imperialismo mundial y del stalinismo a causa de su posición fundamental. De sus concepciones estaba ausente la idea fundamental del programa, y no llegaba a entender que no hay bloques separados por las fronteras, sino la clase obrera internacional por un lado, y la burguesía junto a su aliado stalinista por el otro. Ese es el antagonismo fundamental de nuestra época, según nos enseña el marxismo. Cualquier otra concepción sólo sirve para oprimir a las masas.

No hay marxismo sin práctica revolucionaria. No hay por lo tanto una clase obrera internacional sin una internacional. El programa elaborado por León Trotsky es la expresión de la unidad de la lucha mundial de la clase obrera, porque vincula orgánicamente la lucha de los trabajadores de los países capitalistas por la revolución socialista, con la de los trabajadores de los países bajo la dominación de la burocracia por el derrocamiento de su poder, por el poder de los consejos y por el socialismo. Esta unidad no es una mera interpretación teórica, sino el Programa del Partido Mundial de la clase obrera, la Cuarta Internacional.

Las lecciones de 1956, así como las experiencias de hoy demuestran la necesidad de la construcción del partido obrero marxista húngaro. Pero esta lucha debe ser llevada a cabo al mismo tiempo que la lucha por la reconstrucción de la Cuarta Internacional. Los trabajadores avanzados y los trabajadores socialistas húngaros sólo pueden cumplir esta difícil tarea con éxito en la medida en que comprendan las experiencias, la situación y las tareas históricas e inmediatas de la clase obrera internacional, y por lo tanto de la clase obrera húngara, adaptando su lucha a ellas. El medio para esta comprensión es el programa.

APÉNDICE
UNA NUEVA REVOLUCIÓN ES INELUDIBLE¹
1936
LEÓN TROTSKY

Reflexionando sobre la agonía del Estado, Lenin escribía que el hábito de observar las reglas de la comunidad es susceptible de alejar toda necesidad de coerción “si nada suscita la indignación, la protesta y la rebeldía, y no implica, así, la necesidad de represión”. Todo consiste en ese *si*. El actual régimen de la URSS suscita a cada paso protestas, tanto más dolorosas cuanto más se las ahoga. La burocracia no solamente es un aparato de coerción, sino una causa permanente de provocación. La misma existencia de una ávida casta de amos, mentirosa y cínica, no puede menos que suscitar una rebelión oculta. La mejoría de la situación de los obreros no los reconcilia con el poder; lejos de eso, al elevar su dignidad y al abrir su pensamiento a los problemas de política general, prepara su conflicto con los dirigentes.

Los “jefes” inamovibles repiten que es necesario “aprender”, “asimilar la técnica”, “cultivarse”, y otras cosas más. Pero los amos mismos son ignorantes, poco cultivados, no aprenden nada seriamente, siguen siendo groseros y desleales. Su pretensión a la tutela total de la sociedad, así se trate de mandar a los gerentes de cooperativas o a los compositores de música, se hace intolerable. La población no podrá alcanzar una cultura más elevada si no sacude su humillante sujeción a esta casta de usurpadores. ¿El funcionario concluirá por devorar a la clase obrera, o la clase obrera lo hará impotente para perjudicar? De esta disyuntiva depende la suerte de la URSS. La inmensa mayoría de los obreros ya es hostil a la burocracia; las masas campesinas le profesan un vigoroso odio plebeyo. Si, a la inversa de

1. “Una nueva revolución es ineludible” en *La revolución traicionada*, Capítulo XI, Ediciones Crux, La Paz, Bolivia, pág. 250. También en *Naturaleza y Dinámica del capitalismo y la economía de transición*, ediciones CEIP, Bs. As., 1999, pág. 617.

los campesinos, los obreros casi no luchan, esto no solamente se debe a la represión, sino al miedo que tienen a una restauración capitalista. Las relaciones de reciprocidad entre el Estado y la clase obrera son mucho más complejas de lo que se imaginan los “demócratas” vulgares. Sin economía planificada, la URSS retrocedería diez años. Al mantener esta economía, la burocracia continúa desempeñando una función necesaria. Pero lo hace de tal manera, que prepara el naufragio del sistema y amenaza todas las conquistas de la revolución. Los obreros son realistas. Sin hacerse ilusiones sobre la casta dirigente, cuanto menos sobre las capas de esta casta a las que conocen un poco de cerca, la consideran, por el momento, como la guardiana de una parte de sus propias conquistas. No dejarán de expulsar a la guardiana deshonesto, insolente y sospechosa, cuando sea posible pasarse sin ella. Para esto, es necesario que estalle una revolución en Occidente o en Oriente.

La supresión de toda lucha política visible es presentada por los agentes y los amigos del Kremlin como una “estabilización” del régimen. En realidad, no significa más que una estabilización momentánea de la burocracia. La joven generación, sobre todo, sufre con el yugo del “absolutismo ilustrado”, mucho más absoluto que ilustrado... La vigilancia cada vez más temible que ejerce la burocracia ante toda chispa de pensamiento, así como la insoportable adulación del “jefe” providencial, comprueban el divorcio entre el Estado y la sociedad, así como la agravación de las contradicciones interiores, que al hacer presión sobre las paredes del Estado buscan una salida, y la encontrarán inevitablemente. Los atentados cometidos en contra de los representantes del poder tienen con frecuencia una gran importancia sintomática que permite juzgar la situación de un país. El más sonado fue el asesinato de Kirov, dictador hábil y sin escrúpulos de Leningrado, personalidad típica de su corporación. Los actos terroristas son incapaces, por sí mismos, de derribar a la oligarquía burocrática. El burócrata, considerado individualmente, puede temer al revólver; el conjunto de la burocracia explota con éxito el terrorismo para justificar sus propias violencias, no sin acusar a sus adversarios políticos (el asunto Zinoviev, Kamenev y demás). El terrorismo individual es el arma de los aislados, impacientes o desesperados, especialmente de la joven generación de la burocracia. Pero, como

sucedió bajo la autocracia, los crímenes políticos anuncian que el aire se carga de electricidad y hacen presentir una crisis.

Al promulgar la nueva Constitución, la burocracia demuestra que ha olfateado el peligro y que trata de defenderse. Pero más de una vez ha sucedido que la dictadura burocrática, buscando la salud en reformas con pretensiones "liberales", no haya hecho más que debilitarse. Al revelar el bonapartismo la nueva Constitución ofrece, al mismo tiempo, un arma semilegal para combatirlo. La rivalidad electoral de las camarillas puede ser el punto de partida de las luchas políticas. El látigo dirigido contra los "órganos del poder que funcionan mal", puede transformarse en un látigo contra el bonapartismo. Todos los indicios nos hacen creer que los acontecimientos provocarán infaliblemente un conflicto entre las fuerzas populares y desarrolladas por el crecimiento de la cultura, y la oligarquía burocrática. Esta crisis no acepta solución pacífica. Nunca se ha visto que el diablo se corte de buen grado sus propias garras. La burocracia soviética no abandonará sus posiciones sin combate; el país se encamina evidentemente hacia una revolución. Ante una presión enérgica de las masas, dada la diferenciación social de los funcionarios, la resistencia de los dirigentes puede ser mucho más débil de lo que parece. Es indudable que en este asunto sólo podemos entregarnos a las conjeturas. Sea como sea, la burocracia sólo podrá ser suprimida revolucionariamente y, como siempre sucede, esto exigirá menos sacrificios mientras se pongan manos a la obra más audaz y enérgicamente. Preparar esta acción y colocarse a la cabeza de las masas en una situación histórica favorable, es la misión de la sección soviética de la IV Internacional, aún débil y reducida a la existencia clandestina. Pero la ilegalidad de un partido no quiere decir su inexistencia, no es más que una forma penosa de existencia. La represión puede tener magníficos resultados, aplicada contra una clase que abandona la escena, la dictadura revolucionaria de 1917-1923 lo demostró plenamente; pero recurrir a la violencia contra la vanguardia revolucionaria, no salvará a una casta que se sobrevive, si es que la URSS tiene un porvenir.

La revolución que la burocracia prepara en contra de sí misma no será social como la de Octubre de 1917, pues no tratará de cambiar las bases económicas de la sociedad ni de reemplazar una forma de propiedad por otra. La historia ha conocido, además de las revolu-

ciones sociales que sustituyeron el régimen feudal por el burgués, revoluciones políticas, que, sin tocar los fundamentos económicos de la sociedad, derriban las viejas formaciones dirigentes (1830 y 1848, en Francia; Febrero de 1917, en Rusia). La subversión de la casta bonapartista tendrá, naturalmente, profundas consecuencias sociales; pero no saldrá del marco de una transformación política.

Un Estado salido de una revolución obrera existe por primera vez en la historia. Las etapas que debe franquear no están escritas en ninguna parte. Los teóricos y los constructores de la URSS esperaban, es cierto, que el sistema ligero y claro de los soviets permitiría al Estado transformarse pacíficamente, disolverse y morir a medida que la sociedad realizara su evolución económica y cultural. La vida se ha mostrado más compleja que la teoría. El proletariado de un país atrasado fue el que tuvo que hacer la primera revolución socialista; y muy probablemente tendrá que pagar este privilegio con una segunda revolución contra el absolutismo burocrático. El programa de esta revolución dependerá del momento en que estalle, del nivel que el país haya alcanzado y, en una medida muy apreciable, de la situación internacional. Sus elementos esenciales, bastante definidos hasta ahora, se han indicado a lo largo de las páginas de este libro: son las conclusiones objetivas del análisis de las contradicciones del régimen soviético.

No se trata de reemplazar un grupo dirigente por otro, sino de cambiar los métodos mismos de la dirección económica y cultural. La arbitrariedad burocrática deberá ceder su lugar a la democracia soviética. El restablecimiento del derecho de crítica y de una libertad electoral auténtica, son condiciones necesarias para el desarrollo del país. El restablecimiento de la libertad de los partidos soviéticos y el renacimiento de los sindicatos, están implicados en este proceso. La democracia provocará en la economía, la revisión radical de los planes en beneficio de los trabajadores. La libre discusión de los problemas económicos disminuirá los gastos generales impuestos por los errores y los zigzags de la burocracia. Las empresas suntuarias, Palacios de los Soviets, teatros nuevos, "metros", construidos para hacer ostentación, dejarán su lugar a las habitaciones obreras. Las "normas burguesas de reparto" serán reducidas a las proporciones estrictamente exigidas por la necesidad y retrocederán a medida

que la riqueza social crezca, ante la igualdad socialista. Los grados serán abolidos inmediatamente, y las condecoraciones devueltas al vestuario. La juventud podrá respirar libremente, criticar, equivocarse, madurar. La ciencia y el arte sacudirán sus cadenas. La política exterior renovará la tradición del internacionalismo revolucionario.

Ahora más que nunca, los destinos de la Revolución de Octubre están ligados a los de Europa y del mundo. Los problemas de la URSS se resuelven en la Península Ibérica, en Francia, en Bélgica. Cuando aparezca este libro, la situación será indudablemente más clara que en estos días de guerra civil en Madrid. Si la burocracia soviética logra, con su pérfida política de los "frentes populares", asegurar la victoria de la reacción en Francia y en España, -y la Internacional Comunista hace todo lo que puede en este sentido-, la URSS se encontrará al borde del abismo y la contrarrevolución burguesa estará más a la orden del día que el levantamiento de los obreros contra la burocracia. Si, por el contrario, a pesar del sabotaje de los reformistas y de los jefes "comunistas", el proletariado de Occidente se abre camino hacia el poder, se inaugurará un nuevo capítulo en la historia de la URSS. La primera victoria revolucionaria en Europa, hará a las masas soviéticas el efecto de una descarga eléctrica, las despertará, levantará su espíritu de independencia, reanimará las tradiciones de 1905 y de 1917, debilitará las posiciones de la burocracia y no tendrá menos importancia para la IV Internacional, que la que tuvo para la III la victoria de la Revolución de Octubre. El primer Estado obrero solo se salvará para el porvenir del socialismo, por este camino.

CRONOLOGÍA¹

1956

17 de marzo: Primeros debates del Círculo Petöfi en Budapest.

19 de junio: Julia Rajk en el Círculo Petöfi.

27-30 de junio: Debate en el Círculo Petöfi sobre la libertad de prensa. Discurso de Tibor Déry. Tibor Déry es excluido del Partido.

28-29 de junio: En Polonia, huelga y manifestación en Poznan.

18 de julio: Dimitido Rákosi, es reemplazado por Gerö.

Agosto: Incidentes en las fábricas de Csepel.

6 de octubre: Manifestación multitudinaria en Budapest por la rehabilitación de Rajk.

14 de octubre: Imre Nagy reintegrado al Partido.

16 de octubre: En Varsovia, Gomulka es invitado al CC.

19-21 de octubre: VIII Plenario del CC del POUP en Varsovia. Delegación soviética dirigida por Kruschchev. Gran mitin en la Universidad Politécnica. Comunicado común ruso-polaco: el mariscal ruso Rokossowski deja el

Politburó polaco. Gomulka primer secretario.

20 de octubre: Los estudiantes de Szeged reconstituyen la MEFESZ, organización de la juventud independiente disuelta en 1950.

22 de octubre: Resolución del Círculo Petöfi. Mítines en las universidades. Los estudiantes de la Universidad Politécnica deciden una manifestación de solidaridad con Polonia y el envío de delegaciones a las fábricas.

23 de octubre: 10.000 manifestantes en las calles de Budapest. Fusilamiento frente al edificio de la radio. Inicio de la insurrección.

24 de octubre: La radio anuncia que Nagy se convierte en el jefe de gobierno. Las tropas de la URSS intervienen. Batallas callejeras en Budapest, inicio de la insurrección en las provincias.

25 de octubre: Fusilamiento en la plaza del Parlamento. Generalización de la insurrección. Gerö es reemplazado por Kádár como secretario general del Partido.

26 de octubre: La unidad del coronel Maléter, que controla el cuartel Kilian, se pasa al lado de los insurgentes. En todas partes, los comités revolucionarios toman el poder en las provincias.

1. Cronología incluida en el libro *La revolución de los consejos obreros* de P. Broué, con pequeñas modificaciones.

27-28 de octubre: Formación del segundo gobierno de Nagy, que comienza negociaciones con los insurgentes. Anuncio oficial del próximo retiro de las tropas soviéticas. Imre Nagy desmiente haber proclamado la ley marcial y haber llamado a los rusos el 24 de octubre.

29-30 de octubre: Depuración de los sindicatos. Formación de una nueva confederación sindical.

31 de octubre: Afluencia de tropas soviéticas. Información sobre una visita relámpago de Suslov y Mikoyan. Imre Nagy protesta ante el embajador Andropov, y proclama la neutralidad de Hungría. Formación de un nuevo partido, el Partido de los Trabajadores Socialistas Húngaros, por parte de Nagy, Kádár, Lukács.

1 de noviembre: El Consejo obrero de Borsod-Miskolc reclama la formación de un Consejo revolucionario nacional.

2 de noviembre: Formación del tercer gobierno de Nagy con todos los partidos obreros y campesinos, con excepción de los ex rákosistas. El Comité revolucionario de las fuerzas armadas se declara listo para luchar contra toda intervención extranjera y todo intento reaccionario. Pál Maléter, enviado a negociar con los rusos, es arrestado por ellos.

4 de noviembre: Las tropas del Kremlin atacan Budapest al amanecer. Nagy lanza un llamado al mundo. Kádár, desaparecido desde hacía unos días, anuncia que encabeza un “gobierno obrero y campesino” que ha llamado a los rusos. Nagy se refugia en la embajada yugoslava.

4-12 de noviembre: Combates en todo el país.

12 de noviembre: El Comité revolucionario de Újpest llama a la constitución de un Consejo obrero central de Budapest.

14 de noviembre: Fin de los combates. La huelga general continúa. El Consejo obrero central del gran Budapest se constituye con la presidencia del obrero Arpád Balász.

15 de noviembre: El Consejo central revoca a su presidente Balász, juzgado como demasiado conciliador con respecto a Kádár. Es reemplazado por Dévényi, de Csepel.

16 de noviembre: El Consejo central decide retomar el trabajo.

19 de noviembre: El Consejo central convoca a un Congreso obrero nacional para el 21.

21 de noviembre: El ejército soviético impide la reunión del Consejo nacional. El Consejo central decide una huelga de protesta por 48 hs.

23 de noviembre: Nagy es sacado por la policía soviética. El Consejo central obrero revoca a su presidente Dévényi, también juzgado como demasiado conciliador, y nombra en su lugar al obrero de 23 años, Sándor Rác.

30 de noviembre: Kádár rechaza las reivindicaciones de los consejos.

5 de diciembre: Manifestación de mujeres, organizada por el Consejo central.

6 de diciembre: Inicio de arrestos masivos de los miembros de los consejos obreros.

9 de diciembre: El Consejo central decide una huelga general de 48 hs.,

contra la represión. El gobierno decide la disolución del Consejo central.

11-12 de diciembre: Huelga general en Hungría.

11 de diciembre: Arresto de Sándor Rác y Sándor Báli, que habían respondido a una convocatoria de Kádár. Disolución del Comité revolucionario de los intelectuales.

13 de diciembre: Huelgas de protesta en Belojannis y Csepel.

17 de diciembre: Primeras condenas a muerte en Budapest.

GLOSARIO

BIOGRAFÍAS

ANDROPOV, YURI (1914-1984) Fue ministro de Asuntos Exteriores de la URSS. Consejero de embajada en Budapest en 1953, embajador en Hungría desde 1954 hasta marzo de 1957. Desde este último cargo frenó la Revolución Húngara de 1956 imponiendo a János Kádár como primer ministro. En 1983, tras la muerte de Breznev, lo nombran Jefe del Estado Soviético.

BERIA, LAURENTI (1899-1953) Seguidor de Stalin. En 1938 es nombrado Comisario Soviético Popular para Asuntos Internos. Empleó métodos brutales con los que garantizó el control absoluto de la policía sobre el Estado y el partido. En 1953 tras la muerte de Stalin lo destituyeron y lo condenaron a muerte.

BROUÉ, PIERRE (1926-2005) historiador especializado en el movimiento revolucionario internacional. Luego de su expulsión de la Juventud del Partido Comunista, milita en el Partido Comunista Internacionalista (PCI) de Francia, de orientación trotskista-lambertista, desde 1944 hasta su expulsión en 1980. Dirigió el Institut Léon Trotsky de Francia

(*Cahiers Léon Trotsky*) así como la revista *Le marxism aujourd'hui*. Entre sus principales libros: *La revolución y la guerra de España* (1961), *Historia del Partido Bolchevique* (1963).

ESTERHÁZY, P. Príncipe (1901-1989) Los Esterházy fueron una familia de nobles austro-húngaros. Sus grandes propiedades de tierra fueron confiscadas durante la reforma agraria pero conservaron las de Austria. Pál fue condenado a quince años de prisión, luego de 1945. Liberado durante la revolución, huyó a Austria.

FARKAS, FERENC (1903-1966) Formó parte de la coalición de gobierno presidida por Imre Nagy, que asumió el 3 de noviembre de 1956 representando al Partido Petöfi.

FRYER, PETER (1927-2006) periodista y escritor inglés. Se unió a la Liga de la Juventud Comunista en 1942 y al Partido Comunista en 1945. Se unió al staff del *Daily Worker*, órgano oficial del PC inglés como corresponsal en el parlamento. Cubrió también asuntos extranjeros como el juicio en 1949 de László Rajk. En octubre de 1956 fue enviado a Hungría a cubrir los acontecimientos. Sus despachos, que incluían la represión de las tropas rusas, fueron censurados o suprimidos. Expulsado del PC inglés por haber denunciado estos hechos en la prensa burguesa.

Su libro, *La Tragedia de Hungría*, fue realizado en base a varios de aquellos artículos y publicado al poco tiempo de terminada la revolución. Luego de romper con el stalinismo se une a las filas trotskistas. En 1957 edita, junto a Gerry Healy, el periódico *The Newsletter*, publicado por el grupo "The club", convertido luego en Socialist Labour League (Liga Socialista de los Trabajadores), de la que se alejó en 1959. Luego de 1985, colaboró (aunque sin ser afiliado) con el *Semanario Workers Press*, editado por el WRP-Workers Press. Entre sus libros se encuentran: *Oldest Ally (El Portugal de Salazar)* (1962), *Staying Power: The History of Black People in Britain* (1984), *Rhythms of Resistance* (2000).

GERÖ, ERNŐ (1898-1980) Ex agente de la GPU en Barcelona durante la guerra civil española, ex dirigente de la economía húngara, secretario del PC y primer ministro de Hungría al destituir a Rákosi.

GIMES, MIKLÓS (1917-1958) Militante del PCH desde 1945. Formó parte del periódico *Szabad Nép*, del PCH. Luego de 1953, fue un referente de las reformas de Imre Nagy. Durante la revolución, fue uno de los fundadores del diario llamado *Magyar Szabadság (Libertad húngara)*. Después del 4 de noviembre, fue, redactor del clandestino *Október*

Huszonhatodika (26 de octubre) y fundador del Movimiento democrático húngaro de la independencia. Arrestado el 5 de diciembre de 1956, fue ejecutado en julio de 1958.

GOMULKA, WLADYSŁAW (Polonia, 1905-1982) Miembro del PC en 1926. Luego de realizar importantes acciones contra los nazis es elegido secretario general del Comité Central del Partido Comunista polaco. Destituido por Stalin debido a sus posiciones disidentes, fue expulsado del gobierno, del Partido Comunista y detenido en 1951. Liberado a la muerte de Stalin. Con la desestabilización, su poder fue reestablecido en 1955, cuando los trabajadores reclamaron su vuelta. En 1956 fue readmitido en el partido, en el Politburó y en la secretaría del Comité Central. Desde el gobierno realizó tímidas reformas. Su impopularidad fue en aumento, hasta que luego de los procesos revolucionarios en 1968-1970, fue relevado del Comité Central del Partido Obrero Unificado Polaco.

HEGEDŰS, ANDRÁS (1922-1999) Comunista húngaro. Miembro del CC desde 1950. Cumplió funciones durante el primer gobierno de Nagy en 1953. Primer ministro del 18 de abril de 1955 al 24 de octubre de 1956, cuando fue reemplazado por I. Nagy. Huyó a la URSS el 28 de octubre de 1956 (luego

de pedir la intervención soviética) y regresó a su país en 1958.

HORTHY DE NAGYBÁNYA, MIKLÓS, duque de Szeged y Otranto (1868-1957) En 1918 fue nombrado comandante en jefe de la armada del imperio austro-húngaro. Dirigió las fuerzas contrarrevolucionarias desde el sur del país durante la Revolución Húngara de 1919. En 1920, la asamblea nacional de Hungría restableció el Reino de Hungría bajo la regencia de Horthy, puesto que mantuvo hasta de 1944. Almirante sin armada en un país sin salida al mar, y regente en un reino sin rey, Horthy ejerció un régimen profundamente represivo. Se unió al Eje en 1941, invadiendo Yugoslavia, pero pronto quiso abrir negociaciones con los aliados. Intentó firmar una tregua con el Ejército Rojo, pero finalmente abdicó. Luego de su detención por los aliados, fue exento de ser condenado por crímenes de guerra y se exilió en Portugal, donde murió.

KÁDÁR, JÁNÓS (1912-1989) Miembro del PCH desde 1931. Fue arrestado en 1944. Secretario general y miembro de Politburó en 1945. Mientras era ministro de Asuntos Interiores (1948-1950) preparó el proceso de L. Rajk. En 1951, acusado falsamente de favorecer a la política de Tito, es arrestado y torturado. Liberado en 1954. En 1956, rehabilitado, volvió al

Politburó. Secretario general del Partido de los Trabajadores Húngaros, durante el levantamiento. Ministro de Trabajo en el gobierno de I. Nagy. Reemplazó a éste como primer ministro y llevó adelante la represión contra el movimiento revolucionario en acuerdo con los dirigentes de la URSS, incluyendo las ejecuciones de Nagy, Maléter y Gimes.

KOVÁCS, BÉLA (1908-1959) En 1933 se convirtió en organizador local del Partido de los Pequeños Propietarios. Secretario general de la Asociación de los campesinos húngaros en 1941. Ministro del Interior y de Agricultura en el gobierno provisional de posguerra. Secretario general de su partido en 1945. En prisión de 1947 a 1955 bajo las autoridades soviéticas. Ministro de Agricultura en el gobierno de I. Nagy del 27 de octubre al 3 de noviembre, cuando lo designaron ministro del Estado en el gobierno de la coalición. Después del 4 de noviembre, negoció con el gobierno de Kádár.

KRUSCHEV, NIKITA (1894-1971) Miembro del Partido Bolchevique desde 1918. Sustituyó a Kossior en el CC en 1938, luego del fusilamiento de este último por el stalinismo. Se convierte en primer secretario a la muerte de Stalin. Luego de promover la "desestalinización", es desplazado de sus funciones en 1964.

LOSONCZY, GÉZA (1917-1957) Periodista y político comunista. Dirigió el periódico *Szabad Nép* en 1945 y ocupó cargos políticos entre 1948 y 1951. Arrestado en 1951 fue condenado a 15 años de prisión. Liberado en 1954 y rehabilitado en 1955. Fue una de las principales figuras en la oposición junto a I. Nagy. En la noche del 23 de octubre de 1956, lo cooptaron a la dirección del Partido de los Trabajadores Húngaros. Fue ministro del Estado en el gobierno de Nagy, el 30 de octubre, y miembro del ejecutivo del nuevo Partido de los Trabajadores Socialistas Húngaros. El 4 de noviembre, se refugió en la embajada yugoslava, en donde lo detuvieron y enviaron a Rumania. Arrestado en 1957, murió debido a la enfermedad que había contraído en prisión.

LUKÁCS, GYÖRGY (György Szegedy von Lukács) (1885-1971) Filósofo marxista y crítico literario húngaro. Estudió en Budapest, Berlín y Heidelberg. Fue miembro del CC del Partido Comunista Húngaro en 1919 y comisario del pueblo en Educación en el gobierno de Béla Kun. En 1951 se apartó de la actividad política debido a los ataques del stalinismo. En 1956 se unió a la coalición de gobierno de I. Nagy y reingresó al CC. Uno de sus principales escritos fue *Historia y conciencia de clase* (1923).

MALENKOV, GIORGI (1902-1988) Afiliado al PCUS en 1920. Se distingue en la lucha contra la Oposición en 1923. Parece haber formado parte del secretariado personal de Stalin. Miembro del CC en 1939. A la muerte de Stalin preside el gobierno, dimite en 1955 y se convierte en ministro de la Energía Eléctrica. En junio de 1957 es expulsado del CC.

MALÉTER, PÁL (1920-1958) Militar húngaro. Miembro del Gobierno Nagy, dirigió la resistencia de Budapest frente a las tropas soviéticas durante los sangrientos días de octubre de 1956. Detenido por los rusos, fue ejecutado.

MANDEL, ERNEST (1923-1995) economista y dirigente trotskista. Militante desde la Segunda Guerra Mundial. Fue el principal dirigente del Secretariado Unificado de la Cuarta Internacional. Entre sus obras se encuentran: *Tratado de economía marxista*, *El capitalismo tardío*, *El poder y el dinero*.

MIKOYAN, ANASTAS (1895-1971) Se afilia al Partido Bolchevique en 1915, luego de haber pertenecido al Partido Cadete. Titular del CC desde 1931. Ocupó cargos en los comisariados de Víveres, Industria ligera y Comercio. En el XX Congreso fue el encargado de lanzar el primer ataque público contra Stalin.

MINDSZENTY, JÓSEF Cardenal (1892-1975) Se enfrentó con el gobierno de Rákosi debido a la nacionalización de las escuelas de la Iglesia católica. Arrestado en 1948. Liberado el 30 de octubre de 1956, volvió a ejercer brevemente sus funciones durante la revolución pero luego se refugió en la embajada de EE.UU. donde vivió hasta 1971, año en el que fue amnistiado por el Consejo presidencial húngaro. Murió en Viena.

MÜNNICH, FERENC Se unió al POSDR en 1917. Volvió a Hungría en 1918, donde fue uno de los fundadores del PCH. Entre 1942 y 1945, dirigió el departamento húngaro de radio Moscú, en donde se contactó con Mátyás Rákosi y Ernő Gerő. En Hungría, fue jefe de policía en Budapest entre 1945 y 1949. Lo cooptaron al CC el 24 de octubre de 1956. Ministro del Interior en el gobierno de I. Nagy del 27 de octubre al 3 de noviembre. El 4 de noviembre, se convirtió en ministro del Interior y de las Fuerzas Armadas del gobierno de Kádár, dirigiendo junto a él la represión al movimiento revolucionario.

NAGY, BALÁSZ (seudónimo de Michel Varga) Ingresó al PCH a los 17 años, poco después de la Segunda Guerra Mundial. Líder de la Juventud Comunista de Budapest, fue expulsado del partido durante las purgas stalinistas, en el "proceso Rajk". Rein-

gresó al partido en las filas de la oposición, transformándose en uno de los secretarios del Círculo Petöfi. Luego de la revolución del '56, en crisis con la orientación reformista del Círculo, viajó a Francia donde entra en contacto con el trotskismo, al cual ingresó en 1961. En 1963 fundó la Liga Socialista Revolucionaria de Hungría, afiliándose al Comité Internacional (CI). Luego de su ruptura con la corriente lambertista, mantuvo relaciones con el dirigente trotskista Nahuel Moreno.

NAGY, IMRE (1896-1958) Militó en el Partido Socialdemócrata, adhiriendo luego al comunismo. Prisionero en Rusia al terminar la Primera Guerra Mundial, combatió en la guerra civil. Volvió a Hungría en 1922, donde participó en el movimiento clandestino en Somogy. Emigró a la Unión Soviética en 1928 desde donde, durante la Segunda Guerra Mundial, organizó junto a Rákosi y Reval, las emisiones húngaras de la Radio Kossuth. Regresó a Hungría en 1944. Formó parte del ejecutivo del Partido Comunista desde 1945 hasta 1955. Ministro de Agricultura (1944-45), del Interior (1945-46), presidente de la Asamblea Nacional (1947). De tendencia "bujarinista" en lo económico y "krusheviano" en lo político, fue primer ministro en 1953-55 y durante la revolución de 1956. Ante la

segunda intervención soviética se refugió en la embajada de Yugoslavia. Fue deportado a Rumania en noviembre de 1956, condenado en un juicio secreto y ejecutado en 1958.

PABLO, MICHEL (seudónimo de Michalis N. Raptis) (1911-1996) Dirigente trotskista de origen griego. Formó parte de la Conferencia de fundación de la IV Internacional en 1938. Durante la Segunda Guerra juega un importante rol en la reorganización de la Internacional. Se convierte en secretario de la Internacional. En 1951 escribe el artículo *¿Adónde vamos?* donde plantea como orientación de la Internacional, el entrismo *sui generis* en los Partidos Comunistas, llevando a un importante sector de la IV Internacional a desviaciones liquidacionistas y a la ruptura de otras secciones. En 1963, abandona el Secretariado Unificado al que retorna al final de su vida.

RAJK, LÁSZLÓ (1909-1958) Líder de los estudiantes comunistas y luego del sindicato de la construcción. Perseguido por Horthy huyó del país. Combatió en las Brigadas Internacionales en España. Dirigió el Partido Comunista en la ilegalidad. Desde 1945, ministro del Interior y después de Asuntos Exteriores. Su proceso y “confesión” en 1949 estaba destinado a fortalecer el control de Stalin sobre el propio país. Sentenciado y ejecuta-

do, la revisión del “juicio” y su rehabilitación fueron la bandera de la oposición de 1953 a 1956.

RÁKOSI, MÁTYÁS (1892-1972) Participó junto a Béla Kun en la fundación del Partido Comunista Húngaro y en la revolución de 1919. Emigró a Moscú. Como secretario del Komintern (1921-1924), desempeñó diversas misiones en Italia, Alemania, Austria y finalmente Hungría, donde dirigió la organización del Partido Comunista en la clandestinidad. Fue vicepresidente del Consejo (1945), secretario general del Partido Comunista (1948-1956) y presidente del Consejo (1952-1953). Con la desestalinización, fue separado de su cargo en el partido (julio de 1956), y se instaló en la Unión Soviética. En 1962 fue excluido del partido por su intervención en los procesos entre 1949 y 1952.

SEROV, IVÁN (1905-1963) Afiliado al PCUS en 1926. Bajo las órdenes de Beria desde 1941, como comisario de la MVD, fue responsable de las deportaciones en masa. Preside el Comité para la seguridad del Estado de 1954 a 1958. Se presume que fue el encargado de detener personalmente al gral. Pál Maléter.

SUSLOV, MIJAIL (1902-1982) Afiliado al PCUS en 1921. Ascende en el partido rápidamente durante los Juicios de Moscú. En el CC y la

Comisión Central de Control desde 1941. Dirige la stalinización de Lituania y las deportaciones en masa en 1944. Miembro del Presidium desde 1955.

TITO, JOSIP BROZ (1892-1980) En 1937, secretario general del Partido Comunista de Yugoslavia. Luego de 1941, dirigió la resistencia contra los nazis como Jefe del Comité Militar. A fines de 1945, los alemanes fueron derrotados y el país quedó reunificado bajo control burocrático del gobierno de Tito, quien se distanció progresivamente de la línea oficial stalinista. El Partido Comunista Yugoslavo fue expulsado de la Kominform en 1948. En 1953, Tito crea la República Socialista Federativa de Yugoslavia. La política de desestalinización propició una progresiva mejora de las relaciones entre la URSS y Yugoslavia. En 1958 la embajada yugoslava entregó al gobierno de Kádár a los dirigentes de la revolución húngara que se habían refugiado en ella.

ORGANIZACIONES

CÍRCULO PETŐFI formado por estudiantes e intelectuales, aglutinaba a la oposición dentro del Partido Comunista Húngaro, adoptó un programa inspirado en el reformista

polaco Gomulka. El Círculo realizaba debates sobre socialismo, historia, economía, agricultura y ciencia. Estalló a los inicios de la revolución del '56, producto de la crisis que generó su orientación reformista.

PARTIDO COMUNISTA HÚNGARO (en húngaro: Magyar Kommunista Párt o Kommunisták Magyarországi Pártja) Fundado el 24 de noviembre de 1918, estuvo al frente de Hungría de 1918 a 1919, durante la república soviética húngara de Béla Kun. El gobierno comunista fue derrocado por el ejército rumano y pasó a la clandestinidad durante el régimen de Horthy. En 1944 se fusionan dos fracciones del PCH y participa en las elecciones. Durante la invasión del Ejército Rojo, el PCH contaba con 100 miembros.

PARTIDO DE LOS PEQUEÑOS PROPIETARIOS Partido popular de los campesinos que ganó en las elecciones de 1945. Participó en el gobierno de coalición nacional posterior a la Segunda Guerra Mundial.

PARTIDO DE LOS TRABAJADORES HÚNGAROS (también llamado Partido Obrero Húngaro, en húngaro: Magyar Dolgozók Pártja-MDP) Nombre del Partido Comunista de Hungría desde 1948 hasta 1956. Formado por una fusión, en 1947, del Partido Comunista de Hungría y el

Partido Socialdemócrata. Sus secretarios generales fueron: hasta 1956, Mátyas Rákosi, Ernő Gerő en el mismo año y por dos meses, János Kádár hasta la disolución del partido. Durante la Revolución de 1956, el partido fue reorganizado con el nombre de **PARTIDO DE LOS TRABAJADORES SOCIALISTAS HÚNGAROS** (o PSOH, en húngaro: Magyar Szocialista Munka Párt-MSzMP) por un círculo de comunistas reformistas que estaban junto a Imre Nagy. Sin embargo, después del 4 de noviembre de 1956, el PTSH fue controlado por János Kádár, subordinándose a los dictados del Kremlin. En octubre de 1956, sus miembros eran 900.000, para febrero de 1957, eran 190.000.

PARTIDO NACIONAL CAMPESINO-PARTIDO PETŐFI El partido nacional campesino se formó en 1939 bajo la dirección de los escritores “populistas”. Reagrupaba a los obreros agrícolas, campesinos pobres, intelectuales, maestros de aldeas. Se proclamaba a favor de una reforma agraria. Formó parte del gobierno provisorio de diciembre de 1944, junto al PC, el PSP y el Partido de los Pequeños Propietarios y del gobierno de coalición entre 1945 y 1948. Deja de existir después del “giro” de 1948 y renace el 31 de octubre de 1956.